



# LA SEGUNDA GENERACIÓN

Margaret Weis - Tracy Hickman



## **Annotation**

Hace muchos años, Margaret Weis y Tracy Hickman narraron la historia de cómo los Compañeros de la Lanza lucharon para evitar que el mundo fuera engullido por las tinieblas, cómo combatieron para restaurar el frágil equilibrio entre el bien y el mal. La guerra se ganó y la paz llegó a Krynn. Los Compañeros de la Lanza se convirtieron en héroes.

El río del tiempo siguió su curso.

Los héroes soñaban con encontrar un refugio seguro en ese río de rápida corriente. Pero el equilibrio del poder eterno siempre es cambiante. La Reina de la Oscuridad fue vencida, pero no destruida. Sus poderes son muchos y la gente es débil. Se olvidan las lecciones del pasado y las aguas del río se vuelven más turbulentas y peligrosas. Pero no serán los Héroes de la Lanza quienes deberán lanzarse al río revuelto de la guerra que se acerca.

Ha llegado la hora para los que son más jóvenes, más fuertes. Es hora de entregar la espada, o el bastón de mago, a quienes serán los héroes de la segunda generación. O a quienes traerán la perdición para esa nueva era.

---

*A todos los que querían más*

## Nota del editor

La edición original de *La segunda generación* (*The second generation*) contiene tres relatos que ya han sido publicados por Timun Mas en su serie *Cuentos de la Dragonlance* y que por eso no se incluyen en el presente volumen. Estos relatos son «El legado» (aparece en el volumen 1 de los *Cuentos de las Dragonlance*), «¿Qué te apuestas?» (Aparece en el volumen dos de la misma serie) y «La hija de Raistlin» (aparece en el volumen 3).

En cuanto al apéndice sobre los caballeros Takhisis, sólo hemos incluido aquella información relevante para los seguidores de la *Dragonlance*. La información sobre el juego AD&D que se incluye en la edición original ha sido eliminada, puesto que hace referencia a las reglas de la segunda edición de juego, cuando en la actualidad está vigente la tercera edición (o sistema D20 para los entendidos). Por lo tanto dichas reglas no tiene ninguna aplicación práctica para el juego de rol.

## Prólogo

Siempre es el mapa de la fe,  
el blanco paisaje  
y granjas envueltas en su mortaja.  
Siempre es la tierra del recuerdo,  
de la luz de sol fragmentada  
en hielo inmemorial e inamovible.  
Y siempre el corazón,  
enclaustrado y meridional,  
receloso del hielo, de la deriva  
por algo intrincado y eterno.  
Concluirá así,  
te dirá el corazón,  
acabará con mamut y glaciación,  
con diez mil años  
de noche deletérea,  
y algún día los científicos  
rebuscando en lagos y morrenas,  
hallarán la prueba de nuestro paso  
vestigios del entorno de la historia,  
pero tu historia, intacta y vacía, acabará  
en el borde evanescente de tu mano.  
Así habla el corazón  
en su intrincada celda,  
trazando con espejos el mapa  
de la tierra que no puede plasmarse  
por ser de recuerdos, ríos y hielo.  
Esa vez era diferente  
la ciudad se había rendido  
a la nieve encapuchada  
las casas y tabernas estaban  
anegadas en la luz fragmentada,  
y el lago aparecía marmoleado  
con capas mudables de hielo frágil  
mientras me abría paso entre nieve amontonada  
y entre espíritus arrulladores,  
conformándome con el cielo apizarrado  
y la perspectiva de primavera del calendario.  
Concluirá así,  
Proclamaba el corazón,  
antes o después,  
en hielo oscuro e inaccesible,  
y eres el próximo  
en escuchar esta historia,  
invierno y más invierno,

ocluyendo el corazón,  
y allí en Wisconsin,  
estancado en la nieve  
y en la fe que se evaporaba,  
no parecía tan malo  
que el invierno estuviera  
llevándose toda la luz,  
y casi eran bienvenidas la oscuridad  
y la última y veladora nieve.  
Se encontraba en medio  
de automóviles congelados  
coches alineados como cenotafios.  
Bajo un fardo de abrigos  
y gorros de lana y bufandas,  
revolviendo en el maletero  
buscando sabe Dios qué,  
y conocí su nombre  
por las gafas empañadas y  
el ridículo y ahuecado  
sombbrero que llevaba,  
y ya fuese el coraje producto  
de primavera recordada,  
de promesa de luz solar,  
de matizado poso de whisky,  
o algo alineado más allá,  
de la nieve y la búsqueda,  
me acompañaba en ese instante  
cuándo hablé con él allí;  
hasta hoy agradezco  
que me sostuviera en aquel momento  
mientras hablaba con el arrebozado  
tejedor de accidentes, el mago de cada día,  
en busca de la imposible primavera.  
Tracy, le dije, la poesía miente  
en las costuras de la historia,  
en viejos recuerdos y perspectivas  
de lo que puede ser siempre y jamás  
(y esas fueron las palabras que no dije,  
pero la poesía miente en la perspectiva  
de lo que tendría que haber sido:  
debéis creer que dije esas palabras  
más allá de la objeción, de la historia),  
y allí, en el invierno,  
comenzó el primer canto,  
las lunas se entretejieron e hicieron señas  
en las fronteras de Krynn,  
el paisaje de nieve  
resolviéndose en praderas

más luminosas y verosímiles.  
Y el primer canto prosiguió  
a través de perspectivas de verano,  
cuando la promesa retorna  
de la semilla desaparecida,  
cuando el bastón regresa  
de desiertos olvidadizos,  
e incluso las tierras del norte  
claman al espíritu;  
este es el mapa  
de la esperanza cumplida;  
éste es el mapa de la fe.

¿Dónde está mi sombrero? ¡Lo cogiste! Te vi.  
¡Y no me digas que lo tengo puesto! ¡Sé muy bien que no! Yo...  
Oh, aquí está. Así que has decidido devolvérmelo, ¿verdad?  
No, no te creo. Ni por un instante. Siempre has tenido el ojo puesto en mi sombrero, Hickman. Yo...  
¿Qué? ¿Qué quieres que escriba qué?  
¿Ahora? ¿En este mismo momento?  
No puedo. No tengo tiempo.  
Estoy intentando recordar las palabras de un conjuro.  
Liquidación total por incendio. Coche de bomberos. Grandes bolas de fuego...  
Me estoy acercando...  
Oh, vale. Escribiré tu maldito prefacio.  
Pero sólo por esta vez, no te creas.  
Ahí va.

## Prefacio

Hace mucho tiempo, un par de cabezas de chorlito que se llaman Margaret Weis y Tracy Hickman decidieron dejar sus hogares en Krynn y emprender aventuras. Me temo que esos dos tienen algo de sangre kender. Salir a patear otros mundos nuevos y excitantes era superior a ellos.

Pero, Weis y Hickman son como los kenders y los céntimos falsos: siempre vuelven. Así que aquí los tenemos de nuevos, preparados para contarnos las cosas maravillosas que están teniendo lugar en Krynn.

Han pasado muchos años desde la guerra. Los hijos de los Héroes han crecido y van en busca de aventuras por un mundo en el que, lamento decirlo, todavía hay peligros y problemas de sobra para todos.

Bien, a medida que leáis estas historias, advertiréis que Weis y Hickman contradicen otros relatos que quizá conozcáis. Algunos de vosotros podríais quedaros más que sorprendidos con sus versiones de la vida pasada de los Héroes; versiones que difieren de otras versiones.

Hay una explicación sencilla.

A raíz de la Guerra de la Lanza, Tanis, Caramon, Raistlin y el resto de los Compañeros dejaron de ser personas corrientes y se convirtieron en Leyendas. Nos gustaban tanto las aventuras de los Héroes que no queríamos que las historias se acabaran. Queríamos que nos contaran más. Para satisfacer la demanda, bardos y tejedores de leyendas acudieron de todo Krynn para relatar narraciones fabulosas. Algunos de ellos conocían bien a los Héroes. Otros simplemente repetían historias que habían oído de boca de un enano, que a su vez la había oído contar a un kender, quien la había tomado prestada de un caballero, el cual tenía una tía que conocía los héroes.

Pilláis la idea, ¿verdad?

Algunas de esas historias son absolutos e indiscutiblemente ciertas, pero no del todo. Y hay otras que son lo que llamamos cortésmente «cuentos de kender», relatos que no son verdad, ¡pero que sin duda resultan desternillantes!

De modo que me preguntaráis: «Fizban, poderoso y gran hechicero, ¿cuáles son unas y cuáles otras?»

Y yo, Fizban, el Poderoso y Gran Hechicero, respondo: «Mientras hayáis disfrutado con ellas, cabezas de chorlito, ¿qué más da?

Bueno, bueno. Me alegro de que eso haya quedado aclarado.

Bien, id a llenar vuestras mochilas. Meted los pañuelos en el bolsillo. Coged vuestras jupaks. Vamos, nos aguardan montones de aventuras. ¡Venid! ¡Olvidad las preocupaciones! Viajad de nuevo con Weis y Hickman a través de Krynn, aunque sólo sea durante un corto tiempo. No se quedarán mucho, pero tienen planeado regresar.

(Quizá la próxima vez me devuelvan mi sombrero.)

Eh... ¡Cómo demonios me llamo? Ah, sí.

Os saluda atentamente,

**Fizban el Fabuloso**

## El hijo de kitiara

Al borde del mundo  
Deambula el malabarista,  
Ciego y sin rumbo,  
Confiando en la venerable  
Amplitud malabarista de sus manos.  
Deambula al borde  
de una antigua historia,  
haciendo malabarismos con lunas,  
haciendo desfilar a su paso  
las anónimas estrellas fijas.  
Algo parecido al instinto  
y algo parecido al ágata  
dura y transparente  
en la profundidad de sus reflejos  
insufle vida en el aire  
a los objetos;  
estiletes y botellas,  
pinzas de madera y ornamentos  
lo visto y lo no visto  
—todo reagrupado de nuevo—  
Traducido en luz y destreza.

Nos guiamos por esta versión de luz;  
constelaciones de recuerdos  
y una química nacida  
en el alambique de la sangre,  
donde el motivo y la metáfora  
y el impulso de la noche  
con el temple de la mañana  
cristalizan en nuestros semblantes,  
en las líneas de las huellas  
de nuestros dedos que se alzan.

Algo en cada uno de nosotros  
anhela ese equilibrio,  
esas químicas desaparecidas  
que temblaban en acero.  
Lo mejor del malabarismo  
radica en las treguas  
que dan forma a nuestra intención  
a través de cuchillos, de filamento  
de botellas medio vacías  
y espejos y químicas,  
y del olvidado  
filón de la noche.

## Capítulo 1

### La extraña petición de un jinete de Dragón Azul

Era otoño en Ansalon, en Solace. Las hojas de los vallenwoods, a decir de Caramon, estaban más hermosas que nunca con las tonalidades rojas tan intensas como el fuego, las doradas brillando más que las monedas recién acuñadas que llegaban de Palanthas. Tika, la esposa de Caramon, coincidía con su opinión. Jamás se habían visto colores semejantes en Solace.

Cuando el hombretón salió de la posada para subir otro barril de la cerveza negra, Tika sacudió la cabeza y se echó a reír.

—Caramon dice lo mismo todos los años; las hojas tienen más color y están más hermosas que el año anterior. Nunca falla.

Los clientes rieron con ella, y unos cuantos le tomaron el pelo al hombretón cuando éste regresó a la posada con el pesado barril de cerveza negra cargado a la espalda.

—Las hojas están un poco marrones este año -comentó tristemente uno de ellos.

—Secándose, sí -añadió otro.

—Sí, se están desprendiendo muy pronto, antes de que tengan tiempo de cambiar completamente de color -abundó un tercero.

La expresión de Caramon se tornó sorprendida. Negó rotundamente que tal cosa fuera cierta e incluso arrastró a los incrédulos al porche y casi les metió la cara en una de las frondosas ramas para demostrar la veracidad de su afirmación.

Los clientes -vecinos de Solace de toda la vida- admitieron que tenía razón, que las hojas nunca habían estado tan bonitas, tras lo cual Caramon, tan satisfecho como si las hubiese pintado él personalmente, condujo a los clientes de vuelta al interior de la taberna y los invitó a una ronda gratis de cerveza. También esa se repetía todos los años.

La posada El Último Hogar se encontraba especialmente concurrida aquel otoño. A Caramon le habría gustado atribuir a las hojas ese aumento en el negocio; eran muchos los que viajaban a Solace, en estos tiempos de relativa paz, para contemplar los maravillosos vallenwoods, que crecían exclusivamente allí y en ningún otro lugar de Krynn (a despecho de las afirmaciones contrarias, hechas por ciertas ciudades envidiosas, cuyos nombres no se mencionarán.)

Pero incluso Caramon tuvo que dar la razón a Tika y a su mentalidad práctica. El inminente Cónclave de Hechiceros tenía mucho más que ver en el incremento de clientes que las hojas, por hermosas que éstas fueran.

Un Cónclave de Hechiceros se celebraba rara vez en Krynn, y sólo se llevaba a cabo cuando los magos de alto nivel de las tres Órdenes-Blanca, Roja y Negra-consideraban necesario que todos los que practicaban la magia a cualquier nivel, desde el aprendiz más reciente hasta el hechicero más diestro, se reunieran para discutir asuntos del arcano arte.

Magos de todo Ansalon viajaban a la Torre de Wayreth para asistir al Cónclave. También estaban invitadas algunas personas pertenecientes a las llamadas razas de la Gema Gris, que no usaban la magia pero sí tenían que ver con la creación de diversos objetos y artefactos mágicos. Varios miembros de la raza enana eran invitados distinguidos. Un grupo de gnomos llegó, cargado con planos, esperando persuadir

a los hechiceros de que los admitiera. Ni que decir tiene que también aparecieron numerosos kenders, pero fueron rechazados con delicadeza, aunque firmemente, en la frontera.

El Último Hogar era la última posada cómoda antes de que un viajero llegara al mágico bosque de Wayreth, en el que se encontraba una de las Torres de la Alta Hechicería, las ancestrales sedes de magia en el continente. Muchos magos y sus invitados paraban en la posada de camino a la Torre.

—Han venido para admirar el color de las hojas -remarcaba Caramon a su esposa-. La mayoría de esos hechiceros habrían podido trasladarse mágicamente a la Torre sin molestarse en hacer paradas por el camino.

Tika se reía, se encogía de hombros y convenía con su marido que sí, que debía de ser por las hojas, de modo que Caramon se mostraba inusualmente satisfecho de sí mismo durante el resto del día.

Ninguno mencionaba el hecho de que todos los magos, hombres o mujeres, que llegaban para albergarse en la posada llevaban consigo un pequeño presente de estima y recuerdo hacia el gemelo de Caramon, Raistlin. Hechicero de gran poder y mayor ambición, Raistlin se había vuelto hacia el Mal y había estado a punto de destruir el mundo, pero al final se había redimido sacrificando su propia vida; de ello hacía ya veinte años. Una pequeña habitación de la posada se consideraba el «cuarto de Raistlin» y ahora estaba repleta de diferentes regalos (algunos de ellos mágicos) dejados allí para conmemorar la vida del hechicero. (¡A ningún kender se le permitía acercarse a aquel cuarto!)

Faltaban sólo tres días para el Cónclave de Hechiceros, y esa noche, pos primera vez desde hacía una semana, la posada se hallaba vacía. Todos los magos habían reanudado el viaje, ya que el bosque de Wayreth era un lugar engañoso; uno no lo encontraba, sino al revés. Todos los hechiceros, incluso los de más alto rango, sabían que era posible que se pasaran un día entero deambulando de un lado para otro, esperando que el bosque apareciese.

Así pues se habían marchado, y ninguno de los clientes habituales había vuelto aún. Los vecinos, tanto de Solace como de las comunidades aledañas, que acudían a la posada a diario, ya fuera por la cerveza o por las patatas picantes de Tika, o por ambas cosas, no se dejaban ver por allí cuando aparecían los magos. Los practicantes de la magia (a diferencia de los viejos tiempos en los que se los perseguía) eran tolerados en Ansalon, pero no se confiaba en ellos, ni siquiera en los que llevaban la Túnica Blanca y que servían al Bien.

La primera vez que se celebró el cónclave -varios años después de la Guerra de la Lanza- Caramon habían abierto su posada a los magos (en muchas rehusaban servirles), y había habido problemas. Los clientes habituales protestaron enérgica y duramente, y uno de ellos estaba lo bastante ebrio para intentar intimidar y molestar a un joven hechicero Túnica Roja.

Aquella fue una de las contadas veces que la gente de Solace pudo recordar haber visto furioso a Caramon, y aún se seguía hablando de ello en la actualidad, bien que no en presencia del posadero. Al borracho lo sacaron de la posada con los pies por delante, después de que sus amigos le soltaran la cabeza de la horquilla de una rama que crecía dentro del establecimiento.

Tras el incidente, cada vez que se celebraba un Cónclave los clientes habituales se marchaban a otras tabernas, y Caramon servía a los magos. Cuando el Cónclave acababa, la clientela regresaba y las cosas volvían a la normalidad.

—Esta noche -dijo Caramon, que hizo una pausa en el trabajo para mirar a su esposa con admiración- nos acostamos pronto.

Tika se volvió para que no viera su sonrisa.

—Sí, sí, estoy cansada -repuso, a la par que soltaba otro suspiro-. He tenido que hacer un montón de camas, además de supervisar a la nueva cocinera y poner las cuentas al día.

Los hombros de Caramon se hundieron.

—Bueno, está bien -farfulló-. ¿Por qué no te vas a acostar y yo acabaré de...?

Tika soltó la escoba, se echó a reír y rodeó con los brazos -hasta donde podían llegar- a su marido, cuyo contorno habían ensanchado de manera considerable a lo largo de los años.

Grandísimo zoquete -musitó cariñosamente-. Sólo te tomaba el pelo. Pues claro que iremos a la cama y «pasaremos un rato charlando», ¡pero recuerda que como resultado de esas «charlas» tenemos a nuestros hijos! Vamos. -Tiró del delantal de su marido, juguetona-. Apaga las luces y arranca la puerta. Dejaremos lo que queda por hacer para mañana.

Caramon, sonriente, cerró la puerta de golpe, e iba a echar la pesada tranca de madera cuando alguien llamó desde fuera.

—¡Oh, maldita sea! -Tika frunció el ceño-. ¿Quién puede ser a estas horas de la noche? -De un soplido, apagó rápidamente la vela que llevaba en la mano-. Haremos como si no hubiésemos oído nada. Quizá se marche.

—No sé -empezó el buenazo de Caramon-. Esta noche va a helar...

—¡Oh, Caramon! -Dijo exasperada Tika-. Hay otras posadas...

Se repitió la llamada, más fuerte en esta ocasión.

—¿Posadero? -Dijo una voz-. Lamento llegar tan tarde pero estoy sola y en un terrible apuro.

—Es una mujer -dijo Caramon, y Tika supo que había perdido. Sin embargo, por discutir un poco no pasaba nada.

—¿Y qué hace una mujer sola deambulando por ahí tan tarde? Apuesto que nada bueno.

—Oh, vamos, Tika -empezó Caramon en aquel tono engatusador que tan bien conocía ella-, no digas eso. Quizá va a visitar a un pariente enfermo y la oscuridad la sorprendió en el camino, o...

—Anda, abre -Tika encendió la vela.

—¡Ya voy! -bramó el hombretón. Mientras se dirigía a la puerta hizo una pausa para mirar a su mujer-. Deberías echar leña al hogar de la cocina. Quizá tenga hambre.

—Pues que coma carne fría y queso -espetó Tika al tiempo que soltaba la vela en la mesa con un seco golpe.

Tika era pelirroja, y aunque el cabello había encanecido, suavizando el tono con la edad, no ocurría lo mismo con su carácter. Caramon dejó a un lado el tema de la comida caliente.

—Probablemente está muy cansada -adujo, con la esperanza de tranquilizar a su mujer-. Sin duda se irá derecha a su habitación.

Tika resopló. Puesta en jarras, asestó una mirada iracunda a su marido.

—¿Vas a abrirle la puerta o la vas a dejar ahí fuera, helándose?

Caramon agachó la cabeza, abochornado, y se apresuró a abrir.

En el umbral había una mujer, pero no era como había esperado ninguno de los dos, e incluso el compasivo Caramon, al verla, pareció plantearse si dejarla entrar o no.

Iba abrigada con capa y botas, y llevaba el yelmo y los guantes de cuero propios de un jinete de dragón. Eso, por si mismo, o era significativo; muchos jinetes de dragones pasaban por Solace en esos días. Pero el yelmo, la capa y los guantes eran de un color azul oscuro, ribeteados en negro. La luz brilló fugazmente en escamas azules y se reflejó en los pantalones de cuero y las botas negras.

Un jinete de dragón azul.

Alguien así no había vuelto a verse en Solace desde los tiempos de la guerra, y por una buena razón. Si la hubiesen sorprendido de día, la habrían tomado como prisionera. Incluso en la actualidad, veinticinco años después del final de la guerra, los habitantes de Solace recordaban claramente a los Dragones del Mal que incendiaron y arrasaron su ciudad y mataron a muchos de los suyos. Y había veteranos que habían combatido en la Guerra de la Lanza -Caramon y Tika entre ellos- y que recordaban con odio a los Dragones y a sus jinetes, servidores de la Reina de la Oscuridad.

Los ojos, a la sombra del yelmo azul, sostuvieron la mirada de Caramon con firmeza.

—¿Tenéis habitación para pasar la noche, posadero? He viajado un largo trecho y estoy muy cansada...

La voz que salió de detrás de la máscara sonó melancólica, débil y... nerviosa. La mujer se mantuvo a la sombra del umbral, y mientras esperaba la respuesta de Caramon, miró hacia atrás un par de veces, pero no hacia el suelo, sino al cielo.

Caramon se volvió hacia su mujer. Tika era sagaz juzgando a las personas, una habilidad sencilla de adquirir si a uno le gustaba la gente, cosa que le ocurría a ella. Hizo una inclinación de cabeza brusca y breve.

El hombretón se volvió y con un ademán indicó a la mujer que pasara. Ella echó una última ojeada por encima del hombro y luego entró rápidamente, evitando que le diese la luz directa. El propio Caramon echó un vistazo al exterior antes de cerrar.

El cielo estaba intensamente alumbrado, ya que la luna roja y la blanca se encontraban fuera y muy cerca la una de la otra, aunque no tanto como lo habían estado unos cuantos días antes. La luna negra también estaba allí arriba, en alguna parte, aunque sólo podían verla quienes servían a su Oscura majestad. Aquellos cuerpos celestes ejercían dominio sobre tres fuerzas: el bien, el Mal y el equilibrio entre ambos.

Caramon cerró de golpe y colocó la pesada tranca. La mujer dio un respingo cuando el grueso madero se sentó en su sitio con estruendo, ya que estaba embebida en la tarea de soltar el broche que sujetaba la capa; un broche hecho de madreperla que irradiaba un débil y fantasmagórico brillo en la penumbra de la posada apenas iluminada. Le tembló la mano, y el broche cayó al suelo. Caramon se agachó para recogerlo, pero la mujer se movió rápidamente para adelantarse e intentó ocultarlo.

El posadero se inclinó sobre ella, fruncido el ceño.

—Un extraño adorno -dijo mientras la obligaba a abrir el puño para que Tika viera el broche. El hombretón descubrió, ahora que podía observarlo bien, que detestaba tocarlo.

Su mujer escudriñó el broche y apretó los labios. Quizás estaba pensando que su infalibilidad para juzgar a las personas había fallado finalmente.

—Un lirio negro.

El lirio negro, una flor azabache, cerosa, con cuatro pétalos puntiagudos y el centro rojo como sangre, tenía fama, conforme a una leyenda elfa, de brotar en las tumbas de quienes habían muerto de forma violenta. Se decía que germinaba en el corazón de la víctima, y que si se arrancaba, el tallo sangraría.

La mujer retiró bruscamente la mano y guardó el broche entre la piel que bordeaba su capa.

—¿Dónde habían dejado a vuestro dragón? -instó severamente Caramon.

—Escondido en un valle, cerca de aquí. N tenéis por qué preocuparos, posadero. La tengo controlada y me es totalmente leal. No hará daño a nadie. -La mujer se quitó el yelmo de cuero azul que llevaba para protegerse el rostro durante el vuelo-. Os doy mi palabra.

Una vez que estuvo destocada, la imagen del temible y formidable jinete de dragón desapareció, y en su lugar surgió una mujer de mediana edad; era difícil de calcular su edad juzgando por su aspecto. Tenía arrugas en la cara, pero eran más las huellas dejadas por el dolor que por los años. El cabello trenzado era canoso, diríase que prematuramente. Tampoco sus ojos eran los crueles, duros, implacables de quienes servían a Takhisis, sino afables, tristes y... asustados.

—Os creemos, milady -manifestó Tika, con una mirada desafiante al silencioso Caramon; una mirada que, a decir verdad, el hombretón no se merecía.

Caramon reaccionaba siempre con lentitud, no porque fuese lerdo (como hasta sus mejores amigos la habían considerado antaño, de jóvenes), sino porque siempre examinaba los acontecimientos nuevos o extraños desde cualquier punto de vista concebible. Esas cavilaciones lo hacían parecer lento de entendederas, y frecuentemente sacaba de sus casillas a sus compañeros (incluida su esposa) de razonamiento más rápido. Pero Caramon se negaba a que le metieran prisa y, en consecuencia, a menudo llegaba a unas conclusiones sorprendentemente perspicaces.

—Estáis temblando, milady -añadió Tika, en tanto que su marido seguía sin reaccionar, con la mirada perdida en el vacío, de modo que lo dejó en paz. Conocía bien las señales de la mente de su esposo en pleno proceso de reflexión. Condujo a la otra mujer más cerca de la chimenea-. Sentaos aquí. Atizaré el fuego. ¿Os apetece comer algo? Sólo tardaré un minuto en encender la lumbre...

—No, gracias. No os molestaré con eso. Sólo es el frío lo que me hace temblar. -La mujer pronunció las últimas palabras en voz baja. Más que sentarse en el banco, se dejó caer en él.

Tika soltó el atizador que había estado utilizando para avivar el fuego de la chimenea.

—¿Qué ocurre, milady? Os habéis escapado de una terrible prisión, ¿verdad? Y os están persiguiendo.

La mujer alzó la cabeza y miró asombrada a Tika, tras lo cual esbozó una lánguida sonrisa.

—Casi habéis dado en el blanco. ¿Tanto trasluce mi cara? -Se llevó la mano a la mejilla ajada.

—Esposo, ¿dónde está tu espada? -Tika se enderezó con brío.

—¿Eh? -Sacado de sus reflexiones, Caramon levantó bruscamente la cabeza- ¿Qué? ¿Espada?

—Despertaremos al alguacil. Que la milicia ciudadana entre en acción. No os preocupéis, milady. Mientras hablaba, Tika desanudó su delantal-. No os llevarán de vuelta allí.

—¡No, esperad! -La mujer parecía más asustada de toda esa actividad desplegada por ella que de cualquiera que fuera el peligro que la amenazara.

—Espera un momento, Tika -dijo Caramon mientras ponía la mano en el hombro de su mujer. Y cuando Caramon utilizaba ese tono, su testaruda esposa siempre

escuchaba-. Tranquilízate. -Se volvió hacia la otra mujer, que se había puesto de pie, alarmada-. No os preocupéis, milady. No le diremos a nadie que os encontráis aquí hasta que vos no queráis que lo hagamos.

La mujer soltó un suspiro de alivio y volvió a sentarse en el banco.

—Pero, querido... -empezó Tika.

—Ha venido aquí a propósito, querida -la interrumpió Caramon-. No paró en la posada sólo buscando habitación. Vino con la idea de encontrar a alguien que viviera en Solace. Y no creo que se escapara de un lugar horrible, sino que se marchó. -Su voz se tornó severa-. Y me parece que cuando se vaya, regresará allí... por su propia voluntad.

La mujer se estremeció. Hundió los hombros y agachó la cabeza.

—Tenéis razón. He venido para encontrar a alguien de Solace. Vos, un posadero, quizá sabrías dónde podría localizar a ese hombre. He de hablar con él esta noche. No me atrevo a quedarme más tiempo. Tiempo... -Se retorció las manos enfundadas en los guantes azules-. Se está acabando.

Caramon cogió su capa, colgada en una clavija, detrás del mostrador.

—¿Quién es? Decidme cómo se llama e iré corriendo a buscarlo. Conozco a todos los que viven en Solace...

—Espera un momento. -La prudente Tika lo detuvo-. ¿Qué queréis de ese hombre?

—Puedo deciros su nombre, por no el motivo por el que quiero verlo, más por su propio bien que por el mío.

—¿Y esto traerá sobre él también ese peligro que quiera que sea en el que estáis vos? -preguntó el posadero, fruncido el ceño.

—¡No lo sé! -La mujer eludió sus ojos-. Tal vez. Lo lamento pero...

Caramon sacudió lentamente la cabeza.

—No puedo despertar a un hombre en mitad de la noche y conducirlo a lo que podría ser su perdición...

—Podría haberos mentido -adujo la mujer, que alzó sus angustiados ojos hacia él-. Podría haberos dicho que todo iría bien, pero eso no lo sé. ¡Sólo sé que soporto un secreto y he de compartirlo con la única persona viva que tiene derecho a saberlo! -Alargó la mano y cogió la de Caramon-. Hay una vida en juego. ¡No, es más que una vida! ¡Un alma!

—No nos corresponde a nosotros juzgarlo, cariño -intervino Tika-. Es ese hombre, sea quien sea, el que debe decidir por sí mismo.

—De acuerdo, iré a buscarlo. -El posadero se echó la capa sobre los hombros-. ¿Cómo se llama?

—Majere. Caramon Majere -dijo la mujer.

—¿Caramon? -exclamó él, estupefacto.

La desconocida confundió su estupefacción con reticencia.

—Sé que pido un imposible. Caramon Majere, un héroe de la Lanza, uno de los guerreros más renombrados de Ansalon, ¿cómo querría tener nada que ver con alguien como yo? Pero si no viene, decidle... -Hizo una pausa para pensar qué podía revelar-. Decidle que ge venido por algo relacionado con su hermana.

—¡Con su hermana! -Caramon se apoyó bruscamente en la pared. El golpe sacudió la posada.

—¡Paladine nos asista! -Tika entrelazó las manos con fuerza-. No será... Kitiara.

## Capítulo 2

### El hijo de Kitiara

Caramon se quitó la capa e intentó colgarla, pero no acertó a dar con la clavija y la prenda cayó al suelo. No se molestó en recogerla. La mujer observó aquello con creciente desconfianza.

—¿Por qué no vais a buscarlo?

—Porque ya lo habéis encontrado. Soy Caramon Majere.

La extraña se quedó sorprendida, y después su expresión se tornó dubitativa.

—Podéis preguntar a cualquiera -se limitó a decir Caramon mientras agitaba la mano señalando la posada y hacia fuera-. ¿Qué ganaría mintiendo? -Enrojeció, se palmeó el estómago y después se encogió de hombros-. Sé que no tengo aspecto de héroe...

La mujer sonrió de repente. El gesto la hizo parecer más joven.

—Esperaba encontrarme con un gran señor. Me alegro de que no lo seáis. Así resultará más fácil. -Lo estudió atentamente-. Ahora que os miro, tendría que haberos reconocido. Ella os describió como «un hombretón, don más músculo que cerebro, pensando siempre de dónde vendrá la próxima comida». Perdonadme, señor. Son palabras de Kitiara, no mías.

—Supongo que sabéis, milady, que mi hermana está muerta. -La expresión de Caramon se había ensombrecido-. Mi hermanastra, debería decir. Y sabéis que Kitiara era una Señora del Dragón, aliada con la Reina de la Oscuridad. ¿Por qué iba a contaros nada sobre mí? Supongo que me tendría cariño en algún momento, pero eso lo olvidó como si nada.

—Sé cómo era Kitiara, quizá mejor que la mayoría -repuso la mujer con un suspiro-. Vivió conmigo durante varios meses, ¿comprendéis? Eso fue antes de la guerra, unos cinco años antes. ¿Escucharéis mi historia desde el principio? He viajado cientos de kilómetros para encontraros, y corriendo un gran peligro.

—Quizá deberíamos esperar a mañana...

—No -lo atajó, sacudiendo la cabeza-. No me atrevo. Es más seguro viajar antes de que amanezca. ¿Querréis escuchar lo que tengo que contaros? Si decidís no creerme... -Se encogió de hombros-. Entonces os dejaré en paz.

—Prepararé algo de té -dijo Tika, que se marchó a la cocina después de posar la mano en el fornido hombro de su marido, un gesto con el que le encarecía que escuchara.

—De acuerdo. -Caramon tomó asiento pesadamente-. ¿Cómo os llamáis, milady? Si se me permite preguntarlo.

—Sara Dunstan. Resido, o residía, en Solamnia. Y fue allí, en un pueblo no muy distante de Palanthas, donde comienza mi historia.

»Por entonces tenía veinte años. Vivía sola, en una cabaña que perteneció a mis padres. La peste había acabado con los dos unos años antes. Yo también la padecí, pero fui uno de los afortunados que sobrevivió. Me ganaba la vida como tejedora, oficio que me había enseñado mi madre. Era una solterona. Oh, no me faltaron ocasiones de casarme, de joven, pero rechacé las propuestas. Los vecinos decían que era demasiado quisquillosa, pero en realidad lo que pasó es que no encontré a nadie que despertara mi amor, y no me conformaba con menos.

»No era especialmente feliz, pero pocos lo eran en aquellos duros tiempos previos a la guerra. Ignorábamos lo que nos aguardaba. En caso contrario, nos habríamos considerado dichosos.

Aceptó el vaso de té caliente que le ofreció Tika, la cual tomó asiento al lado de su marido mientras le tendía una farra con té. El hombretón la cogió, pero la dejó en la mesa y no tardó en olvidarse de ella. Su gesto era sombrío.

—Continuad, milady.

—No deberíais llamarme así. No soy y nunca fui una dama noble. Como he dicho, era tejedora. Trabajaba un día en el telar en mi casa, cuando alguien llamó a la puerta. Miré fuera. Al principio creí que era un hombre quien se encontraba de pie en el umbral de mi casa, pero de repente me di cuenta de que era una joven, vestida con armadura de cuero. Portaba espada, y el pelo, negro, tenía un corte varonil.

Tika echó una ojeada a Caramon para ver su reacción. La descripción encajaba perfectamente con Kitiara, pero el rostro del posadero se mantuvo inexpresivo.

—Empezó a pedirme algo, agua, creo, pero antes de que pudiera decir nada se desplomó inconsciente a mis pies.

»La metí en casa. Estaba muy enferma, eso saltaba a la vista. Corrí a buscar a una anciana, una druida, que era la curandera del pueblo. Esto ocurrió antes de que los clérigos de Mishakal reaparecieran, pero la druida era diestra a su manera y había salvado muchas vidas. Quizá se debió a eso por lo que nunca caímos en las mentiras de aquellos falsos clérigos y sus trucos.

»Pero cuando regresé con la druida, la mujer, Kitiara, dijo que se llamaba, había vuelto en sí e intentaba levantarse de la cama, pero se encontraba demasiado débil. La anciana la examinó y le dijo que se tumbara y no se moviera.

»Kitiara se opuso. “Sólo es un poco de fiebre”, dijo. “Dadme algo para bajarla y me pondré en camino”.

“No es fiebre y lo sabes bien”, repuso la druida. “Estás preñada y si no te tumbar y descansas perderás ese niño.

El rostro de Caramon se había quedado blanco de repente. Tika, que también había empalidecido, tuvo que soltar su taza de té por miedo a derramas el líquido. Alargó la mano para agarrar la de su marido. El fortísimo apretón de él fue agradecido.

»¡Quiero perder al mocoso!” Kitiara empezó a maldecir ferozmente.

Jamás había oído utilizar un lenguaje tan grosero a una mujer. -Sara se estremeció-. Era horrible escucharla, pero la druida ni se inmutó-. “Sí, perderás al bebé, y a ti con él. Morirás si no tienes cuidado.”

»Kitiara rezongó algo sobre no creer a una necia vieja desdentada, pero me di cuenta de que estaba asustada, quizá por encontrarse tan débil y enferma. La druida quería llevarla a su casa, pero yo dije que no, que me encargaría de cuidarla. Tal vez os parezca extraño, pero estaba sola y... había algo que admiraba de vuestra hermana.

Caramon sacudió la cabeza, sombrío el gesto. Sara sonrió y se encogió de hombros.

—Era fuerte e independiente -continuó-. Era lo que yo habría sido si hubiese tenido el coraje suficiente. Así pues, se quedó conmigo. Estaba muy enferma. Tenía las fiebres, de las que se cogen en los pantanos, y estaba fuera de sí por lo del bebé. Obviamente no lo quería, y la ira por estar embarazada no la ayudaba en absoluto.

»La cuidé hasta que las fiebres remitieron. Estuvo enferma un mes o más. Por fin mejoró, y no perdió el bebé, pero las fiebres la dejaron muy debilitada... ya sabéis cómo es eso. Apenas podía levantar la cabeza de la almohada. -Sara suspiró-. Cuando

estuvo bien, lo primero que pidió a la druida fue que le diera algo para poner fin al embarazo.

»La anciana le dijo que, para entonces, ya era demasiado tarde. Que perdería la vida. A Kitiara eso no le gustó, pero estaba demasiado débil para discutir o para cualquier otra cosa. A partir de ese momento, empezó a contar los días que faltaban para el nacimiento del bebé. “Ese día me libraré del pequeño bastardo”, repetí, “y podré reanudar la marcha”.

Caramon tragó saliva sonoramente, tosió, y su gesto se tornó aún más sombrío. Tika le apretó la mano.

—Llegó la hora del parto -prosiguió Sara-. Para entonces, Kitiara había recobrado las fuerzas, por suerte, ya que fue un parto largo y difícil. Tras dos días con contracciones, por fin nació el bebé. Era un niño, un niño sano y fuerte. Por desgracia, no podía decirse lo mismo de Kitiara. La druida, a la que no le caía nada bien, le dijo sin rodeos que probablemente iba a morir y que debería decirle a alguien quién era el padre, para que así ese hombre pudiera reclamar su vástago.

»Esa noche, cuando estuvo al borde la muerte, Kitiara me dijo el nombre del padre del bebé y todas las circunstancias que rodearon su concepción. Mas, debido a esas circunstancias y a quién era el padre me obligó a jurar que no se lo diría a él.

»Fue muy vehemente respecto a eso. Me hizo prestar un juramento terrible por la memoria de mi madre. “Lleva al chico con mis hermanos Caramon y Raistlin Majere. Criarán a mi hijo para que sea un gran guerrero, en especial Caramon. Es un buen luchador. Lo sé, porque le enseñé yo.

»Se lo prometí. Le habría prometido cualquier cosa. Sentía mucha lástima por ella. Estaba tan abatida y tan débil que no me cupo duda de que iba a morir. “¿Hay alguna cosa que pueda llevar a tus hermanos para convencerles de que el niño es tuyo?”, le pregunté. “Si no, ¿por qué iban a creerme ¿Alguna joya que puedan reconocer por ejemplo”.

»No tengo joyas. Sólo mi espada. Lleva mi espada a Caramon. La reconocerá. Y dile... dile...” Kitiara miró débilmente en derredor y sus ojos se detuvieron en el bebé, que plañía desconsoladamente en una cuna junto a la chimenea.

»Mi hermano pequeño solía llorara así”, susurró. “Raistlin siempre estaba enfermo. Y cuando lloraba, Caramon intentaba entretenerlo para que se calmara. Había figuras de sombras así.” Levantó las manos, pobrecilla, apenas tenía fuerzas para ello, y puso los dedos de manera que formó la cabeza de un conejo, así.

»Y Caramon le decía: Mira Raist, conejitos.”

Caramon emitió un profundo gemido y reclinó la cara en las manos. Tika lo rodeó con el brazo y le susurró algo.

—Lo siento -dijo, preocupada, Sara-. Olvidé lo terrible que esto sería para vos. No tenía intención de disgustaros, sólo quería demostrar...

—No pasa nada, milady. -Caramon alzó la cabeza. Su semblante estaba demacrado pero sereno-. Los recuerdos son duros a veces, sobre todo cuando surgen... así. Pero ahora os creo, Sara Dunstan, y siento no haberlo hecho antes. Sólo Kit o... o Raist habrían sabido ese detalle.

—No tenéis que disculparos. -Sara bebió un sorbo de té y rodeó la taza con las manos para calentársela-. Por supuesto, Kitiara no murió. La vieja druida no podía creérselo. Decía que Kitiara debía de haber hecho un pacto con Takhisis. Posteriormente pensé en eso, cuando me enteré de que Kitiara era responsable de la

muerte de tantas personas. ¿Prometería almas a la Reina Oscura a cambio de la suya? ¿Fue por eso que Takhisis la soltó?

—¿Que idea tan espantosa! -Tika se estremeció.

—No es ninguna fantasía -contestó Sara con aire apagado-. He visto hacerlo.

Guardó silencio durante unos largos segundos mientras Caramon y Tika la contemplaban con horror. Ahora la veían como la vieron en el primer momento, llevando el yelmo del Mal y el lirio de la muerte como ornamento.

—Decís que el niño vivió -manifestó bruscamente el posadero, ceñudo-. Presumo que Kit lo dejó atrás.

—Sí -Sara reanudó su relato-. Kitiara no tardó en encontrarse lo bastante fuerte para proseguir su viaje, pero durante su recuperación le cogió cierta simpatía al pequeño. Era un niño excelente, despierto bien formado. “No puedo quedarme con él”, me dijo. “Están a punto de ocurrir cosas trascendentales. Se están creando ejércitos en el norte, y me propongo hacer fortuna con mi espada. Encuéntrale un buen hogar. Enviaré dinero para su crianza, y cuando tenga edad suficiente para ir a la guerra conmigo, volveré a buscarlo”.

»“¿Y tus hermanos?”, me aventuré a sugerirle.

»Se volvió hacia mí furiosa. “¡Olvida que dije que tenía familia! ¡Olvida todo lo que te conté! ¡Y sobre todo olvida lo que dije sobre su padre!”

»Accedí, y entonces le pregunté si podía ser yo quien se quedara con el niño. - Sara tenía la vista prendida en el fuego de la chimenea; su tez se sonrojó-. Veréis, me sentía muy sola, y siempre había querido tener un hijo. Me pareció que los dioses, si es que existían, habían escuchado mis plegarias.

»A Kitiara le encantó la idea. Había acabado confiando en mí, e incluso creo que hasta me apreciaba un poco, tanto como ella podía apreciar a otra mujer. Me prometió que enviaría dinero cuando dispusiera de él. Le dije que eso no me importaba, que podía mantenerme a mí misma y a un niño. Y le prometí que le escribiría cartas contándole cosas del pequeño. Luego, cuando se marchó, le dio un beso y me lo puso en los brazos.

»“¿Qué nombre quieres ponerle?”

»“Llámalo Steel”, respondió. Y se rió cuando lo dijo, una especie de broma, considerando el apellido de la criatura.

—Que sería Semielfo -le susurró Caramon a Tija en un aparte-. No le veo la gracia, a no ser una broma de mal gusto para el pobre Tanis. Todos estos años sin saberlo. -Sacudió la cabeza, sombrío.

—¿Chist! -Instó en un susurro Tika-. Eso no lo sabes con certeza.

—¿Qué? -Preguntó Sara, que había oído el intercambio-. ¿Qué decís?

—Lo siento, pero no pillo la chanza -repuso Caramon-. Por lo del apellido del bebé. «Semielfo», ¿entendéis?

—¿Semielfo? -Sara estaba perpleja.

Sonrojado, extremadamente azorado, el posadero tosió.

—Mirad, todos sabemos lo de Tanis y Kit, así que ya no tenéis que ocultarlo...

—Ah, creéis que el padre del bebé era Tanis Semielfo -dijo Sara, entendiendo de repente-. No, os equivocáis.

—¿Estáis segura? -Caramon se quedó desconcertado-. Podría haber habido alguien más, por supuesto...

—Cualquiera con pantalones -masculló Tika entre dientes.

—Pero dijisteis que el bebé nació cuatro años antes de la guerra. Kit y Tanis eran amantes, y eso tuvo que ocurrir después de que se marchara de Solace con... - El hombretón enmudeció de golpe y miró a Sara de hito en hito-. ¡Eso es imposible! -Gruñó- Kit mintió. No me lo creo.

—¿A qué te refieres? -Demandó Tika-. ¡No entiendo nada! ¿De qué habláis?

—¿No recuerdas que por aquel entonces...?

—Caramon, era una cría cuando tú, Raistlin y los demás os marchasteis de Solace -lo interrumpió-. Y ninguno de vosotros mencionó nunca lo que ocurrió durante esos cinco años.

—Cierto, nunca hablamos de nuestros viajes -convino lentamente Caramon, dando voz a sus pensamientos-. Fuimos en busca de los verdaderos dioses, ésa era nuestra meta, pero, mirándolo desde la perspectiva actual, me doy cuenta de que en realidad salimos a buscarnos a nosotros mismos. ¿Cómo puede un hombre o una mujer describir ese periplo? Y así, guardamos silencio, guardamos las historias en nuestros corazones, y dejamos que los tejedores de leyendas, que sólo buscan sacar una moneda de acero, se inventaran las historias absurdas que quisieran.

Observó larga y seriamente a Sara, la mujer bajó la vista a la taza de té, que se enfriaba entre sus manos.

—Admito que no tengo pruebas. Es decir -rectificó-, tengo pruebas, pero nada que pueda presentar en este momento. -Levantó la cabeza con gesto desafiante-. Hasta ahora me habéis creído.

—Ya no sé qué creer -contestó el posadero. Se puso de pie y se acercó a la chimenea.

—¿Quiere alguien explicarme qué pasa? ¿Cuál era el nombre del bebé? -demandó, exasperada, Tika.

—Brightblade. Steel Brightblade\* -Respondió Sara.

\*En inglés Steel es acero y Brightblade es hoja resplandeciente (N de t)

## Capítulo 3

### Rosa blanca, lirio negro

—¡Los dioses nos protejan! -Exclamó Tika-. Pero significaría... ¡Qué extraño linaje! ¡Bendito sea Paladine! -Se levantó del banco y miró fijamente, horrorizada, a su marido-. ¡Ella lo mató! ¡Kitiara mató al padre de su hijo!

—No me lo creo -repitió Caramon con voz enronquecida. Tenía metidas las manos en los bolsillos del pantalón; taciturno, dio un golpe con el pie a un tronco que amenazaba con caerse de la rejilla, provocando que un montón de chispas ascendieran por el tiro de la chimenea-. Sturm Brightblade era un caballero, en espíritu, ya que no según las reglas de la Orden. Él jamás... -Caramon hizo una pausa y su rostro enrojeció-. Bueno, nunca haría algo así.

—También era un hombre. Un hombre joven -adujo suavemente Sara.

—¡Vos no lo conocíais! -Caramon se volvió hacia ella, enfadado.

—Pero lo conocí después, en cierto sentido. ¿Vais a escuchar el resto de mi historia?

Tika posó la mano en el fornico hombro de su marido.

—«Cerrar los oídos no cierra la boca a la verdad» -dijo, citando un antiguo proverbio elfo.

—No, pero acalla los chismorreos de las lenguas largas -masculló el hombretón-. Decidme: ¿Ese niño aún vive?

—Sí, vuestro sobrino vive -contestó seriamente Sara, cuya expresión era triste y preocupada-. Tiene veinticuatro años, y él es la razón de que me encuentre aquí.

Caramon soltó un profundo suspiro nacido de su acongojado corazón.

—De acuerdo, continuad -accedió.

—Como vos dijisteis, Kitiara y el joven caballero partieron de Solace, encaminándose hacia el norte. Buscaban noticias de sus respectivos padres, que habían sido Caballeros de Solamnia, de modo que parecía lógico que realizasen juntos el viaje. Sin embargo por lo que deduje, formaban una pareja muy dispar.

»Las cosas fueron mal entre ellos desde el principio. La propia naturaleza de sus búsquedas era distinta. La de Sturm, sagrada, buscando a un padre que había sido parangón de la caballería. Todo lo contrario que el de Kit. Ella sabía, o al menos sospechaba, que su padre había sido expulsado de la Orden, desacreditado. Puede que incluso hubiese estado en contacto con él. Ciertamente, algo la atraía hacia los ejércitos de la Reina Oscura que se estaban formando en secreto en el norte.

»Al principio, Kit pensó que el joven Brightblade, con su dedicación estricta y su fervor religioso, resultaba divertido. Pero no duró mucho. Enseguida la aburrió. Y después empezó a molestarla profundamente. Se negaba a quedarse en las tabernas, afirmando que eran lugares de perversión. Se pasaba las noches entonando sus rezos rituales, y de día la sermoneaba severamente por sus pecados. Eso podría haberlo tolerado, pero entonces el joven caballero cometió un terrible error. Intentó ponerse al mando, tomar las riendas.

»Kitiara no podía permitir tal cosa. Ya la conocíais. Tenía que tener bajo su control cualquier situación. -Sara sonrió tristemente-. Esos pocos meses que pasó en mi casa hicimos las cosas a su modo. Comíamos lo que ella quería comer. Hablábamos de lo que quería hablar.

»"Sturm era exasperante", me contó, y sus negros ojos chispeaban cuando hablaba de él, meses más tarde. "Era la mayor, y la que más experiencia tenía en la lucha. ¡Pero si ayudé a entrenarlo a él! ¡Y tuvo la desfachatez de empezar a darme órdenes!"

»Cualquier otra persona se habría limitado a decirle: "Mira, amigo mío, no congeniamos. Esto no funciona. Separemos nuestros caminos."

»Pero Kitiara, no. Quería destrozarlo, darle una lección, demostrando quién era más fuerte. Al principio, dijo, se planteó provocarlo para tener un duelo y derrotarlo en combate. Pero después decidió que eso no sería lo bastante humillante. Y concibió una venganza adecuada. Demostraría al joven caballero que la coraza de su pretendida superioridad moral se abollaría al primer golpe. Lo seduciría.

Caramon tenía prietas las mandíbulas y el rostro rígido. Su corpachón rebulló con desasosiego, apoyando el peso ora en un pie ora en otro. Por mucho que quisiera dudar, era obvio -conociendo como los conocía a los dos- que veía claramente lo que había ocurrido.

—La seducción de Brightblade se convirtió en un juego para Kit, un incentivo en que daba sabor a un viaje que se había vuelto monótono y aburrido. Sabéis lo encantadora que podía ser vuestra hermana cuando se lo proponía. Dejó de discutir con Sturm. Fingió tomarse en serio todo lo que él decía y hacía. Lo admiraba, lo alababa. Sturm era honrado, idealista, quizás un tanto pomposo, después de todo, era joven, y empezó a pensar que había domado a aquella salvaje mujer, que la había conducido al camino del Bien. Y, no me cabe duda, habría empezado a enamorarse de ella. Fue entonces cuando Kit comenzó a tentarlo.

»El pobre caballero debió de luchar dura y largamente contra sus pasiones. Había prestado juramento de castidad hasta el matrimonio, pero era humano, con la sangre ardiente de un hombre joven. A esa edad, a veces el cuerpo parece actuar con voluntad propia, arrastrando consigo al reacio espíritu. Kitiara tenía experiencia en ese campo, todo lo contrario que el joven e ingenuo caballero. Dudo que Sturm supiera lo que estaba pasando hasta que fue demasiado tarde, cuando su deseo era demasiado intenso para poder soportarlo. -Sara bajó la voz.

»Una noche, él recitaba sus plegarias. Era el momento elegido por Kit. Su venganza sería completa si podía seducirlo apartándole de su dios. Y lo consiguió.

Sara se quedó callada. Los tres permanecieron en silencio. Caramon miraba fijamente las moribundas brasas, y Tika retorció el delantal entre sus manos.

—A la mañana siguiente -continuó Sara-, el joven caballero fue plenamente consciente de lo ocurrido. Para él, lo que habían hecho era pecaminoso. Intentó enmendarlo del único modo que creía que podía hacerlo. Le pidió que se casara con él. Kitiara se echó a reír. Lo ridiculizó, burlándose de él, de sus votos, de su fe. Le dijo que todo había sido un juego, que no lo amaba, que, de hecho, lo despreciaba.

»Alcanzó su objetivo. Lo vio desmoronado, avergonzado, como había esperado. Lo zahirió, lo atormentó. Y después lo abandonó.

»Me explicó su aspecto -dijo Sara-. "Como si le hubiese atravesado el corazón con una lanza. ¡La próxima vez que se quede tan blanco, lo enterrarán!"

—Maldita Kit -masculló Caramon en voz baja. Descargó el puño contra los ladrillos de la chimenea-. Maldita.

—¡Calla, Caramon! -Intervino rápidamente su mujer-. Está muerta. ¿Quién sabe a qué espantoso castigo se enfrenta ahora?

—Me pregunto si su sufrimiento será suficiente -intervino Sara con voz queda-. Por entonces yo misma era joven e idealista, y podía imaginar cómo debió de sentirse el pobre hombre. Intenté decírselo a Kitiara, pero se enfureció. “Lo merecía”, afirmó. Y, después de todo, él tuvo su venganza. Así es como Kit veía su embarazo, como una venganza de Sturm. Y fue por eso por lo que me hizo prometer no contarle a nadie quién era su padre.

Caramon rebulló.

—Entonces, ¿por qué me lo contáis a mí? ¿Qué importancia tiene ahora? Si es verdad, lo mejor es dejarlo en el olvido. Sturm Brightblade fue un buen hombre. Vivió y murió por sus ideales y los de la caballería. Uno de mis hijos lleva su nombre. No quiero que ese nombre quede deshonrado. -Se le ensombreció el gesto-. ¿Qué es lo que queréis? ¿Dinero? No tenemos mucho, pero...

Sara se puso de pie. Tenía lívido el rostro; era como si la hubiese golpeado.

—¡No quiero vuestro dinero! ¡Si fuera eso lo que buscara, habría venido hace años! Vine buscando vuestra ayuda, porque oí que erais un buen hombre. Obviamente no es así.

Echó a andar hacia la puerta.

—¡Caramon, eres un zopenco! -Tika corrió en pos de Sara y la agarró cuando se ponía la capa-. Perdonadlo, por favor, milady. No habló en serio. Está dolido y angustiado, eso es todo. Esto ha sido un golpe para los dos. Vos habéis vivido durante años sabiendo ese secreto, pero para nosotros ha sido como un mazazo entre los ojos. Volved y sentaos.

Tika tiró de Sara hacia el banco. Caramon estaba tan colorado como las brasas de la chimenea.

—Lo siento, Sara Dunstan. Tika tiene razón. Me siento como un buey derribado de un hachazo. No sé ni lo que me digo. ¿Cómo podemos ayudaros?

—Tenéis que escuchar el resto de mi historia -dijo Sara. Se tambaleó cuando iba a sentarse, y se habría desplomado si Tika no la hubiera sostenido-. Perdonadme. Estoy muy cansada.

—¿No deberíais descansar primero? -Sugirió Tika-. Ya habrá tiempo mañana de...

—¡No! -Sara se sentó muy derecha-. Tiempo es lo que nos falta. Y esa debilidad no es física, sino anímica.

»El hijo de Kitiara tenía semanas cuando ella se marchó. Ni él ni yo volvimos a verla. Tampoco diré que lo sentí. Amaba al pequeño tanto como si fuera mi propio hijo. Quizá más, porque, como ya he dicho, parecía que hubiera sido un regalo de los dioses para aliviar mi soledad. Kitiara cumplió su promesa. Me enviaba dinero a mí y regalos para Steel. Pude seguir su progreso con el paso de los años porque las sumas de dinero aumentaban y los regalos eran más costosos. Estos eran todos de naturaleza bélica: espadas y escudos pequeños, una navaja pequeña con el puño de plata labrado en forma de dragón para su cumpleaños. Steel adoraba esas armas. Como Kit había previsto, era un guerrero nato.

»Cuando tenía cuatro años, estalló la guerra. El dinero y los regalos dejaron de llegar. Kitiara tenía asuntos más importantes en su cabeza. Oí historias sobre la Dama Oscura, de cómo había ascendido en el favor del Señor del Dragón Ariakas, el general de los ejércitos del Mal Recordé lo que me había dicho sobre que cuando el niño fuera lo bastante mayor para entrar en combate regresaría a buscarlo. Miraba a Steel,

y aunque sólo tenía cuatro años era más fuerte, más alto y más inteligente que la mayoría de niños de su edad.

»Si alguna vez lo echaba en falta, estaba segura de que lo encontraría en la taberna, escuchando relatos sobre batallas con la boca abierta y una expresión anhelante en los ojos. Los soldados eran mercenarios... mala gente. Se mofaban de los Caballeros de Solamnia, los llamaban flojos, por esconderse detrás de sus armaduras. No me gustaba lo que Steel estaba aprendiendo. Nuestra ciudad era pequeña, sin más protección que aquella chusma, y yo temía que estuviesen aliados con las fuerzas de la Reina de la Oscuridad. En consecuencia, me fui.

»Mi hijo -Sara lanzó una fiera mirada a Caramon, como retándole a que osara objetar contra eso- y yo nos trasladamos a Palanthas. Creí que allí estaríamos a salvo, y quería que el chico creciese entre los Caballeros de Solamnia para que descubriera la verdad sobre el honor y el Código y la Medida. Pensé que eso podría... podría... - Sara hizo una pausa e inspiró temblorosamente antes de proseguir-. Confíaba en que eso podría contrarrestar la oscuridad que veía en él.

—¿En un niño? -El tono de Tika sonó incrédulo.

—Incluso siendo un niño. Quizá peséis que me influía conocer las dos sangres tan dispares que corrían por sus venas, pero os juro por los dioses del Bien, cuyos nombres ya no puedo pronunciar con inocencia, que veía literalmente la batalla que se libraba para conquistar su alma. Todas sus buenas cualidades estaban enfangadas por el Mal, y todas sus características malignas, recubiertas por el Bien. ¡Lo veía ya entonces! Y ahora es aún más evidente.

Agachó la cabeza; dos lágrimas se deslizaron por sus pálidas mejillas. Tika la rodeó con el brazo, y Caramon se apartó de la chimenea y se situó protectoramente cerca de ella.

—Estaba en Palanthas cuando oí hablar de Sturm Brightblade por primera vez -continuó Sara-. A otros caballeros, y no de un modo particularmente aprobados. Se lo criticaba por estar asociado con gente extraña, una doncella elfa, un kender y un enano, y se comentaba que desafiaba la autoridad. Pero la gente corriente de la ciudad confiaba en Sturm y lo apreciaba, mientras que no se fiaba de muchos de los otros caballeros ni le caían bien. Hablé de Sturm con Steel, aproveché todas las oportunidades que se me presentaron para hacerle ver la nobleza y el honor de su padre...

—¿Sabía Steel la verdad? -La interrumpió Caramon.

—No. -Sara sacudió la cabeza-. ¿Cómo iba a decírselo? Podría haberlo confundido. Es extraño, pero nunca me preguntó quiénes eran sus padres, a pesar de que jamás oculté que no era su verdadera madre. Había demasiada gente en mi pequeña ciudad que sabía lo ocurrido. Pero he vivido, y sigo viviendo, con el miedo a la pregunta: ¿quiénes son mis verdaderos padres?

—¿Queréis decir que lo ignora? -Caramon no salía de su asombro-. ¿Al día de hoy?

—Sabe quién es su madre. Ya se encargó la gente de decírselo. Pero no ha preguntado el nombre de su padre una sola vez. Quizá cree que no lo sé.

—O quizá no quiere saberlo -sugirió Tika.

—Sigo opinando que debería estar informado -arguyó Caramon.

—¿Eso creéis? -Sara le asestó una mirada agría-. Planteaos esto. Recordad la batalla en la Torre del Sumo Sacerdote. Como sabéis, los caballeros ganaron. La

Señora del Dragón, Kitiara, fue derrotada, pero ¿a qué terrible precio? Como dijisteis, mató a Sturm Brightblade, cuando él se encontraba solo en las almenas.

»Me quedé horrorizada cuando me enteré de lo ocurrido. ¿Podéis imaginar lo que sentí? Miraba a Steel y sabía que su madre había matado al hombre que fue su padre. ¿Cómo podía explicar algo semejante a un chico cuando ni yo misma era capaz de entenderlo?

—No sé -Caramon suspiró, taciturno-. No sé.

—Vivíamos en Palanthis cuando la guerra acabó -prosiguió Sara-. Y entonces sí que me asusté de verdad. Me aterrorizaba la idea de que Kitiara empezase a buscar a su hijo. Tal vez lo hizo. En cualquier caso, no dio con nosotros. Al cabo de un tiempo, me enteré de que había iniciado una relación el hechicero Dalamar, un elfo oscuro, un aprendiz de su hermano que en ese momento era el Señor de la Torre de la Alta Hechicería de Palanthis.

El semblante de Caramon asumió una expresión plácida, seria y nostálgica, como ocurría siempre que se mencionaba a su hermano.

—Perdonadme, Caramon -dijo en voz queda Sara-, pero cuando oí las historias sobre vuestro hermano, lo único que se me ocurrió pensar fue: más sangre oscura corriendo por las venas de mi niño. Y me daba la impresión de que Steel se hundía más y más en las sombras cada día. No era como otros niños de su edad. Todos jugaban a la guerra, pero para Steel no era un juego. A no tardar, los otros chiquillos se negaron a jugar con él. Los hacía daño, ¿comprendéis?

—¿Daño? -Tika abrió mucho los ojos.

—No era intencionadamente -se apresuró a aclarar Sara-. Después siempre lo lamentaba. No disfrutaba infligiendo dolor, gracias a los dioses. Pero, como ya he dicho, los juegos no eran tal para él. Luchaba con una fogosidad que ardía en sus ojos. Los enemigos imaginarios eran reales para él. Y así, los otros niños le rehuían. Se sentía solo, lo sé, pero era orgulloso y nunca lo habría admitido.

»Y entonces estalló la guerra en Palanthis, cuando lord Soth y Kitirara atacaron la ciudad. Mucha gente perdió la vida. Nuestra casa quedó destruida en los incendios que hubo por toda la ciudad, pero lloré de alivio cuando supe que Kitiara había muerto. Por fin, pensé, Steel estaba a salvo. Recé para que se disipara la nube oscura que lo envolvía, para que empezara a crecer en el camino de la Luz. Mis esperanzas se truncaron.

»Una noche, cuando Steel tenía doce años, me despertó una fuerte llamada a la puerta. Miré por la ventana y vi tres figuras envueltas en capas negras, montadas a caballo. Todos mis temores volvieron de golpe. De hecho me asusté tanto que desperté a Steel y le dije que debíamos huir, escapar por la puerta trasera. Se negó a marcharse. Creo... creo que una oscura voz lo llamaba. Me dijo que huyera yo si quería, pero que él no lo haría. No tenía miedo.

»Los hombres golpearon de nuevo en la puerta. Su cabecilla era... ¿Recordáis que mencioné a Ariakas?

—El Señor del Dragón del Ala Roja del ejército de los Dragones. Murió en el templo, durante el asalto final. ¿Qué tiene él que ver con todo esto?

—Algunos comentaban que era amante de Kit -medió Tika.

—No habría sido la primera -comentó Sara al tiempo que se encogía de hombros-, y probablemente tampoco la última. Pero, por lo que me contaron, Zeboim, hija de Takhisis, estaba enamorada de Ariakas, se convirtió en su amante y le dio un hijo, llamado Ariakan. Éste combatió en las tropas, a las órdenes de su padre,

durante la Guerra de la Lanza. Era un guerrero avezado que luchó valientemente. Cuando los Caballeros de Solamnia lo capturaron, más muerto que vivo, se quedaron tan impresionados por su valentía que, a pesar de ser su prisionero, lo trataron con todo respeto.

»Ariakan estuvo preso muchos años, hasta que finalmente lo soltaron pensando, erróneamente, que en esos tiempos de paz no podría causar ningún daño. Ariakan había aprendido mucho durante su forzada permanencia con los caballeros. Llegó a admirarlos a pesar de que los despreciaba por lo que consideraba su debilidad.

»Poco después de que Ariakan fuese puesto en libertad, Takhisis se le apareció en su forma de Guerrero Oscuro. Le ordenó que fundase una orden de caballeros dedicados a ella, del mismo modo que los caballeros de Solamnia estaban dedicados a Paladine. “Los que ahora son niños crecerán a mi servicio -le dijo-. Los educarás para que me veneren. Me pertenecerán en cuerpo y alma. Cuando se hayan hecho hombres, estarán preparados para dar la vida por mi causa.”

»Casi de forma inmediata, Ariakan empezó a “reclutar” muchachos para su abominable ejército. -La voz de Sara se convirtió en un susurró-. Ariakan era el hombre plantado en la puerta.

—¡Bendito Paladine! -exclamó Tika, acongojada.

—Había descubierto lo del hijo de Kitiara. -Sara sacudió la cabeza-. No sé muy bien cómo. Según él, Kit le había dicho lo del niño a su padre, pero no di crédito a eso. Creo... Creo que fue el hechicero Dalamar, el maligno Señor de la Torre de la Alta Hechicería de Palanthis, quien encaminó a Ariakan hacia nosotros.

—Pero Dalamar me lo habría contado -protestó Caramon-. Él y yo somos... bueno... -El hombretón vaciló mientras Sara lo observaba de hito en hito, muy abiertos los ojos-. No amigos, pero nos tenemos un mutuo respeto. Y el chico es mi sobrino, después de todo. Sí, Dalamar me lo habría dicho...

—¡Ni hablar! -Sara resopló-. Y al y a la postre es un hechicero Túnica Negra. Dalamar sirve a la Reina de la Oscuridad y a sí mismo, y no necesariamente en ese orden. Si vio que Steel podría resultar valioso... -Se encogió de hombros.

»Quizá Dalamar sólo seguía órdenes -musitó Sara mientras echaba una ojeada temerosa hacia la ventana, a la noche-. Takhisis quiere a Steel. Eso lo creo de todo corazón. Ha hecho cuanto ha estado en su poder para conseguirlo... ¡Y está a punto de tener éxito!

—¿Qué queréis decir? -demandó Caramon.

—Es la razón de que me encuentre aquí. Esa noche, Ariakan le hizo una oferta a Steel: convertirlo en un paladín oscuro. -Sara alargó la mano hacia su capa y asió el broche del lirio negro con mano temblorosa-. Un Caballero de Takhisis.

—No existe semejante orden perversa -protestó el posadero horrorizado.

—Existe -o contradijo Sara en voz baja-, aunque muy pocos lo saben. Pero se sabrá. Oh, sí, se sabrá. -Se quedó en silencio, temblando, y al cabo volvió a arrebujarse en la capa.

—Continuad -pidió, sombrío, Caramon-. Creo que sé hacia dónde se encamina esto.

—El hijo de Kitiara se encontraba entre los primeros que Ariakan buscó. He de admitir que es astuto. Sabía exactamente cómo manejar a Steel. Habló al chico de hombre a hombre, le dijo que le enseñaría a ser un poderoso guerrero, un líder de legiones. Le prometió gloria, riquezas, poder. Steel estaba fascinado. Esa noche accedió a irse con Ariakan.

»Nada de cuanto dije o hice, ni siquiera mi llanto, sirvió para que Steel cambiara de idea. Sólo conseguí una concesión: podía acompañarlo. Ariakan accedió a ello sólo porque supuso que yo podría serle útil. Necesitaría a alguien que cocinara para los chicos, arreglara sus ropas y se ocupara de la limpieza. Eso y... que se encaprichó de mí -concluyó Sara en voz queda.

»Sí -añadió, en parte avergonzada y en parte desafiante-, me convertí en su amante. Lo fui durante muchos años, hasta que fui demasiado mayor para interesarle. El semblante de Caramon se ensombreció.

—Entiendo. -Tika palmeó suavemente la mano de la otra mujer-. Os sacrificasteis por vuestro hijo. Para estar cerca de él.

—¡Fue la única razón! ¡Lo juro! -Gritó vehementemente Sara-. ¡Los odiaba a ellos y lo que representaban! Detestaba a Ariakan. ¡No imagináis lo que tuve que soportar! Muchas veces deseé acabar con mi vida. La muerte habría sido mucho más fácil. Pero no podía abandonar a Steel. Todavía alienta la bondad en él, aunque ellos hicieron todo lo posible para pisotear y apagar esa chispa. Me quiere y me respeta, para empezar. Ariakan se habría librado de mi hace mucho tiempo de no ser por Steel. Mi hijo me ha protegido y defendido, en detrimento propio, aunque nunca habla de ello. Ha visto a otros ascender a caballeros antes que él. Ariakan ha frenado la promoción de Steel por culpa mía.

»Mi hijo es leal. Y honorable, como su padre. Ambas cosas en extremo, quizá, porque al igual que es leal conmigo también lo es con ellos. Ha vinculado su vida con esa orden perversa y está plenamente volcado en ella. Finalmente, se le ha ofrecido la oportunidad de convertirse en uno de ellos. Dentro de tres noches, Steel Brightblade, prestará el juramento, tomará los votos y entregará su alma a la Reina de la Oscuridad. Ésa es la razón de que haya acudido a ves, de que haya arriesgado la vida, porque si Ariakan descubre lo que he hecho, me matará. Ni siquiera mi hijo podrá impedirselo.

—No -lo interrumpió Sara, que posó tímidamente su mano en la del hombretón-. Quiero que impidáis que mi hijo, vuestro sobrino, tome tales votos. Es el alma del honor, aunque esa alma sea oscura. Debéis convencerlo de que está cometiendo un terrible error.

Caramon la miraba de hito en hito, estupefacto.

—Si vos, su madre, una mujer a la que ama, no ha podido hacerlo cambiar durante todos estos años, ¿qué puedo hacer yo?

—Vos no -convino Sara-. Pero quizá sí haga caso a su padre.

—Su padre está muerto, milady.

—Me he enterado de que el cadáver de Sturm Brightblade reposa en la Torre del Sumo Sacerdote. Se cuenta que el cuerpo posee poderes milagrosos. ¡Sin duda el padre intervendría para ayudar a su hijo!

—Bueno... Tal vez... -Caramon no parecía muy convencido-. He visto cosas extrañas a lo largo de mi vida, pero sigo sin entender qué queréis que haga yo.

—Quiero que llevéis a Steel a la Torre del Sumo Sacerdote.

El hombretón se quedó boquiabierto.

—¡Así sin más ni más! -Exclamó cuando salió de su sorpresa-. ¿Y si resulta que él no quiere ir?

—Oh, no querrá -comentó Sara sin vacilar-. Tendréis que hacer uso de la fuerza. Probablemente llevarlo a punta de espada. Y eso no será fácil. Es fuerte y diestro con las armas, pero podréis hacer. Sois un Héroe de la Lanza.

Perplejo, totalmente confundido, Caramon miró a la mujer sumido en un silencio incómodo.

—Tenéis que hacerlo -imploró Sara, uniendo las manos en un gesto de súplica. Las lágrimas corrieron por sus mejillas, incontenibles, cuando el cansancio, el miedo y la pena la superaron finalmente-. ¡O el hijo de Sturm Brightblade se perderá!

## Capítulo 4

### Caramon intenta recordar donde guardó su armadura

—Bien -dijo Tika mientras se ponía de pie con actitud enérgica-, si tenéis que marcharos antes del amanecer, más vale que empieces a prepararte.

—¿Qué? -Caramon miró fijamente a su esposa-. No hablarás en serio.

—Por supuesto que sí.

—Pero...

—El chico es tu sobrino, instó Tika, puesta en jarras.

—Sí, pero...

—Y Sturm era tu amigo.

—Eso ya lo sé, pero...

—Es tu deber, y no se hable más -concluyó Tika-. Veamos, ¿dónde guardamos tu armadura? -Lo miró con actitud crítica-. El peto no servirá, pero la cota de malla podría...

—¿Esperas que vaya montado en un Dragón Azul a un... una...? -Caramon miró a Sara.

Una fortaleza -dijo ésta-. En una isla muy al norte en el mar de Serrion.

—Una fortaleza en una isla. Una plaza fuerte secreta. ¡Repleta de legiones de paladines oscuros dedicados al servicio de Takhisis! Y, una vez allí, se supone que habré de raptar a un caballero adiestrado, en la flor de la vida, y llevarlo a rastras a hacer una visita a la Torre del Sumo Sacerdote. E incluso si llego vivo allí, cosa que duda, ¿esperas entonces que los caballeros de Solamnia nos dejen entrar por las buenas? ¿A mí y a un caballero del Mal?

Caramon no tuvo más remedio que gritar eso último, ya que Tika había ido a la cocina dejándolo con la palabra en la boca.

—¡Si un grupo no me mata, lo hará el otro! -bramó.

—No chilles, querido, o despertarás a los chicos -advirtió su mujer, que regresaba cargada con una bolsa que olía a carne asada y un odre-. Tendrás hambre por la mañana. Iré a coger una camisa limpia. Tendrás que buscar la armadura. Ahora recuerdo que está en el arcón que hay debajo de la cama. Y no te preocupes, querido -añadió mientras se paraba para darle un beso apresurado-. Estoy segura de que Sara tiene pensado el modo de introducirte en la fortaleza. En cuanto a la Torre del Sumo Sacerdote, a Tanis ya se le ocurrirá un plan.

—¡Tanis! -Caramon la miró sin entender nada.

—Bueno, lógicamente recogerás a Tanis de camino. No puedes ir solo. No estás en la mejor forma. Además... -Echó una rápida ojeada a Sara, que se había puesto la capa y esperaba junto a la puerta, con aire impaciente. Tika agarró a su marido por una oreja y tiró hacia abajo hasta que tuvieron las cabezas a la misma altura-. Kitiara podría haber mentido -susurró-. Cabe la posibilidad de que Tanis sea el verdadero padre. Debería ver al chico.

»Además -añadió en voz alta, en tanto que Caramon se frotaba la oreja-, Tanis es el único que pude conseguir introducirte en la Torre del Sumo Sacerdote. Los caballeros tendrán que dejarlo pasar. No se atreverían a ofenderlo a él o a Laurana. - Tika se volvió hacia Sara para explicárselo.

»Laurana es la esposa de Tanis. Fue la cabecilla de los Caballeros de Solamnia durante la Guerra de la Lanza, y la tienen en alta estima. Actualmente ella y Tanis actúan como enlace entre los caballeros y las naciones élficas. Su hermano, Porthios, es el Orador. Ofender a Tanis o a Laurana equivaldría a ofender a los elfos, y los caballeros jamás harían algo así. ¿Verdad, Caramon?

—Supongo. -El hombretón parecía aturdido. Las cosas estaban pasando muy deprisa.

Tika lo sabía; sabía cómo manejar a su marido. Tenía que lograr mantener un ritmo frenético. Si le daba ocasión de pararse a pensar, no habría quien le hiciera cambiar de opinión. A decir verdad, se dio cuenta de que ya empezaba a rumiarlo.

—Quizá deberíamos esperar hasta que los chicos vuelvan de las llanuras -sugirió, intentando escabullirse.

—No hay tiempo, querido -repuso Tika, que ya había visto venir algo así-. Sabes que siempre pasan un mes con Riverwind y Goldmoon, que salen de caza y a aprender conocimientos prácticos para moverse por bosques, y ese tipo de cosas. Además, una vez que hayan puesto los ojos en las hermosas hijas de Goldmoon, nuestros chicos tendrán menos ganas aún de marcharse. Vamos, muévete. -Empujó a Caramon que parpadeaba y se rascaba la cabeza, hacia la puerta que conducía a sus habitaciones privadas-. ¿Recuerdas cómo llegar al castillo de Tanis?

—¡Sí, claro que me acuerdo! -espetó prontamente el hombretón.

Con demasiada prontitud. Y, en consecuencia, Tika comprendió que no se acordaba; tendría que pensar en eso, lo que era estupendo, ya que significaba que tendría la mente ocupada en pensar cómo llegar a casa de Tanis durante el tiempo que tardaría en prepararse para partir. Lo que quería decir que ya llevaría un buen rato de viaje antes de que empezara a rumiar sobre cualquier otra cosa.

Como el peligro, por ejemplo.

Una vez que Caramon se hubo perdido de vista, la actitud briososa de Tika desapareció y sus hombros se hundieron.

Sara, que vigilaba a través de la ventana, se volvió al notar el repentino silencio. Al reparar en la desdichada expresión plasmada en el rostro de Tika, la otra mujer se acercó a ella.

—Gracias por lo que has hecho. Sé que no debe de ser fácil para ti dejarlo marchar. No diré que no hay peligro, porque sería mentira,. Pero tienes razón, he pensado en una forma de introducirlo en la fortaleza. Y la idea de que Tanis nos acompañe es excelente.

—Debería estar acostumbrada -dijo Tika, que estrujaba la bolsa de la carne entre las manos-. Me despedí de mis dos hijos mayores ayer. Son más jóvenes que el tuyo, y quieren ser caballeros. Sonríe cuando me despido de ellos, y les grito mientras se marchan que volveré a verlos dentro de una semana o de un mes o cuando sea. Y no me permito pensar que no será así, que quizá no vuelva a verlos nunca. Pero la idea de que puede ocurrir está ahí, en mi corazón.

—Lo comprendo -manifestó Sara-. He hecho lo mismo. Pero tú al menos sabes que tus chicos camina bajo el sol, que no los envuelve la oscuridad... -Se cubrió la boca con la mano y sofocó un sollozo.

Tika la rodeó con un brazo.

—¿Y si llego demasiado tarde? -Gimió Sara-. Debí haber actuado antes, pero... Jamás creí que realmente siguiera adelante con eso. ¡Siempre esperé que renunciaría a ello!

Caramon salió de la habitación. Iba enfundado en una cota de malla que encajaba bien sobre sus hombros, pero no cumplía del todo con su función a la altura del estómago. El hombretón exhibía una expresión agresiva.

—¿Sabes, Tika? -empezó solemnemente, mientras miraba ceñudo la cota tintineante-. No recordaba que este trasto pesara tanto.

## Capítulo 5

### Tanis Semielfo recibe una desagradable sorpresa

Caramon recordó finalmente como llegar al castillo de Tanis, situado en Solamnia, pero conocía el camino sólo por tierra, no volando a lomos de un dragón. Sara, sin embargo estaba familiarizada con todo el continente de Ansalon, un detalle que al hombretón le resultó inquietante.

—Ariakan dispone de mapas excelentes -aclaró ella, un tanto desconcertada.

Caramon se preguntó por qué los caballeros de Takhisis tenían mapas excelentes del continente. Lamentablemente no era difícil imaginar la razón.

El viaje apenas duró. Poquísimo, en lo que concernía a Caramon, que iba encorvado en la parte trasera de la silla del dragón, con frío y hambre (se había comido la carne hacía ya mucho rato), y el sueño ahuyentado por la conmoción de lo ocurrido. Intentaba discurrir cómo explicar aquella extraña historia a su amigo Tanis.

¿Y si el semielfo era el padre? Caramon rumió el asunto todo el viejo. «¿Voy a hacerle un favor sacando a relucir de repente un hijo suyo? ¿Qué dirá Laurana? Nunca le cayó bien Kit, de eso estoy condenadamente seguro. ¿Y qué pasa con el hijo de ellos dos? ¿Cómo se sentirá con una noticia así?»

Cuando más pensaba en ello, más lamentaba Caramon haber decidido acompañar a Sara. Finalmente, ordenó a la mujer que diese media vuelta, que lo llevara a su posada, pero o no lo oyó por el silbido del viento o hizo caso omiso a propósito. Podía saltar de la silla, sin embargo, teniendo en cuenta a la altura que volaban eso quedaba totalmente descartado.

Se le pasó por la cabeza la idea de que iba armado y de que quizá podría reducir a Sara. No obstante, tras meditarlo seriamente, comprendió que aunque lograra superarlo, nunca sería capaz de controlar a su Dragón Azul, el cual, de hecho, le dirigía miradas desconfiadas de vez en cuando. Y, para cuando Caramon hubo llegado a esa conclusión, ya aterrizaban en la cresta de una colina desde la que se divisaba el castillo de Tanis.

El hombretón desmontó del dragón. Todavía no había amanecido, pero faltaba poco para que saliese el sol. Sara tranquilizó al animal, le dio la orden de que se quedara allí -o eso supuso Caramon, ya que no entendió lo que la mujer decía- y acto seguido echó a andar en dirección a la casa palaciega. Al darse cuenta de que Caramon no la seguía, se volvió hacia él.

—¿Qué ocurre? -preguntó con un tono de ansiedad.

—Tengo ciertas dudas -contestó, pensativo, el hombretón.

—La expresión de Sara se tornó de nuevo asustada, como si fuera a empezar a llorar otra vez. Caramon suspiró.

—De acuerdo -capituló finalmente-. Voy.

—¡Caramon Majere! El gran botarate nada menos... ¿Queréis disculparnos un momento, señora? -pidió cortésmente Tanis.

Agarró a Caramon por un brazo y lo condujo al otro extremo del amplio cuarto, alumbrado por el fuego de la chimenea.

—Podría ser todo una trampa -susurró el semielfo-. ¿Te lo has planteado?

—Sí.

—¿Y? -demandó Tanis.

—No creo que lo sea -respondió Caramon tras pensarlo un momento.

—Obviamente, no has... -empezó Tanis, tras soltar un suspiro.

—Lo que quiero decir es... -continuó su amigo-, ¿a cuento de qué iban a tener la intención de tender una emboscada esos paladines oscuros a alguien como yo, un posadero de mediana edad?

—No, pero... -Tanis parecía incómodo-. Tal vez la trampa no está preparada para ti...

—Lo sé -asintió Caramon con aire enterado-. Tú eres mucho más importante. Pero fue Tika la que sugirió que hablase contigo, no Sara. Y -agregó seriamente tras otro instante de profunda reflexión-, dudo que Tika te haya tendido una trampa, Tanis.

—Por supuesto que no -espetó el semielfo-. Es sólo que... Vale, de acuerdo, quizá no sea una trampa. Quizá me... No quiero... -Sacudió la cabeza y volvió a empezar-. Recuerdo aquel terrible día en que murió Kitiara. Intentó acabar con Dalamar, ¿recuerdas? Él frustró su intento... -Tanis hizo una pausa y tragó saliva.

»Murió en mis brazos. Y entonces el Caballero de la Muerte apareció para reclamarla. La oí, suplicándome que la salvara de aquel horrible destino. “Incluso ahora te tiende sus tentáculos desde el más allá...”, me dijo Dalamar entonces. Y aún lo hace, Caramon.

—No, no es cierto. Éste no es tu hijo...

—Si das crédito a lo que dice esa mujer, Sara.

—¿No la crees? -preguntó el hombretón, inquieto.

—Ya no sé qué creer. Pero tienes razón. Debemos descubrir la verdad, y hacer lo que esté en nuestras manos para ayudar a ese joven, sea hijo de quien sea. Además, esto me dará la oportunidad de ver qué se trae entre manos Ariakan. No es la primera vez que nos llegan informes sobre esos paladines oscuros, pero no había ningún modo de comprobar si era verdad o se trataba de meros rumores. -Lanzó una mirada sombría a Sara, que resultaba una imagen escalofriante con el yelmo azul y la capa bordeada en negro-. Al parecer era cierto.

»Sin embargo, ahora -añadió con una sonrisa desganada mientras sacudía la cabeza-, he de enfrentarme a una tarea realmente difícil. Tengo que contarle lo que ocurre a mi mujer.

Tanis estuvo sólo con Laurana durante una hora. Caramon, que paseaba por el vestíbulo de la mansión del semielfo, se imaginaba muy bien la naturaleza de la conversación. La esposa elfa de Tanis, Laurana, sabía todo respecto a la relación entre Kitiara y su marido. Había sido comprensiva sobre todo habida cuenta de que ese asunto había acabado hacía mucho tiempo. Pero ¿qué pasaría ahora, existiendo la posibilidad de que hubiera un hijo? Una posibilidad muy factible, a entender de Caramon. Lo cierto es que no podía creer que el padre fuera realmente Sturm.

«Más, ¿por qué iba a mentir Kit?», se preguntó.

La respuesta escapaba a su comprensión. Claro que nunca había sido capaz de entender el porqué de la mitad de las cosas que su hermanastra había hecho.

Tanis salió de la estancia rodeando a su esposa con el brazo. Laurana sonreía, y Caramon respiró más tranquilo. La elfa hizo un alto incluso para dirigir unas palabras quedas a Sara, que se sentó, completamente exhausta, en un rincón próximo a la chimenea. Caramon reparó entonces en lo joven que parecía Laurana en comparación con su marido; era la tragedia de las relaciones entre humanos y elfos. Aunque Tanis tenía ascendencia elfa, la sangre humana iba encaneciendo, como rezaba el dicho.

Cuando contrajeron matrimonio, unos veinte años atrás, parecían más o menos de la misma edad. Ahora podrían pasar por padre e hija.

»Pero cuando se casaron ambos sabían que eso ocurriría -se dijo para sus adentros Caramon-. Están sacando todo el partido posible del tiempo del que disponen, y eso es lo que cuenta.»

Tanis estuvo preparado para partir casi de inmediato. Como embajador oficial y enlace entre los Caballeros de Solamnia y las naciones élficas, pasaba mucho tiempo viajando, al igual que su esposa. Se había puesto una armadura de cuero -la preferida por los elfos- y una capa verde. Verlo de tal guisa, le trajo a la memoria de manera intensa y casi dolorosa los viejos tiempos de aventuras.

Quizá Laurana pensaba lo mismo, ya que le alborotó la barba que sólo un elfo con sangre humana podía dejarse crecer, e hizo un comentario burlón en la lengua elfa que hizo sonreír a Tanis. Éste se despidió de su mujer, y ella le besó con dulzura mientras el semielfo la abrazaba cariñosamente.

Después se despidió de su hijo, un joven de aspecto frágil y débil, adorado por sus padres, y que miró a Tanis con una expresión de amor teñida de ansiedad. El muchacho era elfo de los pies a la cabeza, sin rastros visibles de los rasgos de su progenitor. Su tez tenía la palidez enfermiza de quien rara vez sale al exterior.

«No es de sorprender que tanto Tanis como Laurana lo mantengan en una jaula como un pajarillo habida cuenta de las muchas veces que han estado a punto de perderlo. Si fuese elfo al cien por cien, se conformaría con pasar el tiempo con la nariz metida en algún libro, pero también es humano. Fíjate en esos ojos, Tanis. Mírale cuando te ve partir a la aventura, a ver cosas maravillosas de las que él sólo ha leído.»

—Algún día, Tanis -dijo entre dientes el hombretón-, volverás a casa y te encontrarás con la jaula vacía.

Subieron la colina hasta donde el Dragón Azul dormitaba, con las alas pegadas a los costados.

—¿Qué murmuras? -preguntó el semielfo, malhumorado.

Tanis observaba al Dragón Azul con gesto severo, sin quitarlo ojo de encima. Aparentemente, a la vestida no le gustó el efluvio a elfo que percibió, ya que se despertó al instante, agitando los ollares. Sacudió la testa con desagrado, enarcó el cuello y enseñó las fauces.

Sara Dunstan era una experta amazona de dragones, sin embargo. Emitió una corta palabra de reprimenda y tuvo bajo control a su montura en un visto y no visto. Caramon subió el primero, en el asiento trasero de la silla, para dos jinetes, y luego se inclinó para izar a su amigo, levantándolo sin esfuerzo con un movimiento de su fornido brazo.

—Sólo pensaba para mis adentro que a tu chico se le ve buen aspecto -mintió.

Tanis rebulló en la silla para encontrar una postura más cómoda, cosa prácticamente imposible de conseguir. Tendría que agarrarse al borrén trasero del asiento de Caramon; o eso, o sentarse en las piernas del hombretón.

—Gracias -dijo. Su gesto se tornó satisfecho, y miró con orgullo a su hijo, que se encontraba en el jardín, con los grandes y almendrados ojos prendidos fijamente en ellos-. Creemos que está mejorando. ¡Si supiéramos lo que le pasa! Pero ni siquiera la hija venerable Crysania puede decírnoslo.

—Quizá sólo necesita más tiempo al aire libre. Deberías dejarle que viniera a visitarnos -sugirió Caramon-. Mis chicos le llevarían a pasear en caballo, a cazar...

—Ya veremos -respondió cortésmente el semielfo, aunque con ese tono de «ni muerto»-. ¿Alguna señal de que os persigan, señora?

Caramon recorrió el cielo con la mirada. Apuntaba el alba cuando habían llegado, y ahora la mañana estaba avanzada, con el sol otoñal disipando el frío dejado por la noche. No se veía señal alguna de otros dragones.

—Con suerte no me habrán echado de menos -contestó Sara, aunque parecía preocupada-. Ahora soy entrenadora de dragones, a menudo me ausento para ejercitar a las monturas. Me hice cargo de esa tarea en previsión de esto.

Le dijo una palabra al dragón, y el Azul saltó hacia arriba, impulsado por sus poderosas patas traseras al tiempo que batía las fuertes alas para elevarse en el aire. Sobrevolaron en círculo el castillo una vez a fin de que el animal se orientara, y después enfilaron hacia el norte.

—Llegaremos a la fortaleza después de oscurecer -les dijo Sara-. Lamento perder todo el día, pero no puede evitarse, y con suerte recuperaremos el tiempo que perdamos. ¿Habrá problemas con los caballeros de Solamnia? -preguntó Sara a Tanis con aire de ansiedad.

—Siempre hay problemas con los Caballeros de Solamnia -gruñó Tanis. Estaba de mal humor, y Caramon no lo culpaba por ello. Después de todo, el semielfo podía estar dirigiéndose al encuentro de un hijo del que nunca había tenido noticia de su existencia-. Pero, con ayuda de Paladine, los superaremos.

El Dragón Azul echó una mirada feroz hacia atrás. Sara pronunció una palabra en tono seco y enérgico, y la vestida giró la cabeza con actitud sombría.

—Sería mejor no pronunciar el nombre de ese dios otra vez -sugirió la mujer en voz baja.

Después de aquello, a ninguno de los tres se le ocurrió de qué otra cosa hablar. En cualquier caso, mantener una conversación era difícil; tenían que gritar para hacerse oír con el ruido del aire que levantaban las poderosas alas del dragón. De modo que viajaron en silencio, dejaron atrás Ansalon, las tierras conocidas y civilizadas, y se sumergieron en la oscuridad.

Quedaban dos días.

Dos días para salvar un alma.

## Capítulo 6

### El alcázar de las tormentas

—¡Dios mío! -Exclamó, sombrío, Tanis, cuidando de no mencionar a qué deidad invocaba en su estupefacción-. ¡Es enorme!

—¿Cómo se llama la fortaleza? -Le preguntó Caramon a Sara.

—El alcázar de las Tormentas -respondió la mujer. El ventarrón arrastró hacia atrás sus palabras, de manera que Caramon tuvo la impresión de que era el viento el que hablaba-. El nombre se lo puso Ariakan. Decía que cuando sus puertas se abrieran, se desataría una tormenta sobre Ansalon que destruiría todo a su paso.

La fortaleza estaba ubicada muy al norte del continente. Inmenso e imponente, el alcázar de las Tormentas estaba construido sobre una gran isla rocosa, cuyos peñascos mostraban formas irregulares y afiladas. Las negras y relucientes paredes de la fortaleza recibían las constantes rociadas de las rompientes olas del mar de Serrion. En lo alto de las grandes torres ardían fuegos, y su luz servía para orientar el vuelo de los dragones, cuyas alas se recortaban negras contra las estrellas mientras las bestias realizaban sus vuelos en el cielo nocturno.

—¿A qué se debe tanta actividad? -inquirió, nervioso, Caramon-. No será por vos ¿verdad?

—No -lo tranquilizó Sara-. Sólo son los soldados, que practican ataques nocturnos. Ariakan dice que un error que cometieron los Señores de los Dragones durante la última guerra fue combatir de día. Los caballeros y sus monturas están bien entrenados para luchar de noche, utilizando en su provecho la oscuridad.

—Ningún barco podría acercarse a este lugar -masculló Tanis, que contemplaba las blancas rociadas de espuma al romper las olas contra los acantilados abruptos de la costa.

—Aquí las aguas son demasiado turbulentas para la navegación. Ni siquiera los minotauros se aventuran tan al norte, una de las razones por las que Ariakan eligió esta isla. Sólo es accesible con dragones y mediante la magia.

—Al menos no llamaremos la atención entre tanta actividad -comentó Caramon.

—Cierto -convino Sara-. Es lo que había pensado.

Nadie reparó en ellos, o al menos no les prestó mucha atención. Un gigantesco Dragón Rojo les lanzó un bramido irritado cuando el Azul, más pequeño, descendió entre el Rojo y la torre que estaba «bajo ataque». Las dos bestias intercambiaron maldiciones y gruñidos en su propio lenguaje; el soldado que montaba el Rojo se unió con sus propios insultos a los que Sara replicó igualmente. La mujer mantuvo el curso, ya a la vista su punto de destino, atravesando la falsa batalla.

Caramon, estupefacto y apabullado, miraba en derredor con espanto, pasmado por el alto número de efectivos y la osada destreza de los oscuros paladines, que estaban derrotando de forma aplastante a los «defensores» de las torres. Y los dragones ni siquiera utilizaban su arma más poderosa, su aliento, que podía expulsar fuego, ácido, o lanzar rayos. El gesto de Tanis era severo y sombrío mientras procuraba tomar nota mental de cuanto veía y de memorizar cada detalle.

Sara ordenó al dragón que aterrizara en una zona despejada, lejos del cuerpo principal de la fortaleza. En esa parte de la construcción reinaba una relativa calma, en marcado contraste con el alboroto que había en la zona de la batalla.

—Esos son los establos -informó a Caramon y a Tanis en voz baja, mientras desmontaban-. Guardad silencio y dejad que hable yo.

Los dos hombres asintieron con la cabeza, y cerraron bien las capas azules bordeadas en negro que llevaban sobre sus propias armaduras. Sara había llevado una consigo, pensando que sólo tendría que disfrazar a Caramon, pero le entregó la suya a Tanis, cuidando antes de quitar el broche del lirio negro.

—No debéis tocarlo -le advirtió-. Ha sido bendecido por los clérigos oscuros. Podría dañaros.

—Pero vos lo tocáis -dijo él.

—Estoy acostumbrada -respondió quedamente.

El Dragón Azul se acomodó en el amplio patio abierto, un enorme punto de aterrizaje situado fuera de los muros de la fortaleza. Más allá, una larga hilera de cuadras retumbaba con los relinchos ansiosos y frustrados de caballos. Excitados por el sonido de la batalla, querían tomar parte.

—A los caballeros se les enseña también a combatir a caballo, al igual que montados en dragones -.les explicó Sara.

—Ariakan piensa en todo, ¿verdad? ¿Dónde guardáis los dragones? Aquí no, obviamente -inquirió el semielfo.

—No, la isla no es lo bastante grande. Los dragones tienen un territorio propio. Nadie sabe con certeza dónde. Acuden cuando se les llama.

—¡Chist! -Caramon tiró de la manda de Sara-. Tenemos compañía.

Un goblin se acercó a la carrera y los miró de hito en hito.

—¿Quién va? -Demandó con desconfianza mientras levantaba la antorcha que chisporroteaba con la lluvia-. ¡Ningún Azul salió esta noche! ¿Qué...? ¡La mujer de Ariakan!

Sara se quitó el yelmo y sacudió el cabello.

Lord Ariakan para ti, gusano. Y no soy mujer de nadie sino mi propia dueña. Recuerdas mi nombre, ¿verdad, Glob? ¿O tu diminuta mente lo ha olvidado?

El goblin hizo una mueca burlona.

¿Qué haces fuera esta noche, S... S... Sara? -Siseó el nombre con sorna-. ¿Y quiénes son estos dos? -Los pequeños ojos porcinos repararon en Caramon y Tanis, aunque los dos hombres habían tenido cuidado de mantenerse apartados de la luz de la antorcha.

—Yo que tú no haría demasiadas preguntas, Glob -replicó fríamente Sara-. A lord Ariakan no le gusta que los subordinados metan la nariz en sus asuntos. Ocupate de que mi dragón tenga lo que necesite. Vosotros dos, seguidme -añadió sin mirar hacia atrás, pero hizo un ademán a Caramon y a Tanis.

Los dos pasaron por delante del goblin, que parecía un tanto intimidado por la mención de los asuntos de Ariakan, y retrocedió un paso. Sin embargo sus ojillos se estrecharon, observándolos atentamente; cuando ambos pasaron frente a él, arrebujados en sus capas. YU en ese momento quiso la mala fortuna -o la Reina Oscura-, que un golpe de viento soplara en el patio de los establos y retirara el largo y canoso cabello de Tanis, dejando a la vista la oreja puntiaguda.

El goblin ahogó una exclamación. Se acercó de un salto al semielfo, le apartó el brazo y acercó la antorcha a su cara, tan próxima que casi le prendió la barba.

—¡Elfo! -chilló, añadiendo una maldición.

—Caramon se llevó la mano a la espada, pero Sara se interpuso entre el hombretón y el goblin.

—¡Glob, grandísimo idiota! ¡Ya la has hecho! ¿Lord Ariakan te arrancará las orejas por esto!

—¿Qué quieres decir? -Demandó Glob-. ¿Qué he hecho? ¡Es un maldito elfo! ¡Un espía!

—Pues claro que es un espía -gruñó Sara-. ¡Acabas de desenmascarar a uno de los dobles agentes de mi señor! ¡Has puesto en peligro toda la misión! ¡Si Ariakan se entera de esto, hará que te corten la lengua!

—Yo no hablo -repuso Glob en tono osco-. El gran señor lo sabe.

—Ya lo creo que hablarás si algún Túnica Blanca te pone la mano encima -predijo sombríamente Sara.

Caramon había apartado los dedos de la espada, pero su corpachón resultaba imponente y amenazador. Tanis se cubrió la cabeza con la capucha y lo miró con expresión siniestra. El goblin adoptó un gesto ceñudo y contempló con odio al semielfo.

—No me importa lo que digas. Voy a informar de esto.

—Es tu lengua la que están en peligro -replicó Sara, que se encogió de hombros-. Recuerda lo que le pasó a Blosch. Y si no te acuerdas, ve a preguntarlo. Pero no contengas el aliento esperando a que te responda.

El goblin se encogió. La lengua antes mencionada entró y salió con nerviosismo entre los amarillentos diente. Luego, tras echar otra mirada feroz a Tanis, el goblin se alejó a buen paso.

—Venid -dijo Sara.

Caramon y Tanis fueron tras ella, pero echaron ojeadas disimuladas hacia el goblin y vieron que la criatura abordaba a un hombre alto, vestido con armadura negra. El goblin les señaló mientras hablaba con voz chillona. Le llegó un palabra: «elfo».

—Seguid caminando -dijo Sara-. Fingid que no os habéis dado cuenta.

—Debí haberle roto el cuello -rezongó Caramon, que llevaba la mano sobre la empuñadura de la espada.

—No hay donde esconder el cadáver -explicó ella con voz fría-. Alguien habría encontrado al desgraciado y se armaría una buena. Aquí la disciplina es muy estricta.

—La zorra de Ariakan... -les llegó clara la voz del goblin.

Sara apretó los labios, pero se las ingenió para sonreír.

—No creo que tengamos que preocuparnos gran cosa. Ah, tenían razón, ¿veis?

—¡Habla con respeto de la señora Sara, cara de sapo!

El caballero asestó tal bofetón al goblin que éste cayó despatarrado en el barro del patio. Luego el caballero reanudó su camino, centrado de nuevo en asuntos más importantes.

Sara siguió andando.

—Lo de que somos espías. Eso ha sido pensar con rapidez -contestó Tanis. Caramon cerraba la marcha y miraba en derredor, alerta.

—En realidad, no. -Sara se encogió de hombros-. Ya tenía pensado qué decir si nos veían. Ariakan ha estado trayendo a sus agentes aquí, principalmente para impresionarlos, creo. Un goblin cometió el error de comentar que había reconocido a uno. Ariakan hizo que le cortasen la lengua. Eso me dio la idea.

—¿Y el dragón no dirá nada?

—Le he contado la misma historia. De todos modos, Llamada me es leal. Los Azules lo son. No les gustan los Rojos.

—Ese caballero parecía respetaros... -empezó el semielfo.

—Inusitado, tratándose de una zorra ¿no? -se le anticipó Sara.

—No iba a decir eso.

—No, pero es lo que pensabais. -La mujer siguió caminando sumida en un silencio agrio, parpadeando para protegerse de la lluvia y las rociadas de espuma que azotaban su cara.

—Lo lamento, Sara -se disculpó Tanis mientras ponía la mano sobre su brazo-. Sinceramente.

—No, soy yo quien debería disculparse. -Sara suspiró-. Sólo habríais dicho la verdad. -Alzó la cabeza con orgullo y la giró para mirarlo-. Soy lo que soy. No me avergüenzo. Volvería a hacer lo mismo. ¿Qué sacrificaríais por vuestro hijo? ¿Vuestra salud? ¿Vuestro honor? ¿Vuestra propia vida?

El viento arrastró las nubes en el cielo nocturno, y de repente, durante un instante, Solinari, la luna plateada, quedó libre del oscuro manto. Su intensa luz brilló sobre el alcázar de las Tormentas y, durante un extraño instante, Tanis vio el futuro iluminado para él, como si las palabras de Sara hubiesen abierto una puerta a la estancia alumbrada por la luna. Sólo tuvo un atisbo fugaz de peligro y amenaza agitándose alrededor de su frágil hijo como la tormentosa lluvia, y entonces las nubes cubrieron Solinari, ocultándola, impidiendo el paso de su luz plateada. La puerta se cerró, dejando a Tanis turbado y asustado.

—Ariakan no me ha tratado mal -decía Sara, un tanto a la defensiva, equivocando el angustiada silencio del semielfo, por desaprobación-. Todo estuvo muy claro entre nosotros desde el principio, que sólo me tendría para su placer, nada más. No tomará esposa. Ya no. Tiene más de cuarenta años y está casado con la guerra.

»"Los verdaderos caballeros deberían tener un único amor", dice. "Y ese amor es la batalla." Se considera un padre para los jóvenes paladines. Les enseña disciplina y a tener respeto a sus superiores y a sus enemigos. Les enseña a tener honor y abnegación. Considera que tales cosas son el secreto de la victoria de los Caballeros de Solamnia.

»"Los solámnicos no nos derrotaron", les dice a los jóvenes. "Nos derrotamos nosotros mismos, persiguiendo egoístamente nuestras insignificantes ambiciones y conquistas en lugar de unirnos para servir a nuestra gran soberana."

—El Mal se vuelve contra sí mismo -citó Tanis, intentando borrar el miedo que lo acosaba, la imagen plasmada en su memoria de la inesperada visión de su hijo.

—Antaño sí -dijo Sara-, pero ya no. Estos caballeros se han criado juntos desde pequeños. Son una familia muy unida. Todos los paladines jóvenes que hay aquí sacrificarían gustosamente la vida para salvar a su hermano, o para satisfacer la ambición de la Reina de la Oscuridad.

—Me cuesta creer eso -comentó Tanis, sacudiendo la cabeza-. El egoísmo está en la naturaleza del Mal, el anteponerse a uno mismo en detrimento de otros. Si no fuera así... -Vaciló y no acabó la frase.

—¿Sí? -instó Sara para que continuara-. ¿Qué pasaría si no fuera así?

—Si los hombres perversos actuaran movidos por lo que consideran una causa noble y un fin, si estuvieran dispuestos a sacrificarse por eso... -Tanis estaba muy serio-. Entonces, sí, creo que el mundo podría estar en peligro. -El aire húmedo y frío lo hizo tiritar, y se arrebujó más en la capa-. Pero las cosas no funcionan así, gracias a los dioses.

—Reservaos vuestra opinión y vuestras preces -dijo Sara con voz temblorosa-. Todavía no conocéis al hijo de Sturm.

## Capítulo 7

### ¿Por qué no preguntaste nunca?

La vivienda de Sara era una casa de dos piezas, otra más entre las muchas apiñadas contra los muros exteriores de la fortaleza, como si el propio edificio se asustara con las rompientes olas golpeando en las rocas y buscara la protección de las imperturbables paredes. Tanis alcanzaba a oír el estampido de las olas con monótona regularidad a menos de un kilómetro de donde se encontraban. Las rociadas de espuma traídas por el viento azotaban sus mejillas y les dejaban salitre en los labios.

—Apresuraos -instó Sara mientras abría la puerta-. Steel acabará su servicio pronto.

Los hizo entrar casi a empujones. Era una casa pequeña pero bien construida, cálida y seca. Apenas tenía muebles. Una olla de hierro colgaba sobre el amplio hogar de piedra. Cerca de la chimenea había una mesa y dos sillas. Detrás de una cortina, en otro cuarto, se atisbaba una cama y un baúl grande de madera.

—Steel vive en los barracones con los otros caballeros -explicó Sara mientras iba de aquí para allí, echando en la olla carne y unas pocas verduras, en tanto que Caramon se ocupaba de encender el fuego-. Pero le permiten comer conmigo.

Tanis, perdido en sus propias reflexiones, todavía acosado por aquella visión de su hijo, no dijo nada.

Sara vertió agua en la olla. Para entonces, Caramon ya tenía un buen fuego chisporroteando debajo del recipiente.-Escondeos los dos ahí, detrás de la cortina -instruyó Sara, empujándolos hacia la habitación-. No hace falta que os diga que guardéis silencio. Por suerte, el viento y las olas hacen bastante ruido como para que en ocasiones nos cueste oír algo más que lo que hablamos entre nosotros.

—¿Cuál es vuestro plan? -preguntó Tanis.

Como respuesta, la mujer sacó un frasquito del bolsillo y lo sostuvo en alto para que lo viera.

—Un narcótico -susurró.

Tanis asintió, captando la idea. Iba a añadir algo, pero Sara sacudió la cabeza en un gesto admonitorio y corrió las cortinas con un movimiento brusco. Los dos hombres, en la penumbra, retrocedieron hasta situarse contra la pared, uno frente al otro. En caso de que al joven se le ocurriera correr la cortina, de momento sólo vería una habitación vacía.

Caramon descubrió un desgarrón en la tela que le permitió atisbar lo que ocurría al otro lado. Tanis también dio un agujero por el que escudriñar. Los dos observaron y escucharon sumidos en un tenso silencio.

Sara se encontraba cerca de la olla; sostenía el frasquito en la mano, destapado. Pero no lo vaciaba en la comida.

Tenía la tez pálida. Se mordió el labio, la mano le tembló.

Tanis lanzó una mirada alarmada a Caramon.

«¡No va a seguir adelante!» advirtieron los ojos del semielfo.

Los dedos de Caramon se cerraron sobre la empuñadura de la espada. Ambos se prepararon, aunque ninguno de los dos tenía muy claro qué hacer si la mujer se echaba atrás.

De repente, mascullando unas palabras que podrían ser una plegaria, Sara vertió el contenido del frasquito en el guiso de la olla.

Una estruendosa llamada sonó en la puerta. Sara tiró el frasquito vacía en el fuego y se pasó la mano por los ojos.

—Adelante -respondió.

Cogió la escoba y se puso a quitar el barro que habían dejado por el cuarto. La puerta se abrió y entró un joven. Caramon casi se cayó a través de la cortina en su afán de ver algo, y Tanis hizo un seña, instándolo a que se apartara, pero el propio semielfo tenía el ojo pegado al agujero de la cortina.

El joven, que estaba de espaldas a ellos, se quitó la capa mojada y desabrochó el cinturón de la espada. Apoyó el arma -enfundada en una vaina decorada con un hacha, una calavera y un lirio negro- contra la pared. Se despojó del peto y a continuación se quitó el yelmo con un gesto rápido e impaciente que hizo que el corazón de Tanis se encogiera con recuerdos dolorosos. Había visto a Kitiara quitarse el yelmo con aquel mismo gesto. El joven se inclinó para besar a Sara en la mejilla y puso una mano en su hombro.

—¿Cómo estás, madre? No tienes buen aspecto. ¿Has estado enferma?

—No, sólo muy ocupada. Ya te contaré después. Estás calado hasta los huesos, Steel, ve a calentarte o cogerás una pulmonía.

Steel desanudó el cordón de cuero que sujetaba su pelo y sacudió la espesa melena. Los dos observadores reconocieron aquellos oscuros rizos. Kitiara había llevado corto el pelo, al contrario que su hijo, a quien le caía hasta los anchos hombros. Al acercarse a la chimenea y extender las manos hacia el fuego, la luz de las llamas alumbró su semblante.

Caramon soltó un silbante respingo.

—¿Qué ha sido eso? -Steel miró atentamente a su alrededor.

—El viento, que cimbreaba esa ventana rota -respondió Sara.

—La arreglé la última vez que vine -se extrañó Steel, frunciendo el entrecejo. Dio un paso hacia la cortina.

—Bueno, el pestillo ha vuelto a aflojarse -dijo Sara-. Anda, cena antes de que enfríe. Mientras dure esta tormenta no puedes arreglar el pestillo.

Steel lanzó una última mirada hacia el cuarto de la cortina y después regresó junto a la chimenea. Tanis cambió ligeramente la postura para no perderse nada de lo que ocurría.

El joven cogió un cuenco y lo llenó de carne estofada. Una expresión de desconcierto asomó a su semblante; olisqueó la comida.

Tanis sacudió la cabeza e hizo un gesto a Caramon, señalando la sala de estar, advirtiéndole que se preparara. Siendo dos y pillando por sorpresa al joven, tenían una oportunidad.

Steel alzó la cuchara, probó el caldo, torció el gesto y volvió a echar el contenido del cuenco en la olla.

—¿Qué... Qué pasa? -inquirió Sara, anhelante.

—«Cena antes de que se enfríe» -repitió Steel, imitando su voz con cariñosa guasa-. Madre, tendría que haber sacado el guiso fuera para que estuviese más frío. ¡Ni siquiera se ha hecho aún!

—Lo... Lo lamento, querido.

La sensación de alivio fue tan intensa que Sara se quedó desmadejada; y a Tanis le ocurrió otro tanto, pero le preocupaba la mujer, que temblaba y tenía el semblante ceniciento. Lógicamente, Steel no pudo menos que notarlo.

—¿Qué ocurre, madre? -Preguntó, serio de nuevo-. ¿Qué te pasa? Me enteré que habías salido esta noche. ¿Qué tenías que hacer?

—Yo... Tuve que transportar a un par de espías... Desde el continente...

—¡El continente! -Las oscuras cejas del joven se fruncieron en un ceño preocupado-. ¡Espías! Eso es peligroso, madre. Corres demasiados riesgos. Hablaré con lord Ariakan y...

—No tiene importancia, Steel -lo atajó Sara, que recobró la compostura-. No fue él quien me envió. Yo misma elegí ocuparme de la misión. O lo hacía personalmente, o tenía que dejar que un desconocido montase a Lllamarada, y no podía permitir tal cosa. Ya sabes que es muy temperamental.

Dio la espalda a joven, cogió el atizador y avivó el fuego. Steel la observó con un gesto serio y pensativo.

—Me resulta extraño eso de transportar espías, madre. No creía que estuvieses tan comprometida con nuestra causa.

—No es por la causa, Steel. -Sara hizo una pausa en su tarea. Habló en voz baja, con los ojos fijos en las llamas-. Eso lo sabes muy bien. Lo hago por ti.

Los labios de Steel se curvaron, adoptando de repente una expresión dura y fría. Tanis, que no lo perdía de vista, reconocía aquel gesto. Y también Caramon, que se puso tenso, dispuesto a actuar.

—¿Transportas espías por mí, madre? -El tono del joven sonaba burlón, desconfiado.

Sara soltó el atizador, se incorporó y se volvió hacia su hijo.

—Algún día, Steel, cabalgarás hacia la guerra. Lo apruebe o no, haré cuanto esté en mi mano para velar por tu seguridad. -Entrelazó las manos-. ¡Oh, hijo mío! ¡Reconsideralo! ¡No tomes esos votos! ¡No entregues tu alma a...

—Ya hemos hablado de esto antes, madre -la interrumpió el joven, exasperado.

—¡No quieres hacerlo realmente! ¡Sé que no! -La mujer se acercó a él y lo agarró-. No puedes entregar tu alma a su Oscura Majestad...

—No sé qué quieres decir, madre -replicó Steel, que se soltó de un tirón de las manos de Sara.

—Por supuesto que lo sabes. Tienes dudas. -Bajó el tono de voz y echó una ojeada nerviosa hacia la ventana y al patio azotado por la lluvia, donde se anunciaba ya el amanecer-. Sé que las tienes. Por eso has esperado tanto a tomar los votos. No dejes que Ariakan te presione...

—¡La decisión es mía, madre! -En la voz de Steel había un timbre cortante como el filo de un cuchillo-. Se avecina la guerra, como has dicho. ¿Crees que quiera entrar en batalla a pie, dirigiendo a un grupo de goblins mientras otros hombres, con la mitad de mi habilidad en combate a lomos de un dragón, alcanzan el honor y la gloria? Tomaré los votos, y serviré a la Reina de la Oscuridad con toda mi pericia. En cuanto a mi alma, es mía. Y seguirá siéndolo. No le pertenece a ningún hombre ni a ninguna deidad.

—Todavía no -arguyó Sara.

Steel no contestó. La apartó a un lado y cruzó la estancia para ir a detenerse frente a la chimenea, mirando fijamente la olla.

—¿Está listo para comer? Me muero de hambre.

—Sí, ya está caliente -dijo Sara con un suspiro-. Siéntate.

Al percibir el tono pesaroso de la mujer, Steel miró hacia atrás, arrepentido, aunque a regañadientes.

—Siéntate tú, madre. Pareces exhausta.

Respetuoso, atento, condujo a Sara hasta una silla y la apartó para que se acomodara en ella. La mujer se dejó caer en el asiento y después alzó los ojos hacia su hijo con expresión añorante. Obviamente, al joven le incomodó su silenciosa súplica, de modo que le dio la espalda bruscamente. Sirvió dos cuencos con el guiso y los puso en la mesa, delante de cada uno de ellos.

Sara miró de hito en hito el suyo mientras que Steel empezaba a comer con buen apetito. Tanis soltó un suspiro de alivio y sintió que Caramon hacía lo mismo. ¿Cuánto tardaría la poción en hacer efecto?

—No estás comiendo, madre -observó Steel.

Sara lo estudiaba con atención. Tenía apretados los puños debajo de la mesa, sobre el regazo.

—Steel, -empezó con voz estrangulada-, ¿por qué no me has preguntado nunca por tu padre?

—Quizá -contestó, encogiéndose de hombros-, porque dudaba que pudieras responder a esa pregunta.

—Tu madre me dijo quién era.

Steel sonrió, fue una sonrisa sesgada que despertó en Tanis unos recuerdos tan vívidos, tan dolorosos, que tuvo que apretar los ojos.

—Kitiara te dijo lo que creía que deseaban oír, madre. No pasa nada. Ariakan me contó sobre ella. También me habló de mi padre -añadió Steel, en tono despreocupado.

—¿Lo hizo? -Sara no salía de su asombro. Dejó de mover las manos sobre el regazo.

—Bueno, su nombre no. -Steel comió otra cucharada de estofado-. Pero sí todo lo demás de él.

«Maldición, qué lenta es esa poción!», pensó el semielfo.

—Ariakan me dijo que mi padre fue un valiente guerrero -siguió el joven-, un hombre noble que murió bizarramente, dando la vida por la causa en la que creía. Pero Ariakan me advirtió que nunca debería saber la identidad de mi padre. «Ese conocimiento conlleva una maldición que caerá sobre ti si llegas a descubrir la verdad.» Un extraño comentario, pero ya sabes lo melodramático que es Ariakan... - La cuchara resbaló de los dedos laxos del joven.

»¿Pero qué...? -Parpadeó y se llevó la mano a la frente-. Me siento muy raro... -De repente sus ojos se enfocaron. Inhaló aire e intentó ponerse de pie, pero se tambaleó-. ¿Qué... has hecho? ¡Traidora...! ¡No, no permitiré que...!

Se lanzó hacia Sara, extendida la temblorosa mano, y entonces cayó sobre la mesa, tirando por el aire los cuencos de la comida. Hizo un último y débil intento de incorporarse antes de desplomarse sobre el tablero, inconsciente.

—¡Steel! -Sara se inclinó sobre él y apartó el oscuro y rizado cabello del rostro atractivo y severo-. Oh, hijo mío...

Tanis salió rápidamente de detrás de la cortina, con Caramon pisándole los talones.

—Ha perdido el conocimiento y seguirá así durante un tiempo, a juzgar por apariencias. Bien, Caramon, ¿qué opinas? -Tanis examinaba los rasgos del joven.

—Es hijo de Kit, de eso no cabe duda.

—Sí, en eso tienes razón -repuso el semielfo en voz queda-. ¿Y el padre?

—No lo sé.. -El hombretón tenía el entrecejo fruncido por la intensa concentración-. Podría ser Sturm. La primera vez que lo vi, casi pensé que era él. Me... ¡Me quedé de un pieza! Claro que, después, lo único que vi en él era a Kit. -Caramon sacudió la cabeza-. Al menos no tiene ascendencia elfa, Tanis.

El semielfo no había esperado eso en ningún momento, a fuer de ser sincero, de modo que se sorprendió al notar una sensación de alivio... y también cierta desilusión.

—No, no es hijo mío, eso seguro -contestó en voz alta-. En fin, no me parece probable. Ariakan quizás habría cogido al chico aunque tuviese sangre elfa, ya que, después de todo, hay elfos oscuros, pero lo dudo. ¿Creéis que Ariakan sabe la verdad? -inquirió a Sara con gesto interrogante.

—Es posible. Podría ser la razón de que jamás le revelase a Steel el nombre de su padre, de que le advirtiera en contra de indagarlo y añadiese ese cuento de viejas sobre la supuesta maldición.

—Por lo general las viejas saben lo que se dicen -comentó Tanis-. Las maldiciones pueden adoptar muchas formas. Como mínimo, a este joven le espera una desagradable sorpresa que lo conmocionará.

—Y se pondrá furioso cuando despierte -señaló Caramon-. Dudo que quiera escucharnos, cuando menos creer cualquier cosa que le digamos. Esto es inútil, Sara. Vuestro plan no...

—¡Funcionará! ¡Tiene que funcionar! ¡No lo perderé! -Los miró ferozmente-. Lo habéis visto. ¡Lo habéis oído! No está totalmente entregado al Mal Aún puede cambiar de opinión. ¡Por favor, ayudadme! ¡Ayudadle! Cuando lo hayamos sacado de aquí, lejos de esta oscura influencia... Una vez que vea la Torre del Sumo Sacerdote y recuerde...

—De acuerdo. Lo intentaremos -accedió Tanis-. Después de todo, ya hemos llegado muy lejos. Yo lo cogeré por un brazo y...

—Deja, Tanis, ya me encargo yo. -Caramon lo apartó a un lado.

Acostumbrado a cargar barriles de cerveza sobre su ancha espalda, Caramon cogió al joven y se lo echó al hombro sin esfuerzo. La cabeza y los flácidos brazos de Steel quedaron colgando, con el largo cabello casi rozando el suelo. Con un gruñido, el hombretón acomodó mejor el peso del oven y luego asintió.

—Vamos.

Sara echó una capa sobre Steel, después recogió la suya y el yelmo de jinete de dragón. Abrió la puerta una rendija y atisbó el exterior. Había dejado de llover y las estrellas brillaban. La constelación de la Reina Oscura, muy próxima, resplandecía con una intensidad ominosa. Los nubarrones de tormenta volvían a acumularse en el horizonte.

La mujer hizo una seña y el grupo salió a la calle sin perder tiempo. No se toparon con nadie hasta encontrarse cerca de los estables, y entonces casi se dieron de bruces con un caballero de negra armadura, que miró a Steel y sonrió fríamente.

—¿Otra baja? Los muchachos echaron el resto en el entrenamiento de esta noche. Los clérigos se ganarán su paga hoy. -Saludó y después reanudó el camino, ocupándose de sus cosas.

El silencio envolvía la fortaleza; los hombres descansaban después del duro esfuerzo de la noche o, como había apuntado el caballero, se recuperaban de las heridas. Varios dragones montaban guardia desde lo alto de las torres. Por las atalayas paseaban centinelas, seguramente más por mor del entrenamiento y la disciplina que

porque se esperara realmente un ataque. Ariakan no tenía nada que temer. Por ahora, no. Todavía no. Muy pocos sabían que estuviese allí o lo que tramaba.

«Pero ahora yo lo sé -comprendió, incómodo, Tanis-. Puedo dar la alerta, sólo que quizá sea ya demasiado tarde. Steel llamó traidora a Sara ¿Lo es? ¿Realmente ha causado tanto daño a su causa? Pensó en lo que la mujer había dicho por la noche, que su principal meta era mantener a salvo a Steel. Para alcanzar esa meta, había servido al Mal en silencio durante diez años. Al final había roto su mutismo, pero sólo llevada por la desesperación, para salvar al joven de un compromiso último e irrevocable.

Llegaron a la zona despejada; Sara se llevó la mano hacia el broche que llevaba prendido en el pecho. En el cielo apareció un Dragón Azul, planeando sobre ellos.

—Si podéis invocar a los dragones, podríais haber huido de este sitio hace mucho -dijo Tanis, siguiendo el curso de sus pensamientos.

—Tenéis razón. -Sara se acercó a Steel, que colgaba desmadejado sobre el hombro de Caramon-. Pero habría tenido que marcharme sola. Él se habría negado a acompañarme. Tendría que haberlo dejado solo aquí. Mi influencia es lo único que lo mantiene en el camino de la Luz.

—Pero podríais haber puesto sobre aviso a alguien. Los Caballeros de Solamnia quizás hubiesen podido detener a Ariakan. -Tanis gesticuló, señalando la imponente fortaleza-. Ahora es demasiado fuerte.

—¿Y qué habría hecho los caballeros? -Demandó Sara-. ¿Venir con sus dragones? ¿Con sus lanzas? ¿Y qué habría conseguido con eso? Ariakan y los caballeros habrían combatido hasta la muerte, hasta que no quedara ninguno de nosotros vivo. No, no podía correr ese riesgo. Por entonces todavía albergaba esperanza de que, algún día, Steel llegase a ver la maldad que representan. Que habría accedido a acompañarme... Pero ahora... -Sacudió la cabeza, sombría.

La hembra de Dragón Azul se posó en el suelo, cerca de ellos. Llamada se mostró agitada al reparar en la figura, aparentemente sin vida, de Steel. Sara la tranquilizó con unas suaves palabras de explicación. Llamada seguía indecisa, al parecer, pero era obvio que confiaba en Sara y que era solícita en extremo con Steel. No apartó un solo instante la mirada del joven mientras Caramon lo colocaba en la silla y después montaba él detrás, en una postura incómoda.

Sara hizo intención de dirigirse a la hembra de dragón para montar, pero Tanis la detuvo poniendo la mano sobre ella.

—Haremos lo que nos pedís, Sara Dunstan, pero la decisión final es de Steel. A menos que planeéis encerrarlo en un sótano y arrojar la llave al mar -añadió secamente.

—Todo saldrá bien. Funcionará -insistió ella.

—Sara -continuó Tanis, sin soltarle la mano-, si no funciona, le habréis perdido. Nunca os perdonará esto, por traicionarle, por traicionar a la caballería. Lo sabéis, ¿verdad?

La mujer miró el cuerpo desmadejado de su hijo con el semblante tan frío y lúgubre como su negro broche del lirio de la muerte. Fue entonces cuando Tanis vio la gran fortaleza de aquella mujer que había habitado en esa oscura prisión durante tantos años sombríos.

—Lo sé -musitó ella. Y acto seguido montó en el dragón.

## Capítulo 8

### La torre del Sumo Sacerdote

—¿Qué has hecho, madre? -demandó furioso el joven paladín.

Había recobrado el conocimiento en las montañas, en un promontorio azotado por el viento desde el que se divisaba la Torre del Sumo Sacerdote. Al principio estaba desorientado y aturdido, pero la comprensión y la ira disiparon de golpe la bruma producto de la poción.

—Deseo darte la oportunidad de reconsiderar lo que van a hacer -le contestó Sara.

No suplicó ni gimió; no ofrecía una imagen patética, sino sosegado y digna, mientras afrontaba la ira de su hijo, y Tanis vio un parecido entre ellos que no era producto de la sangre, sino que tenía sus raíces en largos años de mutuo respeto y afecto.

Fuese cual fuese la arcilla que sus padres habían traído a este mundo, era Sara quien la había trabajado y dado forma.

Steel se tragó las amargas recriminaciones o las palabras duras. En cambio, volvió los oscuros ojos hacia Tanis y Caramon.

—¿Quiénes son estos hombres?

—Amigos de tu padre -repuso Sara.

—Así que se trata de eso -dijo Steel a la par que dedicaba una mirada fría y altanera a Tanis y Caramon.

Magnífico en su juventud y su fuerza, manteniendo el orgullo y la compostura cuando la cabeza tenía que estar dándole vueltas y la mente ofuscada por la bruma de la poción, Steel se ganó la admiración, aunque a regañadientes, de los dos.

El Dragón Azul olisqueó el aire, sacudió la cabeza, y gruñó. Los Dragones Plateados, preferidos por los Caballeros de Solamnia, patrullaban de vez en cuando el cielo por encima de la Torre. A esa hora temprana no se divisaba ninguno, pero obviamente la hembra Azul percibía un efluvio que no le gustaba nada.

Sara tranquilizó a Llamarada y luego la condujo a una amplia oquedad en las rocas, donde el animal podría ocultarse, parcialmente al menos; esa era la razón de que hubiesen aterrizado precisamente allí. Los tres hombres permanecieron plantados en el saliente, mirándose en un incómodo silencio.

Steel parecía enfermo, no se sostenía firmemente de pie, pero antes moriría que admitir su debilidad, de modo que ni Tanis ni Caramon se ofrecieron para ayudarlo. Caramon dio un suave codazo al semielfo.

—¿Recuerdas el otoño que empezó la guerra, justo después de que abandonáramos Solace con Goldmoon y Riverwind? Habíamos tenido un choque con los draconianos y Sturm estaba herido. La sangre le cubría la cara. Apenas podía sostenerse en pie, cuando menos andar, pero aún así no pronunció una sola palabra de queja, se negó a pararse...

—Sí -contestó Tanis en voz baja mientras miraba al joven-. Lo recuerdo. -Era una evocación muy vívida en ese momento.

Steel, consciente de que estaba bajo su escrutinio, si es que no discutían sobre él, se dio media vuelta con actitud orgullosa.

Tanis observó la armadura negra del paladín, adornada con espantosos símbolos de muerte, y se preguntó, sombrío, cómo iban a entrar en la Torra del Sumo Sacerdote. Y como si eso no fuera problema suficiente, cuando Sara salió de la cueva Tanis comprendió que había algo más.

—¿Qué ocurre, Sara? ¿Pasa algo?

—No será una patrulla -empezó Caramon mientras lanzaba una mirada nerviosa al cielo.

—Llamarada afirma que nos han seguido -informó la mujer en voz baja, sin mirar a Steel-. Aquel caballero tuvo que sospechar algo.

—¡Fantástico, lo que nos faltaba! Rezongó el semielfo-. ¿Cuántos?

—Un Azul con un solo jinete. -Sara sacudió la cabeza-. Ya no está aquí. Regresó a la fortaleza una vez que descubrió nuestro punto de destino.

—Pero los Caballeros de Takhisis vendrán a buscarnos -manifestó Steel con una sonrisa fría y triunfante. Se volvió hacia Sara-. Podemos marcharnos ahora, madre, antes de que ocurra algo irremediable. Deja a estos dos fósiles con sus recuerdos enmohecidos. -Suspiró y acarició suavemente su mejilla-. Sé lo que quieres hacer, madre, pero no funcionará. Nada me hará cambiar de opinión. Regresemos a casa. Me ocuparé de que lord Ariakan no te culpe por esto. Le diré a milord que esta absurda idea fue mía. Una apuesta hecha bajo los efectos del vino, de escupir a la Torre del Sumo Sacerdote...

Caramon emitió un sonido profundo y retumbante.

—Cuidado con lo que dices, chico -gruñó-. La sangre de tu padre tiñe esas piedras, y su cadáver reposa dentro.

La estupefacción de Steel resultó evidente. Enseguida recobró la compostura y se encogió de hombros.

—De modo que mi padre sucumbió en el asalto...

—Murió defendiendo la Torre -le interrumpió Tanis, que observaba atentamente las reacciones del joven-, y la caballería.

—Es venerado en todo Ansalon -añadió Caramon-. Su nombre, como el de Huma, se pronuncia con respeto.

—Ese nombre es Sturm Brightblade -intervino quedamente Sara-. Y ése es el apellido que llevas.

El joven se había quedado pálido. Los miraba a todos con una incredulidad que enseguida dio paso a la desconfianza.

—No os creo.

—Para ser sinceros -repuso el semielfo, que pisó a Caramon para advertirle que guardara silencio-, tampoco nosotros lo creemos. Esta mujer -gesticuló, señalando a Sara-, vino con una absurda historia de una relación entre tu madre y un hombre que era nuestro amigo, una relación de la que tú fuiste el involuntario resultado. No negamos a creerla, de modo que le dijimos que trajese aquí para demostrarlo.

—¿Por qué? -Demandó Steel, burlón- ¿Qué probará eso?

—Buena pregunta, Tanis -susurró entre dientes Caramon-. ¿Qué probará?

Tanis miró a Sara esperando una respuesta.

«Llevad a mi hijo a la Torre -suplicaron sus ojos-. Que vea a los caballeros. Recordará cómo los respetaba en la infancia. Sé que lo recordará. Las historias que yo le contaba volverán a su memoria.»

—Quisiera Paladine que yo tuviera vuestra fe, señora -masculló entre dientes el semielfo. Se rascó la barba, intentando discurrir alguna excusa. Todo aquel asunto tenía cada vez menos sentido y se iba volviendo más y más peligroso.

»Hay una joya que cuelga del cuello de tu padre -manifestó en voz alta lo primero que le vino a la cabeza-. Lo enterraron con ella. La Joya Estrella es mágica. Se la regaló una princesa elfa, Alhana Starbreeze. Esa joya...

—Esa joya ¿qué? -se mofó Steel-. ¿Se disolverá cuando yo entre en la sagrada cámara?

—Nos revelará la verdad -espetó Tanis, irritado por la arrogancia del joven-. Créeme, esto me gusta tan poco como a ti. ¿Qué? ¿Decías algo, Caramon?

—La joya elfa es un presente de amor. No...

—Tienes razón, amigo -Le interrumpió el semielfo-. Es un objeto maravilloso. Con mucha magia.

—Esto es un truco -opinó Steel, que llevó la mano hacia la espada, olvidando que no la llevaba, que la había dejado en casa de su madre. Enrojeció y apretó los puños-. Lo que intentáis es cogermes prisionera. Una vez entremos en la Torre, me entregaréis a los caballeros. Ése es tu plan, ¿verdad, madre?

—¡No, Steel! -gritó Sara-. Ésa nunca fue mi intención, te lo aseguro. Ni la de estos hombres. Si después decides regresar al alcázar de las Tormentas, no haremos nada para impedirte. La decisión será tuya, hijo.

—Por mi honor y mi vida, te juro que esto no es una añagaza. Te protegeré como si fueras mi propio hijo -manifestó Tanis con vez queda.

—Y yo también, sobrino -Caramon asintió enérgicamente y luego posó la mano sobre la empuñadura de la espada-. Eres mi sangre. Tienes mi palabra. Lo juro por mis hijos, tus primos.

—Lucharéis en mi defensa. -Steel rió-. Gracias, pero dudo que llegue el día en que necesite la ayuda de dos hombres maduros y blandos que... -Hizo una pausa, repentinamente consciente de que había oído. Sobrino. Primos. Sus oscuros ojos se enturbiaron-. ¿Quién eres?

—Tu tío. Caramon Majere -repuso el hombretón con dignidad-. Y él es Tanis Semielfo.

—El hermanastro de mi madre. -Los oscuros iris se volvieron hacia Tanis-. Y uno de sus amantes, según lord Ariakan. -Los labios del joven se curvaron.

Tanis enrojeció. «Aquello quedó en el pasado y está olvidado -se recordó-. Kitiara lleva muerta muchos años. Amo a Laurana. La amo, con toda mi alma y mi corazón. No he pensado en Kit en todos estos años, y ahora, con un parpadeo, un giro de cabeza, esa sonrisa sesgada, y todo vuelve de golpe a mi cabeza. Mi vergüenza, mi indiscreción. Nuestra juventud, nuestro gozo...»

—Así que los dos habéis venido a salvarme de mí mismo -dijo Steel con amargo sarcasmo.

—Sólo queremos darte otra opinión -repuso el semielfo, encogidos los hombres para protegerse del frío viento y contra unas emociones igualmente heladoras-. Como Sara ha dicho, la decisión será tuya.

—Para eso luchamos en la guerra, sobrino -añadió Caramon-. Para que la gente tuviese opciones.

—Sobrino. -Steel sonrió, y el gesto que quería ser cínico y arrogante, pero sus labios temblaron antes de que pudiera apretarlos, y durante un fugaz instante hubo un atisbo de un niño solitario y triste.

Fue entonces, en ese momento, cuando Tanis llegó a creer realmente que el joven era hijo de Sturm. En aquella expresión de sombrío orgullo y angustia el semielfo volvió a ver al joven caballero que creció durante un tiempo en el que los Caballeros de Solammia eran odiados y vilipendiados, cuando se sintió despreciado, cuando lo hicieron avergonzarse de su derecho de nacimiento.

Sturm había sabido lo que era ser distinto a los demás. Había utilizado su orgullo como un escudo contra el odio y los prejuicios. Aquel escudo de orgullo fue difícil de llevar al principio, pero Sturm aprendió a aliviar su peso con estoicismo y altruismo. Este oscuro paladín llevaba el peso del escudo con anhelo, de buen grado, y le había dejado marcas crueles.

Tanis abrió la boca, a punto de manifestar en voz alta sus pensamientos, pero lo pensó mejor. «Nada de lo que diga atravesará ese escudo, esa negra y cruel armadura. Es el hijo de Sturm, sí, pero también lo es de Kitiara. Es una criatura de perversa oscuridad y de luz sagrada.»

—Les debes a estos caballeros una disculpa, Steel -reprendió severamente Sara al joven-. Han demostrado lo que valen en la batalla, algo que tú aún tienes pendiente. No tienes derecho a faltarles al respeto.

La regañina de su madre hizo que las mejillas de Steel se pusieran rojas, pero el joven había sido criado en una escuela estricta.

—Os presento mis disculpas, señores -dijo con fría formalidad-. Conozco vuestras hazañas durante la guerra. Puede que os cueste creerlo -añadió con una severa sonrisa-, pero a los que servimos a Takhisis se nos ha enseñado a teneros respeto.

En verdad a Tanis le contaba creerse esto, no le gustaba considerar las implicaciones que tenía tal idea.

—Entonces os habrán enseñado a respetar las hazañas de tu padre...

—Si es que Sturm Brightblade fue mi padre -repuso Steel-. Me enseñaron a admirar su muerte heroica, la de alguien que se enfrenta solo a muchos enemigos. También me han enseñado a honrar la memoria de mi madre, Kitiara, la Señora del Dragón que lo mató.

Aquel comentario acalló a todos. Caramon rebulló apoyando el peso en uno y en otro pie tosió, y clavó la vista en el suelo. Tanis soltó un suspiro exasperado y se pasó la mano por el cabello. Una maldición si Steel descubría quién fue su padre, según le había dicho Ariakan al joven. Tanis estaba empezando a creer que era verdad. Por mucho que lo intentaba, era incapaz de ver qué de bueno podía salir de toda aquella desdichada situación.

Steel les dio la espalda a todos. Caminó hacia el borde del saliente y contempló desde allí arriba, con interés, la Torre del Sumo Sacerdote.

—Lo siento Sara -dijo el semielfo en voz baja-. Diré esto por última vez. Vuestro plan no va a funcionar. Por mucho que digamos o hagamos, no le haremos cambiar de idea. Steel tiene razón. Deberíais marcharos los dos ahora, regresar a casa.

Los hombros de la mujer se hundieron. Sara cerró los ojos y se llevó una temblorosa mano a la boca. Las lágrimas corrieron por su semblante agobiado. Era incapaz de hablar, pero asintió con la cabeza.

—Vamos, Caramon -dijo Tanis—. Tenemos que salir de estas montañas antes de que anochezca.

—Un momento -instó de repente Steel, que se dio media vuelta y caminó hasta situarse junto a Sara. Le rozó la mejilla con los dedos y le hizo girar la cara hacia el

sol-. Estás llorando -musitó, y en su voz había asombro-. En todos estos años jamás te había visto llorar.

Sabía cómo defenderse contra un batallón de caballeros, pero las lágrimas de su madre lo desarmaron por completo.

—¿De verdad quieres que paso por esta... necesidad? -inquirió, frustrado, impotente y perplejo.

La expresión de Sara se tornó radiante y se aferró a él con ansiedad.

—Oh, sí, Steel. ¡Por favor! Hazlo por mí.

Tanis y Caramon aguardaron en silencio. Steel miró a su madre; en su semblante se reflejaba la batalla que se libraba en su interior. Entonces, tras lanzar una mirada sombría a los dos hombres, manifestó fríamente:

—Os acompañaré, señores... por el bien de ella.

Giró sobre sus talones y se encaminó al borde del saliente, desde donde saltó a otra cornisa que había debajo, y empezó a bajar la ladera entre la maraña de rocas con la agilidad y fuerza propias de la juventud.

Cogido completamente por sorpresa, Tanis se apresuró a ir en pos de él, pero sus elegantes y caras botas -destinadas a caminar por su palacete, no para trepar por montañas- resbalaron en un montón de grava. Perdió el equilibrio y habría rodado ladera abajo de no ser porque una mano fuerte le agarró por el cuello de la túnica y lo sostuvo firmemente.

—Tómalo con calma, amigo -dijo Caramon-. Tenemos un largo recorrido por delante, y no va a ser nada fácil ni para nuestras botas y ni para nuestros huesos. - Señaló con un gesto de la cabeza a Steel, cuyos oscuros rizos apenas se veían entre los peñascos-. Deja que nuestro joven amigo camine solo durante un rato. Necesita tiempo para pensar Su mente debe de ser como esa corriente de ahí.

Un arroyo, espumoso y burbujeante, corría en remolinos entre las piedras y de vez en cuando se detenía en oscuros estanques para después liberarse y seguir su marcha imparable hasta su destino final, el eterno mar.

—Estará más tranquilo cuando llegue abajo, tendrá fría la cabeza -finalizó Caramon.

—Nosotros no -rezongó Tanis. El sol caía a plomo en la cara de la vertiente, y el semielfo ya sudaba bajo la armadura de cuero. Posó la mano en el brazo del hombretón y le sonrió-. Eres un hombre sabio, amigo mío.

Caramon, que parecía azorado, se encogió de hombros.

—Bah, no sé. Tengo tres chicos, eso es todo.

Tanis percibió en el comentario del posadero unas palabras sobreentendidas.

—Sigamos -instó bruscamente. Miró hacia atrás, a Sara.

—Os esperaré aquí -dijo ella, de pie frente a la cueva-. Llamada está inquieta. No sería conveniente dejarla sola. Podría seguir a Steel.

Tanis asintió con la cabeza y empezó a bajar nuevamente por la ladera, en esta ocasión más despacio y con mayor cuidado.

—Que los dioses os bendigan por esto -añadió fervientemente Sara.

—Sí, bueno, uno de ellos seguramente nos bendecirá -rezongó el semielfo.

Prefería no pensar cuál.

## Capítulo 9

### Lirio negro, rosa blanca

—La fortaleza conocida como la Torre del Sumo Sacerdote la mandó construir Vinas Solamnus, fundador de los Caballeros de Solamnia, durante la Era del Poder. Guarda el paso Westgate, que conduce a la calzada por la que se entra o sale a una de las mayores ciudades de Ansalon: Palanthas.

»Después del Cataclismo, del que muchos culparon erróneamente a los Caballeros de Solamnia, la Torre del Sumo Sacerdote quedó prácticamente desierta, abandonada por los caballeros, que tuvieron que esconderse para salvar la vida. Durante la Guerra de la Lanza, la Torre volvió a ocuparse y resultó crucial para la defensa de Palanthas y el territorio colindante. Astinus registró las heroicas gestas de aquellos que combatieron y conservaron la Torre. Podéis encontrar esa crónica en la Biblioteca de Palanthas, bajo el título de *La tumba de huma*.

»En ese libro leeréis que Sturm Brightblade murió enfrentándose solo al terror de los dragones. Dice así:

»»El caballero estaba de cara a levante, tan cegado por el brillo del sol que sólo vislumbraba a su rival como un inmenso punto de negrura. El animal descendió a increíble velocidad hasta situarse por debajo del parapeto y entonces Sturm comprendió que pretendía aproximarse desde abajo para que fuera el jinete quien lo atacase. Los otros dos dragones se rezagaron, dispuestos a entrar en acción si su jefe precisaba su ayuda llegado el momento de aniquilar a tan insolente caballero.»

»»El cielo quedó vacío durante un momento de criaturas siniestras hasta que el dragón surgió repentinamente por el borde del parapeto, lanzando estruendosos rugidos que hicieron estallar los tímpanos de Sturm. Le produjo náuseas el aliento del reptil, y la cabeza le dio vueltas. Aunque se tambaleó un instante, logró mantener el equilibrio y arremeter con su espada. La vetusta hoja abrió un surco en el hocico del animal, del que brotó un chorro de sangre negra. El dragón bramó enfurecido.»

»»El golpe fue certero, pero le costó caro a Sturm, que no tuvo tiempo de recobrase.»

»»El Señor del Dragón empuñó la lanza, cuya punta brilló bajo los nacientes rayos solares. Se inclinó entonces hacia delante y embistió. El acero traspasó armadura, carne y hueso.»

Steel lanzó una mirada petulante a los dos hombres que lo acompañaban. Observó el efecto que causó su recitación de aquel pasaje en cada uno de ellos.

—Buen dios. -Su tío estaba boquiabierto. La cara redonda y un tanto estúpida (como calificó burlescamente Steel para sus adentro) del hombretón manifestaba una profunda estupefacción.

—Tienes buena memoria -comentó Tanis, que observaba al oscuro paladín con gesto severo.

—Es esencial que un guerrero, como nos enseña milord Ariakan, conozca a su enemigo -repuso Steel. No mencionó que había sido su madre, Sara, la que le relató esa historia por primera vez, hacía mucho tiempo cuando era un niño.

Los ojos de Tanis se desviaron hacia uno de los altos parapetos, próximo a la torre centras.

—En esa almena murió tu padre. Si subes allí todavía podrás ver la sangre en las piedras.

Steel alzó la vista, aunque sólo fuera llevado por la curiosidad. En la actualidad la muralla no estaba vacía. Los caballeros la recorrían manteniendo una vigilancia constante ya que, aunque la Guerra de la Lanza había acabado hacía mucho tiempo, en Solamnia no reinaba la paz. Sin embargo, mientras Steel observaba, los caballeros desaparecieron de repente, salvo uno que aguantó firme, solo, sabiendo que estaba condenado a morir, aceptando su muerte con resignación, convencido de que era necesario y esperando que sirviera para unir a los desorganizados y desmoralizados caballeros y así proseguir con la lucha.

Vio llamas y el sol radiante; vio sangre negra y otra roja fluyendo sobre la armadura plateada. El corazón le latió más deprisa, con secreto orgullo. Siempre le había encantado eso historia, razón por la que podía recitarla con tanta precisión. ¿Sería porque poseía algún significado profundo que sólo su alma conocía?

De repente el joven fue consciente de los dos hombres que aguardaban en silencio junto a él.

«Por supuesto que no, no seas necio, Steel -se reprendió para sus adentros-. Les estás haciendo el juego. Sólo era una historia, nada más».

—Veo una muralla -dijo en voz alta, tras encogerse de hombros-. Pongámonos manos a la obra y dejemos de hablar.

Habían bajado hasta el pie de las estribaciones del lado oeste de la Torre del Sumo Sacerdote. A corta distancia del lugar donde se encontraban agazapados, escondidos entre los arbustos, un amplio camino en rampa conducía a la entrada de la torre principal. Debajo de aquella entrada se encontraba la Cámara de Paladine, donde Sturm Brightblade y los otros caballeros que habían caído durante la defensa de la Torre yacían enterrados.

Todos los caballeros de Takhisis y los aspirantes a serlo habían dedicado muchas horas estudiando la distribución y el diseño de la torre del Sumo Sacerdote con el plano que les había proporcionado Ariakan, que había estado prisionero allí.

Pero una cosa era mirar un dibujo y otra muy distinta contemplar la propia construcción. Steel estaba impresionado. No se había imaginado la fortaleza tan grande, tan imponente. Sin embargo, se apresuró a desechar la sensación de temor reverencial y empezó a contar el número de hombres que caminaban por los parapetos, así como el número de guardias situados en la puerta principal. Esa información le sería útil a su señor.

El camino estaba siempre muy transitado, y esa mañana no era diferente de cualquier otra. Un caballero con su esposa y varias bonitas hijas pasaron lentamente a caballo por delante de ellos. Unos cuantos comerciantes conducían carretas cargadas de comida y barriles de cerveza y vino hacia el interior. Un regimiento de caballeros montados, acompañados por escuderos y pajes, salió a medio galope quizá de camino a combatir bandas de hobgoblins o draconianos merodeadores, o tal vez simplemente para desfilarse por las calles de Palanthas en una impresionante exhibición de fuerza. Steel observó las armas que llevaban, y el tamaño de la caravana de abastecimiento y pertrechos.

Ciudadanos corrientes llegaban o se marchaban, algunos por asuntos de negocios, otros acudiendo en busca de caridad, y otros para protestar porque los dragones habían atacado sus pueblos.

Un grupo de sonrientes kenders -encadenados juntos, de manos y pies- salió de la Torre conducido por caballeros de rostros severos, que aligeraron a los hombrecillos de todas sus posesiones, en medio de sus indignadas protestas afirmando que las habían «tomado prestadas», antes de dejarles libres fuera de las murallas de la fortaleza.

—No ves a Tas ¿verdad? -preguntó Caramon, que escudriñaba atentamente a los kenders que pasaban, corriendo y riendo, delante de su posición.

—¡Paladine no lo quiera! -deseó fervientemente Tanis-. Bastantes problemas tenemos ya.

—¿Qué plan tenéis exactamente para entrar? -inquirió fríamente Steel, que había observado, al igual que los otros dos hombres, que los caballeros que guardaban las puertas hacían parar a todos los que querían entrar y los interrogaban.

—Dejaron pasar a los kenders -hizo notar Caramon.

—No, no les dejaron -repuso el semielfo-. Ya sabes el viejo dicho: «Si una rata puede entrar, también puede hacerlo un kender». De todas formas tú no cabrías por un agujero utilizado por kenders, Caramon.

—Eso es cierto -convino el hombretón, sin inmutarse.

—Tengo una idea. -Tanis le tendió la capa azul a Steel-. Ponte esto sobre la armadura, y quédate detrás de Caramon. Yo entretendré a los caballeros de la puerta conversando con ellos y mientras los dos os metéis.

—No -se negó rotundamente el joven.

—¿Cómo que no? -instó Tanis, exasperado.

—No me ocultaré ni ocultaré a quién debo lealtad. No me colaré como... como un kender. -La voz de Steel rebosaba desdén-. O los caballeros me admiten como soy o no entraré.

La expresión de Tanis se endureció. Iba a iniciar un discurso cuando Caramon se le adelantó al soltar una carcajada.

—A mí no me parece nada divertido -espetó el semielfo.

Caramon se atragantó y se aclaró la garganta antes de hablar.

—Lo siento, Tanis, pero... ¡Por los dioses! Steel me ha recordado a Sturm y no pude evitarlo. ¿Te acuerdas aquella vez, en la posada, cuando encontramos la Vara de Cristal Azul y los goblins y los guardias del Buscador subían la escalera, dispuestos a quemarnos en la hoguera? Y todos corrimos como alma que lleva el diablo, esperando escapar por la cocina, excepto Sturm.

»Se quedó sentado en la mesa, bebiendo tranquilamente su cerveza. “¿Salir corriendo? ¿Huir de esa gentuza?”, contestó cuando le dijiste que teníamos que escapar. La cara de mi sobrino al manifestar eso de que los caballeros le dejaran pasar, me trajo a la memoria a Sturm aquella noche.

—La cara de tu sobrino me trae a la memoria muchas cosas -repuso sombríamente Tanis-. Como por ejemplo el modo en que Sturm, con su obstinación y su sentido del honor, casi consiguió que nos mataran en más de una ocasión.

—Y lo queríamos por ser como era -arguyó suavemente Caramon.

—Sí. -Tanis suspiró-. Sí, lo queríamos, aunque había ocasiones, como ahora, en que le habría retorcido su caballeroso cuello.

—Enfócalo de este modo, semielfo -intervino Steel con timbre burlón-. Puedes tomarlo como una señal de tu dios, el gran Paladine. Si quiere que entre, se encargará de que lo consigamos.

—Muy bien, joven, acepto tu reto. Confiaré en Paladine. Quizá, como dices tú, esto sea una señal. Pero -Tanis levantó un dedo con gesto de advertencia-, no abras la boca, diga lo que diga yo. Y no hagas nada que pueda provocar problemas.

—No lo haré -repuso Steel con un aire de gélida dignidad y desdén-. Mi madre se encuentra en estas montañas con un Dragón Azul, ¿recuerdas? Si algo me ocurre, lord Ariakan descargará su ira en ella.

Tanis no dejaba de observar fijamente al joven.

—Sí, y lo queríamos por ser así -masculló entre dientes al cabo.

Steel simuló no haberlo oído. Volvió el rostro hacia la Torre del Sumo Sacerdote, abandonó la cobertura de los arbustos y salió al camino en pendiente. Dio por sentado que su tío y el semielfo lo seguirían.

Tanis y Caramon flanqueaban al paladín oscuro mientras avanzaban por el amplio camino que conducía a la puerta de la torre principal. El hombretón llevaba la mano apoyada en la empuñadura de la espada, y su semblante mostraba un gesto sombrío y amenazador. Tanis observaba atentamente a quienes pasaban junto a ellos, esperando, tenso, alguna exclamación de conmocionado horror y desprecio, el grito de alarma que echaría sobre ellos un escuadrón de caballeros.

Steel caminaba con porte erguido y orgulloso, impasible el atractivo y frío semblante. Si estaba nervioso, no daba señales de ello.

Sin embargo, fueron contados los que les dedicaron una mirada. La mayoría de quienes viajaban por esa calzada iban absortos en sus propios asuntos y preocupaciones. Además, ¿quién iba a fijarse en tres hombres armados a las puertas de un bastión de hombres de armas? Los únicos ojos que reparaban en ellos eran los de las bonitas jóvenes que acompañaban a sus padres caballeros a la Torre. Sonreían al apuesto joven con admiración y hacían de todo salvo caerse de los carruajes para atraer la atención de Steel.

Tanis no salía de su asombro. ¿Es que los símbolos de terror y muerte que el oscuro paladín lucía ostensiblemente en su persona ya no causaban efecto en la gente? ¿Acaso los solámnicos habían olvidado el terrible poder de la Reina de la Oscuridad? ¿O simplemente habían caído en una insensata apatía durmiéndose en los laureles?

Al mirar a Steel, Tanis lo vio curvar la boca con sorna. La situación le resultaba divertida. El semielfo apretó el paso. Todavía faltaba cruzar la puerta principal.

El semielfo había pensado y descartado varias explicaciones para que se permitiera el acceso de un Caballero de Takhisis al bastión de Paladine. Al final no le quedó más remedio que admitir que no existía ningún argumento lógico. Como último recurso, haría valer su posición como renombrado héroe y respetado funcionario del gobierno para entrar, recurriendo a la intimidación si era preciso.

Deseando haber ido vestido con toda la pompa de sus ropajes ceremoniales, en lugar de llevar el atuendo de viaje, mucho más cómodo pero ya algo ajado, Tanis adoptó la expresión de «harás lo que yo diga y se me antoje», y se encaminó hacia los caballeros que guardaban la puerta principal.

Caramon y Steel se pararon a un paso de distancia. El gesto del joven era duro, la mirada impenetrable, y alzaba la cabeza con actitud desafiante.

Uno de los caballeros que montaban guardia se adelantó para salir a su encuentro. Su mirada pasó de uno a otro con amistosa curiosidad.

—¿Vuestros nombres, amables señores? -preguntó cortésmente-. Y el asunto que os trae aquí, por favor.

—Soy Tanis Semielfo -Tanis estaba tan tenso que las palabras le salieron con un estallido seco, casi un grito. Se obligó a calmarse y añadió en un tono más suave-. Él es Caramon Majere...

—¡Tanis Semielfo y el famoso Caramon Majere! -El joven caballero estaba impresionado-. Es un honor conocerlos, señores. -Después, bajando el tono de voz, le dijo a un compañero-. Es Tanis Semielfo,. Corre a buscar a sir Wilhelm.

Probablemente era el oficial al cargo de la vigilancia de la puerta.

—Por favor, no es menester dar tanta importancia a nuestra presencia -se apresuró a pedir Tanis en un tono que esperaba que sonase apropiadamente modesto-. Mis amigos y yo hemos venido en peregrinaje a la Cámara de Paladine. Sólo queremos presentar nuestros respetos, simplemente.

El semblante del joven caballeros asumió de inmediato una expresión de seria compasión.

—Sí, por supuesto, milord. -Desvió los ojos hacia Caramon, que le dirigió una mirada fulminante y pareció dispuesto a enfrentarse a toda la fortaleza sin ayuda de nadie cuando el caballero miró a Steel.

Tanis se puso tenso. Podía imaginar lo que se avecinaba: la estupefacción del joven guardias dando paso a la ira, el vibrante toque de trompeta dando la alarma, el puente levadizo bajando, las espadas rodeándolos...

—Veo que sois un Caballeros de la Coros, señor, al igual que yo -oyó decir al guardia... ¡dirigiéndose a Steel! El solámnico se tocó el peto, sobre el que aparecía un símbolo del rango más bajo de los caballeros de Solamnia. Dedicó a Steel el saludo adecuado al reconocer a un compañero, alzando la mano enguantada hacia el yelmo-. Soy sir Reginald. No os recuerdo, señor caballeros. ¿Dónde realizasteis el entrenamiento?

Tanis parpadeó, mirándolo de hito en hito. ¿Acaso permitían el ingreso de caballeros cortos de vista en la actualidad? Volvió la vista hacia Steel y contemplaba la negra armadura con los símbolos de la Reina de la Oscuridad; el lirio, el hacha y la calavera. A pesar de ello, el solámnico sonreía al caballero de Takhisis y lo trataba como si fuesen compañeros de barracón.

¿Habría lanzado Steel algún tipo de conjuro sobre el caballero? ¿Era tal cosa posible? Tanis lo observó intensamente, y enseguida se relajó. No, saltaba a la vista que Steel se sentía tan desconcertado como él por lo que estaba ocurriendo. El gesto desafiante se había borrado de su rostro, y ahora parecía aturdido, casi con cara de bobo.

Caramon tenía la boca tan abierta que se le podría haber metido un gorrión para anidar en ella y ni se habría dado cuenta.

—¿Dónde realizasteis en entrenamiento, señor? -preguntó de nuevo el caballero en actitud amistosa.

—En K... Kendermore -dijo Tanis. Fue lo primero que le vino a la cabeza.

El joven caballero adoptó una expresión compasiva de inmediato.

—Ah, un destino difícil, según tengo entendido. Antes preferiría patrullar por Flotsam. ¿Es vuestra primera visita a la Torre? Tengo una idea. -El caballero se volvió hacia Tanis-. Después de que hayáis presentado vuestros respetos en la Cámara de Paladine, ¿por qué no dejáis a vuestro amigo conmigo? Dentro de media hora acabo mi servicio, y lo acompañaré a conocer toda la Torre, nuestras defensas, las fortificaciones...

—¡No me parece una buena idea! -Exclamó Tanis, que temblaba y a la par sudaba bajo la armadura de cuero-. Nos... nos esperan en Palanthas. Nuestras espesas, ¿verdad, Caramon?

El hombretón pilló por sorpresa la insinuación, cerró la boca de golpe y luego se las arregló para mascullar algo incomprensible sobre Tika.

—Quizás en otro momento -añadió el semielfo, pesaroso. Miró se soslayo a Steel, creyendo que la absurda situación le estaría resultado muy divertida al joven.

Steel estaba pálido, conmocionado, con los ojos bien abiertos. Parecía que le costaba trabajo respirar.

«Bueno -pensó Tanis-, eso es lo que pasa cuando una le echa un pulso a un dios».

Sir Wilhelm llegó y se hizo cargo de ellos al instante. Tanis advirtió, con pesar, que era un caballero al viejo estilo, pomposo e inflexible, de los que dejaban que el Código y la medida pensaran por él. La clase de caballeros que Sturm Brightblade siempre había detestado. Por fortuna, actualmente había muchos menos caballeros de ese tipo que antaño. Lástima que algún dios -o diosa- lo hubiera puesto en su camino.

Y, por supuesto, sir Wilhelm insistió en acompañarlos personalmente a la tumba.

—Gracias, milord, pero éste es un momento muy doloroso para nosotros como podréis imaginar -arguyó Tanis en un intento de librarse de él-. Preferiríamos estar a sola...

¡Imposible! (carraspeo) Sir Wilhelm no permitiría nunca tal cosa. (Carraspeo). El famoso Tanis Semielfo y el famoso Caramon Majere y su joven amigo, el caballero de la Corono, en su primera visita a la Cámara de Paladine. No, no. (Carraspeo, carraspeo). ¡Tal cosa requería toda una escolta de caballeros!

Sir Wilhelm reunió a su escolta de seis caballeros, todos armados. Los hizo formar en fila y él encabezó la marcha hacia la Cámara de Paladine caminando con paso lento y solemne, como si dirigiera un cortejo fúnebre.

—Y quizá lo sea -masculló entre dientes Tanis-. El nuestro.

Echó una ojeada a Caramon. El hombretón se encogió tristemente de hombros. Por decoro, no tuvieron más remedio que seguirlo.

Los caballeros se encaminaron hacia dos puertas de hierro cerradas, con el símbolo de Paladine grabado en ellas. Detrás de aquellas puertas una estrecha escalera descendía al sepulcro. Steel se situó al lado de Tanis.

—¿Qué hiciste ahí fuera? -demandó en voz baja mientras echaba miradas desconfiadas ora al semielfo ora a los caballeros que marchaban delante.

—¿Yo? Nada -repuso Tanis.

—No serás una especie de hechicero ¿verdad? -instó el joven, que obviamente no le creyó.

—No, no lo soy -fue la respuesta malhumorada de Tanis. Todavía no había salido de esto, ni con mucho-. Ignoro qué pasó. ¡Lo único que se me ocurre es que tuviste la señal que pedías!

Steel se puso pálido. En su semblante se reflejaba un temor reverencial. Tanis se ablandó. Por extraño que pudiera parecer, resultaba que el joven le caía bien.

—Sé cómo te sientes -le dijo en tono quedo. Los caballeros habían llegado a las puertas de hierro y cogían antorchas para alumbrar el oscuro hueco de la escalera-. Una vez me encontré ante su Oscura Majestad. ¿Sabes lo que tenía ganas de hacer? Quería car de hinojos y rendirle pleitesía. -Tanis tembló al evocar aquel momento, a pesar de que habían transcurrido años.

»¿Entiendes lo que digo? La reina Takhisis no es mi diosa, pero es una deidad, y yo un pobre e insignificante mortal. ¿Cómo no iba a reverenciarla?

Steel no respondió. Estaba pensativo, serio, sumergido en algún rincón profundo de sí mismo. Paladine había dado al joven caballero la señal que había pedido en son de mofa. ¿Qué significado guardaría eso para él... si es que guardaba alguno?

Las puertas de hierro se abrieron y los caballeros, caminan con paso solemne, empezaron a bajar la escalera.

## Capítulo 10

### Mi honor es mi vida

La explicación del semielfo tenía sentido para Steel. Paladine era un dios. Un dios débil y apocado, comparado con su oponente, la Reino de la Oscuridad, pero un dios al fin y a la postre. Era lógico y correcto que él sintiese temor reverencial en presencia de Paladine... si es que era eso lo que había ocurrido en la puerta.

Steel intentó incluso reírse del incidente; resultaba divertido en extremo que esos pomposos caballeros estuvieran conduciendo de la mano a uno de sus más temidos enemigos por su bastión.

La risa murió en sus labios.

Habían empezado a bajar los escalones que conducían al sepulcro, un lugar de aterradora majestuosidad, un lugar sagrado. Allí yacían los cuerpos de muchos hombres valientes, entre ellos Sturm Brightblade.

Est sularis oth mithas. Mi honor es mi vida.

Steel oyó una voz, profunda y resonante, repetir esas palabras. Miró rápidamente a su alrededor para ver quién había hablado.

Nadie lo había hecho. Todos caminaban en silencio escaleras abajo, sumidos en un silencio respetuoso y reverencia.

El joven supo quién había pronunciado la frase. Supo que estaba en presencia de un dios, y esa certeza lo amilanaba.

El reto de Steel a Tanis había sido pura bravuconería, lanzado con el fin de ahogar el repentino y doloroso anhelo que abrasaba el alma del joven, el anhelo de conocerse a sí mismo. Un parte de Steel necesitaba creer desesperadamente que Sturm Brightblade -el caballero noble, heroico, trágico- era su verdadero padre. Otra parte de sí mismo estaba consternada.

«Una maldición si lo descubres», le había advertido Ariakan.

Sí, y así debería ser, per... ¡oh, saber la verdad!

Y, en consecuencia, Steel había desafiado al dios, lo había retado a que se la revelara.

Al parecer el dios había aceptado el reto del joven.

Domeñado el corazón, el alma de Steel se inclinó con reverencia.

La Cámara de Paladine era una gran estancia de planta rectangular, en la que se alineaban féretros de piedra que guardaban héroes de un remoto pasado y los más recientes de la Guerra de la Lanza.

Inmediatamente después de dar sepultura a los cuerpos de Sturm Brightblade y los otros caballeros que habían muerto defendiendo la Torre, las puertas de hierro de la cámara se habían cerrado y sellado. Si la Torre caía en mano enemigas, los cuerpos de los muertos no serían profanados.

Un año después de que acabara la guerra, los caballeros rompieron los sellos, abrieron la cámara e hicieron de ella un lugar de peregrinaje, al igual que había ocurrido con la Tumba de Huma. La Cámara de Paladine se había vuelto a consagrar. Se hizo un héroe nacional de Sturm Brightblade. Aquel día Tanis había estado presente, con su esposa, Laurana; Caramon y Tika; Porthios y Alhana, dirigentes de Silvanesti y Qualinesti, las naciones élficas; el kender, Tasslehoff Brurrfoot. Raistlin Majere, tomado ya el camino de las tinieblas y Amo de la Torre de la Alta Hechicería

de Palanthas, no había asistido, pero envió un mensaje de respeto por su viejo compañero y amigo.

Los cuerpos de los muertos habían quedado tendidos en el suelo sin ceremonia durante los oscuros días de la guerra. En aquel acto solemne, se les dio sepultura de manera adecuada y correcta. Se había construido un catafalco especial para el cadáver de Sturm Brightblade. Hecho de mármol con imágenes cinceladas y representando gestas heroicas del caballero, ocupaba el centro de la cámara. Pero el cadáver de Sturm reposaba encima del catafalco, no en su interior.

Algún tipo de magia había mantenido el cuerpo incorrupto durante los veintitantos años transcurridos. Nadie lo sabía con certeza, pero la mayoría creía que la magia emanaba de la joya elfa que le había entregado Alhana Starbreeze en prenda de amor. Ese tipo de joya era un presente que se intercambiaba entre los enamorados, y no se suponía que tuviera tales propiedades arcanas. Claro que el amor teje su propia magia.

Tanis no había vuelto a visitar la cámara desde aquel día. La solemne ceremonia había sido demasiado dolorosa y sagrada para repetir la visita. Ahora había vuelto, pero no sentía nada de solemne y sagrado. Al recorrer con la mirada la cámara, los sepulcros antiguos cubiertos de polvo, el catafalco situado en el centro, se sintió atrapado. Si algo iba mal, era un largo camino escaleras arriba y a través de las puertas de hierro hacia la salida.

«Nada va a ir mal -se dijo para sus adentros-. Steel contemplará el cadáver de su padre y hacerlo le traerá consecuencias o no. Personalmente, no espero que tenga efecto en él. Por lo que puedo juzgar, ese joven ya va de camino al Abismo. Claro que, ¿quién soy yo para opinar? Jamás imaginé que llegaríamos tan lejos.»

Sir Wilhelm, entristecido como si estuviesen enterrando a alguien de su propia familia, encabezó la marcha hacia el catafalco. Los seis caballeros se situaron alrededor del mismo, tres a cada lado, mientras que sir Wilhelm tomaba posición a la cabecera, firme.

Tanis se acercó al catafalco. Miró el rostro de su amigo, un rostro que parecía parte del mármol cincelado y que, sin embargo, poseía una semblanza de vida, algo que la fría piedra jamás podría emular. Tanis olvidó a Steel y sintió que la paz lo rodeaba. Ya no lloraba por su amigo; Sturm había muerto como había vivido: con honor y coraje.

Le hizo bien contemplar el sueño imperturbable del caballero. La ansiedad y preocupación por su propio hijo, por la frenética situación política, por la creciente amenaza de guerra, desaparecieron por completo. La vida era bella y dulce; y todavía guardaba muchas cosas.

Sturm Brightblade yacía en un sepulcro de mármol, con las manos cruzadas sobre la empuñadura de una antigua espada, la de su padre. Llevaba puesta la armadura, también de su padre. La Joya Estrella, resplandeciendo con la luz del amor, estaba sobre su pecho. A su lado descansaba una Dragonlance, y junto a ésta había una rosa de madera, tallada por las manos de un doliente y viejo enano que ahora también dormía el sueño eterno. Al lado de la rosa, en una urna de cristal, se veía una pluma blanca, el último regalo de un kender que lo quería.

Tanis se postró sobre una rodilla al lado del cadáver, de manera que su cabeza quedó a la altura de la del caballero, y pronunció unas quedas palabras en elfo:

—Sturm, corazón honorable, afectuoso, noble. Sé que has perdonado a Kitiara por lo que te hizo, por su traición, su engaño, más doloroso para que ti que la lanza

que utilizó finalmente para acabar contigo. Este joven es su hijo, y tiene mucho de ella, me temo.

»Sin embargo también tiene, creo, algo de ti, amigo mío. Ahora que estoy aquí creo que eres realmente su padre. Veo el parecido de los rasgos, pero, más fuerte que la evidencia física, es que te veo a ti en el espíritu de este joven, en su valor a toda prueba, en la nobleza de carácter, en la compasión por otros a los que cuenta como un símbolo en su contra.

»Tu hijo está en peligro, Sturm. La Reina Oscura lo atrae más y más, susurrándole sus palabras seductoras, prometiéndole gloria que sin duda acabará en la derrota final. Necesita tu ayuda, amigo mío, si es posible que puedas prestar tal ayuda. Lamento alterar tu tranquilo sueño, pero te pido, Sturm, que hagas lo que puedas para apartar a tu hijo del oscuro camino que recorre ahora.

Tanis se puso de pie. Se limpió los ojos con la mano y volvió la vista hacia Caramon.

El hombretón estaba arrodillado al otro lado del catafalco.

—Daría la vida por mis hijos -musitó-, si pensara que eso los salvaría del peligro. Sé que tú... Bueno, harás lo que es correcto, Sturm. Como siempre.

Tras aquella petición un tanto extraña, Caramon se incorporó, se dio media vuelta y empezó a llorar sin rebozo, tras lo cual se limpió los ojos y la nariz con la manga.

Tanis miró a Steel. El joven se había quedado rezagado y se encontraba solo, lejos de los caballeros, del catafalco, aunque sus oscuros y ardientes ojos estaban clavados en el cuerpo. Siguió plantado allí, sin moverse. Su rostro, pálido, frío y duro, era la copia exacta del caballero dormido. Ambos podrían haber sido estatus talladas en mármol.

«No ha servido de nada -se dijo Tanis-. Pobre Sara. En fin, lo intentó».

El semielfo suspiró y adelantó un paso. Era hora de marcharse.

De repente, Steel salió lanzado hacia el catafalco de mármol.

—¡Padre! -gritó con la voz rota, y no fue la voz del hombre la que habló, sino la del niño solitario, con carencias.

Las manos de Steel se cerraron sobre las frías del cadáver.

Se produjo un destello de luz blanca, pura y radiante, un destello frío y atroz que paralizó y medio cegó a todos los presentes.

Tanis se frotó los ojos en un intento de librarse de la imagen impresa en la retina, procurando frenéticamente ver a través de los puntos rojos y amarillos. La vista de los elfos es muy aguda, y los ojos elfos se ajustan mejor a la oscuridad y a la luz que los humanos. O quizás, en este caso, fueron los ojos del corazón los que vieron con más claridad que los de la cara.

Sturm Brightblade se encontraba de pie en la cámara.

Tan real era la visión -si es que era una visión- que Tanis casi pronunció el nombre de su amigo, casi tendió la mano para estrechar de nuevo la suya. Algo hizo que el semielfo siguiera callado. La mirada de Sturm estaba prendida en su hijo, y en ella se percibía tristeza, comprensión, amor.

Sturm no pronunció una sola palabra. Se llevó la mano al pecho y cerró los dedos sobre la Joya Estrella. La cegadora luz blanca perdió algo de intensidad durante un breve instante. Sturm alargó la mano hacia su hijo.

Steel contemplaba fijamente a su padre, el joven tenía la tez más blanca que el cadáver.

La mano de Sturm tocó el pecho de Steel, y la luz de la joya irradió con fuerza.

El joven se tocó el pecho a su vez, tanteó algo y su mano se cerró sobre ello. La luz blanca osciló rítmicamente, como el latido de un corazón, y fluyó entre sus dedos un instante antes de desaparecer. Volvió la oscuridad. Steel guardó debajo de la armadura lo que quiera que tuviera en la mano.

—¡Sacrilégio! -exclamó sir Wilhelm con un grito de indignación y rabia, tras lo cual desenvainó su espada.

Desvanecido finalmente el cegador halo, Tanis pudo ver con claridad, y lo que vio lo dejó estupefacto.

Sturm Brightblade no estaba. Su cuerpo había desaparecido. Lo único que quedaba sobre el catafalco eran el yelmo y la armadura y espada antiguas.

—¡Hemos sido embaucados! -Bramó sir Wilhelm-. ¡Este hombre no es uno de nosotros! No es un Caballero de Solamnia! ¡Es un servidor de la Reina Oscura! ¡Un esbirro del Mal! ¡Prendedlo! ¡Acabad con él!

—¡La joya mágica! -Gritó otro caballero-. ¡No está! ¡La habrá robado! ¡Debe de llevarla encima!

—¡Cogedlo! ¡Registradlo! -aulló sir Wilhelm que, enarbolando la espada, se abalanzó sobre Steel.

Desarmado, el joven alargó la mano buscando instintivamente la espada que tenía más cerca, sobre el catafalco, y la asió. Era la espada de su padre. Alzó el arma y detuvo fácilmente la violenta cuchillada que sir Wilhelm descargaba de arriba abajo. Steel empujó al caballero, que cayó en medio de un fuerte sonido metálico cuando la armadura chocó contra los antiguos sepulcros cubiertos de polvo.

Los otros caballeros se adelantaron, cercándolo. Por fuerte y diestro que fuera, Steel no tenía ninguna oportunidad contra siete oponentes.

Tanis desenfundó su espada, se impulsó por encima del catafalco y saltó para situarse al lado del joven.

—¡Caramon, cúbrelo por la espalda! -gritó el semielfo.

—¡Tanis! -El hombretón estaba boquiabierto-. Me pareció ver...

—¡Lo sé, lo sé! -Bramó Tanis-. ¡Yo también lo vi! -Tenía que hacer algo para sacar a Caramon de su estupefacción-. ¡Hiciste un juramento! ¡Juraste proteger a Steel como si fuera tu propio hijo!

—Cierto, lo juré -respondió Caramon con digna seriedad. Agarró al caballero que tenía más cerca y que se interponía en su camino, y lo apartó lanzándolo por el aire. Desenvainó la espada y se situó detrás de Steel, espalda contra espalda.

—¡No tenéis que hacer esto por mí -jadeó el joven, que tenía lívidos los labios-. ¡No os necesito para librar mis batallas!

—No hago esto por ti -repuso Tanis-, sino por tu padre -Steel lo miró de hito en hito, incrédulo, con desconfianza-. Vi lo que pasó. Sé la verdad.

Señaló el peto del paladín oscuro, la armadura decorada con la horrenda insignia de Takhisis. Debajo de la misma había un destello de luz blanca.

El alivio se plasmó en el semblante de Steel. El joven debía de estar pensando si aquello había ocurrido realmente o si se estaría volviendo loco. De inmediato recobró el dominio de sí mismo y su gesto se endureció. De nuevo era un Caballero de Takhisis. Se volvió para enfrentarse a sus enemigos, adusto el gesto.

Los caballeros de Solamnia tenían desenvainadas las espadas, pero no atacaron de inmediato. Tanis Semielfo era un personaje con mucho peso político en el país, y Caramon Majere un héroe respetado y popular. Miraron con inquietud a su comandante, esperando órdenes.

Sir Wilhelm se esforzaba por ponerse de pie. Para él, la respuesta era obvia.

—¡El Mal ha corrompido a los otros dos! ¡Son todos servidores de la Reina Oscura! ¡Prendedlos a los tres!

Los caballeros se lanzaron al ataque. Steel luchaba bien; era joven, diestro y había estado esperando toda su vida que se le presentara un desafío así. Los ojos le brillaban y la hoja de su espada centelleaba con la luz de las antorchas. Pero los jóvenes Caballeros de Solamnia estaban a su altura. Ahora que veían el Mal entre ellos, sus pupilas relucían con una luz sagrada; estaban defendiendo su honor, vengando un sacrilegio. Cuatro rodearon a Steel, intentando capturarlo vivo, resueltos a herirlo, no a matarlo.

Las espadas entrechocaron con estruendo. Los cuerpos empujaban y rechazaban embestidas. A no tardar, la sangre resbalaba de una cuchillada en la frente de Steel. Dos de los caballeros también sangraban, pero seguían luchando con renovada fuerza y fervor. Hicieron retroceder a Steel contra el catafalco.

Tanis hacía todo lo posible por ayudar, pero hacía muchos años que no había manejado una espada en un combate real. Caramon resoplaba y jadeaba mientras el sudor resbalaba de su cabeza. Por cada seis golpes de su adversario, él daba uno, aunque -con su tamaño y su fuerza- siempre se las arreglaba para que ese golpe contara. Su espada resonaba como un martillo descargándose sobre un yunque.

Los tres intentaban abrirse paso hacia la escalera, pero los caballeros ponían el mismo empeño en cortar esa ruta de escape. Por suerte, a sir Wilhelm no se le había ocurrido enviar a uno de los caballeros en busca de refuerzos. Seguramente quería para sí la gloria de capturar al paladín de la Reina Oscura. O era eso, o no se atrevía a correr el riesgo de reducir el número de su pequeña fuerza.

—Si logramos subir la escalera -le dijo Tanis a Caramon mientras luchaban hombro contra hombro-, podremos correr hacia la puerta y abrimos paso. Sólo habría dos guardias y después...

—¡Primero... lleguemos allí! -Caramon estaba apoyado contra un lateral del catafalco, todavía luchando animosamente, aunque empezaba a faltarle el resuello-. ¡Condenada cota... de malla...! ¡Cuánto pesa!

Tanis ya no veía a Steel, que estaba rodeado por un muro de armaduras plateadas. Sin embargo, sí oía el sonido de su espada, y era obvio, por las numerosas heridas recientes de los Caballeros de Solamnia, que el joven seguía batallando. Y seguiría haciéndolo hasta que lo mataran. No se dejaría capturar con vida.

No deshonraría la memoria de su padre.

A Tanis le dolían todos los músculos. Afortunadamente, su adversario, un joven caballero, estaba tan impresionado por el gran héroe que combatía sin poner entusiasmo. Sir Wilhelm, parecía exasperado. El combate tendría que haber terminado para entonces. Echó una ojeada a la escalera. Sin duda iba a dar la alarma y a gritar pidiendo refuerzos.

Si tal cosa ocurría, estaban perdidos.

—Sturm Brightblade -musitó el semielfo-, tú nos metiste en este aprieto. ¡Lo menos que puedes hacer es ayudarnos a salir de él!

Las puertas de hierro, decoradas con el símbolo de Paladine se habían abierto al final de la escalera. Podría deberse a un imprevisible capricho de la naturaleza, o quizás había sido el soplo del dios. De repente, una fuerte ráfaga de viento apagó las antorchas como si fuesen velas, y sumió la cámara en la oscuridad. El viento levantó el polvo de siglos y lo arrojó a los rostros de los Caballeros de Solamnia.

A sir Wilhelm, con la boca abierta para lanzar un grito pidiendo ayuda, se le metió un montón de polvo, se atragantó y empezó a toser. Los caballeros se tambaleaban de aquí para allá, cegados y masticando polvo.

Curiosamente, a Tanis no le afectaba el polvo. Localizó a Steel en la oscuridad por el tenue brillo de la luz blanca que irradiaba debajo de su peto. Agarró al joven paladín, que alzaba la espada para descargarla sobre el adversario, repentinamente en desventaja.

—¡Salgamos de aquí! -gritó al oído del joven.

El semielfo pensó por un momento que Steel iba a discutirle -Sturm lo habría hecho-, pero le respondió la sonrisa de Steel, una sonrisa sesgada, la sonrisa de Kit. Tanis encontró a Caramon por el sonido de su agitada respiración.

—La escalera es nuestra única oportunidad -le dijo mientras posaba la mano en su hombro-. ¿Puedes conseguirlo!

Caramon asintió con la cabeza, demasiado agotada para hablar, y echó a andar a trompicones detrás de Steel. Al pasar junto al catafalco, Tanis rozó suavemente la anticuada armadura.

—Gracias, amigo mío -susurró afectuosamente.

Subieron la escalera con gran ruido. Steel salió disparado por las puertas de hierro y se dirigió a la entrada principal. El fuego de la batalla brillaba en sus ojos oscuros. Tanis lo agarró con fuerza y a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio. El joven le lanzó una mirada enfurecida y se debatió para soltarse, pero Tanis lo retuvo, apretando los dedos.

—¡Caramon, las puertas!

El hombretón empujó las hojas de hierro y las cerró, tras lo cual echó una rápida ojeada en derredor buscando algo con lo que atrancarlas. Cerca había unos cuantos bloques de mármol que se estaban usando para reparaciones. En medio de resuellos y gruñidos, Caramon empujó uno contra las puertas, justo en el momento en que empezaban a oírse pisadas que subían las escalera. Albo embistió contra las puertas, pero éstas no cedieron.

Del interior de la Cámara de Paladine llegaron golpes y gritos apagados. Sólo era cuestión de tiempo que alguien los oyera.

—Bien, ahora nos iremos -le dijo Tanis al joven-. Trata de actuar como si no hubiese ocurrido nada y... Oh, vale, olvídale.

Caramon tenía la cara congestionada y resoplaba como un toro enfurecido. Las mangas de la chaqueta y la camisa de Tanis colgaban en jirones de su brazo izquierdo; sangraba de una herida que ni siquiera había notado que tenía. Steel sangraba por la cabeza, y tenía la armadura abollada y con arañazos.

»Y además -pensó el semielfo-, tengo la impresión que ya nadie va a tomar a un Caballero de Takhisis por un Caballero de Solamnia».

Tenía razón. No bien los tres acababan de llegar a la puerta principal cuando sonó el toque de una trompeta a sus espaldas. Era el toque de alarma llamando a las armas. Los caballeros que guardaban la puerta se pusieron en acción, tomando de inmediato medidas defensivas.

En cuestión de segundos la salida quedaría cerrada a cal y canto.

—¡Corred! -Ordenó Tanis-. ¡Y no pares! -le dijo a Steel.

Se lanzaron a una carrera desesperada en dirección a la puerta que se cerraba. Los caballeros que estaban de servicio vieron a Steel, desenvainaron las espadas y corrieron a detenerlo.

Un ardiente rayo chisporroteó al otro lado de la puerta. Se vio la punta de una gigantesca ala azul surcando el aire. Los civiles sorprendidos en el exterior gritaban algo sobre dragones. Presa del pánico, la aterrada gente se precipitó hacia la entrada y obstaculizó no sólo el ataque de los caballeros, sino la maniobra de cerrar la puerta.

Tanis y Caramon se unieron al tumulto. Fue necesaria la intervención de los dos hombres para apartar casi a rastras a Steel, que se había vuelto para descargar una cuchillada sobre un caballero.

Fuera de la torre, Lllamarada, la hembra de Dragón Azul, volaba bajo por encima de la aterrada multitud, provocando que la gente se zambullera en las cunetas del camino. De vez en cuando, el reptil azuzaba el pánico abriendo agujeros en el suelo y en las murallas expulsando rayos por las fauces.

—¡Sara! -gritó Tanis al tiempo que agitaba los brazos.

La mujer condujo al dragón hacia el suelo. Tendió una mano y subió a Tanis a la cilla. Este, a su vez, agarró a Steel, que seguía luchando, y con ayuda de Caramon que lo empujaba desde atrás, logró subir al joven a lomos del reptil. Caramon fue el último en encaramarse a la silla de un salto. Sara gritó una orden y Lllamarada alzó el vuelo.

Los caballeros salieron corriendo de la fortaleza, gritando y maldiciendo, en nombre de Paladine, a quienes habían cometido el acto atroz de profanar la sagrada tumba. Las flechas surcaron el aire, disparadas por los arqueros apostados en las murallas. A Tanis le preocupaban más los Dragones Plateados que protegían la Torre y que habían levantado el vuelo al sonar la trompeta.

Pero o los reptiles plateados no querían combatir contra un Azul y romper la precaria tregua que existía en esos momento entre los dragones, o también los estaba frenando una mano inmortal. Contemplaron torvamente a Lllamarada, pero dejaron que la hembra se alejara sin impedirselo.

Encaramado a lomos del Azul, Tanis observó la flechas que ahora surcaban el aire, silbantes, inofensivas por debajo de ellos.

«¿Cómo voy a poder explicar todo esto?». Se preguntó para sus adentros, sombrío.

## Capítulo 11

### La espada de su padre

A instancias de Tanis, Lllamarada voló hacia las estribaciones de las montañas Khalkist, que aún eran tierra de nadie, y donde podrían descansar fuera de peligro y pensar que hacer a continuación.

Ninguno de ellos habló durante el viaje. Sara lanzaba miradas preocupadas a Steel cada dos por tres. Tanis le había explicado, en cuatro palabras, parte de lo que había ocurrido en la cámara. Era Steel quien debía decidir si contarle o no todo lo que había sucedido allí.

Sara le preguntó al joven varias veces, pero Steel no respondió. Ni siquiera pareció escucharla. Iba sentado con la mirada fija en el cielo azul, absorto, los ojos insondables y sus pensamientos indescifrables.

Finalmente Sara se dio por vencida y se concentró en el vuelo. Eligió un lugar de aterrizaje adecuado, un amplio claro rodeado de un denso pinar.

—Acamparemos aquí para pasar la noche -manifestó Tanis-. A todos nos vendrá bien dormir. Luego, por la mañana, decidiremos qué hacer y adónde ir.

Sara se mostró de acuerdo.

Steel no dijo nada. No había pronunciado palabra desde que huyeron de la Torre del Sumo Sacerdote. Nada más aterrizar, bajó ágilmente de un salto de la espalda del dragón y se internó en el bosque. Sara hizo intención de seguirlo, pero Caramon se lo impidió.

—Dejadlo solo -dijo afablemente-. Necesita tiempo para pensar. A ese joven le han ocurrido un montón de cosas. La persona que entró en la cámara no es la misma que salió de ella.

—Sí, supongo que tenéis razón -aceptó Sara con un suspiro. La mujer contemplaba fijamente el bosque y se retorció las manos con nerviosismo-. ¿Steel se...? ¿Creéis que ha cambiado de idea?

—Sólo él sabe la respuesta a eso -contestó Tanis.

Sara volvió a suspirar y luego miró al semielfo con ansiedad.

—¿Tenéis alguna duda de que Steel sea hijo de Sturm Brightblade?

—Ni la más mínima duda -manifestó firmemente el semielfo.

Sara sonrió. Parecía más esperanzada, y fue a acomodar al dragón para pasar la noche.

—¿Qué es lo que pasó exactamente en la cámara, Tanis? -Inquirió Caramon en voz baja mientras preparaban una pequeña lumbre-. ¿Vi realmente lo que creo que vi? Tanis reflexionó unos segundos.

—No lo sé con certeza, Caramon. Tampoco yo estoy seguro. Hubo un destello intenso que me cegó, pero juraría que vi a Sturm Brightblade de pie allí. Alargó una mano y, a saber cómo, un momento después la joya elfa colgaba del cuello de Steel.

—Sí, eso fue lo que vi yo también -Caramon se quedó pensativo-. No obstante, podría tratarse de un truco. Quizás la robó...

—Lo dudo. Vi la expresión de su cara. Steel era el más sorprendido de los que estábamos en la cámara. Miró la joya, estupefacto, y después la cogió y la guardó bajo la armadura. Fíate de lo que te dice el corazón, Caramon. Sturm entregó a Steel tanto la joya como su espada. Se las dio ambas a su hijo.

—¿Y qué hará con ellas, una prenda de amor elfa y una espada de un Caballero de Solamnia? Ahora ya no regresará a ese lugar horrible, ¿verdad?

—Eso depende únicamente de él -respondió quedamente el semielfo.

—Y si decide quedarse, ¿qué haremos con él? Y con su madre. No creo factible llevarlos conmigo. Tendré suerte si el magistrado y sus hombres no me están esperando en la escalera de la posada cuando vuelva. Por no mencionar el hecho de que Ariakan saldrá en busca de su paladín perdido Quizá tú...

—Voy a tener que dar muchas explicaciones y deprisa si quiero evitar que me arresten -comentó Tanis con una sonrisa desganada. Se rascó la barba mientras le daba vueltas al asunto-. Podríamos llevarlos Qualinesti -decidió finalmente-. Allí estarían a salvo. Ni siquiera lord Ariakan se atrevería a ir tras ellos en el reino elfo. Alhana dejaría quedarse a Steel una vez que viera la joya y escuchara la historia.

—No será una vida muy agradable para ese joven, ¿verdad? -Caramon sacudió la cabeza-. Me refiero a vivir entre elfos. No lo digo con ánimo de ofender, Tanis, pero tú y yo sabemos cómo lo tratarán. Supongo que los Caballeros de Solamnia no le permitirían entrar en la Orden.

—Lo dudo mucho -repuso secamente Tanis.

—Entonces, ¿qué hará? ¿Convertirse en mercenario? ¿Poner su espada al servicio del que pague mejor? ¿Ir dando tumbos por la vida sin norte?

—¿Y qué hicimos nosotros, amigo mío? -le preguntó Tanis.

—Nosotros éramos trotamundos -respondió el hombretón tras un momento de profunda reflexión-. Pero Sturm Brightblade no lo era.

Steel estuvo ausente toda la noche. Tanis se quedó dormido. Caramon -siempre pensando en dónde sacar la siguiente comida- se marchó a pescar y atrapó unas truchas en un arroyo cercano. Añadió piñones y cebollas silvestres que encontró en el bosque a las truchas y lo envolvió todo en hojas húmedas para cocinarlo sobre unas piedras calentadas en el fuego.

Al anochece, Sara estaba tremendamente nerviosa. Iba a enviar a Lllamarada a buscar al joven cuando éste apareció, saliendo de las sombras del bosque. Sin decir nada, Steel se puso en cuclillas junto al fuego y dejó la espada, enfundada en la antigua vaina, sobre la hierba, a su lado. Después empezó a comer el pescado.

Tanis esperaba que Sara le planteara a su hijo la pregunta que había deseado hacerle desde que el joven escapó de la Torre, pero o ahora le daba miedo oír la respuesta, o es que esperaba a que Steel sacara el tema, ya que guardó silencio. Sin embargo, su cariñosa mirada no se apartó un momento de él.

Steel estaba concentrado en la comida, como si evitara los ojos de su madre. Tanis tuvo la sensación de que el joven había tomado una decisión. Quizás estaba pensando cómo decírselo.

Siguieron cenando en silencio hasta que Caramon, que miraba hacia lo alto, tocó el brazo de Tanis.

—Tenemos compañía -dijo.

El semielfo se incorporó raudo. Hacia el oeste, como viniendo de Palanthas, cuatro dragones volaban en círculo una y otra vez contra los rayos rojos y anaranjados del sol poniente.

—¡Maldición! ¡Y nosotros aquí, tan cómodos junto a un fuego! ¡Como si hubiésemos salido a una merienda campestre! Llevo apartado de estas cosas demasiado tiempo, amigo mío.

—Apaga eso -ordenó Caramon.

Steel ya estaba haciéndolo, cubriendo la lumbre con tierra para evitar que echara humo.

—¿Qué tipo de dragones son? ¿Alcanzas a verlos? -Caramon tenía los ojos entrecerrados, escudriñando el cielo. Intentó que su voz sonara confiada-. Quizá son caballeros que han salido de patrullas.

—Caballeros sí, pero no solámnicos -dijo el semielfo, sombrío.

—Son Dragones Azules -corroboró Sara con certidumbre.

Su propia montura se mostraba impaciente, pateando el suelo y agitando la cola. Disciplinada, la bestia guardaba silencio, sin llamar a sus compañeros, como habría hecho en caso contrario, pero saltaba a la vista que la hembra de dragón los había reconocido y no entendía por qué no le permitían unirse a ellos. Steel observó a los reptiles en vuelo.

—Semielfo, tú conoces esta zona. ¿Hay alguna ciudad cerca, a la que se pueda llegar caminando?

Sara entrelazó las manos y sus ojos brillantes de alegría. Tanis reflexionó un momento.

—Hay un pueblo de enanos de las colinas al pie de la montaña. Calculo que está a un día de distancia a pie. Los enanos comercian con Palathas, y las caravanas van y vienen constantemente.

—Excelente -dijo Steel sin apartar la vista de los Azules en lontananza-. No quería dejaros tirados. Me llevo a Lllamarada.

La alegría desapareció de los ojos de Sara, y su tez se tornó pálida.

—Me están buscando, por supuesto -continuó el joven con tono enérgico-. Volaré a su encuentro, y vosotros estaréis a salvo aquí. Mi regreso satisfará a lord Ariakan, que ordenará interrumpir la persecución.

Sara soltó un grito ahogado, de angustia.

Steel la miró y se puso pálido, pero la firme resolución plasmada en su semblante no flaqueó. Su mirada se desvió hacia los dos hombres.

—He decidido quedarme la espada -manifestó, desafiante, como si esperara oposición-. Es antigua, lo admito, pero jamás había visto una tan bien hecha.

Tanis asintió en silencio y esbozó una débil sonrisa.

—El arma es tuya por derecho. Tu padre te la entregó. Cuídala bien, Steel Brightblade. Esa espada está acostumbrada a que se la trate con respeto. Su linaje es largo y orgulloso.

—Según tu padre -añadió Caramon solemnemente-, la hoja se romperá únicamente si flaquea el espíritu de quien la empuña.

—La hoja nunca se rompió cuando Sturm la llevó -abundó Tanis-. Ni siquiera el final.

Steel estaba obviamente abrumado. Los oscuros ojos brillaron con las lágrimas contenidas, y sus manos tomaron suave, reverentemente, la empuñadura, decorada con la rosa y la corona.

—Es un arma excelente -dijo en voz baja, enronquecida-. Le daré los cuidados y el honor que merece, podéis estar seguros de ello.

«Conservará la espada- pensó Tanis-, pero, ¿y la joya que lleva al cuello? ¿La sigue teniendo? ¿O se ha librado de ella en el bosque? ¿Qué dirá el respecto de eso?»

Al parecer, nada.

—Quiero darte las gracias, Tanis Semielfo -continuó el joven-, y a ti, Caramon Majere, por combatir a mi lado. Sé que os encontráis en un serio problema, quizás

incluso en peligro, por mi causa. No lo olvidaré. -Desenvainó la espada y la sostuvo ante sí-. Con el arma de mi padre, os honro.

Le hizo un saludo a cada uno al estilo de los caballeros, y por último, enfundando cuidadosamente el arma en la desgastada vaina, se volvió hacia Sara. La mujer tendió desesperadamente los brazos hacia él.

—Steel...

El joven la estrechó contra sí.

—Prometiste que la decisión sería mía, madre.

—¡Steel, no! ¿Cómo puedes hacer esto? ¡Después de lo que has visto, de todo lo que ha pasado antes! -Sara empezó a sollozar.

Suave, pero firmemente, Steel se soltó de los amorosos brazos de la mujer.

—Cuida de ella, ¿quieres, tío? -Pidió quedamente a Caramon-. Que no le ocurra nada malo.

—Lo haré, sobrino. -Caramon agarró a Sara y la apartó del joven.

Steel giró sobre sus talones y corrió hacia el dragón. Llamada esperaba, ansiosa por emprender el vuelo. El joven saltó a lomos del reptil y éste extendió las alas.

Sara se soltó de un tirón de las manos de Caramon y corrió hacia su hijo.

—¡Haces esto por mí! ¡No, por favor, no!

El apuesto rostro mostraba una expresión fría y dura, severa e implacable. Apartó los ojos de ella y miró al sol poniente.

—Una maldición, dijo lord Ariakan. Una maldición si descubría la verdad. - Suspiró,, y luego, bajando de nuevo la vista a Sara, añadió fríamente-. Apártate, madre. No querría que acabaras herida.

Caramon agarró de nuevo a Sara, que sollozaba desconsoladamente, y la alejó de las enormes alas del dragón.

Steel pronunció una palabra y Llamada levantó el vuelo. El dragón giró en círculo sobre ellos una vez. Los tres divisaron la cara del joven, blanca contra el azul de las alas.

Y quizá fue imaginación de Tanis o tal vez un efecto engañoso de la luz crepuscular del sol, pero le pareció ver un destello argénteo, como si lo irradiara la joya elfa, en la mano del joven.

El Dragón Azul desapareció en el cielo progresivamente oscuro, volando hacia el norte.

## Capítulo 12

### La sangre de su madre

El viento soplaba ferozmente sobre el alcázar de las Tormentas. Las olas azotaban las rocas, rompían entre ellas en rociadas de espuma. Los relámpagos retumbaban en las oscuras nubes, los truenos retumbaban, sacudiendo los cimientos de la fortaleza. Era medianoche.

Las claras notas de una trompeta atravesaron la oscuridad. Lord Ariakan se encontraba en el centro del patio del alcázar, rodeado por un círculo de caballeros. Las antorchas chisporroteaban y titilaban bajo la lluvia. Las negras armaduras de los caballeros brillaban. El lirio negro de una muerte violenta adornaba los petos, el tallo cortado de la flor entrelazado con el hacha ensangrentada. Las capas negras, bordeadas en azul, blanco o rojo -dependiendo de la Orden de cada caballero-, se sacudían contra los cuerpos cubiertos por armaduras, pero no los protegían de la lluvia torrencial.

Los Caballeros de Takhisis se deleitaban con el aguacero, con la tormenta. Era una señal del favor de su diosa. A no tardar, el joven que sería investido caballero saldría -si la suma sacerdotisa le consideraba digno de ello- del templo, donde había pasado el día en vigilia y oración.

Uniendo las profundas voces, los caballeros empezaron a entonar preces a su Oscura Majestad.

Dentro del templo, en medio de un mortal silencio, Steel Brightblade yacía postrado en el suelo, con armadura completa, delante del oscuro altar. Había estado tendido todo el día sobre las frías y húmedas piedras, postrado humildemente ante su diosa. El templo se hallaba vacío a excepción de él; no se permitía entrar a nadie para no interrumpir la vigilia del caballero.

Al sonido de un toque de trompeta, una mujer salió de entre las gruesas cortinas que había detrás del altar de obsidiana. Era una mujer vieja y encorvada, con el largo y canoso cabello extendido sobre sus hombros hundidos. Caminaba despacio, arrastrando los pies sobre las losas de piedra. Un cerco rojo bordeaba sus ojos, que eran sagaces y astutos. Vestía los ropajes negros y el corras de dragón de una suma sacerdotisa de Takhisis.

Favorita de la Reina de la Oscuridad, la sacerdotisa tenía un inmenso poder. Se rumoreaba que, años atrás, había participado en las horribles ceremonias que produjeron a los draconianos de los huevos robados a los Dragones del Bien. No había un solo caballero en el alcázar de las Tormentas, Ariakan incluido, que no temblara bajo la mirada o el roce de la vieja mujer.

Se acercó hasta detenerse delante del joven caballero, que yacía con la cara contra las piedras, y el oscuro cabello, que brillaba con una tonalidad negro azulada a luz de las velas del altar, desparramado. En el altar, esperando la bendición de la Reina Oscura, se encontraba su yelmo, diseñado a semejanza de una horrenda y sonriente calavera, y su peto, con el lirio y el hacha. Pero no la espada, como era costumbre.

—Levántate -dijo la sacerdotisa.

Débil por el ayuno y por estar tendido, embutido en la cota de malla, sobre el frío suelo, Steel se incorporó con movimientos rígidos y torpes hasta ponerse de rodillas.

Mantuvo la cabeza inclinada; sin atreverse a alzar los ojos hacia la sagrada sacerdotisa, juntó las manos ante sí.

Ella lo observó atentamente y luego, alargando una mano que parecía una garra, puso los dedos debajo de la barbilla del joven. Las uñas se hundieron en la carne, y el joven se encogió al sentir el tacto de la mujer, más frío que el de las propias piedras. Lo obligó a alzar la cara hacia la luz para escrutarlo.

—¿Sabes el nombre de tu padre?

—Sí, santidad -contestó rotundamente Steel-. Sé el nombre de mi padre.

—Dilo. Pronúncialo ante el altar de tu reina.

Steel tragó saliva al sentir que se le cerraba la garganta. No había pensado que sería tan difícil.

—Brightblade -susurró.

—Otra vez.

—Brightblade. -Su voz retumbó, desafiante y orgullosa.

Al parecer, ello no desagradó a la sacerdotisa.

—Ahora, el nombre de tu madre.

—Kitiara uth Matar. -De nuevo lo dijo con fiereza, con orgullo.

La sacerdotisa asintió con la cabeza.

—Un linaje digno. Steel uth Matar Brightblade, ¿te consagras en cuerpo, corazón y alma a su Oscura Majestad, Takhisis, Reina de la Oscuridad, Guerrero Oscuro, Reina de los Dragones, la de las Mil Caras?

—Sí -respondió sosegadamente Steel.

La sacerdotisa esbozó una sonrisa enigmática.

—¿En cuerpo, corazón y alma, Steel uth Matar Brightblade? -repitió.

—Sí, por supuesto -respondió, molesto. Aquello no formaba parte del ritual, como le habían enseñado-. ¿Por qué lo ponéis en duda?

Como respuesta, la sacerdotisa agarró una fina cadena de acero que rodeaba el cuello del caballero y tiró mostrando lo que colgaba de ella.

Era una joya elfa, tallada en forma de estrella, pálida y brillante.

—¿Qué es esto? -siseó la sacerdotisa.

Steel se encogió de hombros y soltó una risa.

—Lo robé del cuerpo de mi padre, al tiempo que robé su espada. Los caballeros estaban furiosos. ¡Les metí el miedo en el cuerpo!

Sus palabras eran osadas, pero resonaron demasiado altas, huecas y discordantes, en el silencio del templo.

La sacerdotisa rozó la joya con la yema de un dedo, cautelosamente.

Se produjo un destello de luz blanca y un sonido siseante. La mujer retiró la mano bruscamente y soltó un penetrante grito de dolor.

—¡Es un artefacto del Bien! -Escupió la última palabra-. No puedo tocarlo. Nadie que sea un verdadero servidor de su Oscura Majestad puede tocar esa maldita joya. Y sin embargo, tú puedes, Steel Brightblade, la llevas con impunidad.

Steel, mortalmente pálido, la miró consternado.

—¡Renunciaré a ella! Me la quitaré -gritó. Su mano se cerró sobre la joya, que irradiaba una brillante luz en medio de la oscuridad-. Sólo es una baratija. ¡No significa nada para mí!

Iba a propinar un tirón para romper la cadena, pero la sacerdotisa se lo impidió.

—Lleva la joya maldita. Es deseo de la Reina Oscura y un placer para ella que sea así. Ojalá te sirva como recordatorio de esta advertencia. Piensa en mis palabras

cada vez que mires esa joya, Steel Brightblade. La de las Mil Caras tiene muchos ojos. Lo ve todo. No puedes ocultarle nada.

»Tu corazón le pertenece, tu cuerpo le pertenece. Pero no tu alma. Aún no... Pero le pertenecerá. -La sacerdotisa acercó tanto el rostro arrugado al del joven que éste sintió el fétido aliento en la mejilla-. Y, entre tanto, Steel uth Matar Brightblade, serás de inestimable valor para nuestra soberana.

Los secos y consumidos labios besaron la frente de Steel.

Tembloroso, empapado en sudor, el joven se obligó a no retroceder ante el horrible tacto de aquella boca.

—Tu yelmo y tu peto están en el altar. Ambos han sido bendecidos por la Reina Oscura. En pie, señor caballero. Póntelos.

Steel miró a la sacerdotisa de hito en hito, sin salir de su asombro. Luego, su expresión se tornó en otra de gozo. La sacerdotisa, de nuevo con aquella sonrisa enigmática, dio media vuelta y se alejó. Apartó las negras cortinas y desapareció en la zona interna del templo.

Dos muchachos, adolescentes, entraron por las puertas delanteras del templo. A partir de ese momento, el más joven sería su paje, y el mayor su escudero. Permanecieron en silencio, respetuosamente, esperando para ayudar al caballero a ponerse la armadura. Los dos chicos contemplaba a Steel con admiración y envidia, sin duda soñando con su propia investidura, viéndola personificada en él.

Tembloroso, apenas capaz de sostenerse de pie, Steel se acercó reverentemente al altar. Una mano, la derecha, descansó sobre el peto negro, adornado con el lirio de la muerte. La otra, la izquierda, se cerró sobre la joya colgada de su cuello. Cerró los ojos. El ardor de las lágrimas escoció en sus párpados. Furioso, empezó una vez más, a tirar de la cadena para quitarse la joya.

Su mano se deslizó sobre ella, y cayó flácida sobre el altar.

La trompeta sonó dos veces más.

En el patio del alcázar de las Tormentas, lord Ariakan aguardaba para armar caballero al oscuro paladín con la espada de su padre.

Steel uth Matar Brightblade, Caballero del Lirio, hijo de Sturm Brightblade, Caballero de la Corona, hijo de Kitiara uth Matar, Señora del dragón, Kitiara uth Matar.

Steel tomó el yelmo, semejante a una sonriente calavera, y se lo puso en la cabeza. Después, arrodillado delante del altar, ofreció una oración de gracias a su reina Takhisis.

Se incorporó con aire orgulloso, extendió los brazos e hizo un gesto a su escudero para que le abrochara el negro y reluciente peto.

## El sacrificio

*Un hijo siempre deseado  
un hijo de la madurez, la única hija  
con los ojos del padre,  
para vosotros, queridos hijos,  
construiremos estos castillos  
y así los muros puedan cercar  
vuestras vidas prestadas.  
Rodeados de piedra,  
de torres y murallas,  
no existe coraje  
que no sea piedra,  
y puente levadizo y almena  
merlón y parapeto  
ensamblados para manteneros  
redimidos y solos.  
Oh, hijo bienamado,  
oh, hijo de la madurez,  
¿quién medirá el tendón  
con el palmo de tu mano?  
E hija resplandeciente  
imagen del recuerdo,  
¿está el corazón de tu florescencia  
dividido igualmente y planeado?  
¿Dónde está tu país  
y dónde está tu pueblo?  
¿Dónde, el desdichado  
descontento con murallas?  
¿Dónde está la artimaña del asedio  
de corazón y autonomía,  
cercando el castillo  
cuando caen las almenas?*

## Capítulo 1

Los últimos ecos vibrantes del carillón, en la torre del reloj del Templo de Paladine, quedaron realzados por el sonido de postigos y puertas cerrándose, llaves girando en cerraduras, y las chillonas protestas de kenders desilusionados a los cuales se había sorprendido husmeando entre estanterías y que ahora eran arrojados a las calles. Seis toques de campana ponían fin a la jornada de comercio. Los tenderos se pusieron a cerrar sus negocios, mirando con impaciencia a los clientes de última hora y despidiéndolos con apremio tan pronto como tenían el dinero en la mano.

—Cierra, Markus -le dijo Jenna a su joven ayudante.

El muchacho abandonó prestamente su asiento junto a la entrada y empezó a echar los pesados postigos de madera que protegían los escaparates.

La oscuridad se adueñó del interior de la tienda. Jenna sonrió. Le gustaba su trabajo, pero ese momento del día le gustaba aún más, cuando todos los clientes se habían marchado, el sonido de sus voces cesaba y ella se encontraba sola. Se detuvo para escuchar el silencio, para aspirar los olores que le habrían revelado -si estuviese ciega y sorda- que se hallaba en una tienda de artículos de magia: el perfume de pétalos de rosa; el intenso aroma de la canela y el clavo; el tenue y nauseabundo hedor a descomposición, a alas de murciélago y caparazones de tortuga. A esa hora del día el olor era más intenso siempre. La luz del sol avivaba los distintos aromas, y la oscuridad los realzaba.

Markus apareció en el umbral.

—¿Me necesitáis para algo más, señora Jenna? -preguntó con tono anhelante.

Aunque recién contratado, ya estaba enamorado de ella perdidamente, como sólo un muchacho de diecinueve años podía enamorarse de una mujer cinco años mayor que él. A todos los ayudantes de Jenna les ocurría lo mismo, y la mujer se había acostumbrado a que sucediera así, de manera que se habría sentido decepcionada -y probablemente enojada- en caso contrario. Con todo, no hacía nada para alentar a los jóvenes, más allá de ser ella misma, lo que, teniendo en cuenta que era bella, poderosa y misteriosa, bastaba y sobra. Jenna amaba a otro hombre, y toda Palanthas lo sabía.

—No, Markus, puedes marcharte a La Cabeza de Jabalí para la jarana nocturna con tus amigos. -Jenna cogió una escoba y se puso a barrer enérgicamente el suelo.

—Son unos críos -comentó Markis, desdeñoso, mientras seguía con la mirada todos los movimientos de la mujer-. Preferiría quedarme y ayudaros a limpiar.

Jenna barrió el barro seco y unas pocas hojas de menta hacia la puerta, haciendo igual con el muchacho, en broma.

—No puedes ayudarme en la tienda, como ya te dije. Lo mejor para ambos es que te mantengas fuera. No quiero tener las manos manchadas con tu sangre.

—Señora Jenna, no me da miedo... -empezó él.

—Entonces es que eres tonto -lo interrumpió con una sonrisa para quitar hierro a sus palabras-. En esa caja hay un broche que te robaría el alma y te conduciría directamente al Abismo. Junto al broche hay un anillo que podría darte la vuelta del revés. ¿Ves esos libros de hechizos en la última estantería? Si se te ocurriera echar una ojeada a las inscripciones de las portadas, te volverías completamente loco.

Markus parecía un tanto intimidado, pero no pensaba dejar que se notara.

—¿De dónde vienen todas esas cosas? -inquirió mientras escudriñaba el interior de la tienda envuelta en la penumbra.

—De sitios diferentes. La Túnica Blanca que acaba de marcharse me trajo el broche que roba el alma. Es un objeto del Mal ¿entiendes?, y ella ni siquiera se plantearía utilizarlo. Sin embargo me lo cambió por varios libros de hechizos que hacía tiempo que quería poseer, pero le faltaba dinero para pagarlos. ¿Recuerdas el enano que vino esta mañana? Me trajo esos cuchillos -Jenna señaló con un ademán un expositor en el que exhibía un gran número de cuchillos y dagas pequeños, colocados en forma de abanico.

—¿Son mágicos? Creía que a los hechiceros no se les permitía llevar armas.

—No podemos portar espadas, pero sí cuchillos y dagas. Y no, no son mágicos. Un mago puede lanzar un conjuro en un cuchillo si opta por hacerlo así.

—Vos no tenéis miedo, señora Jenna -insistió obstinado el joven-. ¿Por qué habría de tenerlo yo?

—Porque yo sé cómo manejar objetos arcanos. Soy una Túnica Roja. Me sometí a la Prueba de la Torre de Alta Hechicería y la superé. Cuando hagas lo mismo, entonces podrás entrar en mi tienda. Hasta entonces -añadió con una sonrisa encantadora que tuvo el mismo efecto que un vino con especias en la cabeza del muchacho-, te quedarás guardando la puerta.

—Lo haré, señora Jenna -prometió efusivamente-, y... y quizás estudie magia.

La mujer se encogió de hombros y asintió en silencio. Todos sus ayudantes decían lo mismo cuando empezaban a trabajar para ella, pero ninguno de ellos había seguido adelante con tal propósito. Jenna se encargaba de que fuera así. Jamás contrataba a nadie que tuviese la más ligera inclinación por la magia. Sus mercancías eran una tentación demasiado fuerte para que un mago joven la resistiera. Además, necesitaba músculos, no cerebro, para vigilar la puerta.

Sólo quienes vestían la túnica de hechicero o los contados mercaderes que comerciaban con artículos mágicos tenían permiso para entrar en su tienda, cuya puerta tenía pintados los símbolos de las tres lunas; la plateada, la roja y la negra. Los magos absorbían sus poderes de esas lunas, y los pocos establecimientos que comerciaban con objetos mágicos en Ansalon siempre marcaban sus puertas con esos símbolos.

La mayoría de los ciudadanos de Palanthas evitaban la tienda de Jenna; de hecho, muchos cruzaban la calle para pasar a la otra acera. Sin embargo, siempre había unos cuantos -ya fuesen curiosos, borrachos o movidos por una apuesta- que intentaban entrar. No pasaba un solo día sin que el ayudante de Jenna tuviera que actuar con mano dura o, en caso contrario, sacar por el cuello del recinto a las manos largas de los kenders. Todos los hechiceros de Ansalon sabían la historia de la tienda de objetos mágicos de Flotsam. Había desaparecido en circunstancias misteriosas y nunca más se la había vuelto a ver. Testigos aterrados informaron haber visto entrar a un kender justo unos segundos antes de que el edificio entero se desvaneciera en un abrir y cerrar de ojos.

Markus se fue arrastrando los pies calle abajo, con aire desconsolado, para ahogar en cerveza su amor no correspondido. El comerciante de telas de la tienda de al lado cerró la puerta y después la saludó con una respetuosa inclinación de cabeza cuando pasó ante ella, de camino a su casa. Al principio no le había hecho gracia que Jenna se instalara puerta con puerta a su negocio, pero cuando las ventas -en especial los paños blancos, negros y rojos- se incrementaron, sus protestas menguaron de manera proporcional.

Jenna le dio las buenas noches. Después entró en su tienda, echó la llave a la puerta, y le puso un conjuro de salvaguardia. Vivía encima de la tienda, vigilando así las mercancías durante la noche. Tras echar una última ojeada en derredor se encaminó a la escalera que conducía a sus aposentos y empezó a subir los peldaños, pero una llamada a la puerta la detuvo.

—¡Vete a casa, Markus! -respondió, irritada.

Tres noches atrás, el joven había regresado para entonar canciones de amor bajo su ventana. Había sido un incidente de lo más embarazoso.

La llamada se repitió, esta vez con mayor urgencia. Jenna suspiró. Estaba cansada y hambrienta; era la hora de tomar una taza de té. Sin embargo, se volvió y bajó los escalones. Se esperaba de los dueños de tiendas de las Tres Lunas que abrieran sus establecimientos a cualquier mago que lo necesitara, fuera a la hora que fuera, de día o de noche.

Jenna abrió una ventanilla de la puerta y se asomó esperando ver a un Túnica Roja que se disculparía humildemente por molestarla pero si era posible le gustaría conseguir algo de tela de araña. O un Túnica Negra, exigiendo imperiosamente guano de murciélago. En consecuencia, Jenna se sorprendió y le desagradó el encontrar a dos hombres altos, cubiertos con gruesas capas y con las capuchas echadas, plantados ante su puerta. Los rayos del sol poniente se reflejaban en las espadas que ambos llevaban a la cadera.

—Oh, os habéis equivocado de tienda, caballeros -dijo Jenna en un excelente elfo. Por sus esbeltas piernas, las caras botas de cuero de buena factura y las armaduras de cuero de caprichosos diseños, supuso que eran elfos, aunque sus rostros quedaban ocultos bajo las capuchas.

Iba a cerrar la mirilla cuando uno de los hombres habló en Común, de forma titubeante.

—Si sois Jenna, hijo de Justarius, el jefe del Cónclave de Hechiceros, no nos hemos equivocado de tienda.

—Supongo que lo soy -repuso altaneramente la mujer, aunque ahora se había despertado su curiosidad-. ¿Qué queréis de mí? Si tenéis un objeto mágico para vender -añadió, como si se le hubiese ocurrido la idea en el último momento-, regresad por la mañana, por favor.

Los dos hombres intercambiaron una mirada. Jenna alcanzó a atisbar el brillo de unos ojos almendrados en las sombras de las capuchas.

—Queremos hablar con vos -dijo uno de ellos.

—Pues decid lo que sea -replicó la mujer.

—En privado -abundó el otro.

—La calle está desierta a estas horas -dijo Jena, que se encogió de hombros-. No quiero parecer descortés, pero debéis saber que los propietarios de las tiendas de las Tres Lunas son cautos respecto a quién dejan entrar en sus establecimientos. Es más por vuestra propia seguridad que por la mía.

—Los asuntos que nos traen son serios, y no pueden discutirse en la calle. Creedme, señora -añadió el elfo en voz bajo-, esto nos gusta tan poco como a vos. ¡Tenéis nuestra palabra de que no tocaremos nada!

—¿Os envía mi padre? Inquirió Jenna para ganar tiempo.

Si los hubiese enviado él, se lo habría advertido antes, y hacía meses que no tenía noticias de él, desde la última pelea. A Justarius no le gustaba en absoluto su amante.

—No, señora -contestó el elfo-. Venimos por propia iniciativa.

«Que extraño -pensó Jenna-. Uno es Qualinesti y el otro Silvanesti.» Los distinguía por el acento, aunque seguramente ningún otro humano de Solamnia habría sido capaz de notar esa diferencia. Sin embargo, Jenna había pasado mucho tiempo entre elfos; con uno en particular.

Hacia mucho, mucho tiempo, los elfos habían sido una única nación. Conflictos armados, la Guerra de Kinslayer, los había dividido en dos: Qualinesti y Silvanesti. Y no existía gran afecto entre ambas naciones. Incluso en la actualidad, después de que la Guerra de la Lanza hubiese unido a las demás razas y naciones de Ansalon, los dos estados elfos -aunque en apariencia uno solo- estaban en realidad más separados que nunca.

Despierta su curiosidad, Jenna abrió la puerta y se apartó para dejar entrar a los elfos. No estaba asustada ni por asomo. Eran elfos, lo que venía a significar que eran cabales, respetuosos de la ley, y buenos hasta el aburrimiento. Además, Jenna tenía preparado un conjuro que los lanzará de vuelta a la calle si intentaban algo.

Los dos elfos se quedaron en el centro de la tienda, con los brazos pegados al cuerpo, temerosos incluso de rozar un expositor. Permanecían cerca el uno del otro -a la defensiva-, pero ponían gran cuidado en no tocarse. Aliados, pero unos aliados a la fuerza, dedujo Jenna. Su curiosidad había llegado a un punto casi irresistible.

—Creo que los dos, caballeros, os sentiríais mucho más cómodos en mis aposentos privados -dijo con una pícaro sonrisa-. Estaba a punto de prepararme un poco de té. ¿Si gustáis?

El Silvanesti se había tapado la boca y la nariz con su pañuelo, en tanto que el Qualinesti, que al girarse un poco casi se habían dado de narices con un frasco lleno de globos oculares que flotaban en un fluido protector, se puso pálido y retrocedió un paso.

—Mis aposentos os resultarán bastante cómodos -dijo Jenna mientras señalaba la escalera-. Y muy normales. Mi laboratorio está en el sótano -añadió para reforzar la confianza de los elfos.

Estos volvieron a intercambiar una mirada, tras lo cual asintieron con aire envarado y empezaron a subir la escalera detrás de su anfitriona. Los elfos parecieron tremendamente aliviados al ver que la pequeña sala de estar de Jenna tenía el mismo aspecto que la de cualquier humano, abarrotada con la mesa, sillas y sillones mullidos. Jenna atizó el fuego y preparó té, usando una mezcla de hojas importada de Qualinesti.

Los elfos se tomaron el té y mordisquearon una galleta por mera cortesía. Jenna inició una charla trivial; los elfos nunca discutían de negocios mientras comían o bebían.

Los dos elfos hicieron los pertinentes comentarios, pero sin participar realmente en la conversación, de manera que al final se quedaron callados los tres. Tan pronto como pudieron, sin insultar a su anfitriona, ambos dejaron las tazas, indicando que estaban preparados para entrar en materia. Sin embargo, llegados a ese punto, no parecían saber cómo empezar.

Jenna podía dejar que se pusieran nerviosos o facilitarles su tarea. Puesto que esperaba compañía más agradable un poco más avanzada la noche, deseaba que los elfos se fueran, de modo que les dio un pequeño empujón para que hablaran.

—Bien, caballeros, habéis acudido a mí, una hechicera Túnica Roja. ¿Qué queréis de mí? Os diré de antemano que no viajo fuera de la ciudad. Si queréis algún trabajo de magia, ha de ser uno que pueda realizarse desde aquí, dentro de los confines de mi laboratorio. Y no preparo pociones amorosas, si es lo que andáis buscando...

Jenna sabía de sobra que no era eso lo que querían, siendo dos enemigos acérrimos que acudían a su tienda en secreto, al crepúsculo. Sin embargo, nunca estaba de más fingir ignorancia.

—No seáis ridícula -repuso bruscamente el Qualinesti-. Yo... -cerró la boca de golpe, reflexionó un momento y volvió a empezar-. Esto es difícil para mí. Para los dos. Tenemos que hablar con... alguien. Alguien especial. Y nos dijeron que erais la persona que quizá podría ayudarnos a conseguirlo.

«Vaya -pensó Jenna-. Bien, bien, bien. Qué interesante». Les dedicó una sonrisa dulce y abierta.

—¿De veras? ¿Alguien que conozca? No imagino quién puede ser. Vosotros, caballeros, parecéis de alta cuna. Cualquiera puerta de Ansalon se os abriría.

—No esta puerta en particular -repuso el Silvanesti en tono duro-. No la abre... -bajó la voz- la Torre de la Alta Hechicería.

—La torre oscura -añadió el Qualinesti-. La que se alza aquí, en Palanthas. Queremos hablar con... el Señor de la Torre.

Jenna los observó atentamente. Dos elfos de alta cuna, eso era obvio por la ropas caras, sus espadas ornamentadas, las finas joyas que adornaban sus dedos y colgaban de sus cuellos. Y también ambos de edad, porque aunque a veces era difícil calcular los años de un elfo, esos dos era obviamente maduros.

De alcurnia, posición elevada, enemigos ancestrales, aliados recientes.

Y querían hablar con el peor enemigo que podían tener en este mundo: el Señor de la Torre de la Alta Hechicería de Palanthas.

—Queréis hablar con Dalamar -manifestó sosegadamente.

—Sí. Señora. -La voz le falló al Qualinesti, que tosió, enfadado consigo mismo.

Al parecer, el Silvanesti ni siquiera le salía la voz. Tenía el gesto tenso y forzado, los labios tirantes, las manos enlazadas prietamente sobre la empuñadura de la espada. Saltaba a la vista que ambos detestaban tener que hacer aquello.

Jenna se mordió el labio para contener la risa. No era de extrañar que esos dos hubiesen buscado la privacidad con tanto empeño. Dalamar era de su raza, un elfo de Silvanesti, pero uno expulsado de la sociedad elfa con deshonor, un proscrito. Era lo que llamaban un “elfo oscuro”, uno que ha sido desterrado de la luz. Su crimen había sido estudiar la magia del Mal, la disciplina de los túnicas Negras. Una acción tan horrible nunca podría ser aprobada por la sociedad elfa. Incluso el hecho de que esos dos mirasen a Dalamar se consideraría un acto escandaloso. ¿Qué no sería hablar con él?

Jenna estaba impaciente por ver la reacción de Dalamar. No obstante, decidió hacer sufrir un poco más a esos dos.

—¿Y por qué razón pensáis que yo pudo facilitaros la entrevista? -inquirió con expresión de absoluta inocencia.

—Nos informaron que vos y... -El Qualinesti se puso colorado-. Eh, el Señor de la Torre -dijo, incapaz de pronunciar el nombre-, sois amigos...

—Fue mi *Shalafi*. Y es mi amante -contestó, y disfrutó al ver encogerse a los elfos.

Estos se miraron como si dijeran “¿qué puede esperarse de una humana?”, Al parecer el Silvanesti había llegado a su límite, y se puso en pie.

—Acabemos con esto lo antes posible. ¿Podéis...? ¿Querréis... ponernos en contacto con el Señor de la Torre?

—Quizá -respondió Jenna, evasiva-. ¿Cuándo?

—Cuando antes. El tiempo apremia.

—Una advertencia -dijo la mujer enarcando una ceja-. Si estáis pensando en tender una trampa a Dalamar...

—Os aseguro, señora, que no sufrirá ningún daño -manifestó con severidad el Qualinesti.

—¡Que no sufrirá daño! -Rió Jenna-. Vaya, ¿qué peligro podríais representar para él? Él es el Túnica Negra más poderoso. Es jefe de su Orden, y, cuando mi padre se retire, ocupará el liderazgo del Cónclave de Hechiceros.

»Por favor, perdonadme. Os pido disculpas -añadió procurando ahogar la risa. Era obvio que los dos elfos se sentían profundamente ofendidos-. Pensaba en vuestra seguridad, caballeros. Era una advertencia amistosa. No intentéis ningún truco con Dalamar. No os gustarían las consecuencias.

—¡Qué insolencia! -El Silvanesti estaba pálido de ira-. No tenemos por qué...

—Sí tenemos -le interrumpió su compañero en voz baja.

Al Silvanesti casi lo ahogaba la ira, pero guardó silencio.

—¿Cuándo podemos reunirnos con el Señor de la Torre? -preguntó fríamente el Qualinesti.

—Si Dalamar accede a veros, lo encontraréis aquí, en mis aposentos, mañana por la noche. Confío en que este lugar sea de vuestra satisfacción. ¿O quizá preferís llevar a cabo la reunión en la Torre de la Alta Hechicería? Podría venderos un encantamiento para...

—No, señora. -Los elfos sabían que se estaba burlando de ellos-. Esta estancia será aceptable.

—Muy bien. -Jenna se puso en pie-. Os veré mañana por la noche, más o menos a esta hora. Que tengáis agradables sueños, caballeros.

El rostro del Silvanesti enrojeció. Parecía dispuesto a golpearla, pero el Qualinesti lo frenó.

—Agradables sueños... Qué comentario tan falto de tacto -murmuró Jenna mientras bajaba la mirada para ocultar su regocijo-, considerando la terrible tragedia que azota Silvanesti. Perdonadme.

Los escoltó escaleras abajo hasta la puerta, y los siguió con la mirada hasta que desaparecieron calle adelante. Después repuso el conjuro de salvaguardia y, riendo a carcajadas, subió a la vivienda a fin de prepararse para la llegada de su amante.

## Capítulo 2

Los elfos fueron puntuales. Jenna los hizo pasar a la tienda. Seria, recatada. Los condujo hasta la escalera. Al pie de la misma, sin embargo, los elfos se pararon. Ambos llevaban máscaras de seda verde que eles cubrían la parte superior de la cara.

Jenna pensó que su aspecto era ridículo, como niños vestidos con disfraces para el Festival del Ojo.

—¿Está aquí? -preguntó el Qualinesti con terrible solemnidad.

Su mirada se dirigió a lo alto de la escalera. Las sombras de la tarde eran densas allí arriba. Sin duda el elfo vio una forma distinta de oscuridad, una más sólida, más sustancial.

—Está, sí -contestó Jenna.

Los dos elfos vacilaron, presas de la agitación. Sólo por hablar con un elfo oscuro estaban cometiendo un crimen que muy bien podía conducirlos al mismo destino: el oprobio, el destierro, el exilio.

—No tenemos opción -dijo el Silvanesti-. Ya lo discutimos.

El Qualinesti asintió. La seda verde se le pegaba a la cara, y sobre el labio superior tenía gotitas de sudor.

Los dos subieron la escalera y Jenna empezó a seguirlo, pero el Silvanesti se volvió hacia ella.

—Esta conversación es privada, señora -dijo bruscamente.

—Estáis en mi casa -le recordó ella.

Perdonadnos, señora -se apresuró a ofrecerle disculpas el Qualinesti, intentando enmendar el desliz del otro-, pero sin duda comprenderéis que...

—De acuerdo -Jenna se encogió de hombros-. Si necesitáis algo me encontraréis en el laboratorio.

Dalamar escuchó las voces elfas, el leve ruido de pisadas subiendo la escalera. Sonrió.

—Éste es mi momento de triunfo -susurró en la oscuridad-. Siempre supe que ocurriría. Que antes o después vosotros, hipócritas farisaicos, que me expulsasteis cubierto de oprobio, os veríais obligados a acudir a mí arrastrándoos, suplicando mi ayuda. Os la daré, pero os la haré pagar. -La mano esbelta de Dalamar se cerró con fuerza-. ¡Oh, ya lo creo que tendréis que pagarla!

Los dos elfos aparecieron en el umbral. Ambos llevaban las máscaras -una precaución sensata, para evitar que los reconociera-, lo que, por supuesto, significaba que los conocía, o al menos al Silvanesti.

—¿Cuánto ha pasado desde que me expulsaron de mi patria? -Musitó Dalamar-. Veinte años, al menos. Mucho tiempo para los humanos, pero muy poco para los elfos.

Y el recuerdo le ab4rasaba la mente. Podrían pasar doscientos años, y él no lo habría olvidado.

—Por favor, caballeros -dijo, hablando en Silvanesti, su lengua natal-, entrad y tomad asiento.

—No gracias -contestó el Qualinesti-. Esto no es una reunión social, señor, sino estrictamente negocios. Que quede claro desde el principio.

—Tengo nombre -dijo suavemente Dalamar, con los ojos prendidos en los elfos, para incomodidad de estos.

Les resultaba difícil mirarlo, contemplar los ropajes negros decorados con símbolos arcanos de poder y protección, o los saquillos con ingredientes de conjuros colgando del cinturón; o su rostro, joven, atractivo, orgulloso, cruel. Era poderoso y dominaba la situación. Los dos hombres lo sabían, pero a ninguno le gustaba que fuera así.

—Teníais un nombre -dijo el Silvanesti-. Un nombre que ya no pronunciamos.

—Lástima. -Dalamar entrelazó las manos bajo las mangas de la túnica. Saludó con la cabeza, dispuesto a partir-. Caballeros, al parecer habéis perdido vuestro tiempo...

—¡Esperad! -El Qualinesti tragó saliva-. Esperad. D... Dalamar. -Se enjugó el sudor del labio-. ¡Esto no es fácil para nosotros!

—Para mí tampoco -replicó fríamente el hechicero-. ¿Cómo creéis que me siento al escuchar, por primera vez después de todos estos años, el sonido de la lengua de mi patria? -Sintió que se le cerraba la garganta. Tuvo que darse media vuelta y clavar la mirada en el fuego hasta que las repentinas e inesperadas lágrimas se evaporaron.

Ninguno de ellos contestó. Los oyó rebullir, intranquilos. Domeñadas las emociones no deseadas, Dalamar se volvió para mirarlos.

—Y bien, general, y vos, senados, ¿qué queréis de Dalamar el Oscuro? -demandó bruscamente.

—Yo... No sé a quién os... referís... -intentó farolear el general Silvanesti para escurrir el bulto.

—La próxima vez que queráis viajar de incógnito, general, os sugiero que os desprendáis de vuestra espada ceremonial, y que vos, senados, os quitéis el anillo de vuestro cargo.

—Creo... creo que me sentaré -dijo el senador Qualinesti, que se dejó caer en una silla.

El general Silvanesti permaneció de pie, con la mano sobre la empuñadura de la espada que lo había traicionado.

—Hablad vos -le dijo el senador a su compañero.

El general se cruzó de brazos, con los pies bien separados.

—En primer lugar, he de contaros lo que creo que serán buenas noticias, incluso para vos, Dalamar. -Pronunció el nombre con la punta de la lengua pegada a los dientes, como si le diera miedo de que si el sonido se producía dentro de su boca pudiera envenenarlo-. Por fin se ha llamado de vuelta a los silvanestis. El maligno sueño de Lorac, que tenía sometida a nuestra tierra, ha sido derrotado. Los escasos focos de draconianos y goblins que retenían partes del país han sido erradicados. Nos ha costado veinte años, pero ahora Silvanesti es nuestro de nuevo. Su belleza ha retornado.

Felicidades -dijo Dalamar con un frunce burlón en los labios-. Así que Porthios os ha conducido a la victoria. Sí, estoy al tanto de los asuntos de mi país. Porthios, un qualinesti casado con Alhana, hija de Lorac, reina Silvanesti. Un reino elfo unido, creo que es lo que ambos tienen en mente. Y en lo referente a los últimos veinte años, el Orador de los Soles, Porthios, ha arriesgado su vida para salvar la patria de los silvanestis. Y ha tenido éxito. ¿Lo habéis recompensado por sus servicios?

—Ha sido hecho prisionero -contestó gravemente el general.

Dalamar empezó a reírse.

—¡Qué propio de elfos! Encarcelar al hombre que salvó vuestras miserables vidas. ¿Cuál fue su crimen? No, dejad que lo adivine. Conozco a Porthios,

¿comprendéis? No dejó que vosotros, los silvanestis, olvidaseis ni por un momento que fue un Qualinesti el que había acudido a rescataros. Hablaba a menudo de que Qualinesti y Silvanesti se unirían, pero dando a entender que sería un Qualinesti quien gobernaría a sus parientes más débiles. ¿Me equivoco?

—Bastante aproximado a la verdad. -El general no parecía complacido. Percibía claramente el sarcasmo en la voz del elfo oscuro.

—¿Y qué pensáis vosotros, los qualinestis, de todo esto? -preguntó Dalamar al senador-. Me refiero a que vuestro Orador de los Soles esté prisionero.

—Esto me está asfixiando. -Respiró hondo y después habló con sumo cuidado-. No tenemos nada en contra de los silvanestis. Su reina, la esposa de Porthios, Alhana Starbreeze, es mi invitada en Qualinost.

Dalamar ahogó una exclamación y después soltó el aire despacio.

—Las cosas que me he perdido, encerrado en esa aburrida Torre. Vuestra “invitada” decís. Una invitada que, sin duda, está cansada de vuestra hospitalidad, pero que encuentra difícil marcharse. ¿Cuál es su crimen?

—Esto no es de conocimiento público, pero Alhana Starbreeze está embarazada. -El senador hizo girar el anillo de su cargo una y otra vez en el dedo, con nerviosismo.

—Así que -Dalamar estaba intrigado-, después de veinte años, el matrimonio de conveniencia ha adquirido pasión, ¿eh? Me sorprende que Porthios tuviera tiempo. O inclinación.

—Si el niño nace en tierras elfas -prosiguió el senador, fingiendo que no había oído el comentario-, mientras sus padres gobiernan, será el heredero de ambos reinos. La unificación se completará.

—Y no puede permitirse que tal cosa ocurra -intervino el general, con la mano crispada sobre la empuñadura de la espada.

—¿Y cómo os proponéis impedirlo? -Preguntó Dalamar-. Dando por sentado que el asesinato no es una opción tenida en cuenta.

El senador adoptó una tensa postura de dignidad ultrajada. La máscara de seda estaba húmeda en la frente y se le pegaba a la cara.

—El exilio. Para ambos.

—Entiendo -dijo Dalamar-. Como a mí. -Su tono era suave y amargo-. La muerte sería más piadosa.

—¿Estáis insinuando que...? -empezó el senador, fruncido el ceño.

—No insinúo nada. -Dalamar se encogió de hombros-. Simplemente hacía un comentario. Pero no acabo de entender dónde encajo yo en este ingenioso y traicionera complot vuestro. A menos que estéis pensando ofrecerme el liderazgo de los elfos, claro.

Los dos lo contemplaron horrorizados, con los ojos abiertos de par en par.

—¡Caballeros, por favor, os tomáis todo demasiado en serio! -rió Dalamar-. Sólo era una broma.

Ambos parecieron aliviados, pero todavía algo desconfiados.

—La Protectoría gobernará Silvanesti hasta el momento en que un miembro de la Casa Real esté preparado para hacerse cargo. -dijo el general-. La Protectoría ha dirigido Silvanesti durante los últimos veinte años, mientras combatíamos el sueño. Mi pueblo está acostumbrado a la ley marcial. Y no le gusta Porthios.

—En cuanto a Qualinesti... -El senador vaciló y miró con inquietud hacia la escalera.

—No os preocupéis -lo tranquilizó el hechicero-. Jenna no es de las que escucha a escondidas. Y, creedme, le importa poco la política de los reinos elfos.

—Este es un asunto demasiado delicado para correr el riesgo de que se filtre una sola palabra -argumentó el senador, que hizo un señá para que Dalamar se acercara.

El elfo oscuro, con expresión divertida, se encogió de hombros y se aproximó. Inclinandose hacia Dalamar todo lo cerca que podía sin llegar a tocarlo, el Qualinesti habló en un tono quedo y urgente. Dalamar escuchó, sonrió y sacudió la cabeza.

—Sabéis, por supuesto, que habrá problemas con los padres.

—Ahí es donde podéis ser de inestimable ayuda para nosotros -dijo el senador.

—Al ser amigo del padre -añadió el general.

Dalamar meditó el asunto. Su mirada pasó de un elfo a otro, sopesando su resolución. Ambos sostuvieron firmemente su mirada.

—De acuerdo -accedió el hechicero-. Me ocuparé de que mi amigo y su esposa no interfieran, pero mi ayuda tiene un precio.

El senador agitó la mano en un gesto despectivo.

—Nuestros cofres están llenos. Decid el precio.

—¿Y para qué necesito más riqueza de la que ya poseo? -se mofó el elfo oscuro-. ¡Probablemente podría comprar Qualinesti! No, mi precio es éste. -Hizo una pausa para hacerles sudar más, y luego dijo quedamente-. Pasar un mes en mi patria.

Al principio el senador se sobresaltó; después, al pensarlo mejor, sintió alivio. Dalamar era Silvanesti, después de todo. Pasaría un mes en Silvanost.

El general pensó lo mismo. Empezó a abrir y a cerrar la boca, tan furioso que farfullaba.

—¡Ni pensarlo! -consiguió articular-. ¡Imposible! ¡Estáis loco si pedís algo así!

El senador se incorporó con presteza y cogió al otro elfo por el hombro. Los dos iniciaron una acalorada discusión.

Dalamar, sonriente, se aproximó a la chimenea. En su memoria veía los maravillosos árboles de su tierra natal. Escuchaba el canto de los pájaros y caminaba entre flores maravillosas. Se tumbaba en la hierba fragante y sentía el cálido roce del sol en su cara. Respiraba el aire puro, corría por exuberantes praderas. Era joven, inocente, sin tacha ni sombra...

—Sólo un mes -dijo el senador-. Ni un día más.

—Lo juro por Nuitari -prometió Dalamar y se regocijó al ver que los dos hombres se encogían al oír el nombre del dios de la magia oscura.

—Iréis y os marcharéis en secreto -continuó el senador-. Nadie debe saberlo. Nadie debe veros. No hablaréis con nadie.

—Acepto.

El senador miró al general.

—Supongo que no queda más remedio -rezongó el general de mala manera.

—Excelente -dijo el hechicero-. Nuestro negocio ha concluido de manera satisfactoria. Sellémoslo como exige la costumbre.

Se acercó, cogió a por los hombros primero a un elfo y luego el al otro y los besó en la mejilla. El general apenas logró contenerse. Se puso rígido al sentir el roce de los labios fríos y secos. El senador dio un respingo, como si lo hubiese mordido una serpiente. Sin embargo, ninguno de los dos se apartó; eran ellos los que habían pedido esa alianza, y no osarían hacer nada que la rompiese.

—Y ahora, hermanos míos -continuó afablemente Dalamar-, contadme el plan.

## Capítulo 3

Tanis Semielfo había buscado a su esposa por toda la casa. Finalmente la encontró en la biblioteca del segundo piso. Estaba sentada cerca de la ventana a fin de aprovechar los últimos rayos del sol de la tarde. Tanis oyó el sonido de la pluma deslizándose sobre el pergamino antes de verla a ella, y sonrió.

Esta vez la había pillado.

Caminando sin hacer ruido, se acercó a la puerta y se asomó. Estaba bañada por la luz del sol, inclinada la cabeza, trabajando con tanta concentración que el semielfo supo que podía haber subido corriendo la escalera y no lo habría oído llegar. Se detuvo un momento para admirarla, para repetirse -maravillado y sobrecogido- que lo quería tanto como él a ella, un amor que se había fortalecido con el paso de los años en lugar de debilitarse.

Llevaba suelto el largo cabello rubio, que se desparramaba sobre los hombros y la espalda. Por regla general, actualmente, se lo peinaba recogido, con los dorados mechones tejidos en un moño bajo. El severo estilo le iba bien, le daba un aire de dignidad e importancia muy útil en las negociaciones con los humanos, quienes) aquellos que no la conocían) a veces tendían a tratar a la elfa de aspecto juvenil como si fuera una chiquilla bienintencionada que interfería en los asuntos de los adultos.

Eso duraba generalmente sólo los primeros quince minutos, momento en que Laurana había conseguido que se sentaran y le prestaran atención. ¿Cómo podían olvidar que había sido general durante la Guerra de la Lanza? ¿Que había conducido hombres a la guerra? Bueno, habían pasado veinticuatro años, y los humanos tenían mala memoria. No obstante, cuando se marchaban, lo habían recordado sin duda alguna.

Ella era la diplomática de la familia, mientras que su esposo era el que fraguaba los planes. Trabajaban bien como equipo, ya que Laurana era hábil para entrar deslizándose rápida y fluidamente allí donde Tanis habría irrumpido llevándose por delante cualquier obstáculo. Por su parte, él la ayudaba a comprender la mente y el corazón de los humanos, dos cosas que a veces a Laurana le resultaban desconcertantes.

Era hermosa, tanto que a Tanis le dolía el corazón al mirarla. Y estaban juntos. No por mucho tiempo. La sangre humana que corría por sus venas estaba consumiendo al elfo. Ya había vivido muchos más años que cualquier humano, pero no disfrutaría de la longeva existencia de los elfos. Algunos ya confundían a Laurana por su hija. Llegaría el día en que la tomarían por su nieta. Envejecería y moriría mientras ella seguiría siendo una mujer relativamente joven. Tal circunstancia podría haber ensombrecido su relación y, sin embargo, lo que hizo fue reforzarla.

Y, además, estaba Gil, su hijo, la nueva vida fruto del amor.

—¡Te pillé! -gritó Tanis triunfante mientras entraba de un salto en la habitación.

Laurana brincó al tiempo que daba un respingo. Un tenue rubor de culpabilidad tiñó su cara. Apresuradamente con bastante confusión, trató de ocultar lo que escribía cubriéndolo con otra hoja en blanco.

—¿Qué es eso? -demandó Tanis, que la miraba con fingida severidad.

—Sólo una lista -contestó Laurana a la par que revolvía en otros papeles del escritorio-. Una lista de... cosas que tengo que hacer mientras estamos en casa... ¡No! ¡Tanis, déjalo!

El semielfo hizo un movimiento ágil y sacó el papel de debajo de su mano. Tiendo, Laurana intentó recuperarlo agarrándolo a él, pero Tanis se escabulló.

—«Apreciado sir Thomas -leyó-, querría instaros de nuevo a que reconsideréis vuestra postura en contra del tratado de las Naciones Unificadas de las Tres Razas...»

—Sólo es una carta a sir Thomas -protestó Laurana con la tez más enrojecida que antes-. Está vacilando, casi parece dispuesto a pasarse a nuestro bando. Pensé que quizás un pequeño empujón...

—Nada de empujones -manifestó Tanis, que escondió la carta a la espalda-. Lo prometiste. ¡Me hiciste una promesa! Nada de trabajo. Por fin estamos en casa, después de un mes de viaje. Este tiempo es para nosotros. Para ti, para mí y para Gil.

—Lo sé -Laurana agachó la cabeza y el cabello se desparramó a su alrededor como una nube radiante-. Lo siento. -Se acercó a él, puso las manos en su pecho y le alisó el cuello de la camisa-. Lo prometo, no volveré a hacerlo.

Besó la barbuda mejilla, y Tanis empezó a besarla a ella, pero en ese momento Laurana alargó la mano por detrás de su espalda, cogió la carta, y se la quitó de un tirón. Por supuesto, él no podía rechazar tal reto, de modo que la siguió a ella y a la carta.

La misiva cayó al suelo, olvidada. Los dos permanecieron junto a la ventana, envueltos en el cálido abrazo.

—¡Maldita sea todo! -Masculló Tanis, que frotó la barbilla contra el cabello dorado de su esposa-. Mira, un extraño se acerca por la calzada.

—¡Oh, un invitado no! -Suspiró Laurana.

—Un caballero, a juzgar por los arreos de la montura. Tendremos que atenderlo. Debería bajar a...

—¡No, no vayas! -Laurana estrechó más fuerte a su marido-. Si lo recibes, lo invitarás a entrar obligado por la cortesía, y ese caballero se considerará obligado por la cortesía a quedarse. Mira, ya va Gil a recibirlo. Él se las arreglará.

—¿Segura? -Tanis parecía dudoso-. ¡¿Sabrá cómo actuar, qué decir? Solo tiene dieciséis años...

—Dale una oportunidad -respondió Laurana, sonriente.

—No podemos permitirnos el lujo de ofender a los caballeros precisamente ahora... -Tanis retiró suavemente los brazos de su mujer-. Creo que será mejor que vaya.

—Demasiado tarde. Ya se marcha -informó Laurana.

—¿Ves? ¿Qué te decía yo? -El gesto de Tanis era sombrío.

—No parece ofendido. Y Gil entra en casa. Oh, Tanis, que no piense que lo estamos espiando. Sabes lo susceptible que está últimamente. ¡Rápido, haz algo!

Laurana se apresuró a sentarse de nuevo ante el escritorio, cogió un papel y se puso a escribir a toda velocidad. Tanis, sintiéndose estúpido, cruzó la estancia y contempló un mapa de Ansalon que había extendido sobre la mesa.

Se sobresaltó y se sintió incómodo cuando la palabra «Qualinesti» pareció saltarle a la vista.

Se dijo que era lógico. Cada vez que miraba a su hijo ahora no podía menos que evocar su infancia. Y ello le traía recuerdos de Qualinesti, su tierra natal... donde acaeció su ignominioso nacimiento.

Tantos años, tantos, y esos recuerdos todavía le hacían daño. De nuevo tenía dieciséis años y vivía en casa del hermano de su madre, un huérfano... Un huérfano bastar.

Laurana había descrito a su hijo como «susceptible». A esa edad él también había estado «susceptible». O, más bien, había sido como un infernal ingenio mecánico de los gnomos, con la sangre humana hirviendo en su interior, acumulando vapor que tenía que encontrar salida o explotaría.

Tanis no se veía reflejado físicamente en su hijo. Él no había sido débil, como Gil, sino fuerte, robusto. Demasiado fuerte y robusto para encajar con el gusto y el estilo elfos. Sus anchos hombros y fuertes brazos eran un insulto para la mayoría de los elfos, un recordatorio constante de su origen humano. Alardeaba de su mitad humana, eso podía admitirlo ahora. Los había provocado para que lo expulsaran, y después se sintió herido cuando lo hicieron.

Era en otros detalles más sutiles en los que Tanis se veía a sí mismo en su hijo. La agitación interna, no saber quién era, dónde estaba su lugar. Aunque Fil no le había dicho nada -apenas hablaban el uno con el otro- Tanis imaginaba que así era como se sentía Gil últimamente. Había rezado para que su hijo no albergara tales dudas y autocríticas. Al parecer, sus plegarias no habían sido escuchadas.

Gilthas de las Casa Solostaran era hijo de Tanis, pero también era hijo de Laurana, un hijo de los elfos. Se le había puesto ese nombre por Gilthanas, hermano de Laurana (de cuyo extraño y trágico destino nunca se hablaba en voz alta). Gil era alto, esbelto, de estructura ósea delicada, cabello rubio y ojos almendrados. Sólo era una cuarta parte humano -al ser semihumano su padre- e incluso esa sangre extraña había sido atenuada, aparentemente, por la ininterrumpida línea de la realiza elfa que le habían legado sus antepasados.

Tanis había esperado -por la paz mental de su hijo- que el chico creciese elfo, que la sangre humana que tenía fuera demasiado débil para causarle problemas. Y vio cómo esa esperanza se perdía. A los dieciséis años, Gil no era el típico chico elfo dócil y respetuoso, sino que era taciturno, irritable, rebelde.

Y Tanis -al recordar cómo se había desbocado él mismo- mantenía sujetas las riendas ceñidas al cuello de su hijo con más fuerza si cabe.

Fija la mirada en el mapa, Tanis fingió no darse cuenta cuando Gil entró en la estancia. Tampoco alzó la vista porque sabía lo que se encontraría. Se vería a sí mismo allí plantado. Y como se conocía, como sabía cómo había sido, temía descubrirse reflejado en su hijo.

Y como lo temía, era incapaz de hablar de ello, y menos de admitirlo.

De modo que guardó silencio, mantuvo gacha la cabeza, sin apartar los ojos del mapa, de un lugar llamado Qualinesti.

Desde el momento que entró en la habitación, Gilthas supo que sus padres lo habían estado observando desde la ventana. Lo supo por el tenue rubor de la turbación en las mejillas de su madre, por el hecho de que su padre se mostraba extremadamente interesado en un mapa que el propio Tanis había calificado de obsoleto, y sobre todo porque ninguno de los dos alzó la vista hacia él.

No dijo nada; esperó a que sus padres se delataran por sí mismos. Finalmente, su madre alzó la cabeza y sonrió.

—¿Con quién hablabas, mapete? -Preguntó Laurana.

El doloroso y conocido nudo de irritación contrajo el estómago de Gilthas. ¡Mapete! ¡Un término cariñoso en elfo que se utilizaba para dirigirse a los niños!

Al no recibir respuesta, la expresión de Laurana se tornó aún más turbada y comprendió que había cometido un error.

—Ummm... ¿Hablabas con alguien fuera? Oí ladrar a los perros...

—Era un caballero, sir «nosequién» -repuso Gilthas-. No recuerdo su nombre. Dijo que...

Laurana soltó la pluma. Su actitud era sosegada, así como su voz.

—¿Lo invitaste a entrar?

—Por supuesto que sí -intervino bruscamente Tanis-. Gil sabe que no debe dar un trato descortés a un Caballero de Solamnia. ¿Dónde está, hijo?

«Admítelo. Viste marcharse al caballero. ¿Me tomas por un completo idiota?», decían los ojos de Gilthas.

—¡Padre, por favor! -Gil empezó a perder el control-. Deja que termine lo que estaba diciendo. Claro que invité al caballero a entrar. No soy un necio. Conozco las reglas de la etiqueta. Dijo que no podía quedarse, que iba de camino a su casa y que sólo había parado para entregaros esto a madre y a ti. -Gil mostró un estuche de pergaminos.

»Es de Caramon Majere. El caballero estuvo hospedado en El Último Hogar, y cuando Caramon se enteró que sir William viajaba en esta dirección, le pidió que trajera este mensaje.

Gil tendió el estuche a su padre con gesto frío.

Tanis lanzó una mirada preocupada a su hijo y después miró a Laurana como diciendo, «hemos herido sus sentimientos... otra vez».

Gil estaba «susceptible», en palabras de su madre. Bien, lo cierto es que tenía razones para estarlo.

Enfermizo y débil, su nacimiento fue muy deseado y tardó en llegar, y después Gil había estado enfermo la mayor parte de su vida. Cuando tenía seis años estuvo a punto de morir. Después de aquello, sus amantes y preocupados padres lo habían tenido «envuelto entre algodones», como rezaba el dicho. Arropado y protegido, como en un capullo.

Había superado la enfermedad al ir creciendo, pero ahora sufría jaquecas dolorosas y debilitadoras. Se iniciaban como si viese chispazos y terminaban en un insoportable dolor que a menudo lo llevaba a un estado casi inconsciente. No podía hacerse nada para remediar la enfermedad; los clérigos de Mishakal lo habían intentado sin éxito.

Tanis y Laurana pasaban mucho tiempo fuera de casa, los dos trabajando con ahínco para preservar los finos hilos de alianzas que unieron a distintas razas y naciones después de la Guerra de la Lanza.

Demasiado débil para viajar, Gil se quedaba al cuidado de una amorosa ama de llaves que lo adoraba quizás incluso un poquito más que sus padres. Para todos ellos Gil seguía siendo el niño débil que casi había muerto consumido por la fiebre.

A causa de su enfermedad, a Gil no se le permitió jugar con otros niños, suponiendo que hubiese habido otros niños viviendo en los alrededores, que no era el caso. A Tanis Semielfo le gustaba su vida privada, y había construido la casa deliberadamente lejos de las dos los vecinos. A menudo solo con sus pensamientos, Gil había desarrollado muchas fantasías extrañas. Una de ellas era que sus jaquecas eran producto de la sangre humana que corría por sus venas. Tenía la delirante sensación, provocada por el horrible dolor, de que si pudiera abrirse las venas y extraer esa sangre extraña, acabaría con el sufrimiento. Nunca habló de esas fantasías con nadie.

Laurana no se avergonzaba de haberse casado con un semihumano. A menudo le tomaba el pelo a Tanis por la barba que llevaba, una barba que a ningún elfo le crecería. Tanis no se avergonzaba de su ascendencia mestiza.

Su hijo sí.

Gil soñaba con la patria elfa que nunca había visto y que probablemente no vería jamás. Los árboles de Qualinesti eran más reales para él que los del jardín de su casa. Gil no entendía que sus padres visitaran Qualinesti en contadas ocasiones ni la razón de que no lo hubiesen llevado con ellos cuando lo hicieron. Lo que sí sabía (o creía saber) es que ese distanciamiento era culpa de su padre. Así que el joven acabó por estar resentido contra su padre con una intensidad que a veces lo asustaba.

«¡No hay nada de mi padre en mí!», se decía cada día mientras se miraba ansiosamente en el espejo, temeroso de que algún pelo antiestético pudiera empezar a crecer en su barbilla.

«¡Nada!», repetía con satisfacción, examinando su tez suave y limpia.

Nada excepto la sangre. Sangre humana.

Y puesto que Gilthas lo temía, era incapaz de hablar de ello ni de admitirlo.

Así pues, siguió callado.

El silencio entre padre e hijo se había ido construyendo ladrillo a ladrillo con el paso de los años. Ahora era un muro difícil de escalar.

—Bueno, ¿no vas a leer la carta, padre? -demandó.

Tanis frunció el entrecejo, molesto por el tono insolente de Gil.

El chico esperaba que lo reprendiera. No sabía muy bien por qué, pero quería provocar a su padre para que perdiera los estribos. Entonces se dirían cosas... Cosas que hacía falta que se dijeran...

Pero Tanis esbozó la sonrisa paciente que se había acostumbrado a adoptar delante de su hijo y sacó el pergamino del estuche.

Gil le dio la espalda, se encaminó a la ventana y contempló sin ver el exuberante y elaborado jardín que se extendía allá abajo. Había estado a punto de abandonar la habitación, pero quería saber lo que contaba Caramon Majere.

No le caían bien la mayoría de los humanos que conocía, los que venían a visitar a sus padres. Los consideraba toscos, vulgares y zafios. Pero le gustaba el jovial y corpulento Caramon, y su ancha y generosa sonrisa, sus carcajadas escandalosas. Disfrutaba oyendo hablar de los hijos del posadero, sobre de las proezas de los dos chicos mayores, Sturm y Tanin, que habían viajado por todo Ansalon en busca de aventuras. Ahora intentaban convertirse en los primeros hombres nacidos fuera de Solamnia admitidos en la caballería.

Gil no conocía a los hijos de Caramon. Unos años atrás, tras regresar de alguna misión secreta con Tanis, Caramon se había ofrecido a llevar a Gil a visitar la posada. Tanis y Laurana se había negado incluso a considerar la oferta. Gil se había puesto tan furioso que se pasó una semana encerrado en su cuarto, abatido.

Tanis desenrolló el pergamino y repasó rápidamente el contenido.

—Espero que todo marche bien para Caramon -dijo Laurana. Parecía ansiosa. No se había puesto a escribir de nuevo y observaba el semblante de Tanis mientras éste leía la misiva.

—El hijo menor de Caramon, Palin, acaba de someterse a la Prueba de la Alta Hechicería y la ha pasado. Ahora en un Túnica Blanca.

—¡Paladine nos asista! -Exclamó Laurana, estupefacta-. Sabía que ese joven estudiaba magia, pero jamás pensé que fuera en serio. Caramon decía siempre que era un capricho pasajero.

—Siempre confió en que fuera un capricho pasajero -corrigió Tanis.

—Me sorprende que Caramon se lo permitiera.

—No lo hizo. -Tanis le tendió la carta-. Como podrás leer.. Dalamar lo dejó al margen del asunto, sin opción a decidir.

—¿Y por qué no habría dejado que Palin pasara la Prueba? -preguntó Gil.

—Porque, para empezar, la Prueba puede ser mortal -repuso secamente Tanis.

—Pero Caramon va a dejar que sus otros hijos se sometan a las pruebas para entrar en la caballería -argumentó Gil-. Y eso también puede ser mortal.

—La caballería es diferente, hijo. Caramon entiendo la batalla con espada y escudo, pero no con pétalos de rosa y telas de araña.

—Y, además, está lo de Raistlin -añadió Laurana, como si eso pusiera punto y final al asunto.

—¿Qué tiene que ver su tío con ello? -demandó Gil, aunque sabía perfectamente bien a lo que se refería su madre. Últimamente se sentía inclinado a discutir.

—Es lógico que Caramon tema que Palin siga los pasos de Raistlin por el camino oscuro que éste tomó. Aunque ahora parece poco verosímil.

«¿Y qué camino teméis que elija yo, madre, padre -quiso gritar el joven-. ¿Cualquiera? ¿Tanto si es de oscuridad como si es de luz? ¿Cualquiera que me conduzca lejos de este lugar? Algún día madre... Algún día, padre...»

—¿Puedo leerla? -preguntó, irascible.

Sin pronunciar palabra, su madre le tendió el pergamino. Gil lo leyó despacio. Sabía leer el lenguaje humano con tanta facilidad como el elfo, pero tuvo algunos problemas para descifrar la letra enorme, redondeada y alterada de Caramon.

—Caramon dice que cometió un error. Que debería haber respetado la decisión de Palin de estudiar magia, en lugar de intentar obligarlo a ser algo que no es. Y dice que está orgulloso de él por pasar la Prueba.

—Caramon dice eso ahora -replicó Tanis-. Habría dicho algo muy diferente si su hijo hubiese muerto en la Torre.

—Al menos le dio una oportunidad, que es más de lo que tú me darás -repuso Gil-. Me tenéis encerrado como una especie de pájaro enjaulado.

La expresión de Tanis se ensombreció.

—Vamos, Gil -se apresuró a intervenir Laurana, no empieces. Casi es hora de cenar. Si tu padre y tú vais a asearon, le diré a la cocinera que...

—¡No, madre, no cambies de tema! ¡Esta vez no va a funcionar! -Gil apretó con fuerza el pergamino, como si la carta le diera confianza en sí mismo-. Palin no es mucho mayor que yo, y ahora viaja con sus hermanos. ¡Está viendo sitio, haciendo cosas! ¡Lo más lejos que he ido de casa ha sido la valla!

—No es lo mismo, Gil, y lo sabes -dijo quedamente Tanis-. Palin es humano...

—Yo soy humano en parte -repuso el joven en tono acusador.

Laurana estaba pálida y bajó los ojos. Tanis guardó silencio un momento, con los labios apretados. Cuando habló, lo hizo en aquel tono sosegado que enfurecía a Gil.

—Sí, Palin y tú sois casi de la misma edad, pero los humanos maduran antes que los elfos...

—¡No soy un niño!

El nudo dentro de Gil se retorció hasta que el joven temió que lo volvería del revés.

—Sabes bien, mapete, que con tus jaquecas, viajar sería... -empezó Laurana.

—¡Deja de llamarme eso! -le gritó Gilthas.

Los ojos de Laurana se abrieron mucho por la sorpresa, con expresión dolida, y Gil sintió remordimientos. No había sido su intención herirla, pero al mismo tiempo experimentaba un poco de satisfacción.

—Me has llamado así desde que era un bebé -prosiguió en voz baja.

—Sí, lo ha hecho. -El rostro de Tanis, bajo la barba, estaba crispado por la ira. Porque te quiere. ¡Pide disculpas a tu madre!

—No, Tanis -intervino la elfa-. Soy yo quien debe disculparse. Tiene razón. -Esbozó una débil sonrisa-. Es un término absurdo para un joven que es más alto que yo. Lo lamento, hijo. No volveré a hacer.

Gil no se esperaba esta victoria, y no sabía muy bien cómo manejarla. Decidió seguir adelante, presionar aprovechando la ventaja contra un oponente debilitado.

—Hace meses que no sufro jaquecas. Quizá me he librado de ellas.

—Pero no lo sabes, hijo. -Tanis hacía un gran esfuerzo por controlarse-. ¿Qué ocurriría si te pusieras enfermo durante el viaje, lejos de casa?

—Pues vería cómo solucionarlo -repuso Gil-. Te he oído contar que en ocasiones Raistlin Majere estaba tan enfermo que su hermano tenía que cargar con él. Pero eso no frenó a Raistlin. ¡Fue un gran héroe!

—¿Y a dónde quieres ir, hijo mío? -preguntó ella.

Gil vaciló. Había llegado el momento. No esperaba que el tema saliese así a colación, pero lo había hecho y el joven sabía que debía aprovechar la ocasión.

—A mi tierra natal. Qualinesti.

—Ni hablar.

—¿Por qué, padre? ¡Dame una buena razón!

—Podría darte una docena, pero dudo que las entendieses. Para empezar, Qualinesti no es tu tierra natal...

—¡Tanis, por favor! -Laurana se volvió hacia Gil-. ¿Por qué se te ha metido esa idea en la cabeza, mape... hijo?

—Recibí una invitación, una invitación muy correcta y pertinente para mi condición de príncipe elfo. -Gil puso énfasis en esas palabras.

Sus padres intercambiaron una mirada alarmada, pero el joven hizo caso omiso y continuó.

—La invitación es de uno de los senadores del Thalass-Enthia. El pueblo prepara algún tipo de celebración para dar la bienvenida a tío Porthios, a su regreso de Silvanesti, y este senador cree que yo debería asistir. Afirma que mi ausencia en estos eventos oficiales ha llamado la atención, que la gente empieza a decir que me avergüenzo de mi ascendencia elfa.

—¿Cómo osan hacer esto? -Tanis habló con rabia mal disimulada-. ¿Cómo se atreven a interferir? ¿Quién es ese senador, ese imbécil entrometido? Yo le...

—Tanthallas, escúchame. -Laurana sólo lo llamaba por su nombre completo, en lugar del diminutivo, cuando el asunto era serio-. Me temo que en este asunto hay algo más de lo que parece a simple vista.

Se acercó a él y se pusieron a hablar en voz baja. Susurrando. Siempre lo mismo. Gil intentó disimular que no sentía el menos interés en lo que decían, pero escuchó con atención. Captó las palabras «política» y «actuar prudentemente», pero nada más.

—Esto me concierne a mí, ¿sabes, padre? -instó bruscamente-. A ti no te invitaron.

—¡No me hables en ese tono, joven!

—Gil, querido, éste es un asunto muy serio -intervino Laurana, que utilizó un tono tranquilizador con su hijo al tiempo que posaba la mano en el brazo de su marido con la misma intención-. ¿Cuán recibiste esa invitación?

—Hace uno o dos días, cuan estabais en Palanthas. Si hubieseis estado en casa, os habríais enterado.

De nuevo, los dos intercambiaron una mirada.

—Ojalá nos lo hubieses dicho antes. ¿Qué respuesta enviaste?

Saltaba a la vista el nerviosismo de su madre, que tenía las manos entrelazadas con fuerza. Su padre estaba furioso, aunque guardaba silencio a duras penas.

De repente Gil se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, él controlaba la situación. Fue una sensación grata que aflojó el nudo en su estómago.

—Todavía no he contestado -repuso fríamente-. Sé que es un asunto político. Que es serio. Esperé para tratar el tema con los dos.

Tuvo la satisfacción de ver que sus padres se avergonzaban. Una vez más, lo habían subestimado.

—Hiciste bien, hijo. Lamente haberte juzgado mal. -Tanis suspiró y se rascó la barba en un gesto de frustración-. Y lo que es más, lamento que te hayas visto arrastrado a esto. Supongo que era de esperar. Debí prever que pasaría.

—Debimos preverlo los dos -agregó Laurana-. Tendríamos que haberte preparado para cuando ocurriera, Gil. -El tono de su voz bajó. De nuevo hablaba con Tanis-. Pero es que jamás imaginé que... Es parte humano, después de todo. No supuso que ellos...

—Pues claro que sí. Es obvio lo que pretenden...

—¿Qué? -demandó Gil-. ¿Qué es lo que pretenden?

Tanis no pareció escucharlo, ya que siguió hablando con Laurana.

—Había confiado que no tendría que pasar por lo mismo que nosotros, que se ahorraría todo eso. Y si puedo evitarlo, no tendrá que aguantarlo. -Se volvió hacia Gil-. Tráenos la invitación, hijo. Tu madre elaborará la fórmula correcta para rehusarla.

—Y ya está todo dicho -arguyó Gilthas, que dirigió una mirada iracunda a ambos-. No me dejáis ir.

—Hijo, no lo entiendes... -empezó Tanis, que empezaba a perder los estribos.

—¡Desde luego que lo entiendo! Yo... -Gil enmudeció de golpe.

¡Por supuesto! En realidad era muy sencillo. Pero tenía que ir con cuidado. No debía delatarse. Había dejado la frase a medias, un estúpido error. Podrían sospechar. ¿Cómo disimularlo? Diplomacia, como había aprendido de su madre.

—Siento haber gritado, padre -manifestó, contrito-. Sé que sólo deseas lo mejor para mí. Fue una necedad por mi parte querer ir, visitar la patria de mi madre.

—Algún día lo harás, hijo. -Tanis se rascó la barba-. Cuando seas mayor...

—Claro, padre. Bien, si me disculpáis, tengo que ocuparme de mis estudios. - Gil se volvió y salió dignamente de la estancia. Cerró la puerta tras él, y se quedó fuera para escuchar.

—Sabíamos que esto ocurriría -decía su madre-. Es lógico que quiera ir.

—Sí, ¿y cómo se sentirá cuando vea las miradas rebosantes de odio, los labios torcidos en un gesto de desprecio, los insultos velados...?

—Quizá no pase eso, Tanis. Los elfos han cambiado.

—¿De veras, cariño? -inquirió tristemente Tanis-. ¿Han cambiado realmente?

—Laurana no contestó, al menos Gil no oyó ninguna respuesta. Su resolución vaciló. Después de todo, sólo intentaban protegerlo.

¡Protegerlo! Sí, igual que Caramon había intentado proteger a Palin. Se había sometido a la Prueba y la había superado, había demostrado su valía... Tanto a su padre como a sí mismo.

Afianzado en su resolución, Gil corrió pasillo adelante y subió de dos en dos los peldaños que conducían a su habitación. Una vez dentro, cerró con llave. Tenía la invitación guardada en una caja dorada de filigrana. Releyó la misiva y pasó las líneas hasta dar con lo que buscaba.

«Estaré hospedado en El Cisne Negro, una posada que se encuentra a un día a caballo, más o menos, desde la casa de vuestros padres. Si tenéis a bien reuniros conmigo allí, podríamos viajar juntos a Qualinesti. Os aseguro, príncipe Gilthas, que me sentiré honrado por vuestra compañía y será un placer para mí presentarme en las más altas esferas de la sociedad elfa.

»Vuestro servidor

Rashas de la Casa Solontharas.»

El nombre no significaba nada para Gil, y tampoco era importante. Soltó la invitación y miró por la ventana, hacia la calzada que conducía al sur.

Hacia El Cisne Negro.

## Capítulo 4

Envuelto en una capa, Tanis Semielfo yacía tumbado en el duro y frío suelo. Dormía tranquila, profundamente. Pero la mano de Caramon lo agarraba por el hombro y lo sacudía. «¡Tanis, te necesitamos! ¡Tanis, despierta!»

«Lárgate -le contestó Tanis mientras se daba la vuelta y se hacía un ovillo-. No quiero despertarme. Estoy cansado, muy cansado. ¿Por qué no me dejáis en paz? Dejadme dormir...»

—¡Tanis!

Despertó sobresaltado. Había dormido más de lo habitual, más de lo que tenía pensado, pero no había sido un sueño reparador, sino que lo había dejado con los miembros agarrotados y la mente ofuscada. Parpadeó, y alzó los ojos esperando ver a Caramon.

Era Laurana.

—Gil se ha ido -dijo su mujer.

Tanis se debatió para despejarse del sueño, de la pesadez.

—¿Ido! -repitió tontamente-. ¿Adónde?

—No lo sé con certeza, pero creo que... -la voz se le quebró. En silencio, le tendió una hoja de papel hecho con fina pasta de hojas doradas.

Tanis se frotó los ojos y se sentó en la cama. Laurana lo hizo a su lado y lo rodeó con el brazo. Él leyó la invitación.

—¿Dónde lo encontraste?

—En... su cuarto. No tenía intención de husmear, sólo que... no bajó a desayunar. Pensé que podía estar enfermo y fui a comprobarlo. -Inclinó la cabeza; las lágrimas corrían por sus mejillas-. La cama no estaba deshecha, faltaba sus ropas y esto... se encontraba tirado en el suelo... junto a ventana...

No pudo continuar. Tras un momento de silenciosa lucha logró recobrar el control de sí misma.

—Fui a los establos. También falta su caballo. El mozo de cuadras no oyó ni vio nada.

—El viejo Hastings está más sordo que una tapia. No habría oído ni el Cataclismo. Caramon trató de advertirme de que ocurriría esto, pero no quise escucharlo. -Tanis suspiró. En su subconsciente, sí lo había escuchado. Eso era lo que significaba el sueño.

«Dejadme dormir...»

—Todo saldrá bien, cariño -dijo animadamente Tanis, que besó a su esposa y la estrechó contra sí-. Gil dejó esto sabiendo que lo encontraríamos. Quiere que vayamos tras él, quiere que lo detengamos. Esto no es más que un cacareo jactancioso de independencia. Lo encontraré en El Cisne Negro, exhausto, pero demasiado orgulloso para admitirlo, fingiendo que va a seguir viajando y esperando para sus adentros que discuta con él hasta convencerlo para que no lo haga.

—No pensarás regañarlo -argumentó ansiosamente Laurana.

—No, claro que no. Tendremos una conversación de hombre a hombre. Será extensa. Quizás incluso pasemos la noche fuera de casa, y nos pongamos en camino por la mañana para regresar.

La idea le resultó muy grata a Tanis. Ahora que lo pensaba, nunca había pasado un día sólo con su hijo. Charlarían, hablarían en serio. Le haría ver que lo comprendía.

—De hecho, esto puede resultar positivo para el chico, querida.

Tanis salió de la cama y se vistió con ropa de viaje.

—Quizá debería ir yo también...

—No, Laurana -se opuso firmemente Tanis-. Esto es entre Gil y yo. -Hizo una pausa en los preparativos-. No entiendes realmente por qué ha hecho esto, ¿verdad?

—Ningún joven elfo haría algo así -contestó quedamente ella, con las lágrimas brillándole en los ojos.

Tanis se inclinó y le besó el lustroso cabello. Recordaba a un joven semielfo que huyó de su hogar, de su gente; un joven semielfo que había huido de ella. Imaginó que su mujer debía de estar recordando lo mismo.

El ansia de cambio... la maldición de la raza humana.

O la bendición.

—No te preocupes -dijo-. Lo traeré de vuelta, sano y salvo.

Laurana siguió hablando, pero Tanis no la escuchaba. Estaba oyendo la voz de otra mujer, de otra madre.

«¿Qué sacrificaríais por vuestro hijo? ¿Vuestra salud? ¿Vuestro honor? ¿Vuestra propia vida?» Eran las palabras de Sara... Sara, madre adoptiva de Steel Brightblade.

Asustado, helado,, Tanis recordó la visión. No había pensado en ello hacía años, lo había apartado de su mente. De nuevo se encontró en la maligna fortaleza de lord Ariakan, Caballero de Takhisis. Los negros nubarrones se apartaron y la luz plateada de Solinari brilló entre el resquicio, ofreciéndole a Tanis una fugaz visión del peligro que envolvía a su débil hijo como un aguacero. Y entonces las negras nubes ocultaron a Solinari y la visión desapareció. Y él la había olvidado.

Hasta ahora.

—¿Qué ocurre? -Laurana lo miraba asustada.

¡Qué bien lo conocía! Demasiado bien...

—Nada- mintió, obligándose a esbozar una sonrisa tranquilizadora-. Tuve un mal sueño anoche, eso es todo. Supongo que aún me afecta. Sobre la guerra, ya sabes...

Sí, Laurana lo sabía porque ella también tenía esos sueños. Y sabía que no estaba diciendo la verdad, no porque no la amara o no confiara en ella o no la respetara, sino simplemente porque no era capaz. Había aprendido desde una edad temprana a mantener bien ocultos sus sufrimientos, pesares y temores internos. Demostrar alguna debilidad daría ventaja a cualquiera sobre él. Laurana no le culpaba por ello; había visto cómo había crecido. Un semihumano en la sociedad elfa, se le permitía vivir en Qualinesti por caridad y compasión. Pero él nunca lo había aceptado. Los elfos no habían dejado de mostrar de un modo y otro que era -que sería siempre- un intruso.

—¿Y qué pasará con Rashes? -preguntó, teniendo el tacto de cambiar de tema.

—Me ocuparé de él -dijo Tanis, sombría-. Debía adivinar que él estaría detrás de todo esto. Siempre conspirando. Me pregunto por qué lo aguantará Porthios.

—Porthios tiene otras preocupaciones, querido, pero ahora que Silvanesti ha quedado libre de la pesadilla de Lorac, podrá regresar a casa por fin y ocuparse de los asuntos de su patria.

La pesadilla de Lorac. Lorac había sido el anterior monarca silvanesti que dirigía la nación cuando estalló la Guerra de la Lanza. Temeroso de que su tierra fuese a caer víctima de los ejércitos invasores de la Reina Oscura, Lorac había intentado utilizar unos de los poderosos Orbes de los dragones para salvar a su pueblo, a su reino. Por el contrario, trágicamente, Lorac había caído víctima del Orbe. El dragón del Mal,

Cyan Bloodbane, se había apoderado de Silvanesti y había susurrado sueños horribles al oído del rey elfo.

Los sueños se habían convertido en realidad, y Silvanesti se transformó en una tierra devastada y encantada por la que pululaban criaturas malignas que era, al mismo tiempo, reales y producto de la visión de Lorac, desfigurada por el miedo.

Incluso después de su muerte y de la derrota de la Reina Oscura, Silvanesti no se había librado por completo des tinieblas. Durante largos años, los elfos habían luchado contra lo que quedaba de la pesadilla, contra criaturas malignas que seguían merodeando por el país. Sólo ahora las habían derrotado finalmente.

Tanis pensó en la historia de Lorac y le encontró una relevancia especial en este día. Una vez más, algunos elfos actuaban de manera irracional, llevados por el miedo. Algunos elfos mayores, aferrados a las viejas costumbres, como el senador Rashes...

—Por lo menos Porthios tiene algo que le aparta la mente de las preocupaciones, ahora que Alhana está embarazada -comentó el semielfo con fingida alegría, que sólo era una fachada, mientras se abrochaba la armadura de cuero.

Laurana miró la armadura, que su marido nunca se ponía a menos que esperara toparse con problemas. Se mordió el labio inferior, pero no hizo comentario alguno. Siguió el tema de conversación que él había iniciado.

—Sé que Alhana está complacida. Hace mucho que deseaba un hijo. Y creo que Porthios también siente lo mismo, aunque intenta actuar como si la paternidad no fuese nada especial, sólo un deber que cumplir para con su pueblo. Veo una calidez en su trato que no ha habido en todos estos años. Realmente creo que empiezan a sentir afecto el uno por el otro.

—Iba siendo hora -rezongó Tanis. Nunca le había gustado mucho su cuñado. Se echó la capa, la abrochó, cogió una mochila y se inclinó para besar la mejilla a su esposa-. Adiós, cariño. No te inquietes si no volvemos de inmediato.

—¡Oh, Tanis -Laurana lo miró , interrogante.

—No temas. El chico y yo necesitamos hablar, ahora lo comprendo. Debería haberlo hecho hace mucho tiempo, pero esperaba que... -Se calló y después dijo-. Te mandaré noticias.

Se ciñó la espada, volvió a besar a Laurana, y se marchó.

No fue difícil seguir el rastro de su hijo. Las lluvias primaverales habían anegado Solamnia durante un mes; el terreno estaba embarrado, y en él se marcaban, profundas y calaras, las huellas de cascos de su caballo. La única otra persona que había recorrido esa calzada últimamente era sir William, para entregar el mensaje de Caramon, y el caballero había marchado en dirección contraria, hacia Solamnia, mientras que El Cisne Negro se encontraba en la calzada que se dirigía al sur, a Qualinesti.

Tanis cabalgó sin forzar el paso. El sol matinal era una rendija de fuego en el cielo, y el rocío resplandecía en la hierba. La noche había estado despejada, y la temperatura era lo bastante fresca para agradecer la capa, pero no fría en exceso.

«Gil tiene que haber disfrutado de la cabalgada -se dijo Tanis. Recordó, con culpable placer, a otro joven y otro viaje a medianoche-. Yo no tenía caballo cuando me fue. Fui a pie desde Qualinesti hasta Solace buscando a Flint. No tenía dinero ni cuidado ni sentido común. Es un milagro que llegara vivo. -Tanis rió de buena gana y sacudió la cabeza.

»Pero iba lo bastante reído para que ningún asaltante me mirara dos veces. No podía permitirme el lujo de dormir en una posada, de modo que no me metí en peleas.

Pasaba las noches paseando bajo las estrellas, sintiendo que por fin podía respirar profundamente.

«Oh, Gil -suspiró Tanis-. Hice justo lo que me prometí cien veces que no haría jamás. Te até y te encadené. Eran unas cadenas de seda, forjadas por el amor, pero no por ello dejaban de ser cadenas. Mas, ¿de qué otra cosa podrían haber sido? ¿Eres tan importante para mí, hijo! Te quiero tanto. Si te ocurriese algo...

»¡Basta, Tanis! -se reprendió severamente-. Estás pidiendo prestados problemas y sabes el interés que esa deuda puede cobrarte. Hace un día precioso, Gil tendrá un buen viaje, y hablaremos esta noche. Pero hablar de verdad. Es decir, hablarás, tú, hijo. Y yo te escucharé. Lo prometo».

Tanis continuó, siguiendo las huellas del caballo. Vio donde Gilthas había dado rienda suelta al animal, las señales de un galope alocado, tanto cárcel como jinete borrachas de libertad. Pero después el joven había calmado al caballo y continuó a un paso razonable para no cansar al animal.

—Bien hecho, muchacho -dijo Tanis con orgullo.

Para olvidar sus preocupaciones, empezó a plantearse qué le diría a Rashas, del Thalas-Enthia. Tanis lo conocía bien. Más o menos de la edad de Porthios, Rashas era un enamorado del poder, y no había nada con lo que disfrutara más que con una buena intriga política. Había sido el elfo más joven que se había sentado en el senado. Corría el rumor de que había acosado a su padre hasta que éste cedió finalmente a la presión y renunció a su asiento a favor de su hijo. Durante la Guerra de la Lanza, Rashas había sido un cardo bajo la silla de montar de Solostaran, el Orador de los Soles. Y ahora le tocaba aguantar esa irritación al sucesor de Solostaran, Porthios.

Rashas abogaba persistentemente por el aislamiento elfo del resto del mundo. No ocultaba el hecho de que, en su opinión, el Príncipe de los Sacerdotes de Istar había hecho bien al ofrecer recompensas por enanos y kendens. Sin embargo, de ser por él, habría realizado un cambio: habría añadido los humanos a la lista.

Los cual hacía que todo este asunto fuera inexplicable ¿Por qué esa vieja araña cautelosa quería atraer a Gilthas, nada menos un cuarterón humano, a su tela?

—En cualquier caso -masculló Tanis-, esto me dará una oportunidad para arreglar mis propias cuentas contigo, Rashas, viejo amigo de la infancia. Recuerdo todos tus comentarios insidiosos, los insultos susurrados, las pequeñas bromas crueles. Los golpes que recibí de ti y de tu pandilla de matones. Entonces tenía prohibido devolvértelos, pero ¡por Paladine que ahora no habrá nadie que me lo impida!

La agradable idea de imaginar por anticipado que estrellaría el puño en la puntiaguda barbilla de Rashas mantuvo entretenido a Tanis gran parte de la mañana. No tenía idea de qué era lo que quería de su hijo, pero suponía que nada bueno.

—Hice mal en no hablarle a Gil de Rashas -reflexionó Tanis-. Y en no contarle casi nada de cómo fue mi vida en Qualinesti. Tal vez haya sido un error mantenerlo apartado de allí. Si no lo hubiésemos hecho, habría conocido a Rashas y a los que piensan como él. No habría caído en sean cuales sean las argucias que ese conspirador. Pero quería protegerte, Gil. No quería que sufrieras lo que yo sufrí... -Tanis hizo parar a su caballo y le hizo dar medio vuelta-. Maldito sea el Abismo.

Observó fijamente la calzada de tierra, sintiendo el corazón en un puño. Desmontó para ver mejor. El barro, que se iba endureciendo poco a poco con el brillante sol, mostraba claramente lo ocurrido. Sólo había una criatura en Krynn que

dejara ese tipo de huellas, con tres garras delanteras y una trasera, así como la sinuosa marca de una cola de reptil.

—Draconianas... Cuatro.

Tanis examinó las huellas. Su caballo las olisqueó y se apartó relinchando con repulsión.

Agarró al animal y le sujetó la cabeza cerca de las huellas hasta que se hubo acostumbrado al olor. Volvió a montar y siguió el rastro. Podía ser una coincidencia, se dijo. Tal vez los draconianos viajaban en la misma dirección que Gil, simplemente.

Pero, al cabo de un par de kilómetros, Tanis estaba convencido de que aquellos seres iban siguiendo a su hijo, al acecho.

En cierto momento, Gil había desviado a su caballo, saliendo de la calzada para conducirlo hasta la orilla de un arroyo. También allí los draconianos habían dejado el camino. Rastreando tenazmente las huellas del caballo arroyo abajo, los draconianos lo habían seguido a lo largo del borde del agua, y posteriormente de vuelta a la calzada.

Además, Tanis advirtió que las criaturas llevaban cuidado de mantenerse ocultas. En distintos puntos, las pisadas de tres garras dejaban el camino y buscaban la seguridad de la espesura.

Esta calzada no estaba muy frecuentada, pero los granjeros la usaban, así como algún que otro caballero. Si los draconianos fueran merodeadores corrientes que se marchaban de la zona, no habrían dudado en atacar a un solitario granjero para robarle la carreta y los caballos. Estos draconianos se escondían de la gente que pasaba por la calzada; obviamente tenían una misión.

Mas, ¿qué conexión podía haber entre Rashas y unos draconianos? El elfo tenía sus defectos, cierto, pero conspirar con criaturas de la oscuridad no era uno de ellos.

Asustado, Tanis espoléó al caballo. Las huellas tenían horas, pero no se encontraba lejos de El Cisne Negro. La posada estaba localizada en una villa de buen tamaño, llamada Campogentil. Cuatro draconianos no se atreverían nunca a aventurarse en una zona poblada. Fuera cual fuese su intención, tendrían que atacar antes de que Fil llegase a la posada.

Lo que significaba que Tanis podría llegar demasiado tarde.

Cabalgó por la calzada a una velocidad moderada, sin perder de vista las huellas, tanto de las criaturas como las del caballo de Gil. Obviamente, el joven no tenía ni idea de que lo estaban siguiendo. Marchaba a un tranquilo trote, disfrutando del paisaje, regocijándose con su recién descubierta libertad. Los draconianos no se desviaban de su curso.

Y entonces Tanis supo dónde atacarían.

A unos pocos kilómetros de Campogentil, la calzada atravesaba un área muy boscosa. Robles y castaños crecían apiñados, con las ramas entrelazándose por encima del camino, tapando la luz del sol y manteniendo la calzada en sombras. En los días posteriores al Cataclismo, ese bosque tenía fama de haber sido el refugio de ladrones, y en la actualidad se lo conocía extraoficialmente como Acres de Ladrones. Las cuevas horadaban las laderas de las colinas, proporcionando escondijos donde los hombres podían ocultarse y regodearse con su botín. El era lugar perfecto para tender una emboscada.

Muerto de miedo, Tanis dejó de seguir las huellas y puso a galope a su caballo. Casi arrolló a un sobresaltado granjero, que le gritó preguntándole qué demonios le pasaba. Tanis no perdió tiempo en responder. El bosque estaba a la vista, una amplia extensión verde oscuro que bordeaba la calzada al frente.

Las sombras de los árboles se cerraron sobre él, el día se convirtió en oscuridad en un abrir y cerrar de ojos. La temperatura bajó de manera notable. Aquí y allí parches de luz solar se filtraban a través del dosel de ramas. Comparada con la oscuridad que la rodeaba, la luz resultaba casi cegadora. Pero a no tardar incluso esos atisbos de luz se terminaron a medida que la floresta se volvía más densa.

Tanis hizo que el caballo frenara un poco la marcha. Aunque detestaba perder tiempo, no quería pasar por alto cualquier pista que hubiese quedado marcada en el suelo.

No tardó en hallar el final de la historia.

No le habría pasado inadvertido aunque hubiese ido a galope tendido. La calzada de tierra estaba removida hasta tal punto que a Tanis le resultó imposible descifrar qué había ocurrido exactamente. Las huellas de los cascos del caballo se confundían con las de los draconianos; aquí y allá le pareció vislumbrar la esbelta huella de un pie elfo. Además, se sumaban otras huellas con garras distintas. Ésas le resultaron vagamente familiares, pero no alcanzó a identificarlas de inmediato.

Gil había llegado hasta allí, y no había seguido.

Pero, por todo lo más sagrado, ¿qué le había ocurrido?

Tanis retrocedió sobre sus pasos, extendiendo la búsqueda entre los árboles. Su paciencia se vio recompensada.

Huellas de cascos de caballo se metían en el bosque, flanqueadas por las de los draconianos.

Tanis juró entre dientes. Regresó hasta su animal, lo ató a un lado de la calzada, y cogió el arco largo y la aljaba con flechas atados a la silla. Soltó la correilla que sujetaba la espada a la vaina y se metió en el bosque.

Toda su habilidad como rastreador y cazador volvió de nuevo a él. Bendijo la previsión -¿o quizá fuese la visión en el alcázar de las Tormentas?- que lo había inducido a ponerse las botas de flexible cuero, así como llevarse el arco y las flechas, que rara vez cogía en estos tiempos de paz. Su mirada barría el suelo. Se movía entre árboles y arbustos sin hacer ruido, pisando con ligereza, cuidando de no hacer chascar una ramita o que una rama se agitara a su paso.

La fronda se hizo más densa, más oscura. Se encontraba bastante lejos de la calzada, rastreando a cuatro draconiano, y él iba solo. No era una maniobra particularmente inteligente.

Siguió adelante. Tenían a su hijo.

El sonido de voces guturales, hablando un lenguaje que le erizó la piel y le trajo desagradables recuerdos, hizo que Tanis aflojara le paso. Conteniendo el aliento, avanzó sigiloso, moviéndose de árbol en árbol, aproximándose a su presa.

Y allí estaban, o al menos parte de ellos. Tres draconianos se encontraban delante de una cueva y conversaban en su horrible lenguaje. Y estaba el caballo de Gil, con los finos arreos y las cintas de seda tejidas en las crines. El animal temblaba de miedo, y tenía marcas de golpes. No era un caballo de batalla entrenado, pero al parecer había luchado contra sus captores. Uno de los draconianos maldecía al animal y señalaba un corte ensangrentado en el escamoso brazo.

Pero no había señales de Gilthas. Probablemente lo tenían en la cueva, vigilado por el cuarto draconiano. Pero ¿por qué? ¿Qué cosas horribles le estaban haciendo?

¿Qué le habían hecho?

Al menos Tanis tenía el magro consuelo de que la única sangre visible en el suelo era de color verde.

Eligió su blanco. Se trataba del draconiano que estaba más cerca de él, Moviéndose más silencioso que el viento, Tanis tomó el arco, encajó una flecha en él, lo alzó hasta su mejilla y a continuación disparó. La flecha se hundió en la espalda del draconiano, entre las alas. La criatura soltó un gorgoteo de dolor y sorpresa y después cayó de bruces muerta. El cuerpo se convirtió en piedra, reteniendo firmemente la flecha. No había que atacar nunca a un baaz con la espada si podía evitarse.

Rápidamente, Tanis tenía preparada otra flecha. El segundo draconiano, desenvainada la espada, se volvía en su dirección. Tanis disparó. La flecha alcanzó al draconiano en el pecho. El ser dejó caer la espada y sus manos con garras asieron el astil; después, también se desplomó muerto en el suelo.

—¡No te muevas! -ordenó secamente el semielfo, hablando en Común, lenguaje que sabía que los draconianos entendían.

La tercera criatura se quedó paralizada, con la espada a medio desenvainar y los ojillos lanzando rápidas miradas a un lado y a otro.

—Tengo una flecha con tu asqueroso nombre escrito -continuó Tanis-. Está apuntando directamente a lo que vosotros, basura, llamáis corazón, ¿Dónde está el chico que habéis capturado allá atrás? ¿Qué habéis hecho con él? Tienes diez segundos para contestar o sufrirás la misma suerte de tus compañeros.

El draconiano dijo algo en su propia lengua.

—No me vengas con ésas -gruñó el semielfo-. Hablas el Común mejor que yo, probablemente. ¿Dónde está el chico? Los diez segundos casi han pasado. Si no me...

—¡Tanis, amigo mío! Qué grato volver a verte -dijo una voz-. Ha pasado mucho tiempo.

Un elfo alto, apuesto, de cabello oscuro y ojos castaños, vestido con ropajes negros, salió de la cueva.

Tanis luchó para mantener tenso el arco y la flecha apuntada, aunque las manos le temblaban, los dedos estaban sudorosos y el miedo le estrujaba el estómago.

—¿Dónde está mi hijo, Dalamar? -Gritó con voz ronca-. ¿Qué le habéis hecho?

—Baja el arco, amigo mío -dijo suavemente el hechicero-. No los obligues a matarte. No me obligues.

Lágrimas de rabia, miedo y frustración lo cegaron, pero Tanis mantuvo levantado el arco, dispuesto a disparar la flecha sin importarle dónde se hundía.

Unas garras se clavaron en su espalda y lo empujaron al suelo. Un objeto pesado lo golpeó. El dolor estalló en la cabeza de Tanis y, aunque luchó para no perder el sentido, la oscuridad lo envolvió.

## Capítulo 5

Gil cabalgaba a través de una zona del bosque particularmente umbría, pensando con inquietud que aquél sería el lugar perfecto para una emboscada, cuando el grifo descendió entre una abertura en el denso dosel de árboles y se posó en la calzada, junto delante de él.

El joven nunca había visto una de esas extraordinarias bestias, que eran amigas de los elfos y de ninguna otra raza de Kryn. Se alarmó y se sobresaltó ante su aparición. El animal tenía la cabeza y las alas de un águila, pero su parte posterior era la de un león. Sus ojos relucían feroces, y su pico, terriblemente afilado, podía -según la leyenda- atravesar las escamas de los dragones.

Su corcel estaba aterrorizado; la carne de caballo era una de las comidas favoritas de los grifos. El animal relinchó y se encabritó, ciego de pánico, y a punto estuvo de desmontar a Gil. El joven era un experto jinete, ya que la equitación había sido un ejercicio recomendado por considerarse beneficioso para su salud, y de inmediato sofrenó al caballo y lo tranquilizó con suaves palmadas en el cuello y quedas palabras de sosiego.

El jinete del grifo -un elfo maduro, vestido con ricas ropas- lo observó con aprobación. Cuando el caballo de Gil estuvo de nuevo bajo control, el otro elfo desmontó y se aproximó a él. Un segundo elfo, uno cuyo aspecto era lo más extraño que Gil había visto nunca, se quedó esperando detrás. Ese elfo extraño casi no llevaba ropa, de manera que quedaba a la vista gran parte de un cuerpo musculoso y decorado con dibujos fantásticos y de colores muy vivos.

El elfo mayor se presentó:

—Soy Rashas del Thalass-Enthia. Y vos, supongo, debéis de ser el príncipe Gilthas. Bien hallado, nieto de Solostaran, es un placer.

Gil desmontó y respondió con palabras corteses, como le habían enseñado. Los dos intercambiaron el beso formal de saludo y siguieron con el ritual de presentación. Durante dicho proceso, el grifo no dejó de lanzar feroces miradas en derredor, sus fieros ojos penetrando las sombras del bosque. En cierto momento chasqueó el pico y sus garras se hincaron y desmenuzaron el suelo de tierra, en tanto que la cola leonina se agitaba con desagrado.

El elfo que acompañaba a Rashas dirigió unas cuantas palabras al grifo, que giró la cabeza, flexionó las alas y pareció apaciguarse, bien que de un modo hosco.

Gil observaba al grifo, intentaba mantener tranquilo a su caballo, echaba miradas de reojo al sirviente elfo pintado y trataba, al mismo tiempo, dar la réplica correcta y adecuada al senador. No era de extrañar pues que se sintiera un tanto confuso. Rashas reparó en las dificultades que pasaba el joven.

—Permitid que me disculpe por asustar a vuestro caballo. Ha sido una falta de consideración por mi parte. Tendría que haberme dado cuenta de que vuestro animal no estaba acostumbrado a nuestros grifos. Los caballos de Qualinesti están entrenados para moverse entre ellos, ¿comprendéis? No se me pasó por la cabeza que los caballos de Thantalas Semielfo no lo estuvieran.

Gil se sintió avergonzado. Los grifos habían sido las monturas de los elfos desde hacía muchos siglos. No estar familiarizado con esas bestias magníficas le parecía equivalente a no estar familiarizado con los de su propia raza. Su intención era

balbucir una disculpa en nombre de su padre, pero para su sorpresa se encontró diciendo algo completamente distinto.

—Los grifos vienen a visitarnos -manifestó con orgullo-. Mis padres intercambian regalos con ellos anualmente. El caballo de mi padre está entrenado, pero el mío es joven aún...

Rashas lo interrumpió cortésmente.

—Creedme, príncipe Gilthas, lo entiendo -dijo en tono serio y con una mirada de fría piedad que hizo enrojecer al joven.

—Creed, señor -empezó Gil-, creo que os equivocáis...

—Pensé que sería placentero para vos, príncipe Gilthas -prosiguió Rashas como si no hubiese oído-, al igual que instructivo, vislumbrar Qualinesti por primera vez desde el aire. En consecuencia, y actuando impulsivamente, salí a vuestro encuentro volando en grifo. Me sentiría muy honrado si aceptáis volar conmigo a Qualinost. No os preocupéis, el grifo puede transportarnos a ambos con facilidad.

Gil olvidó la ira que sentía por el insulto. Miró a la magnífica bestia con ansiedad y admiración. ¡Volar! ¡Parecía que todos sus sueños se estuviesen haciendo realidad al mismo tiempo! Pero su entusiasmo se desvaneció rápidamente. Su interés principal era el bienestar de su caballo.

—Gracias por vuestra amable oferta, senador...

—Llamadme Rashas, mi príncipe -lo interrumpió el elfo mayor.

Gil hizo una inclinación de cabeza correspondiendo al cumplido.

—No puedo dejar solo a mi caballo sin atención. -Palmeó el cuello del animal-. Espero que no os ofendáis.

Sin embargo Rashas parecía complacido.

—Todo lo contrario, mi príncipe. Me alegra ver que os tomáis esa responsabilidad seriamente. ¡Hay tantos jóvenes que no lo hacen hoy en día! Pero no tenéis que perderos el viaje por eso. Mi sirviente kalanesti -Rashas agitó una mano hacia el elfo de aspecto extraño- llevará de vuelta el caballo a los establos de vuestro padre.

¡Kalanesti! Ahora lo entendía. Así que ése era uno de los famosos Elfos Salvajes de leyendas y canciones. Nunca había visto uno.

El kalanesti inclinó la cabeza, indicando en silencio que nada le complacería más que hacer tal cosa. Gil respondió de igual modo, incómodo, preguntándose qué decisión tomar.

—Veo que dudáis. ¿Os encontráis bien? He oído que vuestra salud es precaria. Quizá deberíais regresar a casa -dijo Rashas solícitamente-. Los rigores del vuelo podrían resultar perjudiciales para vos.

El comentario, ni que decir tiene, zanjó el asunto.

Sintiendo arderle las mejillas, Gil manifestó que le encantaría acompañar al senador en el grifo.

Sin pensarlo más, el joven ordenó al sirviente kalanesti que se ocupara de caballo, y sólo cuando se encontró bien afianzado en la silla del grifo se le ocurrió preguntarse cómo sabía el senador que había decidido viajar a Qualinesti, y también dónde encontrarse con él.

Gil tuvo la pregunta en la punta de la lengua, pero estaba impresionado por el elfo mayor, por su aire elegante y digno. Laurana había enseñado bien a su hijo, le había inculcado ser diplomático. Hacer tal pregunta sería una descortesía, daría a entender que Gil no confiaba en el elfo. Sin duda había una explicación lógica.

El joven se puso cómodo, dispuesto a disfrutar del viaje.

## Capítulo 6

Mientras viviera, Gil no olvidaría la primera vez que avistó la legendaria ciudad de Qualinost. El primer atisbo, pero aún así, una imagen familiar para él.

Rashas se volvió para ver la reacción del joven, y reparó en que las lágrimas se deslizaban por las mejillas de Gil. Asintió con aprobación. Incluso le desaconsejó que se las limpiara.

—La belleza inunda el corazón hasta casi hacerlo estallar, y la emoción ha de encontrar una válvula de escape. Dejad que se descargue por vuestros ojos. No consideréis una vergüenza esas lágrimas, mi príncipe, sino más bien un gran mérito. Es lógico que lloréis la primera vez que contempláis vuestro verdadero hogar.

A Gil le pasó inadvertido el énfasis puesto por el senador en la palabra «verdadero» y no pudo estar más de acuerdo con él.

«¡Sí, éste es mi lugar, formo parte de él! Ahora lo sé. Lo he sabido toda mi vida. Porque no es la primera vez que veo Qualinost. La he visto en sueños muchas veces.»

Cuatro esbeltas torres hechas de piedra blanca y revestidas con reluciente plata se elevaban por encima de las copas de los álamos, que crecían copiosos en la ciudad. Una torre más alta, construida con oro bruñido, que resplandecía a la luz del sol, se alzaba al norte de la ciudad rodeada de otros edificios hechos de chispeante cuarzo rosa. Calles tranquilas serpenteaban como cintas de seda entre alamedas y jardines de flores. Una sensación de paz se apoderó del alma de Gilthas, de paz y de pertenencia.

Cierto, había llegado a casa.

El grifo aterrizó en el patio central de una casa construida de cuarzo rosa y decorada con verde jade. La propia casa parecía delicada, frágil y, sin embargo, había aguantado -como Rashas alardeó con orgullo- los temblores y los huracanes del Cataclismo. Gil contempló las torres del palacete de sus padres. La mansión, a la que Laurana había dado el nombre de Final del Viaje, era rectangular, de pronunciados ángulos, ventanas rematadas en gablete y tejado de vertientes en ángulo agudo. Comparada con los hermosos y gráciles hogares elfos, la recordaba como una construcción amazotada, sólida y fea. Parecía... humana.

Rashas le dio cortésmente las gracias al grifo por los servicios prestados, le entregó varios regalos de calidad y se despidió de él. Después condujo a Gilthas al interior de la casa. Por dentro era aún más hermosa que por fuera, si tal cosa era posible. A los elfos les encantaba el aire libre, de modo que, como rezaba el dicho, sus hogares eran más ventanas que paredes. La luz del sol penetraba por las filigranas palladas y se entretejía con las sombras para formar dibujos sobre el suelo, unos dibujos que parecían estar vivos, ya que cambiaban constantemente con los movimientos del sol y las nubes. Dentro de la casa crecían flores, y del suelo se alzaban árboles. Los pájaros entraban y salían volando, libremente, llenando las estancias con sus musicales trinos. Desde fuentes interiores el agua corría y salpicaba entonando su canto semejante a dulces nanas, creando un contrapunto con la alegre música de las aves.

Varios elfos kalanestis -altos y musculosos, con las extrañas marchas en la piel- revivieron a Rashas con reverencia y muestras de deferencia.

—Éstos son mis Elfos Salvajes -le explicó el senador a Gilthas-. Antaño fueron esclavos. Ahora, de acuerdo con los decretos recientes, se me exige pagarles por sus servicios.

Gil no estaba seguro, pero tuvo la incómoda sensación de que el tono de Rashes sonaba muy molesto. El elfo mayor lo miró de soslayo y sonrió, y Gil llegó a la conclusión de que el senador sólo había bromeado. Nadie, en los tiempos actuales y en esta era, podía aprobar la esclavitud.

—Ahora sólo vivimos aquí mis sirvientes y yo -continuó Rashes-. Soy viudo. Mi esposa murió durante la guerra, y mi hijo pereció combatiendo en los ejércitos de la Piedra Blanca, que estaban dirigidos por vuestra madre, Gilthas. -Lanzó una extraña mirada al joven-. Mi hija está casada y tiene casa y familia propias. La mayoría del tiempo me encuentro solo.

»Peor hoy tengo compañía, un honorable huésped, que me visita. Espero que también vos, mi príncipe, consideréis vuestra mi casa. Confío en que honréis mi morada con vuestra presencia. -Parecía anhelante, ansioso de que Gilthas respondiera afirmativamente.

—Soy yo quien se siente honrado, senador -dijo el joven, rojo de placer-. Vuestra amabilidad me abruma.

Dentro de un momento os mostraré vuestro cuarto. Los sirvientes lo están preparando ahora. La dama que es mi invitada está deseosa de conoceros. Sería descortés por nuestra parte hacerla esperar. Ha oído hablar mucho de vos. En, creo, una íntima amiga de vuestra madre.

Gil estaba perplejo. A raíz de su matrimonio, su madre había conservado contados amigos entre los elfos. Quizás esa persona había sido una de las compañeras de infancia de Laurana.

Rashes subió, precediendo a Gil, tres tramos de una escalera de grácil trazado sinuoso. Una puerta situada en lo alto se abrió a un espacioso corredor; en éste había tres puertas, una al fondo y otras dos, una a cada lado. Una pareja de silenciosos sirvientes kalanestis se encontraba junto a la puerta del fondo. Hicieron una reverencia a Rashes, y a una señal de éste, uno de los Elfos Salvajes llamó respetuosamente a la puerta.

—Adelante -respondió una voz femenina, baja y musical, queda e imperiosa.

Gil se quedó atrás para dejar pasar a Rashes, pero el senador hizo una reverencia y un ademán, invitándolo a adelantarse.

—Mi príncipe -dijo.

Azorado, poco complacido, Gilthas entró en la habitación seguido de Rashes. Los sirvientes cerraron la puerta.

La mujer estaba de espaldas a ellos, de pie junto a un ventanal. El cuarto tenía forma octogonal, y era un pequeño vivero. En el centro crecían árboles, con las ramas cuidadosamente guiadas para formar un techo vivo de verdor. En las paredes había altos y estrechos ventanales. Gil reparó en que no estaban abiertos, sino cerrados y cubiertos con seda. Supuso que a la ocupante de la estancia no le gustaba el aire fresco.

Dos puertas, una a cada lado del cuarto, conducían a habitaciones privadas. Los muebles, un sofá, una mesa y varias sillas, eran cómodos y elegantes.

—Milady -saludó respetuosamente Rashes-, tenéis una visita.

La mujer continuó en la misma postura un momento más. Sus hombros parecieron ponerse tensos, como si se preparase para algo. Después se volvió lentamente hacia ellos.

Gil soltó una exclamación de ahogada admiración. Nunca había visto o imaginado que existiese una belleza igual, que pudiera encarnarse en un ser vivo. El cabello de la mujer era de un tono tan oscuro como el cielo en la medianoche más profunda, sus ojos poseían el profundo color violeta de las amatistas. Era grácil,

encantadora, etérea, efímera, y a su vez la envolvía un halo de tristeza que igualaba la de los dioses.

Si Rashas la hubiese presentado como Mishakal, compasiva deidad de la curación, Gil no se habría sorprendido lo más mínimo. Se sintió fuertemente impelido a postrarse de rodillas en señal de reverencia.

Pero esa mujer no era una diosa.

—Mi príncipe, os presento a Alhana Starbreeze... -empezó el senador.

—La reina Alhana Starbreeze -lo corrigió suave, altanera. Se mostraba orgullosa y, curiosamente, desafiante.

—La reina Alhana Starbreeze -rectificó Rashas con una sonrisa, como quien consiente el capricho de un niño-. Permittedme que os presente a Gilthas, hijo de Lauranthalasa de la casa Solostaran... y de su esposo, Tanthalas Semielfo -lo último lo añadió como si acaba de ocurrírsele.

Gil advirtió la ligera pausa en la frase del senador, una pausa que separaba de manera muy efectiva a su padre de su madre. Gil sintió arderle las mejillas de azoramiento y vergüenza. No podía mirar a esa orgullosa y altanera mujer, que debía sentir lástima y desprecio por él. Ella habló, pero no a Gil, sino a Rashas, y tal era la confusión del joven que al principio no entendió lo que decía. Cuando lo hizo, levantó la cabeza y la miró con complacida estupefacción.

—...Tanis Semielfo es uno de los grandes hombres de nuestro tiempo. Es conocido y respetado en todo Ansalon. Se le han conferido los mayores galardones que cada nación puede ofrecer, incluidas las elfas, senador. Los orgullosos Caballeros de Solamnia se inclinan ante él con respeto. La Hija Venerable Crysania, del Templo de Palanthas, lo considera un amigo. El rey enano de Thorbardin llama hermano a Tanis Semielfo.

El senador tosió.

—Sí, majestad -dijo secamente-. Tengo entendido que el semielfo también cuenta con amigos entre los kendens.

—Sí, en efecto -repuso fríamente Alhana-. Y se considera afortunado de haberse ganado su inocente consideración.

—Hay gustos para todo -comentó Rashas, curvando los labios.

Alhana no contestó. Miraba a Gil y ahora fruncía el entrecejo, como si una idea nueva y desagradable se le hubiese ocurrido de repente.

Gil no tenía la menor idea de lo que estaba pasando. Todavía se sentía demasiado aturdido, demasiado nervioso. ¡Oír tan grandes elogios de su padre, y de boca de la reina de Qualinesti y Silvanesti! Su padre uno de los grandes hombres de la época... Caballeros orgullosos inclinándose ante él... El rey enano llamándole hermano... Los mayores honores de cada nación...

Él no había sabido nada de eso. Nunca.

Comprendió de repente que un silencio ensordecedor se había apoderado por completo de la estancia. Se sintió terriblemente incómodo y deseó que alguien dijera algo. Y entonces se alarmó.

«¡Quizá sea yo! -Se dijo para sus adentro, presa del pánico, e intentando recordar las lecciones de su madre sobre cómo tratar y agasajar a la realeza-. Quizá se espera que sea yo quien inicie una conversación.»

Alhana lo observaba con gran atención. Sus adorables ojos, clavados en él, lo privaron de cualquier alocución coherente. Gil intentó decir algo, pero se encontró sin voz. Miró alternativamente al senador y a la reina y supo que algo iba mal.

El sol no podía entrar en aquella estancia; las cortinas estaban echadas en los ventanales. Las sombras que al principio parecían frescas y relajantes, ahora resultaban ominosas, inquietantes, como el sudario que envuelve al mundo antes de estallar una violenta tormenta. Hasta el aire transmitía peligro, cargado de tensión.

Alhana rompió el silencio. Sus ojos violeta se oscurecieron hasta casi tornarse negros.

—Así que éste es vuestro plan -le dijo a Rashes, hablando Qualinesti con un ligero acento que Gilthas reconoció como el de los silvanestis, su pueblo.

—Y uno muy bueno, ¿no os parece? -le contestó el senador, que se mantenía tranquilo, sin inmutarse ante la ira de la mujer.

—¡Sólo es un niño! -gritó Alhana en voz baja.

—Tendrá guía, un sabio consejero a su lado -repuso Rashes.

—Vos, por supuesto -comentó mordazmente ella.

—El Thalás-Enthia elige al regente. Por supuesto, me agradecerá ofrecer mis servicios.

—¡El Thalás-Enthia! ¡Tenéis a ese grupo de hombres y mujeres ancianos en vuestro bolsillo!

Gil sintió el nudo atenazándole el estómago, y la sangre empezó a palpar dolorosamente en su cabeza. De bueno, los adultos hablaban sobre, alrededor, por debajo y por encima de él, como si fuese uno de aquellos árboles que se alzaban desde el suelo.

—No lo sabe, ¿verdad? -dijo Alhana. Su mirada a Gil fue de lástima.

—Creo que tal vez sepa más de lo que da a entender -manifestó el senador con una sonrisa astuta-. Ha venido por propia voluntad. No se encontraría aquí si no quisiera estar. YU ahora, majestad -añadió con un ligero sarcasmo-, si vos y el príncipe Gilthas me disculpáis, he de ocuparme de asuntos importantes en otro lugar. Hay muchos preparativos que hacer para la ceremonia de mañana.

El senador hizo una reverencia, giró sobre sus talones y abandonó la habitación. Los sirvientes cerraron la puerta nada más salir él.

—¿Querer qué? -Gilthas estaba perplejo y furioso consigo mismo-. ¿De qué hablaba? No entiendo...

—¿De veras? -le preguntó Alhana.

Antes de que pudiera responder, la mujer se dio la vuelta. Estaba rígida, con los puños tan apretados que se clavaba las uñas en las palmas.

Sintiéndose como un chiquillo al que han encerrado en el cuarto de los niños mientras los adultos celebran una fiesta en el salón de abajo, Gil se encaminó hacia la puerta y la abrió bruscamente.

Dos de los kalanestis altos y fuertes se interponían en el umbral. Ambos sostenían una lanza en las manos.

Gil empezó a empujarlos para apartarlos.

Los elfos no se movieron.

—Disculpad, pero quizá no lo entendéis. Me marchó -dijo cortésmente el joven, pero en un tono severo para demostrarles que hablaba en serio.

Adelantó un paso. Los dos guardias permanecieron en silencio y con las lanzas cruzadas delante de él.

Rashes desaparecía en ese momento escaleras abajo.

—¡Senador! -llamó Gilthas, que intentaba mantener la calma. La llama de la ira empezaba a vacilar bajo el viento frío del miedo-. Hay un malentendido. ¡Vuestros sirvientes no me dejan salir!

Rashas se detuvo y miró hacia atrás.

—Ésas son sus órdenes, mi príncipe. Encontraréis realmente cómodos los aposentos que compartiréis con su majestad, de hecho son los mejores de la casa. Los Elfos Salvajes os proporcionarán cuanto deseéis. Solamente tenéis que pedirlo.

—Lo que deseo es marcharme -dijo el joven sin alzar la voz.

—¿Tan pronto? -Rashas sonreía plazeramente-. No podría permitirlo. Acabáis de llegar. Descansad, relajaos, mirad por la ventana, disfrutad del paisaje que se divisa.

»Y, por cierto -añadió el senador mientras empezaba a bajar de nuevo la escalera, de manera que las palabras flotaron en el aire tras él como una estela-. Me complace enormemente que Qualinesti os parezca hermosa, príncipe Gilthas. Vais a vivir aquí mucho, mucho tiempo.

## Capítulo 7

—¡Dalamar! -Tanis golpeó la puerta cerrada-. ¡Dalamar, maldito seas, sé que estás ahí! ¡Sé que me oyes! ¡Quiero hablar contigo! ¡Te...!

—Ah, amigo mío -sonó una voz prácticamente en su oído-. Me alegra que hayas recobrado finalmente el conocimiento.

—Ante el sonido inesperado, Tanis casi saltó a través de la pared. Una vez que el corazón dejó de latirle desbocado, se volvió para mirar al elfo oscuro, que estaba de pie en el centro de la habitación con una ligera sonrisa en los finos labios.

—Deja de gritar, estás interrumpiendo mi clase. Mis estudiantes no pueden concentrarse en sus hechizos.

—¡Al infierno con tus estudiantes! ¿Dónde está mi muchacho? -bramó el semielfo.

—En un lugar seguro, sano y salvo -respondió el hechicero-. Ante todo...

Tanis perdió el control. Sin importarle las consecuencias, saltó sobre Dalamar con las manos tendidas hacia el cuello del elfo oscuro.

Un rayo azul centelleó en medio de un chisporroteo. Tanis salió lanzado hacia atrás y fue a chocar dolorosamente contra la puerta de madera. El impacto mágico fue paralizador; sus miembros se retorcieron, la cabeza le zumbó. Se dio unos segundos para recuperarse y luego, frustrado por su propia impotencia, volvió a cargar contra Dalamar.

—Basta, Tanis -advirtió severamente el hechicero-. Estás actuando como un necio. Afronta los hechos. Estás prisionero en la Torre de la Alta Hechicería, en mi torre. Estás desarmado, y aún cuando dispudieses de un arma no podría hacer nada para hacerme daño.

—Devuélveme mi espada -contestó Tanis, que casi jadeaba-, y veremos si eso es como dices.

Dalamar casi se echó a reír; solo casi.

—Oh, vamos, amigo mío. Te he dicho que tu hijo está salvo. Que siga siendo así depende de ti.

—¿Eso es un amenaza? -instó, furioso, el semielfo.

—Las amenazas son para los pusilánimes. Me limito a exponer los hechos. ¡Vamos, vamos, amigo mío! ¿Qué ha pasado con tu famosa lógica, tu legendario sentido común? ¿Han salido por la ventana cuando entró volando la cigüeña?

»Si degenerar en un completo idiota es lo que significa ser padre, desde luego tendré cuidado de no alcanzar nunca tan dudosa distinción. Por favor, siéntate, y discutamos esto como personas racionales.

Fulminándolo con la mirada, Tanis se dirigió hacia un cómodo sillón que había cerca de un fuego agradable. Incluso en ese cálido día de primavera, la Torre de la Alta Hechicería estaba oscura y fría. La habitación en la que lo había encerrado se encontraba lujosamente amueblada, le habían proporcionado comida y bebida. Le habían curado las heridas, pocas y superficiales, en su mayoría arañazos producidos por las garras de los draconianos, así como un chichón en la cabeza. Dalamar tomó asiento con el sillón de enfrente.

—Si escuchas con paciencia, te contaré lo que está ocurriendo.

—Bien, yo escucharé y tú hablarás. -La voz del semielfo sonó queda, casi rota-. ¿Mi hijo está bien? ¿Lo está?

—Por supuesto. Gilthas no serviría de mucho a sus captores si no lo estuviera. Encuentras consuelo en ese hecho, amigo mío. Y soy tu amigo -añadió el elfo oscuro, al reparar en el destello de ira que asomó a los ojos de Tanis-, aunque admito que las apariencias me desdicen.

»En cuanto a tu hijo, se encuentro donde anhelaba estar, en su hogar. Qualinesti. Es su hogar, Tanis, aunque no te gusta oírlo, ¿verdad? Se halla cómodamente alojado, y probablemente recibiendo toda clase de atenciones. El trato de deferencia y respeto que es lógico que le den los elfos, puesto que va a ser su rey.

Tanis no daba crédito a sus oídos. Se había puesto de pie otra vez.

—Esto tiene que ser una broma de mal gusto. ¿Qué es lo que quieres, Dalamar? ¿Qué es lo que te proponer realmente?

El elfo oscuro se levantó también del sillón, se acercó a Tanis y apoyó suavemente la mano en su brazo.

—Nada de bromas, amigo mío. O, si lo es, nadie se ríe. Gilthas no corre peligro ahora. Pero podría correrlo.

De nuevo, Tanis evocó la visión que había vislumbrado en el alcázar de la Tormentas: negras nubes girando en torno a su hijo. Agachó la cabeza para ocultar sus ardientes lágrimas. Los dedos de Dalamar apretaron un poco más.

—Contrólate, amigo mío, no disponemos de mucho tiempo. Queda mucho que explicar, y -añadió suavemente- planes que fraguar.

## Capítulo 8

—¿Rey de Qualinesti? -repitió Gilthas sin salir de su asombro. Miró de hito en hito a Alhana, con incredulidad-. ¡El Orador de los Soles! ¿Yo? No puedo creer que habléis en serio. Yo... ¡Yo no quiero ser rey!

La mujer sonrió, un gesto que fue como un sol de invierno sobre el espeso hielo. La sonrisa iluminó su rostro, pero no le dio más calidez a ella. Ni al joven.

—Me temo que lo que queráis vos, príncipe Gilthas, no importa.

—Pero vos sois la reina.

—¡La reino! -Su tono sonó amargo.

—Mi tío Porthios es el Orador -prosiguió Gil, perplejo y, aunque no lo admitió, asustado-. Yo... ¡Esto no tiene sentido!

Alhana le lanzó una fría mirada y después se volvió y se dirigió de nuevo hacia el ventanal. Apartó la cortina y contempló el exterior; a la luz el joven pudo verle la cara. En la penumbra le había parecido fría e imperiosa, pero en realidad, a la luz del sol, era preocupada, anhelante y atemorizada. También ella estaba asustada, aunque Gil tuvo la sensación de que no era por sí misma.

«No quiero ser rey», se oyó a sí mismo gimotear, como un niño que protesta porque lo mandan a la cama. Enrojeció intensamente.

—Lo lamento, lady Alhana. Han ocurrido tantas cosas... Y no entiendo ninguna de ellas. Decís que Rashes me trajo aquí para coronarme como Orador de los Soles, para hacer me rey de Qualinesti. No veo cómo puede ser tal cosa posible.

—¿De verdad no lo ves? -Inquirió la mujer mientras volvía la vista hacia él. Las pupilas de color violeta eran duras y suspicaces.

—¡Milady, lo juro! -Gilthas estaba conmocionado-. No lo sé... Por favor, creedme...

—¿Dónde están tus padres? -instó bruscamente Alhana. Otra vez se había vuelto a mirar el exterior.

—En casa, supongo -contestó Gil, que sentía un nudo en la garganta-. A menos que mi padre me siguiera a caballo.

La esperanza floreció en el corazón del joven. Ciertamente su padre podía haber salido en pos de él. Tanis encontraría la invitación, justo donde él la había dejado (su declaración del derecho a hacer lo que quisiera). Tanis cabalgaría hasta El Cisne Negro y... descubriría que su hijo nunca había estado allí.

—¡Dejé que el sirviente de Rashes se llevara de vuelta mi caballo! Él podría contarles cualquier cosa a mis padres. -Se hundió en una silla con desaliente-. ¡Qué necio he sido!

Alhana dejó caer la cortina. Estudió atentamente al joven un instante. Después se acercó a él y pudo la mano en su hombro. Notó su tacto helado a través de la tela de la camisa.

—¿Dices que tus padres no sabían nada de esto?

—Nada en absoluto, milady -admitió Gil, avergonzado-. Me dijeron que no viniera, pero no les hice caso. Me escapé. Huí en mitad de la noche.

—Creo que será mejor que me lo cuentes todo. -Alhana, erecta y regia, se sentó en un silla enfrente de él.

Así lo hizo Gilthas. Se quedó estupefacto cuando, al acabar de hablar, vio que el rostro de Alhana se relajaba. La elfa se pasó la mano por los ojos.

—¡Temíais que mis padres estuvieran detrás de esto! -Exclamó al comprender de repente.

—Quizá no detrás de ello -admitió Alhana, suspirando-, pero sí que lo aprobaran. Perdóname, príncipe. -Alargó su mano y estrechó suavemente la del joven, tras lo cual la soltó.

—Mis padres sabes que planeaba venir a Qualinesti. Tienen que imaginar que estoy aquí, les dijera lo que les dijese el sirviente. Vendrán a buscarme, milady -dijo firmemente Gil con la esperanza de reconfortarla-. Nos rescatarán a los dos.

—No... -Alhana sacudió la cabeza-. Rashes es demasiado listo para permitir que eso ocurra. Ha puesto los medios para evitar que tus padres lleguen hasta ti.

—¡Lo decís como si estuviésemos en peligro! ¿Por el senador Rashes? ¿Por nuestro propio pueblo?

Ella alzó la mirada para encontrarse con la del joven.

—De tu propio pueblo, no, Gilthas. Eres distinto, por eso te eligieron.

«Eres en parte humano». Las palabras no pronunciadas quedaron flotando en el aire. Gil la miró fijamente. Sabía que no lo había hecho para insultarlo, sobre todo después de los elogios hechos a su padre. Era una forma de pensar, asimilada tras miles de años de aislamiento autoimpuesto y creencias -por erróneas que fueran- de que los elfos eran los elegidos, los bienamados de los dioses.

Gil lo sabía, pero sintió que unas palabras ardientes subían a su garganta. Y también sabía que si las pronunciaba sólo conseguiría empeorar las cosas. No obstante...

«Dignidad ante la presión, querido.»

El joven oyó la voz de su madre, la vio poner la mano en el brazo de su padre. Recordó reuniones celebradas en su casa, y a su madre moverse con elegante dignidad y calma entre tormentas de intrigas políticas. Recordó las palabras dichas a su padre, recordándole que mantuviese la tranquilidad, el control de sí mismo. Y recordó a su padre congestionado y tragando saliva con esfuerzo.

Gilthas tragó saliva con esfuerzo.

—Creo que deberíais contarme lo que ocurra, milady -dijo en voz baja.

—Es sencillo, realmente -contestó Alhana-. Mi esposo, Porthios, está prisionero en Silvanesti. Lo traicionó mi pueblo. Y yo estoy retenida aquí, traicionado por su gente...

—Pero, ¿por qué? -Gil estaba perplejo.

—A los elfos no nos gustan los cambios. Les tenemos miedo, desconfiamos de ellos. Pero el mundo está cambiando con mucha rapidez, y debemos cambiar con él o nos consumiremos y pereceremos. La Guerra de la Lanza nos enseñó eso. Al menos creía que lo había hecho. Los elfos jóvenes están de acuerdo con nosotros, pero no los viejos. Y son estos, como el senador Rashes, los que manejan el poder. Sin embargo, jamás imaginé que llegarían tan lejos.

—¿Qué pasará con vos y con el tío Porthios?

—Nos exiliarán -repuso quedamente-. Ninguno de los dos reinos nos aceptará.

Gil conocía suficientemente a su raza para saber que el exilio era un castigo peor que la muerte. A Alhana y Porthios se los conocería como «elfos oscuros», elfos que han sido «expulsados de la luz». Se los desterraría de sus países y se les prohibiría cualquier comunicación con su gente. No tendrían ningún derecho en todo Ansalon y, como tal, se encontrarían en peligro constantemente. Con razón o sin ella, a los elfos oscuros se los considera malignos. Son perseguidos, acosados, expulsados de

cualquier ciudad o pueblo. Son buenas presas para los cazadores de recompensas, los ladrones y demás escoria. No es pues de sorprender que, a fin de sobrevivir, la mayoría de los elfos oscuros busquen amparo a la sombra de Takhisis.

A Gil no le se ocurría qué decir que pudiera servir de ayuda o consuelo. Alzó la vista hacia Alhana.

—¿Por qué a mí, milady? ¿Por qué ahora?

—Estoy embarazada -fue la sencilla respuesta-. Si nuestro bebé nace, él o ella sería el heredero del trono. Tal como están las cosas ahora, si algo le ocurriese a Porthios la legítima heredera sería su madre, pero el matrimonio de Laurana con un semihumano bastardo...

Gil dio un respingo. Alhana lo observó, compasiva pero sin arrepentirse de lo dicho.

—Así es como la mayoría de los qualinestis consideran a tu padre, Gilthas. Hay una razón por la que Tanis Semielfo nunca se ha sentido deseoso de regresar a su tierra natal. La vida no fue muy agradable para él cuando era joven. Y ahora sería peor. ¿Qué ocurre? ¿Nunca se te ocurrió considerar esto?

El joven sacudió lentamente la cabeza. No, nunca había pensado en los sentimientos de su padre, nunca había pensado en él.

«Sólo pensé en mí mismo».

—El matrimonio de tu madre la descartó de la sucesión al trono... -siguió diciendo Alhana.

—Pero yo soy en parte humano -le recordó Gil.

—Lo eres, sí -repuso fríamente la elfa-. Rashas y el Thalass-Enthia no ven un problema en tal circunstancia. De hecho, probablemente consideran tu ascendencia como una ventaja... para ellos. Rashas tiene por débiles y manejables a los humanos. Cree que, debido a tu herencia humana, podrá dirigirte a su antojo.

Gilthas enrojeció de rabia. Perdió el control, apretó los puños y se levantó bruscamente de la silla.

—¡Por todos los dioses! ¡Le demostraré a Rashas que se equivoca! ¡Se lo demostraré a todos! ¡Les... Les...!

La puerta se abrió y entró uno de los guardias kalanestis, lanza en mano, que escudriñó la estancia con expresión desconfiada.

—Cálmate, joven -aconsejó Alhana en voz queda y hablando en silvanesti-. No inicies una pelea que no puedes llevar al final.

La ira de Gil llameó, chisporroteó y luego se consumió como una vela consumida.

El Elfo Salvaje lo miró y entonces empezó a reírse. Le dijo algo a su compañero en el lenguaje kalanesti y cerró la puerta. Fil no hablaba esa lengua, pero en las palabras del guardia se mezclaban suficientes en Qualinesti para provocar el enrojecimiento en las mejillas del joven. Era algo sobre el cachorro intentando ladrar como un perro viejo.

—Así que estáis diciendo que aun en el caso de que fuera rey en realidad sería su prisionero. ¿Sugieras acaso que me acostumbre también a eso, milady? -Su tono sonó amargo.

Alhana guardó silencio un momento y después sacudió la cabeza.

—No, Gilthas. No te acostumbres nunca a ser su marioneta. ¡Resiste! Eres hijo de Tanthalas y Lauranthalasa, y eres fuerte, más de lo que cree Rashas. Con una sangre tan noble corriendo por tus venas, ¿cómo podrías ser de otro modo?

Aún cuando fuese sangre mezclada, pensó el joven, pero no lo dijo. Le complacía la confianza que traslucían las palabras de la elfa, y decidió ser merecedor de ellas, ocurriera lo que ocurriese.

Alhana le sonrió para tranquilizarlo antes de regresar de nuevo junto al ventanal. Allí, apartó la cortina y contempló el exterior.

Entonces se le ocurrió a Gilthas que debía de hacer algo más que admirar el paisaje.

—¿Qué ocurre, milady? ¿Quién está ahí fuera?

Ella echó la cortina, la abrió y volvió a cerrarla.

—Un amigo. Le he dado una señal. Vio cuando te traían, y acabo de comunicarle que podemos confiar en ti.

—¿Quién es? ¿Porthios? -De repente, Gil se sentía esperanzado. Nada parecía imposible.

—No. -Alhana sacudió la cabeza-. Uno de los míos, un joven guardia llamado Samar. Combatió junto a mi marido contra la pesadilla en Silvanesti. Cuando capturaron a Porthios, Samar siguió fiel a su comandante, y Porthios lo envió para advertiré. Llegó demasiado tarde; ya era prisionera de Rashes. Pero ahora Samar ha terminado de preparar sus planes. El Thalass-Enthia se reúne esta noche para proyectar la ceremonia de coronación de mañana.

—¡Mañana! -repitió Gil con incredulidad.

—No temas Gilthas -dijo Alhana-. Si Paladine quiere, todo irá bien. Esta noche, mientras Rashes asiste a la reunión, tú yo escaparemos.

## Capítulo 9

—Rashas lo ha planeado todo cuidadosamente. Por supuesto, Tanis, la intención era que pensases que los draconianos habían raptado a tu hijo -le explicó Dalamar-. Caíste de lleno en la trampa. El Elfo Salvaje condujo al caballo al interior del bosque y lo dejó delante de la cueva como un buen cebo en el que picaste. Lo demás, ya lo sabes.

El semielfo apenas lo escuchaba, absorto en sus pensamientos.

«Laurana. Se preocupará cuando no tenga noticias mías. Comprenderá que ha pasado algo. Irá a Qualinesti. Ella impedirá esta locura...»

—Ah, estás pensando en tu esposa -adivinó Dalamar.

—No, sólo pensaba cómo enviarle un mensaje -mintió Tanis, incómodo por ser como un libro abierto-, para que sepa que me encuentro bien y no se preocupe.

—Sí, por supuesto. -La sonrisa insinuada del hechicero dejaba claro que no se había dejado engañar-. El considerado esposo. Entonces te complacerá saber que ya me he ocupado de eso. Envié a uno de mis sirvientes desde El Cisne Negro, con una nota para tu esposa en la que la informaba que todo iba bien, que tu hijo y tú necesitabais disponer de un tiempo solos. Deberías darme las gracias...

Tanis respondió con unas pocas parabolas en Común que no eran, ni en el modo ni en la forma, una expresión de agradecimiento. La sonrisa de Dalamar se ensombreció.

—Repito que deberías darme las gracias. Es posible que haya salvado la vida de Laurana. Si hubiese ido a Qualinost y hubiese intentado intervenir... -Hizo una pausa y después encogió los esbeltos hombros.

Tanis no había dejado de pasear por la habitación se paró delante del hechicero.

—¿Insinúas que puede correr peligro? ¿Por parte de Rashas y del Thalás-Enthia? No te creo. Por dioses, estamos hablando de elfos.

—Yo soy un elfo, Tanis -adujo quedamente Dalamar-. Y soy el hombre más peligroso que conoces.

Tanis iba a contestar algo, pero la lengua se le quedó pegada al paladar. Sintió la garganta constreñida, impidiéndole respirar. Tragó saliva y después consiguió susurrar con voz ronca.

—¿A qué te refieres? ¿Y cómo sé que pudo confiar en ti?

Dalamar no respondió de inmediato. Pronunció una palabra y una jarra de vino apareció en su mano. Se levantó del sillón y se acercó a una mesa sobre la que había una bandeja de plata y dos copas de cristal de estilizado pie.

—¿Te apetece un poco? Es vino elfo, excelente, de crianza, parte de las reservas de mi antiguo *shalafi*.

El semielfo estuvo a punto de rehusar. Lo sensato sería rechazar comida o bebida estando retenido en una Torre de la Alta Hechicería con un Túnica Negra.

Pero la «lógica renovada» le recordó que no llegaría a ningún sitio comportándose como un tonto de remate. Si Dalamar hubiera querido deshacerse de él, lo habría hecho ya a esas alturas. Y además, el hechicero había aludido sutilmente a Raistlin, su *Shalafi*. Hubo un tiempo en que Raistlin y Tanis habían combatido en el mismo bando. Hubo un tiempo en que Dalamar y Tanis habían luchado también en el mismo bando. El elfo oscuro había dicho algo antes acerca de hacer planes.

En silencio, Tanis aceptó la copa de vino.

—Por las viejas alianzas -brindó Dalamar, haciéndose eco de los pensamientos del semielfo. Se llevó el vino a los labios y bebió un pequeño sorbo.

Tanis hizo otro tanto, y después soltó la copa. No le interesaba tener embotada la mente, nublada por la bebida. Esperó en silencio.

Dalamar sostuvo su copa en alto, contemplando el color carmesí del caldo al trasluz del fuego.

—Parece sangre ¿verdad? -Su mirada se dirigió a Tanis-. ¿Quieres saber lo que se está tramando? Te lo contaré. La Reino Oscura ha vuelto a tomar parte en el juego. Está colocando sus piezas en el tablero, situándolas en posición. Ha alargado la mano, lanzado su seductora llamada. Muchos sienten su roce, muchos oyen su voz. Muchos se están moviendo para hacer su voluntad... sin darse cuenta siquiera de que actúan en su favor.

»Claro que -agregó, burlón-, no te estoy contando nada que no sepas ya, ¿verdad, amigo mío?

Tanis puso gran cuidado en mantener el gesto inexpresivo.

—El Alcázar de las Tormentas -continuó el elfo oscuro-. No habrás olvidado tu visita a la fortaleza de Ariakan ¿verdad?

¿Por qué me cuentas todo esto? -Demandó Tanis-. No estarás pensando en cambiar el color de la túnica ¿o sí?

Dalamar se echó a reír.

—El blanco no es mi color. No te preocupes, amigo mío. No estoy traicionando ningún secreto de mi reina. Takhisis comprende los errores que cometió en el pasado, y ha aprendido de ellos. No los repetirá. Se mueve despacio, sutilmente, con medios completamente inesperados.

Tanis resopló con sorna.

—¿Estás afirmando que este asunto de mi hijo es todo un plan de su Oscura Majestad?

—Piénsalo, amigo mío -aconsejó el hechicero-. Como seguramente sabes, no siento mucho aprecio por Porthios. Me desterró, humillado y deshonrado, de mi patria. Siguiendo sus órdenes, me taparon los ojos, me ataron de pies y manos, y me transportaron a un carro, como uno de los animales que vosotros los humanos sacrificáis, hasta la frontera de Silvanesti. Allí, con sus propias manos, me arrojó al barro. No lloraría viendo que le pasaba lo mismo.

»Pero incluso yo admito que Porthios es un jefe excelente. Tiene valor y es rápido actuando. También es estricto, inflexible y orgulloso. Pero esas faltas se han atemperado, al paso de los años, con las virtudes de su esposa. -La voz de Dalamar se suavizó.

»Alhana Starbreeze. La veía a menudo en Silvanesti. Yo era de clase baja, y ella... una princesa. Sólo podía admirarla desde lejos, pero no importaba. Estaba un poquito enamorado de ella.

—¿Y qué hombre no lo estaría? -gruñó Tanis, que hizo un gesto impaciente-. Sigue con el razonamiento que quiera que estés haciendo.

—Entonces permíteme que te lo explique. Hablo de una alianza entre las naciones élficas de Qualinesti y Silvanesti con los reinos humanos de Solamnia, Ergoth del Norte y del Sur, y el reino enano de Thorbardin. Laurana y tú habéis trabajado durante casi cinco años para llevar esto a buen puerto, desde tu visita clandestina al alcázar de las Tormentas. Porthios, empujado por Alhana, ha accedido finalmente a firmarla. Habría sido una alianza poderosa.

Dalamar alzó la delicada mano y chasqueó los dedos. Una chispa de fuego azul relumbró alrededor de la blanca piel; una pequeña bocanada de humo flotó en el aire, titiló un instante y después se disipó.

—Se acabó.

—¿Cómo te enteraste? -Tanis lo miraba severamente.

—Pregunta más bien, amigo mío, cómo se enteró el senador Rashas.

El semielfo guardó silencio y después empezó a maldecir entre diente.

—¿Rashas te dijo que lo sabía? ¿Traicionó a su propio pueblo? No puedo creer algo así, ni siquiera viniendo de Rashas.

—No, al senador todavía le queda una pizca de honor. No es un traidor... aún. Me dio una pobre excusa, pero creo que la verdad es bastante obvia. ¿Cuándo tenían que firmarse los últimos protocolos?

—La próxima semana -respondió amargamente Tanis, con la mirada prendida en las titilantes llamas.

—Ah, ¿ves? -Dalamar volvió a encogerse de hombros-. Ahí lo tienes.

Sí, Tanis lo veía claro. Veía a la Reina Oscura susurrando sus palabras de seducción a oídos elfos. El senador Rashas se escandalizaría ante la sugerencia de que estaba siendo seducido por el Mal. A su modo de entender, actuaba sólo con un buen propósito, por el bien de los elfos, para mantenerlos a salvo, aislados, aparte del resto del mundo.

Tanto trabajo, tanto esfuerzo, todas esas horas interminables de viajar de un lado para otro, todas las difíciles negociaciones, el convencer a los caballeros para que confiaran en los elfos, convencer a los enanos de que confiaran en los ergothianos, convencer a los elfos de que confiaran en todos los demás. Todo en vano, desaparecido en una bocanada de humo.

Y lord Ariakan y sus temibles Caballeros de Takhisis haciéndose más y más fuertes a cada momento.

Aquello era un duro golpe a sus esperanzas de paz, mas, en ese momento, en lo único que Tanis era capaz de pensar era en su hijo. «¿Estará a salvo Gilthas? ¿Se encontrará bien? ¿Sabrá las maquinaciones de Rashas? ¿Qué hará si lo descubre?»

Con suerte, nada. Nada precipitado, nada estúpido. Nada que le pusiera -a él o a otros- en peligro. Gil nunca se había encontrado en ningún tipo de peligro o dificultad hasta ahora. Sus padres se habían encargado de que fuera así. No podía saber cómo reaccionar.

—Siempre lo protegimos -dijo, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta-. Quizá nos equivocamos. Ero estaba tan enfermo, eran tan frágil... ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

—Criamos nuestros hijos para que nos abandonen, Tanis -adujo Dalamar en voz queda.

Sobresaltado, el elfo miró al hechicero.

—Eso es lo que dice Caramon.

—Sí, me lo dijo después de que Palin pasara a Prueba. «Nos dan a nuestros hijos sólo durante un corto tiempo. Durante ese tiempo, debemos enseñarles a vivir por sí mismo, porque no estaremos siempre con ellos.

—Sabías palabras. -Al recordar a su amigo, Tanis sonrió cariñosa, tristemente-. Pero Caramon fue incapaz de seguir su propia máxima cuando llegó el momento de aplicarla con su hijo. -Guardó silencio un instante antes de añadir-. ¿Por qué me cuentas todo esto, Dalamar? ¿Qué ganas con ello?

—Su Oscura Majestad tiene muy buen concepto de ti, Tanis Semielfo. Ni ella ni yo consideramos propicio para nuestra causa tener a tu hijo en el trono elfo. Creo que nos iría mucho mejor con Porthios -agregó secamente.

—¿Y qué hay del tratado?

—Eso victoria ya es nuestra, amigo mío. Ocurra lo que ocurra entre los elfos, el tratado es ya papel mojado. Porthios jamás perdonará a los silvanestis por traicionarlo. Ahora ya no firmará. Lo sabes. Y si las dos naciones élficas se niegan a firmarlo, los enanos de Thorbardin harán lo propio. Y si los enanos no...

—¡Al infierno con los enanos! -lo interrumpió Tanis-. ¿Significa esto que me ayudarás a llevar a Gilthas a casa?

—La coronación de tu hijo está planeada para mañana -anunció el hechicero mientras alzaba la copa en un burlón brindis a Tanis-. Es una ocasión solemne que ningún padre debería perderse.

## Capítulo 10

El ocaso realzaba la belleza de la tierra elfa. Los suaves y encendidos colores del sol poniente penetraban a través de las cortinas de seda, poniendo una pátina de oro en todos los objetos. Esa belleza pasó inadvertida a Gil, que paseaba nervioso mientras transcurrían las horas.

La casa estaba silenciosa. Los guardias kalanestis apenas hablaban, y cuando lo hacían era sólo brevemente y en su propia lengua; una lengua que sonaba como los trinos de los pájaros silvestres. Llevaron la cena, consistente en cuencos de fruta, pan, vino y agua. Después, tras lanzar una rápida ojeada escrutadora a la estancia, se marcharon y cerraron la puerta al salir. Alhana no quiso comer nada.

—La comida me sabe a ceniza -argumentó.

A despecho de los problemas, Gilthas tenía hambre, y acabó no sólo con su ración, sino también con la de ella al ver que no iba a comérsela. Alhana sonrió débilmente.

—La resistencia de la juventud. Es bueno verla. Sois el futuro de nuestra raza. - Se puso la mano en el vientre-. Me dais esperanza.

La noche no caía realmente sobre Qualinost. La oscuridad se iluminó con miles de diminutas y chispeantes luces que brillaban en los árboles. Alhana se acostó, cerró los ojos e intentó descansar un poco antes del largo y posiblemente peligroso viaje nocturno.

Gil siguió paseando en la oscuridad, tratando de ordenar el confuso revoltijo de sus ideas.

¡Su casa! ¡Cómo había ansiado abandonarla! Y ahora contra toda lógica, anhelaba regresar.

—Padre salió a buscarme -susurró-. Sé que lo hizo. Y quizá lo haya puesto en peligro. -Gil suspiró-. He echado todo a perder. Lo que le ocurra a padre será culpa mía. Me advirtió que no me marchara. ¿Por qué no le hice caso? ¿Qué me pasa? ¿Por qué albergo estos horribles sentimientos? Yo...

Enmudeció. Voces hablando en Qualinesti y en un tono alto llegaron desde el exterior. Alarmado, pensando que quizás el plan de Alhana se había descubierto, Gil se preguntó si debía despertarla.

Pero la elfa se había despertado por sí misma, estaba sentada y con los ojos abiertos de par en par. Escuchó unos segundos y después suspiró con alivio.

—Sólo son unos miembros del Thalass-Enthia, los adláteres de Rashes. Planean entrar juntos al senado para presentar un frente sólido.

—Entonces, ¿todos los senadores apoyan a Rashes?

—Los miembros más jóvenes se oponen a él, aunque son muy pocos para que cuente su opinión. Sin embargo, muchos de los mayores aún vacilan. Si Porthios estuviese aquí no habría controversia, y Rashes lo sabe.

—¿Qué pasará mañana, cuando vos hayáis escapado y yo no esté aquí para ser coronado?

—El pueblo despertará para encontrarse con que no tiene dirigente -repuso Alhana con desdén-. Rashes se verá obligado a mandar a buscar a Porthios. Habrá un escarmiento en el Thalass-Enthia y podremos seguir adelante con nuestras vidas... tal como son ahora.

Gil había oído hablar a sus padres sobre el matrimonio de Alhana y Porthios. No era una unión feliz. Los esposos se veían rara vez, ya que Porthios había estado combatiendo la pesadilla de Lorac en Silvanesti y Alhana iba y venía de uno a otro reino procurando por todos los medios mantenerlos unidos. Pero hablaba de su marido con respeto y orgullo, ya que no con afecto.

El joven la miró con adoración. «Podría vivir contemplando su belleza. Si fuese mía no necesitaría nada más. Pasaría sin agua, sin comida. ¿Cómo podría no amarla cualquier hombre? Porthios debe de ser un completo necio».

El breve clamor de un vítor sonó bajo los ventanales, y el sonido de las voces empezó a apaciguarse.

—Se marchan -dijo Alhana-. Ahora los guardias se relajarán.

El silencio reinaba en la casa. Entonces, una vez que Rashas se hubo marchado, los kalanestis que montaban guardia al otro lado de la puerta empezaron a charlar y a reír. Las lanzas sonaron al soltarlas en el suelo. Luego hubo más risas y unos extraños ruidos tintineantes.

Desconcertado, Gil miró a Alhana.

—Lo que oyes son palillos que arrojan al suelo. Los kalanestis se entretienen con un juego de su gente. Hacen lo mismo cuando Rashas se va, pero no creas que por eso bajan la guardia -advirtió-. Cambiarían los palillos de apuestas por las lanzas en el momento que intentases abrir esa puerta.

—Entonces ¿cómo vamos a escapar?

Había una buena caída hasta el jardín. Gil ya lo había mirado.

—Samar lo tiene todo planeado -dijo Alhana, que no añadió nada más.

El tiempo pasó y Gil se fue poniendo más nervioso.

—¿Cuánto durará la reunión del Thalass-Enthia?

—Hasta bien entrada la noche -respondió en voz queda la elfa-. Después de todo, tramamos una sedición.

El juego de los kalanestis se tornaba cada vez más entretenido, a juzgar por las carcajadas y las excitadas y amistosas discusiones que surgían de manera esporádica. Gil se aproximó a la puerta y pegó la oreja a ella para escuchar mejor. Le gustaría participar en ese juego alguna vez y se preguntó cómo se jugaría. Los palillos tintineaban, entonces había unos segundos de silencio expectante, seguidos de una ahogada exclamación de alivio o gruñidos de desilusión. Al final, llegaban los gritos de éxito de los vencedores y los juramentos, pronunciados con buen talante, de los perdedores.

Entonces, de repente, se oyó una voz distinta.

—Buenas noches, caballeros. ¿Quién gana?

Alhana, mortalmente pálida, se puso de pie.

—Es Samar -susurró-. ¡Apártate de la puerta! ¡Rápido!

Gil se retiró de un salto. Oyó gritos y ruidos confusos al otro lado de la hoja de madera cuando los guardias recogieron las lanzas. Unas palabras rápidas, extrañas, pronunciadas en una lengua que no reconoció el joven, pusieron fin a aquellos ruidos, que dieron paso a gemidos ahogados, seguidos de golpes sordos producidos por los cuerpos al desplomarse en el suelo. Y a continuación se hizo un silencio que duró varios segundos, los que tardó su alocado corazón en latir diez veces.

La puerta se abrió y un joven guerrero elfo penetró en la estancia.

—¡Samar! Mi leal amigo. -Alhana le sonrió, serena y gentil como si se encontrara en la sala de audiencias, le tendió la mano.

—Mi reina -Samar hincó la rodilla ante ella e inclinó la cabeza rindiéndole homenaje.

Gil se asomó al pasillo. Los Elfos Salvajes estaban tendidos en el suelo, inconscientes. Algunos todavía tenían aferradas sus lanzas. Lo que parecía un pergamino medio enrollado se quemaba en medio del pasillo. Mientras Gil los miraba, desapareció, consumido por el fuego. Final volutas de humo verde se elevaron en el quieto aire.

Gilthas estuvo a punto de salir para mirarlo más de cerca.

—Ten cuidado, joven -advirtió Samar, que se incorporó prestamente y tiró de Gil hacia atrás-. No te aproximes al humo, o acabarás dormido plácidamente como ellos.

—Príncipe Gilthas, hijo de Laurana Solostaran y Tanis Semielfo -hizo las presentaciones Alhana-. Éste es Samar, de la Protectoría.

La mirada del elfo recién llegado -fría y evaluadora- examinó a Gil de arriba abajo, y el joven se sintió débil y frágil en presencia de aquel guerrero avezado. Samar saludó con una fría inclinación de cabeza y después se volvió rápidamente hacia su reina.

—Todo está preparado, majestad. Los grifos nos esperan en l bosque. Se enfurecieron cuando se enteraron de que Rashas os había tomado prisionera. -Samar sonrió, sombrío-. No creo que vuelva a volar a lomos de un grifo nunca más. Si estáis preparada, deberíamos partir cuanto antes. ¿Dónde tenéis vuestras pertenencias? Yo lo recogeré y llevaré.

—Viajo ligera de equipaje, amigo mío -repuso Alhana, que extendió las manos vacías.

—Pero vuestras joyas, majestad...

—Llevo conmigo lo que es importante. -Tocó un anillo que llevaba en el dedo-. La prenda de promesa y confianza de su esposo. Todo lo demás no significa nada.

—Os quitaron vuestras joyas, ¿verdad, mi reina? -Samar tenía fruncido el ceño-. ¿Cómo se atrevieron?

—Las joyas pertenecen al pueblo de Qualinesti. -La voz de Alhana sonaba afable, pero firme-. Es un asunto trivial, Samar. Tienes razón, deberíamos partir cuanto antes.

El guerrero inclinó la cabeza en un gesto de aquiescencia.

—Los guardias del piso de abajo también han sido reducidos. Iremos por allí. Cubríos la nariz y la boca, mi reina. Y vos también, príncipe -ordenó a Gil en tono seco-. No inhaléis el humo mágico.

Alhana se puso un pañuelo de seda bordada sobre la nariz y la boca, y Gil hizo lo mismo con el borde de la capa. Samar echó a andar delante, con la mano sobre la empuñadura de la espada. Pasaron por encima de los cuerpos caídos de los Elfos Salvajes y rodearon con precaución los restos humeantes del pergamino del conjuro. Cuando llegaron a la escalera Samar hizo que pararan.

—Quedó aquí -susurró.

Bajó unos peldaños, miró en derredor y después -satisfecho al comprobar que todo estaba tranquilo- llamó con un ademán a Alhana y a Gil para que los siguieran.

A mitad de la escalera, Samar agarró repentinamente a Alhana y tiró de ella hacia las sombras. Una mirada fiera del guerrero y un urgente «¡atrás!» dirigido al joven indujeron a Gil a hacer lo mismo.

Sin atreverse a respirar siguiera, se pegó contra la pared.

Una Elfa Salvaje salió de un umbral situada justo debajo de ellos. Llevaba un cuenco de plata lleno de fruta. Tarareando una canción entre dientes, cruzó el acceso que conducía al palacio, iluminado con minúsculas y chispeantes luces. Otro sirviente kalanesti se cruzó con la mujer, conversaron un momento y Gil captó la palabra qualinesti que significaba «fiesta». Los dos desaparecieron en el patio.

Gil estaba impresionado. ¿Cómo, en nombre de Paladine, había oído Samar que la mujer se acercaba? Iba descalza, y se movía silenciosa como el viento a excepción del apagado tarareo. Gil miró al guerrero con franca admiración. Samar se disculpaba con la reina en tono quedo.

—Perdonadme, majestad, por mi rudeza.

—No hay nada que perdonar, Samar. Apresurémonos antes de que esa mujer regrese.

Rauda, silenciosamente, os tres descendieron la escalera.

Samar puso la mano en el picaporte de la puerta.

La puerta se abrió, pero no porque el guerrero hubiese accionado el picaporte.

El senador Rashes se hallaba en el umbral.

—¿Qué es esto? -demandó en tono sorprendido mientras su mirada iba del guerrero a Alhana. Su semblante palideció de ira- ¡Guardias! ¡Prendedlos!

Unos qualinestis vestidos con el uniforme de la guardia de la ciudad y armados, pasaron precipitadamente junto al senador. Samar desenvainó su arma y se situó delante de la reina, en tanto que los guardias desfundaban también sus espadas.

Gil no tenía ninguna arma y, de todos modos, no habría sabido qué hacer con ella. La sangre le latía en los oídos, el miedo casi lo había paralizado cuando Rashes apareció. Ese temor se había evaporado, y ahora a Gilthas le ardía la sangre. Se sentía tranquilo y un tanto aturdido, listo para luchas. Sus músculos se tensaron, y el joven se dispuso a saltar...

—¡Deteneos! ¡Esto es una locura!

Alhana se interpuso entre los combatientes. Sus manos suaves y blancas, asieron la hoja del arma de Samar y apartaron la de la espada del guardia que le amenazaba.

—Samar, baja esa espada -ordenó, hablando en silvanesti, con la voz temblorosa por la emoción y la rabia.

—¡Pero mi reina! -empezó él, suplicante.

—¡Es una orden, Samar! -instó.

Despacio, a regañadientes, el guerrero bajó la espada, pero no la enfundó.

Alhana se volvió hacia Rashes.

El senador se mostraba impasible; su gesto era duro y frío. Los guardias qualinestis, sin embargo, parecían incómodos y bajaron las armas antes de retroceder un paso. Gil miraba de hito en hito la sangre en las manos de la reina y se sintió profundamente avergonzado por su propia ansia de lucha.

—No he sido yo quien ha llevado las cosas a este extremo, milady -manifestó fríamente Rashes-, sino vos. Al intentar escapar, habéis desdeñado el decreto legal del Thalass-Enthia.

—¡Legal! -Alhana lo miró con desprecio-. Soy vuestra reina. ¡No tenéis derecho a retenerme en contra de mi voluntad!

—Ni siquiera una reina está por encima de la ley elfa. Estamos enterados de vuestro tratado secreto, majestad. Sabemos que vos y el traidor, Porthios, habéis conspirado para vendernos a nuestros enemigos.

Alhana lo miraba sin comprender.

—¿Tratado?

—El tratado conocido como las Naciones Unificadas -dijo Rashes con sorna-. ¡Un tratado que nos convertiría en esclavos!

—No, senador. ¡No lo entendéis! ¡Lo habéis interpretado mal!

—¿Negáis que habéis sostenido conversaciones en secreto con humanos y enanos?

—No lo niego -repuso Alhana con dignidad-. Las conversaciones tenían que guardarse en secreto. Es un asunto muy delicado; es demasiado peligroso. Están ocurriendo cosas en el mundo que ignoráis. No podéis entender...

—Tenéis razón, milady -la interrumpió Rashes-. No lo entiendo. No entiendo cómo pudisteis vendernos como esclavos, cómo entregasteis nuestra tierra.

—Sois un necio y estáis ciego -dijo Alhana en tono imperioso, sosegado-, pero eso es un tema aparte. Nuestras negociaciones son legales. No rompimos ninguna ley.

—¡Todo lo contrario, milady! -Rashes empezaba a perder la paciencia-. ¡La ley elfa exige que todos los tratados se voten en el Thalass-Enthia!

—Íbamos a presentarla al senado, os lo juro...

—¡Un juramento silvanesti? -Rashes rió con desprecio.

—Perdonadme, mi reina, por mi desobediencia -dijo Samar en voz baja-. Cogió a Alhana y la empujó protectoramente hacia los brazos de Gilthas.

Enarbolada la espada, el guerrero silvanesti saltó sobre Rashes.

La guardia qualinesti lo rodeó. El vibrante sonido del choque de los aceros retumbó. Rashes retrocedió a trompicones hacia una esquina segura. Gil se puso como escudo delante de Alhana, que contemplaba con horror la escena, sin poder hacer nada para intervenir.

Los soldados qualinestis superaban a Samar cuatro a uno. El silvanesti luchó con valentía, pero consiguieron reducirlo y desarmarlo. Aún entonces, siguió debatiéndose. Los guardias lo golpearon con los puños y la parte plana de las hojas de las espadas hasta que se desplomó inconsciente en el suelo.

Era la primera vez que Gilthas veía correr la sangre con violencia. Se sentía enfermo por la escena y por su propia e impotente rabia.

Alhana se arrodilló junto al caído Samar.

—Este hombre está gravemente herido. -Alzó la vista hacia los qualinestis-. Llévadlo a los sanadores.

Uno de los guardias se volvió a mirar a Rashes.

—¿Qué ordenáis, señor? -preguntó.

Alhana palideció y se mordió el labio inferior. Rashes tenía de nuevo la situación bajo su control.

—Llévadlo a los sanadores. Cuando terminen con él, arrojadlo a la prisión. Es muy posible que pague este acto de traición con su vida. Uno de vosotros que regrese conmigo al senado. Debo informar de lo que ha ocurrido. El resto escoltad a Alhana Starbreeze a sus aposentos. No, vos no, príncipe Gilthas. Quiero hablar con vos.

El joven sacudió la cabeza en actitud desafiante. Alhana se incorporó, se acercó a él y puso la mano en su brazo.

—Eres qualinesti, príncipe -le dijo seria, vehementemente-. Y el hijo de Tanis Semielfo. Tienes suficiente coraje para afrontar esto.

Gil no entendió bien qué quería decirle, pero supuso que quizá sólo conseguiría hacer más difíciles las cosas para ella si se negaba a hablar con Rashes.

—¿Estaréis bien, reina Alhana? -preguntó, dando énfasis al título.

Ella le sonrió y después, caminando con dignidad, acompañó a los guardias y abandonó el vestíbulo.

Cuando se hubo marchado, el senador se volvió hacia Gilthas.

—Lamento profundamente este desdichado incidente, mi príncipe. Me responsabilizo de ello. Nunca debí albergaros con esa astuta mujer. Debí prever que os coaccionaría para que secundaseis su traicionero plan. Pero ahora estáis a salvo, mi príncipe. -Rashas hablaba en tono tranquilizado-. Se os destinarán otros aposentos para esta noche.

Gil sabía lo que su padre hubiera hecho en esta situación. Tanis habría tragado salvia con esfuerzo y después habría atizado un golpe a Rashas.

Dignidad ante la presión.

Golpear al senador no resolvería nada, sino que empeoraría las cosas. Gil sabía lo que haría su madre.

Suspirando pesarosamente, Gil adoptó una expresión plácida y sosegada que no dejó entrever nada de lo que pensaba, una expresión que había visto más de una vez en el rostro de su madre.

—Agradezco vuestro interés, senador.

Rashas asintió antes de seguir hablando en aquel tono apaciguador.

—Los miembros del Thalass-Enthia desean mucho conoceros, príncipe Gilthas. Me pidieron que os llevara a la reunión de esta noche, por eso regresé pronto. Me mandaron para que os acompañara al senado. Por suerte, ¿no os parece? Ello demuestra que los dioses están conmigo.

Un dios, al menos, pensó sombríamente el joven ¿O debería decir una diosa?

—Pero no tenéis buen aspecto -Rashas era todo desvelo y compasión-. No es de sorprender. Corristeis un grave peligro por esa mujer maquinadora. -Bajó el tono de voz-. Hay quienes afirman que es una bruja. No, no. No intentéis hablar, mi príncipe. Transmitiré vuestras disculpas al senado.

—Hacedlo, por favor, senador -dijo Gilthas. También participaría en ese juego. Ojalá conociese mejor las reglas.

—Dormid bien, príncipe Gilthas. -Rashas inclinó la cabeza-. Mañana os aguarda un programa muy apretado. No todos los días lo coronan rey a uno. -Con un gesto el senador llamó a uno de los sirvientes kalanestis.

»Acompaña a su alteza a sus nuevos aposentos, lejos de la bruja, y encárgate de que no lo moleste nadie.

## Capítulo 11

Durante toda la noche Gil yació despierto en la cama e hizo planes para el día siguiente. Se le ocurrió, poco después de que lo escoltasen a su habitación, que Alhana y él se preocupaban sin motivo. Sabía lo que tenía que hacer, cómo manejar la situación. Era muy sencillo. Lo único que sentía era no haber podido decirle a Alhana que no tenía nada que temer.

Gil repasó mentalmente varias veces lo que le diría a Rashes. La ansiedad cedió y el joven se quedó dormido finalmente.

El sonido de una llamada a la puerta lo despertó. Se sentó en el lecho y miró hacia la ventana. Todavía estaba oscuro.

Un guardia kalanesti abrió la puerta para dar paso a tres sirvientas. Una de ellas llevaba una palangana con fragante agua de rosas en cuya superficie flotaban capullos naranja. Otra portaba una lámpara y comida en una bandeja. La tercera sostenía cuidadosamente suaves ropas amarillas dobladas sobre los brazos.

La kalanesti que entró con el desayuno era muy joven, más o menos de la edad de Gil. Y también era encantadora. No llevaba el cuerpo pintado como los otros Elfos Salvajes, ya fuera por cuestión de gusto o quizá porque la costumbre estuviera decayendo entre los jóvenes. Tenía la tez morena de su gente y el cabello era del color del oro bruñido. Sus ojos, a la suave luz de la lámpara, eran grandes y castaños. Le sonrió tímidamente mientras soltaba la bandeja de comida sobre la mesita que había junto al lecho.

Gil le devolvió la sonrisa sin pensar lo que hacía. Entonces se sintió muy azorado cuando las otras dos mujeres mayores se echaron a reír y comentaron algo en su lenguaje cantarín.

—Comer. Lavarse. Vestirse -dijo una de las mujeres mayores, acompañando su tosco qualinesti con movimientos de las manos-. El amo pronto con vos. Antes de salida del sol.

—Quiero ver a la reina Alhana -pidió firmemente Gilthas, que intentó aparentar la mayor dignidad posible, considerando que se encontraba más o menos atrapado en la cama por esas mujeres.

La kalanesti desvió los ojos hacia el guardia que se había quedado, vigilante, junto a la puerta. El hombre frunció el entrecejo, articuló una seca orden y las mujeres salieron con premura.

—Quiero... -empezó Gil, levantando la voz, pero el guardia gruñó y cerró de un portazo.

El joven respiró hondo. Al parecer, pronto tendría que vérselas con Rashes. Repasó de nuevo lo que pensaba decir mientras realizaba sus abluciones matinales. Tras echas una breve ojeada a los ropajes amarillos -las galas ceremoniales del Orador de los Soles-, se puso sus ropas de viaje, las que llevaba al llegar a Qualinesti y las que proponía llevar de vuelta a casa.

¡A casa! La idea hizo que las lágrimas acudieran a sus ojos. Cuánto se alegraría de estar de regreso allí; dudaba que volviera a abandonarla nunca. Su mirada fue hacia la bandeja de comida. Recordó a la bonita muchacha que la había traído, sus ojos y su sonrisa.

Bueno, quizá saliera de casa una corta temporada. Volvería aquí cuando todo hubiese acabado, cuando Alhana y Porthios fueran de nuevo los legítimos dirigentes. Ya la próxima vez viajaría con sus padres.

Intentó desayunar, pero renunció a ello. Se sentó en la cama, en la oscuridad alumbrada por la lámpara, esperando a Rashas con impaciencia.

Una luz de pálidos tonos brilló en los cristales de las ventanas. Faltaba poco para el amanecer. Gil oyó unas pisadas y poco después le senador Rashas entraba en el cuarto. Lo hizo precipitadamente, sin llamar antes. La mirada del senador se posó primero en los ropajes del Orador, que seguían colocados sobre la cama, y después se detuvo en Gilthas.

El joven se había puesto de pie, respetuosamente aunque no con mansedumbre, al entrar el senador.

—¿Qué ocurre? -demandó Rashas, sorprendido-. ¿No os dijeron las mujeres...? ¡Malditas sean sus orejas! Esos bárbaros nunca entienden nada bien. Tenéis que vestiros con las galas del Orador, príncipe Gilthas. Obviamente, no comprendisteis lo que...

—Comprendí perfectamente, senador -lo interrumpió Gil, usando el tratamiento formal.

Las manos se le quedaron frías y sintió la boca tan seca que temió que la voz se le quebrara, lo que echaría a perder su parlamento cuidadosamente preparado. Pero eso no podía evitarse ahora. Tenía que seguir adelante lo mejor que pudiera. Tenía que hacer lo que era correcto, lo que estuviera en su mano para enmendar todos los problemas que había ocasionado.

—No voy a ser vuestro Orador, senador. Rehusó prestar el juramento.

Gil hizo un alto, esperando que Rashas discutiera, lo ridiculizara o incluso protestara o suplicara.

Rashas no pronunció palabra. Su semblante era indescifrable. Se cruzó de brazos y esperó a que Gilthas continuara. El joven se pasó la lengua por los labios.

—Quizá, senador, habéis supuesto que porque mis padres no quisieron criarme en Qualinesti se me ha mantenido ignorante de mi herencia. No es cierto. Sé todo lo sobre la ceremonia de coronación del Orador de los Soles. Mi madre me lo explicó. Sé que hay un requisito: el Orador debe prestar el juramento voluntariamente.

Gil dio énfasis a la última palabra. Su parlamento iba saliendo con más facilidad a cada momento. Estaba tan absorto en ello que no se dio cuenta de que la reacción - o falta de reacción- por parte de Rashas podría anunciar problemas.

—No prestaré el juramento -concluyó Gil, haciendo otra profunda inhalación-. No puedo ser vuestro Orador. No merezco el honor.

—Y tanto que no -dijo Rashas de repente, en voz queda, con ira contenida-. Pequeño arrogante mestizo. Tu padre era un bastardo. Nunca supo el nombre del hombre que se revolcó con la zorra que fue su madre. Habría que haberla desterrado por tal vergüenza. Fue lo que propuse, pero Solostaran era un viejo idiota de buen corazón.

»¡Y en cuanto a tu madre! ¡Qué elfa decente viste armadura y cabalga a la batalla como un hombre? ¡No dudo que le resultó muy entretenido estar... rodeada día y noche de tantos soldados! Tu madre no era más que una seguidora de campamento glorificada. ¡El semielfo fue el único que la tomó después de que los demás acabaran con ella! ¡Con semejante ascendencia, dejarte incluso que respire el aire de Qualinesti

es más honor del que mereces, príncipe Gilthas! -Rashas pronunció el título con hiriente sorna.

»¡Y ahora, por los dioses tienes la desfachatez de rehusar, rehusar ser el Orador! ¡Con toda justicia deberías estar de rodillas ante mí, llorando de gratitud por haberte recogido del arroyo y hacer de ti una persona!

Conmocionado hasta lo más hondo, Gil miraba de hito en hito al senador, espantado. Empezó a temblar. El estómago se le revolvió; tenía ganas de vomitar por todo lo que había oído. ¿Cómo podía ser tan retorcido ese hombre? ¿Cómo podía pensar semejantes cosas, cuanto menos decir las? Gil se esforzó por replicar, pero la ira, asfixiante y caliente, le estrujaba la garganta.

—Eres más necio de lo que había imaginado. -Rashas lo miraba sombrío-. Aunque debí esperar algo así. ¡Eres digno hijo de tu padre!

Gil dejó de temblar. Se mantuvo rígido, con las manos aferradas fuertemente a la espalda, pero se las ingenió para sonreír.

—Os agradezco el cumplido, señor.

Rashas hizo una pausa, fruncido el ceño, pensativo.

—Veo que voy a tener que recurrir a medidas extremas. Recuerda, joven, ocurra lo que ocurra, tú te lo has buscado. ¡Guardia!

El senador cogió los ropajes del Orador con una mano, clavó los huesudos dedos de la otra en el brazo de Gil y lo empujó, trastabillando, hacia la puerta. El guardia kalanesti asió firmemente al joven.

Éste forcejeó para soltarse. Rashas dijo algo en kalanesti y el guardia apretó más los dedos.

—Te romperé el brazo si le ordeno que lo haga -advirtió fríamente el senador-. Vamos, vamos, príncipe. -De nuevo el tono de sorna-. No me hagáis perder más tiempo.

Rashas salió el primero del cuarto de Gil, subió la escalera, y se dirigió de nuevo al ala de la casa donde Alhana Starbreeze estaba retenida. Hasta ese momento, Gil había estado demasiado furioso para pensar con claridad, pero ahora la ira empezaba a ser reemplazada por el miedo.

Obviamente, el senador Rashas estaba loco.

«No, no está loco -comprendió Gil con una sensación de pánico-. Si fuera así, nadie le haría caso, nadie lo seguiría. Pero cree realmente esas cosas espantosas que ha dicho. Cree lo que dijo anoche sobre el tratado, lo de que los elfos se convertirían en esclavos de los humanos. En su mente se ha tergiversado todo de tal modo que lo que es bueno lo ve malo y al revés. ¿Cómo es posible? No lo entiendo... ¿Y qué puedo hacer para detenerlo?»

Llegaron a los aposentos de Alhana. Los guardias kalanestis abrieron bruscamente la puerta a una seca orden de Rashas, que entró enfurecido en el cuarto. El guardia kalanesti arrastró a Gil al interior.

El joven se soltó de un tirón e intentó recobrar su dignidad. Miró desafiante a Rashas.

Alhana estaba de pie, mirando al senador con tranquilo desdén.

—Bien, ¿a qué venís aquí, senador? ¿No deberíais estar preparando la coronación?

—El joven ha resultado ser muy obstinado, lady Alhana. -Rashas habló muy suave, fríamente-. Rehúsa prestar el juramento. Pensé que quizá vos le persuadiríais de que su testarudez no es conveniente para él... ni para vos.

Alhana miró a Gil con una cálida y aprobadora sonrisa, una sonrisa que alivió los temores del joven y lo llenó de una fuerza y una esperanza renovadas.

—Todo lo contrario. Creo que el joven ha demostrado una gran sensatez y mucho valor para alguien de sus pocos años. Obviamente, lo juzgasteis mal, Rashas. No se me ocurriría intentar hacerle cambiar de opinión.

—Creo que vos sí cambiaréis la vuestra, lady Alhana -dijo en tono quedo Rashas-. Al igual que lo hará el joven.

El senador pronunció unas palabras en kalanesti y uno de los Elfos Salvajes soltó la lanza y cogió el arco que llevaba al hombro. Rashas señaló a Alhana. El Elfo Salvaje asintió. Sacó una flecha de la aljaba y empezó a encajarla en la cuerda del arco.

Alhana se había puesto muy pálida, pero, aparentemente, por el miedo. Miró al senador con una expresión que casi podría calificarse de lástima.

—Habéis sido seducido por la oscuridad, Rashas. ¡Apartaos del camino que habéis tomado antes de sea vuestra perdición!

El senador parecía divertido.

—No estoy aliado con la Reina Oscura, como vos, su servidora, deberíais saber. Hago cuanto está en mi mano para mantener la sombra de su maldad lejos de mi pueblo. ¡La sagrada luz de Paladine brilla sobre mí!

—No, Rashas -repuso suavemente la elfa-. La luz de Paladine ilumina, no deslumbra.

Con un gesto duro y la expresión desdeñosa, Rashas le dio la espalda a Alhana para mirar a Gil, que empezaba a comprender lo que estaba pasando.

—¡No podéis hacer una cosa así! -Exclamó Gil, que miraba al senador con incredulidad-. No podéis...

—Es hora de que te vistas para la ceremonia, príncipe...

## Capítulo 12

La última vez que Tanis había estado en la Torre del Sol fue durante los oscuros días precedentes a la Guerra de la Lanza. Los Dragones del Mal habían regresado a Krynn. Un nuevo y terrible enemigo -los draconianos- se unía a los otros servidores de la Reina Oscuridad para formar inmensos ejércitos a las órdenes de los poderosos Señores de los Dragones. La victoria contra tan poderosas fuerzas parecía imposible. En esta torre, los elfos de Qualinesti se había reunido en la que podía ser, quizá, la última vez, a fin de planear el éxodo de su amada patria.

Unas minúsculas llamas de esperanza habían ardido firmemente a través de aquella oscura noche: esperanza en la forma de una Vara de cristal Azul y una mujer sabio y lo bastante fuerte para empuñarla; esperanza en la insólita forma de un alegre kender que decidió ayudar en «cosas pequeñas»; esperanza en la forma de un caballero cuyo valor fue un faro brillante para quienes se encogían de miedo bajo las aterradoras alas de la Reina de la Oscuridad.

Goldmoon, Tasslehoff, Sturm... Ellos y el resto de los Compañeros habían estado con Tanis en esta sala, en esta torre. El semielfo percibía su presencia junto a él ahora. Recorrió con la mirada la cámara del Orador de los Soles y se sintió reconfortado. Todo iría bien. Alzó la vista hacia la cúpula, al resplandeciente mosaico que representaba el cielo azul y el sol en una de sus mitades, mientras que en la otra aparecían la luna plateada, la luna roja y las estrellas en la bóveda nocturna.

—Quieran los dioses que así sea -rezó quedamente Tanis-. Te llevaré a casa, hijo mío, y volveremos a empezar. Y esta vez las cosas irán mejor, lo prometo.

Dalamar, de pie junto al semielfo, también miraba a lo alto. El elfo oscuro soltó una risita divertida.

—Me pregunto si sabrán que la luna negra está visible ahora en ese techo.

Conmocionado, Tanis observó atentamente; después sacudió la cabeza.

—Solo es un agujero. Unas cuantas baldosas se han salido, es todo.

Dalamar le lanzó una mirada de soslayo y sonrió.

Tanis, incómodo, dejó de contemplar el mosaico.

Las blancas paredes de mármol de la torre reflejaban la luz rojiza del amanecer. Lo inmensa sala redonda en la que se encontraban se hallaba vacía en esos momentos, a excepción del estrado situado justo debajo del techo abovedado. La gente no se había reunido todavía en la cámara; esperaría hasta que el sol hubiera asomado completamente por el horizonte. Tanis y Dalamar habían llegado temprano viajando por los caminos de la magia, un breve pero perturbador tránsito que había dejado a Tanis confuso y desorientado.

Antes de abandonar la Torre de Hechicería, Dalamar le había entregado a Tanis un anillo tallado en un cuarzo cristalino.

—Ponte esto, amigo mío, y nadie podrá verte -le había dicho.

—¿Quieres decir que seré invisible? -le preguntó Tanis mientras observaba el anillo con incertidumbre, sin tocarlo.

Dalamar se lo había puesto en el dedo índice.

—Lo que quiero decir es que nadie podrá verte -replicó-, salvo yo.

Tanis no lo había entendido, pero decidió que tampoco le apetecía mucho entenderlo. Ahora, moviendo la mano torpemente, sin atreverse a tocar el anillo por

miedo a romper el hechizo, aguardó impaciente a que la ceremonia comenzara. Cuanto antes empezara, antes terminaría, y Gil y él volverían sanos y salvos a casa.

La intensa luz del sol penetró por las pequeñas ventanas abiertas en la torre y se reflejó en los espejos situados en las brillantes paredes de mármol. Los Cabezas de Casas empezaron a entrar en la cámara. Varios caminaron hasta pararse justo delante de Tanis, que se puso tenso, esperando que lo viera. Otros elfos pasaron muy cerca de él, pero ninguno le prestó atención. Tanis se relajó y miró a Dalamar. Él podía ver al hechicero y viceversa, pero nadie más. La magia funcionaba.

Tanis escudriñó la muchedumbre.

—¿Está tu hijo aquí? -preguntó Dalamar, que se acercó para hablarle en un susurro al oído.

El semielfo sacudió la cabeza. Intentó convencerse de que el muchacho se encontraba bien. Era temprano, y probablemente Gil entraría con el Thalass-Enthia.

—Recuerda el plan -añadió innecesariamente el hechicero. Tanis sólo había pensado en ese plan durante toda la larga noche en vela-. He de tener contacto físico con él a fin de transportarlo mágicamente. Lo que significa que nos delataremos. El chico se alarmará y quizás intente soltarse. Dependerá de ti tranquilizarlo. Hemos de actuar con presteza, porque si cualquier elfo Túnica Blanca nos ve...

—Deja de preocuparte -lo tranquilizó Tanis, impaciente-. Sé lo que tengo que hacer.

La cámara se llenó rápidamente; a los elfos se los notaba tensos, excitados. Los rumores brotaban más deprisa que las malas hierbas. Tanis oyó pronunciar el nombre de Porthios varias veces, más con pesar que con ira. Sin embargo, cada vez que se decía el nombre de Alhana por lo general iba acompañado de una maldición o un insulto. Obviamente Porthios era una víctima de la seductora silvanesti. La palabra «bruja» fue utilizada por varios elfos de edad que se encontraban cerca de Tanis.

Rebulló inquieto, resultándole difícil contenerse. Habría dado toda su fortuna a cambio de hacer chocar sus cabezas, de meter a la fuerza algo de sentido común en aquellos viejos necios retrógrados.

—Tranquilo, amigo mío -advirtió quedamente Dalamar mientras ponía la mano en el brazo del semielfo-. No nos delates.

Tanis apretó las mandíbulas e intentó calmarse. Una discusión estalló al otro lado de la cámara. Varios elfos jóvenes que habían llegado a Cabezas de Casas por la muerte prematura de sus padres, se mostraban en desacuerdo con sus mayores a voz en cuello.

—Los vientos del cambio soplan en el mundo trayendo nuevas ideas, conceptos innovadores. Los elfos deberíamos abrir las ventanas, airear nuestras casas, librarnos de costumbres trasnochadas y estancadas.

Tanis aplaudió en silencio a aquellos hombres y mujeres jóvenes, pero lamentó ver que eran pocos y que sus voces renovadoras eran fácilmente acalladas.

Una campana de plata dio un toque y el silencio se adueñó de la asamblea. Los miembros de Thalass-Enthia llegaban. Los otros elfos abrieron paso respetuosamente a los senadores. Ataviados con sus vestiduras ceremoniales, formaron un círculo alrededor del estrado.

Tanis buscó a Gil en el grupo, pero no lo localizó.

Una hechicera Túnica Blanca, miembro del Thalass-Enthia, levantó la cabeza y escudriñó intensamente y con el entrecejo fruncido la cámara.

—Así se la trague el Abismo -rezongó Dalamar mientras tiraba de la manga a Tanis. No pierdas de vista a eso hechicera, amigo mío. Percibe algo extraño.

—¿Te ve? ¿No ve? -inquirió, alarmado, el semielfo.

—Todavía no. Para ella soy como un mal olor -respondió Dalamar-. Igual que lo es ella para mí.

La Túnica Blanca siguió examinando a la muchedumbre, y entonces la campana de plata dio cuatro toques. Todos los elfos empezaron a estirar el cuello, los más bajos poniéndose de puntillas para atisbar por encima de hombros y cabezas de los más altos. Sus ojos se dirigían a un pequeño cuarto adyacente a la cámara central, un cuarto que Tanis recordó de repente. En aquella antesala sus amigos y él habían esperado hasta que los llamaron para presentarse ante Solostaran, Orador de los Soles, padre de Laurana, un hombre que había sido padre adoptivo de Tanis.

Tanis supo, con una dolorosa opresión en el corazón, que en aquella antesala se encontraba su hijo.

Gilthas entró en la cámara.

Tanis olvidó el peligro, lo olvidó todo en su preocupación, su estupefacción y, tuvo que admitirlo, en su orgullo.

El muchachito que había escapado de casa ya no existía, reemplazado por un joven de aspecto grave y solemne, un joven que caminaba erguido y digno con los brillantes ropajes amarillos del Orador.

Los elfos intercambiaron murmullos. Obviamente estaban impresionados.

Y entonces, Gilthas entró en un haz de luz de sol. La atenta mirada del amoroso padre captó el leve temblor en sus mandíbulas prietas, en la palidez de su rostro, en su expresión, que mantenía cuidadosa y deliberadamente impasible. Rashes y la hechicera Túnica Blanca avanzaron para situarse junto a él.

—Ése es Gilthas. Vamos.

La mano sobre la espada, Tanis hizo intención de echar a andar, peor Dalamar lo agarró y lo detuvo.

—¿Qué pasa ahora? -demandó, furioso, el semielfo, y entonces se fijó en la expresión del elfo oscuro-. ¿Qué ocurre?

—Lleva el Medallón de los Soles -dijo Dalamar.

—¿Qué? ¿Dónde? No lo veo.

—Oculto bajo la túnica.

—¿Y? -Tanis no entendía el problema.

—El medallón es un artefacto sagrado, bendecido por Paladine. Su poder lo protege de gente como yo. No puedo tocarlo. -El elfo oscuro se acercó más y le susurró al oído-. Esto no me gusta, amigo mío. ¿Qué hace Gilthas con el Medallón de los Soles? Sólo el Orador puede llevarlo. Porthios jamás lo entregaría voluntariamente y, debido a sus propiedades sagradas, no se le puede quitar a la fuerza. Algo siniestro hay en juego aquí.

—¿Razón de más par que saquemos a Gil! ¿Qué hacemos ahora?

—Tu hijo tiene que quitarse el medallón, Tanis, y ha de hacerlo por propia voluntad.

—¿Yo me encargaré de eso! -dijo Tanis, que de nuevo adelantó un paso.

—¿No, espera! -Advirtió Dalamar-. Paciencia, amigo mío. Ahora no es el momento, cuando la maldita Túnica Blanca encuentra a su lado. Veamos qué demonios ocurre. El momento adecuado se presentará, y cuando eso ocurra, debemos estar preparados.

El semielfo aflojó poco a poco los dedos que ceñían la empuñadura de la espada. El instinto lo urgía a actuar, no a esperar, pero Dalamar tenía razón. No era el momento. Inquieto, Tanis apoyó el peso ora en un pie ora en otro, obligándose a tener paciencia.

Gilthas había avanzado hasta situarse cerca del estrado. Era más bajo que los elfos que lo rodeaba. Nunca alcanzaría la talla media de un elfo, como resultado de su ascendencia humana. Durante un instante su aspecto resultó menguado, poco regio.

Rashas puso la mano sobre el hombro de joven y lo empujó disimuladamente para que siguiera caminando.

Gil se volvió y miró fríamente al senador.

Sonriente, los labios tirantes, Rashas retiró la mano.

Dando la espalda a Rashas, Gilthas subió lentamente las gradas del estrado. Una vez en él, alzó la cabeza y echó una ojeada rápida, escrutadora, esperanzada, en derredor.

—Está buscándome -dijo Tanis, que tenía la mano sobre el anillo-. Sabe que vendré a por él. Si pudiera verme...

—Podría delatarnos accidentalmente -adujo Dalamar mientras sacudía la cabeza.

Tanis contempló impotente como moría la mirada esperanzada de su hijo.

Gil inclinó la cabeza y encorvó los hombros. Después, tras respirar profundamente, levantó la testa y miró sin ver, sumido en una clama estoica, a la multitud.

Rashas entró en materia sin perder tiempo, prescindiendo del boato ceremonial que tanto gustaba a los elfos.

—La situación es grave. Anoche, los guardias qualinestis sorprendieron a un intruso, ¡un espía silvanesti!

Los elfos mayores se mostraron adecuadamente escandalizados e indignados. Los jóvenes intercambiaron miradas y sacudieron la cabeza.

—El espía fue capturado y se lo someterá a juicio. Mas, ¿quién sabe si es el único? ¿Quién sabe si no es la avanzadilla de un ejército invasor? En consecuencia -Rashas declamaba en voz alta, prácticamente a gritos-, en interés de la seguridad nacional, el senado ha decidido emprender el único curso de acción que nos queda.

»Es decisión del Thalass-Enthia que, por crímenes contra su patria, el actual Orador, Porthios, de la Casa Solostaran, sea despojado de su título. Que más adelante, será exiliado, expulsado de su tierra y de todas por las que caminan hombres de bien.

—¡Nos oponemos a ello! -manifestó en alto una voz.

Los elfos mayores se quedaron horrorizados y demandaron saber quién osaba hacer tal cosa. El grupo de elfos jóvenes se mantuvo junto, con el gesto desafiante endureciéndose en sus rostros.

—Los Cabezas de Casas no han participado en esto -continuó el joven elfo, que alzó la voz para hacerse oír sobre las enfurecidas de que guardara silencio-. Y por tanto nos oponemos al fallo.

—Éste no es un asunto que concierna a los Cabezas de Casa -replicó Rashas en un tono gélido-. Conforme a la ley, el Orador decide si se ha de desterrar a un elfo. En el caso en que sea el propio Orador quien ha cometido un crimen serio, se otorga el poder al Thalass-Enthia para que dicte sentencia.

—¿Y quién ha decidido que Porthios ha cometido un crimen? -insistió el joven.

—El Thalass-Enthia -contestó Rashas.

—¡Qué oportuno! -comentó con sorna el joven elfo.

—Queremos oírlo de boca de Porthios -manifestó otro de ellos-. Tiene derecho a defenderse.

—Se le ofreció esa oportunidad -dijo, apaciguador, Rashes-. Enviamos la noticia a Silvanesti. Nuestro mensajero le dijo al Orador que se lo había acusado del cargo de traición y que debería regresar de inmediato para responder ante la justicia. Como veis, Porthios no está aquí. Sigue en Silvanesti. Desdeña no sólo este procedimiento, sino a su propio pueblo.

—Inteligente, muy inteligente -murmuró Dalamar-. Por supuesto, Rashes ha omitido decir que Porthios se encuentra encerrado en una celda de Silvanost.

Tanis presenciaba el desarrollo de los acontecimientos sumido en un sombrío silencio. El miedo por su hijo iba creciendo. Al parecer, Rashes no se detendría ante nada. Dalamar tenía razón; el senador estaba en las garras de la Reina Oscura.

—Y aquí está el máximo exponente del desprecio de Porthios hacia su pueblo -continuó Rashes-. Mostradlo, príncipe Gilthas.

El joven alzó la cabeza, pareció vacilar. Rashes le dijo algo y Gilthas miró al elfo mayor; una mirada cargada de desprecio y odio. Luego, lentamente, metió la mano bajo la túnica amarilla y sacó el resplandeciente medallón de oro, tallado a imagen del sol.

La cólera se extendió por la cámara como un vendaval.

El Medallón de los Soles era un objeto antiguo y sagrado que había pasado de un Orador a su sucesor a lo largo de los siglos. Tanis no tenía muy claro cuáles eran sus poderes, que se habían guardado muy en secreto entre los descendientes de Silvanos.

Se preguntó con inquietud cuánto sabía Dalamar sobre eso, y cómo lo había descubierto. Tampoco es que importase mucho ahora. Porthios jamás habría renunciado voluntariamente al medallón sagrado.

La Túnica Blanca estaba susurrando algo al oído de Rashes. Dalamar se puso tenso, pero al parecer la hechicera sólo ofrecía consejo al senador, no lo ponía sobre aviso de nada.

—Todo se ha hecho conforme a la ley -manifestó Rashes-, pero si algunos de los miembros más jóvenes e inexpertos requieren que se haga una votación, se les concederá esa petición.

La votación se llevó a cabo, y Porthios perdió por gran mayoría. El Medallón de los Soles había resuelto la cuestión. A los ojos de los elfos, Porthios había renunciado a su pueblo. Los jóvenes fueron los únicos que apoyaron lealmente al Orador ausente.

Rashes procedió sin pérdida de tiempo.

—Privados de un líder, nos volvemos hacia otro miembro del linaje de Silvanos. Es para mí un placer y un honor presentaron a Gilthas, hijo de Lauranthalasa, nieto de Solostaran, y próximo Orador de los Soles.

Con un codazo de Rashes, Gilthas saludó a la multitud inclinando la cabeza cortésmente. Estaba tremendamente pálido.

—El Thalass-Enthia ha examinado cuidadosamente la ascendencia del príncipe Gilthas, y la ha encontrado satisfactoria.

—¿Y el hecho de que su padre sea un semihumano? -instó uno de los elfos jóvenes en un último intento.

—A buen seguro -sonrió benignamente el senador-, hoy en día tal hecho no debería contar en contra del príncipe, ¿no estáis de acuerdo?

El joven frunció el entrecejo, incapaz de contestar. A sus compañeros y a él los había pillado astutamente en su propia trampa. Si protestaban más en contra de

Gilthas, parecerían tan fanáticos e intransigentes como sus mayores. Los jóvenes Cabezas de Casas intercambiaron una mirada, y después, como un solo hombre, dieron media vuelta y abandonaron la reunión.

Un murmullo preocupado, como el retumbo de un trueno, se extendió por la cámara. A los elfos no les gustaba aquello. Algunos parecían estar pensando mejor las cosas. Rashas dio instrucciones a la Túnica Blanca e hizo un ademán. Por lo visto, la hechicera había recibido la orden de seguir a los disidentes. La mujer pareció reacia, pero Rashas la miró ceñudo y repitió el gesto, esta vez con más energía.

La hechicera Túnica Blanca sacudió la cabeza, bajó del estrado y salió de la cámara.

—¡Gracias, Takhisis! -musitó Dalamar.

Tanis ofreció una plegaria similar a Paladine.

Los dos avanzaron hacia el estrado, moviéndose con cuidado entre la multitud.

—¡No choques con nadie! -Advirtió Dalamar-. ¡Somos invisibles, pero no fantasmas incorpóreos!

Los elfos rebullían inquietos en la cámara y murmuraban entre ellos.

Rashas vio que la situación se deterioraba a pasos agigantados. Obviamente, tenía que dejar resuelto aquello cuanto antes. Pidió silencio, y los elfos callaron paulatinamente y le prestaron atención.

—Procederemos con la Prestación del Juramento -anunció mientras recorría la cámara con la mirada.

Nadie, ahora, pronunció una palabra en contra. Tanis y Dalamar casi habían llegado al estrado. Gilthas asía el medallón con tanta fuerza que tenía blancos los nudillos, como si necesitara aferrarse a él para sostenerse en pie. Parecía ajeno a lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Tanis se deslizó más cerca; mantenía agarrado el anillo mágico con la otra mano.

Rashas se volvió hacia Gilthas.

—¿Aceptáis, Gilthas de la Casa Solostaran, por voluntad propia, prestar el Juramento de los Soles, servir a vuestro pueblo el resto de vuestra vida como su Orador?

El semblante de Gil estaba vacío de expresión y sus ojos parecían sin vida. Se humedeció los labios reseco y abrió la boca.

—¡No, hijo! ¡Alto! -Tanis se quitó el anillo de un tirón.

Gil miró estupefacto a su padre, que parecía haber aparecido de la nada repentinamente. Tanis lo agarró del brazo.

—¡Quítate al Medallón de los Soles! -ordenó-. ¡Deprisa!

Dalamar apareció al otro lado de Gil. El joven miró aturdido a su padre y al elfo oscuro. Estalló un confuso barullo de voces, gritos y chillidos. La mano de Gil se cerró, crispada, sobre el medallón.

Rashas, de pie junto al joven, le dijo algo en voz baja.

Tanis hizo caso omiso del senador. Ya se ocuparía de él después.

—Gil, quítate el medallón -repitió Tanis queda, pacientemente-. ¡No te preocupes! Estarás a salvo. He venido para llevarte a casa.

Las palabras de Tanis hicieron reaccionar al joven, aunque no como su padre había esperado. Gil se soltó de las manos de su padre; estaba mortalmente pálido, pero su voz era firme.

—Te equivocas, padre. -Gil miró a Rashas-. Ya estoy en casa.

El senador empezó a llamar a la guardia. Atraída por el ruido del escándalo, la hechicera Túnica Blanca entró corriendo en la cámara.

—¡Deprisa, amigo mío -instó Dalamar en voz baja-. ¡A menos que quieras presenciar una batalla mágica que demolerá esta torre sobre nuestras cabezas!

—Gil, escúchame -empezó, furioso, Tanis.

—No, padre, escúchame tú -Gil Hablaba sosegado-. Sé lo que hago.

—¡Eres un niño! -Bramó Tanis-. No tienes ni idea de lo que haces...

Una mancha rojiza tiñó el rostro de Gil, como si Tanis le hubiese abofeteado. Miró a su padre en silencio, pidiéndole que confiase en él, que lo comprendiese. El medallón, objeto sagrado de los elfos, resplandecía sobre su pecho y su luz se reflejaba en los ojos azules de joven.

—¡Quítate esa maldita cosa! -Alargó la mano.

Un relámpago blanco chisporroteó como una explosión del propio sol y un dolor abrasador recorrió el brazo de Tanis, un dolor tan horrible que amenazó con hacer estallar su corazón. Estaba desplomándose. Unas fuertes manos lo sujetaron, lo agarraron, y una voz fuerte entonó palabras extrañas. Tanis oyó decir a Gilthas, a lo lejos:

—Prestaré el juramento. Seré el Orador de los Soles.

Tanis quiso soltarse, pero la oscuridad se tornó más y más densa y empezó a girar a su alrededor, y entonces, con desesperada frustración, comprendió que estaba atrapado en la magia de Dalamar.

## Capítulo 13

Al momento siguiente, Tanis se encontraba a gatas sobre el césped de un jardín, parpadeando con la brillante luz del sol. Se sentía mareado, con ganas de vomitar, le dolía el brazo y tenía la mano entumecida, insensible. Se sentó sobre los tableños y miró en derredor. Dalamar estaba de pie junto a él.

—¿Dónde demonios estamos? -demandó Tanis.

—¡Chist! ¡No grites! -Ordenó el hechicero en voz baja-. Nos encontramos fuera de la casa de Rashas. ¡Ponte el anillo, de prisa, antes de que alguien nos vea.

—¿Su casa? -Tanos encontró el anillo en un bolsillo. Con la mano izquierda intentó torpemente ponérselo en la que tenía insensible. Podía mover el brazo derecho, pero era como si no fuese suyo-. ¿Por qué nos trasladaste aquí?

—Mis razones se verán enseguida. Guarda silencio y ven conmigo.

Dalamar echó a andar a buen paso por el césped, y Tanis tuvo que darse prisa para alcanzarlo.

—Mándame de vuelta a la cámara. ¡Iré sólo!

—No. -Dalamar sacudió la cabeza-. Como te dije, amigo mío, algo siniestro ocurre aquí.

Cuando tuvieron la casa a la vista, Dalamar se detuvo.

Había un Elfo Salvaje montando guardia delante de la puerta. El hechicero se llevó la mano a la boca y gritó en kalanesti:

—¡Ven! ¡De prisa! ¡Te necesito!

El guardia dio un brinco, se volvió y escudriñó una pequeña alameda que había detrás de la vivienda.

Envuelto en la magia, Dalamar se hallaba prácticamente delante del edificio, pero su voz sonaba en la alameda.

—¡De prisa, gusano! -llamó de nuevo, añadiendo el insulto preferido de los kalanestis.

El guardia abandonó su puesto y corrió hacia el pequeño soto de álamos.

—Uno de los viejos trucos de ilusionismo de Raistlin. Aprendí mucho de mi *shalafi* -Dijo Dalamar, que acto seguido entró silenciosamente en la casa.

Desconcertado, incapaz de adivinar qué se proponía el elfo oscuro, Tanis lo siguió.

En el vestíbulo, una kalanesti se afanaba en limpiar una mancha en la elegante alfombra. Dalamar señaló la mancha, llamando la atención de Tanis hacia ella.

Era reciente; tanto el agua del cubo como la bayeta que utilizaba la kalanesti estaban teñidas de color carmesí.

Sangre. Los labios de Tanis formaron la palabra, pero no la pronunciaron.

Dalamar no contestó. Estaba al pie de la escalera y miraba hacia arriba. Empezó a subir, haciendo un gesto a Tanis para que lo siguiera. La sirvienta, ajena a su presencia, siguió con su tarea.

Tanis mantuvo la mano sobre la empuñadura de la espada. No se le daba muy bien luchar con la izquierda, pero al menos tenía la ventaja de la sorpresa. Ningún enemigo lo vería llegar.

Subieron en silencio, pisando con precaución, tanteando cada escalón antes de apoyarse en él. Un silencio mortal envolvía la casa, y un chirrido bastaría para delatarlos. No obstante, los peldaños resultaron ser sólidos y macizos.

—Sólo lo mejor para el senador Rashes -masculló el semielfo, que empezó a subir más deprisa. Ahora empezaba a entender por qué habían ido allí.

Al llegar a lo alto de la escalera, Dalamar alzó la mano en un gesto de advertencia, y Tanis se paró. Una puerta estaba abierta, dejando a la vista un pasillo espacioso. Había tres puertas en el pasillo, una a cada lado y la tercera al fondo. Sólo una de ellas, la del fondo, estaba guardada. Dos kalanestis que sostenían lanzas se encontraban plantados delante de la hoja de madera. Tanis miró de reojo a Dalamar.

—Ocúpate del de la izquierda -dijo el elfo oscuro-. Yo me encargaré del de la derecha. Ataca rápida y silenciosamente. Probablemente haya más guardias dentro de la habitación.

Tanis se planteó utilizar la espada, pero después decidió que no. Se situó justo delante del kalanesti y apretó el puño, apuntó y descargó un izquierdazo en la mandíbula del Elfo Salvaje, que ni se dio cuenta de lo que le pasaba. Echó un vistazo y vio que el otro guardia yacía en el suelo, dormido, con granitos de arena esparcido sobre su cuerpo inerte.

Tanis puso la mano en el picaporte. Los finos dedos del elfo oscuro se cerraron sobre su muñeca.

—Si lo que sospecho es cierto -le susurró Dalamar al oído-, cualquier movimiento de la puerta al abrirse resultará fatal. No para nosotros -añadió al advertir la expresión sorprendida de Tanis-. Para la persona que está dentro. Utilizaremos los caminos de la magia de nuevo.

Tanis torció el gesto y sacudió la cabeza. Recorrer esos «caminos» lo dejaban desorientado y con náuseas. Dalamar sonrió al comprender.

—Cierra los ojos -aconsejó el elfo oscuro-. Te ayudará.

Asiendo firmemente la muñeca de Tanis, Dalamar pronunció rápidamente unas palabras. Casi antes de que Tanis tuviera tiempo de cerrar los ojos, sintió aquellos dedos presionándole el brazo, advirtiéndole que mirase a su alrededor. Abrió los ojos y parpadeó, deslumbrado por la intensa claridad.

Se hallaban en una especie de invernadero bañado por el sol. Sentada en sillón, cerca de un ventanal, había una mujer. Tenía las muñecas y los tobillos atados con un cordón de seda. Se sentaba muy recta, regia e imperiosa, con las mejillas suavemente enrojecidas, pero no por el miedo, sino por la ira. Tanis reconoció, con un sobresalto, a Alhana Starbreeze.

Justo enfrente de Alhana había un kalanesti de pie, armado con un arco. El arco estaba levantado y una flecha encajada en la cuerda y lista para ser disparada. La flecha apuntaba al pecho de Alhana.

—¡Y éstos me exiliaron a mí! -musitó quedamente Dalamar.

Tanis estaba mudo por la sorpresa. Casi no podía pensar con coherencia, cuando menos hablar. Ahora deducía qué amenaza habían utilizado para inducir a Porthios a renunciar al Medallón de los Soles, la misma amenaza que había obligado a Gilthas a aceptarlo. El horror y la indignación, la conmoción y la furia, el espantoso recuerdo de las cosas terribles que le había dicho a su hijo, todo aquello combinado dejó abrumado a Tanis. Se sintió tan entumecido e inútil como su brazo derecho. No podía hacer nada salvo seguir allí plantado, contemplando la escena con incredulidad.

Dalamar tiró de su manga y señaló al guardia kalanesti, que se encontraba de espaldas a ellos. El elfo oscuro hizo un gesto con el puño cerrado.

Tanis asintió para indicar que había entendido, aunque se preguntó qué tendría en mente Dalamar. Al primer ruido que hicieran, el kalanesti dispararía. Aún cuando consiguieran matarlo, sus dedos podrían soltar la flecha en un movimiento espasmódico.

Alhana permanecía inmóvil en el sillón, contemplando la cara de la muerte con un desdén que parecía invitarla.

Dalamar, invisible para los que estaban en la habitación excepto Tanis, se adelantó y se situó directamente delante del kalanesti. La fecha apuntaba ahora al pecho del elfo oscuro. Con un veloz gesto, Dalamar asió el arco y se lo arrebató al guardia de un tirón. Tanis le asestó un golpe en la nuca con los dos puños cerrados, y el kalanesti se desplomó en el suelo sin emitir ningún sonido.

Alhana no se movió, no habló. Miró al guardia caído sin salir de su asombro. Al no poder ver a Tanis y a Dalamar, a la elfa debió de parecerle como si el kalanesti se hubiese peleado consigo mismo y hubiese perdido.

Tanis se quitó el anillo y Dalamar se despojó del manto mágico de invisibilidad.

Alhana dirigió su estupefacta mirada a los dos hombres.

—Majestad -dijo Tanis mientras se acercaba presuroso a ella-. ¿Os encontráis bien?

—¿Tanis Semielfo? -Alhana lo contemplaba aturdida.

—Sí, majestad. -Le rozó la mano para que comprobara que era de carne y hueso, y después se puso a soltar sus ataduras-. ¿Os hicieron daño?

—No, me encuentro bien -respondió la elfa, que se incorporó en cuanto estuvo libre del cordón de seda-. Venid conmigo. No hay tiempo que perder. Debemos detener a Rashes...

No acabó la frase. Había reparado en la expresión plasmada en el rostro de Tanis.

—Demasiado tarde, majestad -dijo él en voz queda-. Cuando me marché de allí, Gilthas estaba prestando el juramento. Y antes de eso el Thalash-Enthia había decretado que a vos y a Porthios se os ha de exiliar.

—Exiliar -repitió la elfa.

Se quedó tan pálida que pareció que al perder el color también hubiese perdido la vida. Su mirada se desvió involuntariamente hacia Dalamar, un elfo oscuro, la personificación de la suerte que la aguardaba a ella. Se

estremeció de pies a cabeza, eludió la mirada y se cubrió los ojos con la mano. Los labios del hechicero se curvaron.

—No tenéis derecho a apartar la mirada, milady. Ahora no.

Alhana se encogió. Temblorosa, se apoyó en el respaldo del sillón y se apretó la boca con la mano.

—Dalamar... -empezó duramente Tanis.

—No, semielfo. Tiene razón -dijo suavemente la elfa.

Alhana alzó la cabeza y la espesa melena negra cayó despeinada alrededor de su hermoso rostro. Alargó la mano hacia el hechicero.

—Por favor, perdóname, Dalamar. Lo que dices es cierto, ahora soy lo mismo que tú. Me salvaste la vida. Acepta mi disculpa y mi gratitud.

Dalamar siguió con las manos metidas bajo las mangas de la negra túnica; su expresión era dura y fría como el hielo, rebosante de desprecio, petrificada por el amargo recuerdo.

Alhana no dijo nada; bajó lentamente la mano.

El hechicero soltó un suspiro que sonó como el viento entre las hojas de los álamos. Sus negros ropajes susurraron. Rozó las puntas de los dedos de Alhana, apenas tocándolas, como si temiera hacerle algún daño inadvertidamente.

—Os equivocáis, Alhana Starbreeze -musitó-. Os expulsarán de vuestro hogar, os llamarán «elfa oscura», pero nunca seréis lo que soy yo. Quebranté la ley, y lo hice conscientemente. Y volvería a hacerlo. Tenían derecho a desterrarme. -Hizo una pausa para mirarla atentamente, sin soltarle la mano, y cuando habló lo hizo de corazón.

»Preveo que os esperan tiempos difíciles, milady. Si vos o vuestro bebé necesitáis ayuda o consuelo y no tenéis miedo de acudir a mí, haré cuanto esté en mi mano para auxiliaros.

Alhana lo miró en silencio. Después esbozó una débil sonrisa.

—Gracias por la oferta. Os estoy muy reconocida. Y no creo que tuviese miedo.

—¡Davat! ¿Dónde te has metido? -sonó abajo una voz enfadada-. ¿Por qué no estás en tu puesto? ¡Guardias, aquí!

—Es Rashes -dijo Tanis-. Probablemente viene con más de sus esclavos kalanestis.

Dalamar asintió.

—Lo esperaba -dijo-. Debí imaginar que vendríamos aquí. Podríamos oponer resistencia. -El elfo oscuro miró expectante a Tanis-. Luchar contra ellos...

—¡No! ¡No habrá lucha! -Alhana agarró a Tanis por el brazo al ver que empezaba a desenvainar la espada-. ¡Si se derrama sangre aquí, se habrá perdido toda esperanza de alcanzar la paz!

Tanis vaciló, indeciso, con la espada a medio desenfundar. En la planta de abajo se oía a Rashes dando órdenes a los guardias para que registraran toda la casa. Los dedos de Alhana apretaron con más fuerza.

—Ya no soy ninguna reina, y no tengo derecho a dar órdenes. Por lo tanto te suplico que...

El semielfo estaba furioso, frustrado. Deseaba luchar y habría disfrutado haciéndolo.

—¿Después de lo que os han hecho, Alhana? ¿Dejaréis que os destierren sin oponeros, dócilmente?

—¡Si la alternativa es matar a mi propio pueblo, sí! -repuso la elfa sosegadamente.

—¡Decídetes de una vez, Tanis! -Instó Dalamar. Las pisadas se oían muy cerca ya.

—Ya es demasiado tarde para eso, Alhana -dijo el semielfo mientras envainaba el arma-. Lo sabéis ¿verdad? Demasiado tarde.

La mujer intentó hablar, pero sus palabras dieron paso a un suspiro, y su mano resbaló sin fuerza del brazo de Tanis.

—En tal caso, me marcho -anunció Dalamar-. ¿Vienes, semielfo?

Tanis sacudió la cabeza. El elfo oscuro metió las manos bajo las mangas de la túnica.

—Adiós, reina Alhana. Que los dioses os acompañen. Y no olvidéis mi oferta.

Hizo una respetuosa reverencia, articuló unas palabras mágicas y desapareció.

Alhana se quedó mirando fijamente el lugar ocupado un momento antes por el elfo oscuro.

—¿Qué le está ocurriendo al mundo? -murmuró-. Los amigos me traicionan... Los enemigos me tratan con amistad...

—Vivimos unos tiempos marcados por el Mal -contestó Tanis en tono amargo-. La noche regresa.

En su visión la luna plateada brillaba a través de nubes de tormenta, su luz alumbrando el tiempo suficiente para iluminar el camino, y después desaparecía, tragada por la oscuridad.

La puerta se abrió bruscamente y los guardias kalanestis entraron corriendo. Dos de ellos agarraron a Tanis por los brazos. Uno lo despojó del arma y otro apoyó un cuchillo en su garganta. Otros dos sujetaron a Alhana.

—¡Traidores! ¿Cómo osáis poner vuestras manos en mí? -Demandó la elfa-. Hasta que cruce la frontera, sigo siendo vuestra reina.

Los kalanestis parecieron arredrarse ante sus palabras y se miraron con incertidumbre.

—Soltadla. No causará problemas -ordenó Rashas, que se encontraba en el umbral-. Escoltad a la bruja hasta la frontera con Abanasinia, y expulsadla por orden del Thalas-Enthia.

Alhana pasó ante el senador con actitud desdeñosa. Ni siquiera lo miró, como si no fuese digno de su atención. Los kalanestis la acompañaron.

—No podéis conducirla a la frontera de Abanasinia sola, indefensa -protestó Tanis encolerizado.

—No pienso hacerlo -replicó Rashas con una sonrisa-. Tú semihumano, la acompañarás. -Miró en derredor, fruncido el entrecejo-. ¿Estaba solo este hombre?

—Sí, senador -respondió uno de los kalanestis-. El oscuro hechicero debe haber escapado.

Rashas volvió la mirada hacia Tanis.

—Has conspirado con el hechicero desterrado conocido como Dalamar el Oscuro, en un intento de desbaratar la ceremonia de coronación

del legítimo Orador de los Soles. En consecuencia, tú, Tanis Semielfo, quedas desterrado de por vida de Qualinesti. Así lo dicta la ley. ¿O te opones?

—Podría oponerme -dijo Tanis, hablando en Común, una lengua que los guardias no entenderían-. Podría mencionar que no soy el único en esta habitación que conspiró con Dalamar el Oscuro. Podría decir al Thalass-Enthia que Gilthas no prestó el juramento por propia voluntad. Podría decirlos que retenéis prisionero a Porthios y a su esposa como rehén. Podría contarlos todo eso, pero no lo haré, ¿verdad, senador?

—No, semihumano, no lo harás -repuso Rashas también en Común, escupiendo las palabras como si le dejaran mal sabor de boca-. Guardarás silencio porque tengo a tu hijo. Y sería una lástima que el nuevo Orador sufriera una trágica y prematura muerte.

—Quiero ver a Gilthas -dijo Tanis en elfo-. ¡Maldita sea, es mi hijo!

—Si por ese nombre te refieres a nuestro nuevo Orador, te recuerdo, semihumano, que según la ley elfa el Orador no tiene padre ni madre ni lazos familiares de ningún tipo. Todos los elfos somos considerados su familia. Todos los... verdaderos elfos.

—Tanis dio un paso hacia Rashas. El alto Elfo Salvaje se interpuso entre él y el senador para protegerlo.

—En este momento, nuestro nuevo Orador recibe los honores de su pueblo -siguió fríamente Rashas-. Éste es un gran día en su vida. Sin duda no querrás estropeárselo al avergonzarlo con tu presencia, ¿verdad?

Tanis sostuvo una lucha interna consigo mismo. La idea de marcharse sin ver a Gilthas, sin tener la oportunidad de decirle que lo entendía, que se sentía orgulloso de él, le resultaba intolerable, insufrible. Sin embargo, sabía muy bien que Rashas tenía razón. La aparición de un padre mestizo bastardo sólo causaría problemas, le haría las cosas más difíciles a Gilthas.

Y ya eran suficientemente difíciles.

Tanis cedió, se encogió de hombros con amargura, con aire de perro apaleado.

—Conducidlo a la frontera -ordenó Rashas.

Tanis echó a andar sumisamente, se paró delante del senador. Giró sobre sí mismo y descargó el puño, que hizo contacto, satisfactoriamente, con hueso.

Rashas se desplomó de espaldas y chocó contra uno de los árboles ornamentales.

El kalanesti alzó la espada.

—Dejadlo -masculló el senador mientras se frotaba la mandíbula. Un hilillo de sangre le resbalaba por la comisura de los labios-. Así es como los servidores del Mal luchan contra la rectitud. No le daré la satisfacción de responder devolviendo el golpe.

El senador escupió un diente.

Tanis, frotándose los doloridos nudillos, abandonó la habitación. Llevaba más de cien años deseando hacer aquello.

## Capítulo 14

Los grifos rehusaron responder a las llamadas de qualinestis, otro hecho que satisfizo a Tanis, aunque ello lo obligó a viajar a pie hasta la frontera. No había mucha distancia, sin embargo, y el semielfo tenía una legión de pensamientos amargos y penosos para hacerle compañía.

De hecho, se amontonaban en su mente de tal modo que ni siquiera se fijó dónde estaba. Cayó en la cuenta de que habían llegado a la frontera sólo cuando el capitán qualinesti dio la orden a sus hombres de que se detuvieran.

—Vuestra, espada, señor. -El oficial le tendió el arma con un gesto cortés-. El camino conduce a Haven por un lado y a Solace por el otro. Si tomáis la bifurcación a la izquierda...

—Conozco el condenado camino -lo interrumpió Tanis. Mucho tiempo atrás, durante la guerra, sus compañeros y él habían hecho el recorrido a la inversa.

Guardó la espada en la vaina.

—Iba a advertiros, señor, que evitéis el Bosque Oscuro -añadió amablemente el capitán.

Tanis, sorprendido por el comportamiento del elfo, miró atentamente al oficial. ¿Estaría conforme con todo aquel asunto? ¿O era uno de los descontentos? Era joven, aunque, por supuesto, la mayoría de los componentes de ejército lo era. ¿Qué pensarían de todo aquello? ¿Respaldarían al Thalass-Enthia? Las preguntas siguieron tejiéndose en la mente de Tanis como telas de araña.

Le habría gustado preguntar, pero no se le ocurría cómo plantear la cuestión. Además, había otros soldados escuchando, y bien podría meter en problemas al capitán. En consecuencia, se limitó a dar las gracias.

El capitán saludó formalmente y esperó a ver cómo cruzaba Tanis la línea invisible que separaba a los elfos del resto del mundo.

Tanis dio seis pasos por el camino, los más largos y difíciles que había dado en toda su vida. Seis pasos y se encontró fuera de Qualinesti. Bajo el brillante sol, sus ojos se llenaron de lágrimas cegadoras, como si cayera sobre él una gran oscuridad. Oyó al capitán dar una orden y escuchó a los soldados emprender el camino de vuelta.

Se limpió los ojos y miró en derredor; de repente recordó que se suponía que debía reunirse con Alhana allí.

Pero a la elfa no se la veía por ninguna parte.

—¡Eh! -gritó, furioso, mientras daba dos largas y rápidas zancadas hacia la frontera-. ¿Dónde está lady Alhana...?

Una flecha salió volando entre los árboles y se clavó a los pies de Tanis. Un paso más a la derecha y le habría atravesado el pie. Alzó la vista hacia los árboles, pero no divisó a los arqueros elfos. Sabía que la siguiente flecha apuntaría a su pecho.

—¡Capitán! -Gritó-. ¿Es así como los elfos cumplen su palabra? Me prometieron...

—Amigo mío -sonó una voz junto a su hombro.

A Tanis le dio un vuelco el corazón. Giró rápidamente y se encontró con Dalamar de pie a su lado.

—Supongo que, a estas alturas, debería estar acostumbrado a tus apariciones dramáticas -dijo Tanis, a lo que el elfo oscuro sonrió.

—De hecho no he utilizado la magia. Te he estado esperando junto al camino durante la última hora. Estabas tan absorto en gritar que no me oíste. -Miró las frondosas ramas de los álamos-. Alejémonos de aquí. Soy un blanco tentador. No es que sus ridículas armas puedan herirme, por supuesto, pero detesto desperdiciar mis energías.

»Responderé a tus preguntas -añadió, al ver el ceño de Tanis-. Tenemos mucho de qué hablar.

Tanis lanzó a los elfos de los árboles una última y funesta mirada y después siguió a Dalamar entre los gigantescos robles que crecían en las márgenes del Bosque Oscuro, ahora más leyenda que realidad su fama de estar embrujado. Las sombras ofrecían frescor. En un claro, Dalamar había extendido un mantel blanco. Había vino, pan y queso. Tanis se sentó y bebió un poco de vino, pero era incapaz de ingerir nada. No dejaba de vigilar el camino.

—Ofrecí a lady Alhana un refrigerio antes de que emprendiera viaje -Dijo Dalamar, con su irritante costumbre de responder a lo que Tanis estuviera pensando. El elfo se acomodó en un cojín sobre la hierba.

—¿Se ha marchado, entonces? -Tanis se había puesto de pie otra vez-. ¿Sola?

—No, amigo mío. Siéntate, por favor. Tengo que doblar el cuello para mirarte. La dama tiene un campeón que la acompañará a su destino. Samar está algo magullado y ensangrentado, pero es robusto y fuerte a pesar de ello.

Tanis lo miraba de hito en hito, estupefacto.

—La sangre que vimos en el suelo era suya, pero el silvanesti debe de ser un mago guerrero -explicó Dalamar-. Samar intentó ayudar a lady Alhana y a tu hijo a escapar. Lo retenían en una prisión qualinesti por espía, y se enfrentaba a la ejecución. Se lo escamoteé en sus narices a esa Túnica Blanca, a quien encomendaron que lo vigilara. -Dalamar tomó un sorbo de vino-. Una experiencia placentera en extremo.

—¿Adónde se dirigen? -Inquirió el semielfo mientras escudriñaba los árboles en dirección al camino que, para Alhana, sólo podía conducir a la oscuridad.

—A Silvanesti -respondió Dalamar.

—¿Pero eso es una locura! -Protestó Tanis-. ¡Es que no se da cuenta que...!

—Se da cuenta, amigo mío. Y creo que deberíamos acompañarla. Por esa razón te esperaba. Piénsalo un momento, antes de rehusar. Rashas ha visto el rostro de la rebelión. Sabe que algunos de los suyos podrían levantarse contra él, y tiene miedo. A mi terrible soberana le encantan los que están asustados, Tanis. Sus uñas se han hundido profundamente en él, y seguirá arrastrándolo más y más abajo.-¿Qué quieres decir? -Demandó Tanis.

—Sólo esto: tarde o temprano Rashas pensará que Porthios es una amenaza, que el exilio no lo detendrá.

—Por lo que no puede permitir que viva.

—Precisamente. Puede que ya lleguemos tarde -añadió el elfo oscuro como sin darle importancia, encogiéndose de hombros.

—No dejas de hablar en plural. No puedes ir a Silvanesti. A pesar de tus poderes, te verías en apuros para luchar con todos los hechiceros elfos. Te matarían sin vacilar.

—Mi pueblo no me recibirá con los brazos abiertos precisamente -repuso Dalamar sonriendo astutamente-. Pero no pueden impedir que entre. Verás, amigo mío, se me ha otorgado permiso para visitar Silvanesti. Por ciertos servicios prestados.

—A ti te importa un bledo Porthios. -Tanis se sentía furioso de repente por la frialdad del elfo oscuro-. ¿Qué te va a ti en esto?

La respuesta de Dalamar llegó junto a una mirada de soslayo.

Mucho, puedes estar seguro. Pero no esperes que te descubra mis cartas. De momento, somos compañeros en el juego. -Volvió a encogerse de hombros-. ¡Bien! ¿Qué decides, Tanis Semielfo? En menos que tardo en chasquear los dedos podríamos estar en tu casa. Querrás, naturalmente, hablar con tu esposa, contarle lo que ha pasado. Hará falta que Laurana nos acompañe. Será muy valiosa a la hora de meter un poco de sentido común a ese engreído y testarudo hermano suyo.

A casa. Tanis suspiró. Deseaba mucho encontrarse allí, encerrarse en su bonito lugar y... ¿hacer qué? ¿Qué sentido tenía ahora? ¿De qué servía?

—Cuando Alhana llegue a su país -dijo lentamente, siguiendo el hilo del pensamiento hasta su amarga conclusión-, los silvanestis conocerán el insulto del que ha sido objeto su reina en manos de los qualinestis. Dará lugar a derramamiento de sangre, y Alhana no podrá impedirlo esta vez. Una vez, hace mucho, los elfos luchamos entre nosotros. Estás hablando de empezar otra guerra de Kinslayer.

Dalamar se encogió de hombros en actitud despreocupada.

—Vas por detrás del tiempo, Tanis. Esta guerra ya ha comenzado.

Tanis vio que era cierto lo que decía el elfo oscuro, lo vio con tanta claridad como cuando tuvo la visión de Gilthas. Solo que ahora, en lugar de ser Solinari la que iluminaba el futuro del joven lo que Tanis veía eran relámpagos y fuego, todo teñido por la sangre.

La guerra llegaría... y él estaría enfrentado a su propio hijo.

Tanis cerró los ojos. Podía ver el rostro de Gil, un joven, intentando desesperadamente ser valiente, sabio...

—¡Padre! ¿Estás ahí?

Por un instante Tanis pensó que la voz sonaba en su cabeza, que la imagen evocada por su mente había conjurado a su hijo. Pero la llamada se repitió, más fuerte, con un timbre de alegría y nostalgia.

—¡Padre!

Gilthas se encontraba en el camino, justo en el borde interior de la frontera de Qualinesti. La hechicera Túnica Blanca permanecía cerca, vigilando con celo. No la complació ver a Tanis. Obviamente no esperaba encontrarlo allí. Puso una mano firme sobre el brazo de Gilthas, al parecer dispuesta a hacerlo desaparecer.

Un susurro en las copas de los árboles fue un aviso, probablemente el único que Tanis recibiría.

—¡Tanis! -Gritó Dalamar-. ¡Ten cuidado!

El semielfo no le hizo caso, ni a la hechicera Túnica Blanca, ni a los elfos subidos a los árboles, con sus arcos y flechas. Caminó hacia su hijo.

Gilthas se soltó de un tirón de la hechicera, que volvió a agarrarlo con más fuerza en esta ocasión.

Una rojez, producto de la rabia, tiñó las mejillas del joven que se contuvo y tragó saliva con esfuerzo. Tanis vio a su hijo tragarse la ira, y se vio a sí mismo reflejado en el muchacho. Gilthas dijo algo en voz baja, conciliadora.

La Túnica Blanca, aún con gesto de desagrado, lo soltó y se retiró un poco hacia atrás. Tanis cruzó la frontera, alargó los brazos y estrechó a su hijo.

—¡Padre! -Exclamó Gil con voz quebrada-. Creí que te habías ido. Quería hablar contigo, pero no me dejaban...

—Lo sé, hijo, lo sé -dijo Tanis, abrazando más fuerte a Gil-. Lo entiendo. Créeme, ahora lo entiendo todo. -Lo apartó, puso las manos en sus hombros y lo miró a los ojos-. Lo entiendo.

—¿Está la reina Alhana a salvo? -Inquirió el joven, sombrío el gesto-. Rashas me aseguró que sí, pero los forcé a que me trajeran para asegurarme con mis propios ojos.

—Está a salvo -lo tranquilizó Tanis. Su mirada buscó a la Túnica Blanca, que seguía apartada a un lado, su furibunda mirada yendo alternativamente del muchacho que tenía a su cargo al hechicero Túnica Negra que permanecía al borde del bosque, a la sombra de los robles-. Samar acompaña a la reina, la protegerá bien, como creo que sabes por experiencia.

—¡Samar! -El rostro de Gil se iluminó-. ¿Lo rescataste? ¡Cuánto me alegro! Querían hacerme firmar la orden de su ejecución. No lo habría hecho, padre. No sé cómo -concluyó, endureciendo el gesto- pero no habría accedido a hacerlo.

Tanis volvió a mirar a la hechicera. Dalamar podía impedirle que entrara en acción, mas, ¿podría impedir al mismo tiempo que los arqueros disparasen? Estos, sin embargo, serían reacios a poner en peligro la vida de su nuevo Orador...

—Gil -dijo en Común-, no prestaste el juramento por propia voluntad. Te coaccionaron. Podrías marcharte. Dalamar nos ayudaría...

Gilthas agachó la cabeza. No había duda en la respuesta que deseaba dar. Alzó la cara, esbozando una triste sonrisa.

—Le di mi palabra a la hechicera, padre. Cuando te vi, le prometí que regresaría con ella si me daba permiso para... para despedirme de ti.

Su voz se quebró. Hizo una corta pausa, esforzándose por recobrar el control, y después prosiguió hablando en tono quedo.

—Padre, una vez te oí hablar a lord Gunthar que, si hubiese dependido de ti, nunca habrías luchado en la Guerra de la Lanza por tu propia voluntad. Te arrastraron a ello las circunstancias, y por eso te resultaba incómodo oír a la gente llamarte héroe. Hiciste lo que tenías que hacer, lo que cualquier persona sensata y decente habría hecho.

Tanis suspiró. Los recuerdos en su mayoría nefastos, volvieron a él. Sus manos apretaron más los hombros de Gil. Sabía que dentro de un momento tendría que dejar marchar a su hijo.

—Padre -dijo seriamente el joven-, no me engaño a mí mismo. Sé que no podré hacer mucho para cambiar las cosas. Sé que Rashas intenta utilizarme para sus propios fines malignos, y que, ahora mismo, no veo ninguna forma de impedirselo. Pero ¿recuerdas lo que tío Tas decía cuando contaba que había salvado al enano gully del Dragón Rojo? «Son las pequeñas cosas las que marcan la diferencia». Si consigo, aunque sea con menudencias, minar la labor de Rashas, padre...

«Criamos a nuestros hijos para que nos abandonen».

Sin haberlo pensado siquiera, Tanis lo había hecho así. Ahora se daba cuenta, lo veía en la cara del muchacho, no, del hombre que tenía ante sí. Supuso que debería sentirse orgulloso... y así era. Pero el orgullo era una llama muy débil para calentar su corazón, aterido por la sensación de pérdida.

Saltaba a la vista que la Túnica Blanca se estaba impacientando. Cogió del cinturón una varita de palta adorna con gemas.

—Tanis, amigo mío -dijo Dalamar al ver aquel gesto-, estoy aquí si necesitas mi ayuda.

Tanis abrazó a su hijo una última vez. Aprovechó la proximidad para susurrarle al oído:

—Ahora eres el Orador de los Soles, Gilthas, no lo olvides. No permitas que Rashas y los que son como él lo olviden. No dejes de luchar. No estarás solo. Ya viste a los jóvenes que abandonaron la cámara esta mañana. Gánatelos para que te apoyen. Al principio no se fiarán de ti, creerán que eres el títere de Rashas. Tendrás que convencerlos de lo contrario. No será fácil, pero sé que puedes conseguirlo. Me siento orgulloso de ti, hijo mío. Orgulloso de lo que hiciste hoy.

—Gracias, padre.

Un último abrazo, una última mirada, una última sonrisa valiente.

—Dile a madre... que la quiero -musitó Gilthas.

El joven tragó con esfuerzo. Después se dio media vuelta, se alejó de su padre y se reunió con la Túnica Blanca. Ésta pronunció una palabra. Los dos desaparecieron.

Sin volver a mirar atrás, aunque tampoco habría podido ver nada sin antes librarse de las lágrimas que cegaban sus ojos, cruzó de nuevo la frontera. Pero lo hizo con la cabeza bien alta, como haría cualquier padre a cuyo hijo acaban de coronar dirigente de una nación.

Y seguiría manteniéndola alta hasta la noche, hasta que llegara la oscuridad. Hasta que estuviera en casa. Hasta que tuviera que decirle a Laurana que quizá no volvería a ver a su amado hijo...

—De modo -empezó Dalamar sin salir de las sombras de los robles-, que no pudiste convencerlo de que regresara contigo.

—No lo intenté -repuso Tanis con voz áspera y quebrada-. Les dio su palabra de honor e que regresaría.

El hechicero miró a su amigo un momento.

—Les dio su palabra... -Sacudió la cabeza y suspiró-. Como dije antes, el hijo de Tanis Semielfo es la última persona que Takhisis querría ver sentada en el trono elfo. Si te sirve de consuelo, amigo mío, las cosas no han salido exactamente como las había planeado su Oscura Majestad. Lamenta mucho que hayamos fracasado.

Tanis suponía que esa noticia debería traerle algún consuelo.

Dalamar miró el mantel, el cojín, el vino, el pan y el queso con un además acompañado de una palabra. Luego metió las manos en las mangas de la túnica.

—¿Y bien, amigo mío? ¿Has tomado una decisión? ¿Qué vas a hacer?

—Lo que debo, supongo -contestó en tono agrio el semielfo-. No puedo dejar que Rashas asesine a Porthios. Y, una vez que Porthios esté libre, tendré que frenarlo para que no mate a Rashas y al resto de los qualinestis... Ni lo uno ni lo otro parece muy halagüeño.

Salió de la cobertura de los árboles al camino que conducía a Qualinesti. A la luz del sol, contempló las hojas de los álamos de su patria.

—Tenía intención de enseñarte tantas cosas, Gilthas -susurró-, tantas cosas que quería decirte. Tantas cosas...

—Puede que no las hayas dicho en voz alta, amigo mío -Dalamar puso la mano en su hombro-. Pero creo que tu hijo te ha escuchado.

Tanis dio la espalda a Qualinesti y se volvió hacia el camino que conducía a la oscuridad. Se volvió hacia una casa que, por mucha gente que albergara en sus paredes, siempre estaría vacía.

—En marcha -dijo.

## Epílogo

*Una perspectiva de pájaros  
en el invierno que concluye,  
primeras fábulas de profetas  
y rosas y espadas.  
Margaret creyó en todos nosotros,  
creyó en nuestras historias;  
una paciente astrónoma  
atraída por un agujero en el cielo  
que sabe desde el cálculo de mil años  
que la próxima estrella se aproxima  
que todo lo que queda  
es la espera y los rezos  
y los largos y aburridos trabajos  
de libro de notas y telescopio,  
hasta que el resplandor  
consume la oscuridad,  
un resplandor concebido  
y acunado durante centurias,  
y puede decir esto es algo  
que siempre había esperado,  
ésta es la cosecha de años.*

*Y entonces cuando habla  
el cielo recuerda  
que fue ella la que  
llevando dinero y flores  
y viajando a la ciudad,  
la incandescencia de fuegos artificiales  
cuando nos reuníamos a docenas  
en las noches de verano  
junto al evanescente lago,  
y caso todas nuestras palabras  
no la traía  
desplegadas como galaxias  
que daban forma a la fe.*

*En casa junto al lago  
empezó la historia,  
construyendo palabra tras difícil palabra  
hasta que en el relato aparecía el mundo,  
hasta que las estrellas caían en las aguas,  
y todos los planetas  
que abarca el cielo...  
Chislev y Zivilyn,  
Raistlin y Caramon*

*Palin y Tanin  
Raoul y el pequeño,  
las lunas en formación  
que anuncian las mareas de su magia,  
todos en coro de su memoria,  
donde la voz del amor  
se mueve en el agua  
y canta a la espera  
mientras la historia crece  
del lago y de la medianoche  
el aceite fragante de rosas  
en la lejana orilla opuesta,  
y el invierno convertido  
en increíble primavera  
como se convierte siempre,  
y la nieve y los espíritus  
marcharon donde querían  
a las tierras de la fe  
cuando la historia comienza de nuevo.*

# Apéndice

## Los caballeros de Takhisis Guerreros oscuros

Muchos lectores a los que les encantan las novelas de la DRAGONLANCE™ siguen viviendo esas aventuras interpretando personajes ansaloninos en el juego de rol ADVANCED DUNGEONS AND DRAGONS™. La siguiente ampliación de reglas de campaña ya existentes proporciona a los jugadores otra opción más para sus juegos.

Los Caballeros de Takhisis son una nueva clase de personajes no jugadores (PNJ) en el mundo DRAGONLANCE de Ansalon. Inexistentes durante la Guerra de la Lanza, la Orden de estos disciplinados caballeros del Mal, sujetos a unos preceptos y unas normas éticas, se creó unos veinte años después de la caída de Neraka, cuando la Reina de la Oscuridad fue expulsada y confinada de nuevo en el Abismo. Esta Orden es una fuerza de orden y oscuridad en un mundo aún tambaleante por las secuelas de los años de guerra. ¿Qué significará su aparición para las fuerzas de la libertad en un mundo desorganizado y dividido?

## Apuntes

Los aspirantes a caballeros han de poseer la destreza básica de guerrero requerida para cada una de las tres Órdenes de los Caballeros de Takhisis. Todos comienzan en la Orden del Lirio y más adelante, a medida que progresen, pueden incorporarse a otra de las Órdenes si así lo eligen.

Todos los aspirantes cuentan con un protector (en la Orden del Lirio), un patrocinador (en la de la Calavera) o un mentor(en la de la espina), que es un caballero que presenta al aspirante. Los Caballeros de Takhisis no se limitan a «firmar» o a alistarse. Siempre tienen que estar patrocinados por un caballero mayor perteneciente a un rango de medio a superior de cualquiera de las tres Órdenes.

Este patrocinador se convierte en fiador y padrino del aspirante. Las órdenes y juicios del padrino son ley y siempre se obedecen incuestionablemente. Es responsabilidad del padrino promover el avance de su protegido en la caballería, o matarlo si es desobediente.

El padrino asume el papel de padre, juez, ejecutor y, dependiendo de la relación, puede ser también de vez en cuando amante. Dejando a un lado la relación, el padrino perseguirá y destruirá a su protegido sin compasión si él o ella demuestra el menor atisbo de desobediencia a la Orden. No hacerlo acarrearía la muerte al padrino en sustitución de su protegido.

A igual que con los Caballeros de Solamnia (en la actualidad), las mujeres pueden entrar en las filas de los Caballeros de Takhisis. Una de las más renombradas cabecillas durante la Guerra de la Lanza fue la Señora del Dragón Kitiara Uth Matar, y a pesar del hecho de que fue, en gran parte, responsable de la muerte del padre de lord Ariakan, a Kitiara se la considera como una de las heroínas de los caballeros por su valor y osadía en la batalla. Las mujeres pueden entrar en cualquier orden sin restricciones y pueden ascender hasta donde las lleven sus habilidades.

El acceso a los Caballeros de Takhisis está o no restringido dependiendo de la raza del aspirante. Los humanos no tienen cortapisa alguna, al igual que los minotauros. Todos lo contrario en los kenders, los gnomos y los Irdas. En cuando a los elfos, no se admiten qualinestis, silvanestis, kalanestis, dimernestis ni dargonestis (o dragonestis), pero sí tienen acceso los elfos oscuros. De la raza enana, ninguna de las subrazas (Enanos de las Colinas, de las Montañas, y gullys) es admitida, excepto los denominados Parias o Sin Padre, pero éstos no pueden convertirse en caballeros de la Espina.

## Historia

La captura y subsiguiente encarcelación de Ariakan, hijo del poderoso Señor del Dragón Ariakas y de -según los rumores- la diosa del mar Zeboim fue uno de los secretos mejor guardados de la Guerra de la Lanza. Hasta su propia existencia era desconocida por las fuerzas del oeste hasta la caída del Templo de la Reina de la Oscuridad en Neraka.

Los Caballeros de Solamnia descubrieron al joven durante la ocupación del maligno templo. Se había escondido en uno de los niveles inferiores donde lo había dejado su padre bajo la protección de una numerosa fuerza de draconianos dirigida por nueve de los tenientes más dignos de confianza de lord Ariakas. En el feroz combate que tuvo lugar a continuación, el joven no aceptó la clemencia que se le ofreció y se negó a rendirse. Luchó valerosamente, acabando con cinco Caballeros de Solamnia antes de que lo redujeran a la fuerza.

Al ser capturado, Ariakan no ocultó su linaje, sino que reveló su origen con orgullo. Aunque los caballeros no creyeron al osado joven, quedaron impresionados por su evidente destreza, su valor y su inteligencia. El hecho de que lo hubiera protegido una fuerza tan importante indicaba que era alguien por quién el difunto Señor del Dragón había sentido gran interés. Los caballeros trasladaron a Ariakan a la Torre del Sumo Sacerdote para recluirlo e interrogarlo. A la larga, creyeron su historia y comprendieron que había caído en sus manos un prisionero valioso. Ariakan permaneció cautivo más de seis años.

Durante ese tiempo aprendió cuanto pudo sobre la estructura, organización y mentalidad de los Caballeros de Solamnia. Siendo un joven agradable, apuesto y encantador, no tardó en ganarse tanto el favor como la admiración de sus captores. Los caballeros, ni que decir tiene, se mostraron más que dispuestos a adoctrinarlo en el Código y la Medida, creyendo que esa línea de estudio beneficiaría al joven y le haría ver el error de sus creencias. El error, sin embargo, lo cometieron los caballeros.

Ariakan estudió la caballería como cualquier guerrero habría estudiado a su enemigo: en detalle. Sólo era cuestión de tiempo que supiera todo lo que tenía que decir para convencer a los caballeros de su total rehabilitación y conversión. De hecho, al cabo de dos años se le concedió la libertad anticipada, pero él pidió quedarse en la Torre del Sumo Sacerdote para terminar sus estudios. Su petición fue otorgada de buen grado.

Han corrido rumores de que los caballeros consideraron la posibilidad de ofrecer a Ariakan su ingreso en la caballería. Todos lo niegan ahora, por supuesto, pero todos los mandos de los caballeros se sumen en un llamativo silencio cuando el asunto sale a colación. Si se le hizo tal oferta, los seis años prescritos y habiendo aprendido todo cuanto era posible sobre los caballeros, se despidió de ellos y se marchó.

Muchos lamentaron verlo partir, ya que Ariakan era un compañero encantador, un alumno aventajado y un excelente luchador. Sólo después de su marcha se les ocurrió a los caballeros que, durante todos sus años de estancia allí, Ariakan había tenido mucho cuidado de no manifestar ningún tipo de lealtad, hacer ninguna promesa ni prestar juramento alguno.

Cuando Ariakan salió a cabalgar hacia las Llanuras de Solamnia tenía alrededor de veinticinco años. Llevaba una escolta, caballeros que se dirigían a otras partes del reino, pero enseguida se las ingenió para librarse de aquella compañía no deseada.

Inmersos en sus propios asuntos, tratando de reconstruir un país destrozado por la guerra, los solámnicos sólo hicieron un intento -sin poner mucho empeño- de localizar a Ariakan, pero sin resultado. El joven les había hecho creer que tenía intención de trabajar como mercenario y, aunque consideraban que era una ocupación poco digna, llegaron a la conclusión de que debía de encontrarse en algún reino ofreciendo sus servicios como guerrero para ganarse la vida.

Pero Ariakan no había pensado trabajar como mercenario. Había aprendido de los caballeros mucho más aparte de su cultura, sus tradiciones y su historia. Valiéndose de las habilidades que le habían enseñado los caballeros, esquivó su vigilancia y regresó a través de las llanuras. En mitad de una tormenta de nieve, escaló las imponentes montañas de Neraka.

Se perdió enseguida. Helado y hambriento, habría perecido sin ayuda. Se desplomó en un ventisquero y, con su último aliento, rogó a su madre, Zeboim, que lo auxiliara.

No bien acabó la plegaria, vio en la nieve, delante de él, una concha de mar. Aceptándolo como una señal de su divina madre, Ariakan se puso de pie con denuedo. Un rastro de conchas marinas lo condujo hasta una caverna. Allí encontró refugio de la tormenta, provisión de comida y leña para encender fuego. Comió y, exhausto, se quedó dormido.

Despertó de un profundo sueño y vio a un guerrero, vestido con brillante armadura negra, sentado cerca del fuego. El guerrero no le asustó; le resultaba familiar, y en el fondo de su corazón pensó que podría tratarse de una manifestación de su padre muerto. El guerrero le habló, animándole a contar sus experiencias.

Ariakan habló con admiración de la disciplina y el entrenamiento de la caballería solámnica. Explicó cómo habían alcanzado la victoria sobre las fuerzas de la oscuridad merced a su disposición al sacrificio en aras de una buena causa.

—Somos nuestros peores enemigos -le dijo al oscuro guerrero-. Todos los comandantes de nuestros ejércitos tenían como único objetivo sus propios intereses. Nuestras tropas carecían de disciplina y no sentían respeto por sus comandantes, y éstos no se respetaban entre sí. Los Caballeros de Solamnia lo definen como «el Mal se vuelve contra sí mismo» y proclaman que es una característica inherente a todas las criaturas malignas. Semejante desorden, falta de disciplina y lealtad, siempre nos conducirá a la derrota.

—¿Y qué propones hacer al respecto? -Demandó el caballero oscuro.

—Ariakan se sintió un tanto amilanado, pero continuó explicando su sueño, una misión sagrada que sería la obra de su vida. Quería instaurar una orden de caballeros que rivalizara y finalmente suplantara a los caballeros solámnicos como la fuerza dominante para el orden en el mundo.

Fue entonces cuando el oscuro guerrero se reveló como quien era: una visión de Takhisis, desde el Abismo. Aunque no lo complacía aquella descripción tan sincera de sus propios fracasos, era lo bastante sabio para prestar oídos a la propuesta de Ariakan y la tomó en consideración.

Takhisis le ordenó que siguiera.

Sobrecogido, Ariakan abrió su corazón y su alma a su reina. Habría visto los puntos fuertes de los Caballeros de Solamnia... y también sus puntos débiles.

—No debemos ser como el roble gigante, que no se dobla y a menudo acaba derribado de raíz. No debemos ser roca, que jamás cede pero puede quebrarse y se

desgasta con la acción de los elementos. No debemos ser agua, que apenas presenta resistencia y discurre por cualquier cauce.

»Mis caballeros serán como quebrachos: los troncos fuertes e inmunes al soplo del viento, pero las ramas se mecerán con el aire. Esos árboles son eternos, conservan su firmeza a la vez que se amoldan lo suficiente a los modos del mundo para sobrevivir.

»Las claves de la victoria -reiteró Ariakan-, son orden, disciplina y visión. Estableced orden en nuestros seguidores y tendrán éxito. Disciplinadlos, y obtendrán resultados. Dadles la visión, y avanzarán hacia un objetivo común.

A Takhisis le complació la idea de Ariakan y dio su aquiescencia al plan.

De modo que empezó el reclutamiento. Cauta, discretamente, Ariakan comenzó a crear la caballería.

Proclamó como fundamentos de los Caballeros de Takhisis la Visión, el Voto de Sangre y el Código.

## La Visión, el Voto de Sangre y el Código

La visión es, en pocas palabras, una declaración del objetivo final de la caballería. Para los caballeros con rango de guerrero o inferior, la Visión se resume en la frase «Un único orden mundial». El objetivo es ni más ni menos que el total e incuestionable dominio de todo Krynn. El Voto de Sangre y el Código se establecieron para ese fin.

Cuando los caballeros que superan el rango de guerrero han pasado la Prueba de Takhisis (véase La Prueba de Takhisis), parte de la ceremonia para la investidura es la Visión Profunda, una percepción mágica en la mente del caballero de la voluntad de Takhisis y de las metas de la caballería. Experimentada tras cuatro días de ayuno y oración a la Reina Oscura, la Visión da al caballero una clara comprensión de los objetivos de la caballería y su propio papel en ese grandioso plan.

El Voto de Sangre es simple; «Sométete o muere». Al incorporarse a la Orden, cada caballero se dedica en cuerpo y alma a la causa. Todo pensamiento basado en «uno mismo» queda enterrado, sublimado. Sin embargo, esto no quiere decir que los caballeros no piensen por sí mismos, lo que dio lugar a la creación del Código.

El Código es complejo en extremo, aunque elegante en su minuciosidad. La exactitud estricta, inflexible, del Código y la Medida de los Caballeros de Solamnia ha causado su larga decadencia desde la Era del Poder, que desembocó en su constante debilitación. A despecho de que los caballeros y otras fuerzas del Bien salieron victoriosos, estaban muy lejos de establecer la paz y el orden en Ansalon.

Conocedor de la debilidad de toda criatura mortal, Ariakan desarrolló un detallado conjunto de leyes que en su mayor parte están relacionadas con situaciones militares, pero que también se extienden a la vida de todos los miembros de caballería. Se requiere una adhesión estricta al Código, pero cada caso se juzga individualmente y se pueden hacer excepciones.

Los Caballeros de Solamnia celebran consejos para considerar cambios o alteraciones en su Medida. Habiendo asistido a muchos de esos consejos, Ariakan llegó a la conclusión de que eran una pérdida de tiempo, empleado en interminables discusiones y controversias en puntos triviales que no hubiera necesidad de debatir matices sutiles. La ley era tal y como estaba escrita. Cualquier violación de la misma era evidente y se resolvía sumariamente.

Sin embargo, reconocía la necesidad de ser flexible según exigiera la ocasión, de modo que estableció recursos por los que podría tomarse en consideración la excepción del Código y aceptarse o denegarse dependiendo de cada caso.

Las excepciones del Código se juzgan por un único caballero que se elige entre varios seleccionados que ocupan un alto cargo. El papel de magistrado está reservado generalmente para caballeros oficiales de alta categoría. En ocasiones se les concede ese derecho a oficiales de rango inferior, aunque la decisión depende de lord Ariakan. (A muchos de los oficiales de alta graduación no se les concede ese derecho, entre ellos, a la mayoría de los Caballeros de la Espina.) El símbolo visible de un magistrado es un cetro, que le entrega al caballero en cuestión el propio lord Ariakan.

Si el magistrado decide que el Código se ha quebrantado y que no se puede admitir una excepción, al infractor se le impone el castigo. Habida cuenta de que un caballero que viola el Código también ha violado la Visión y ha roto el Voto de Sangre, por lo general el castigo es la muerte.

A diferencia de los caballeros de Solamnia, a los Caballeros de Takhisis se les permite mentir, robar o cometer asesinatos, pero sólo si tales actos están encaminados a la consecución de la Visión, y no por interés personal o por perder el control de sí mismo. En consecuencia, los Caballeros de Takhisis no «violan, saquean ni expolían». Tales actos se consideran adversos a la consecución de la Visión, que es el establecimiento de un mundo ordenado, libre del caos.

La ejecución la lleva a cabo el padrino, si está presente, o, en su ausencia, el comandante del caballero. El caballero no ve la muerte como el fin último, sino más como un avance hacia un rango superior. Takhisis es la juez final de la vida del un caballero, y éste es recompensado o castigado eternamente por su Oscura Majestad según sea su decisión. En consecuencia, el caballero no teme a la muerte, pero sí podría temer la ira de la reina en la otra vida. Un caballero que desea apelar al fallo del padrino puede hacerlo, una vez que su alma ha sido enviada ante Takhisis, ésta escuchará su petición.

Se sabe de caballeros condenados injustamente a los que la Reina Oscura ha enviado de vuelta para «corregir el error». A estos caballeros muertos vivientes se les conoce como «resucitados». Debido a estos, todos los padrinos querrán estar completamente seguros de los hechos y ordenarán la ejecución del caballero sólo tras largas reflexiones y preces.

Parte del Código trata específicamente del establecimiento y mantenimiento de las líneas de comunicación y autoridad. Así, cuando una orden se imparte desde arriba, se despacha rápidamente y se actúa en consecuencia. Pero Ariakan sabía que los caballeros probablemente podrían encontrarse en situaciones en las que estarían solos, incomunicados con la cadena de mando. Por consiguiente, amplias secciones del Código se dedican a la actuación conforme a la Visión. Cuando la comunicación con la Orden queda cortada, los individuos que tengan un concepto claro de la Visión actuarán independientemente a fin de llevar a cabo la voluntad de la organización hasta el momento en que se haya restablecido la comunicación. De este modo, el orden se mantiene en tiempos de caos.

Dentro de los límites de las órdenes dadas, los caballeros tienen un amplio criterio de decisión en cuanto al modo de llevarlas a cabo. Mientras sus acciones no violen la Visión, el reglamento de su Orden o las órdenes específicas que se les han dado, un caballero tiene libertad para actuar.

El Código se divide en varios preceptos básicos que guían a las tres Órdenes mayores de la caballería:

**El Lirio:** La independencia genera el caos. Somete y serás fuerte.

**La Calavera:** La muerte es paciente, ataca tanto desde dentro como desde fuera. Estate alerta y sé escéptico con todo.

**La Espina:** El que se guía por el corazón cosecha sufrimientos. Que tu único sentimiento sea el deseo de victoria.

Estas divisiones del Código conducen a la especialización natural de los caballeros y ayudan a definir sus tareas en el nuevo mundo que se proponen crear.

## Organización de los Caballeros

El Orden de Batalla para los Caballeros de Takhisis es como sigue

### **División → Dotación → Mandos**

Garra → 9 caballeros de distintos tipos → 1 jefe oficial, 1 oficial

Ala → 5 garras (45 caballeros) → 1 jefe oficial, 3 oficiales

Unidad → 7 alas (350 caballeros) → 1 jefe oficial, 3 oficiales

Escudo → 5 compañías (1.575 caballeros aprox.) → 1 jefe oficial, 3 oficiales

Escuadra → 4 batallones (6.300 caballeros aprox.) → 1 jefe oficial, 3 oficiales

Ejército → 7 regimientos (44.100 caballeros aprox) → 1 jefe oficial

Adviértase que las Alas compuestas principalmente por Caballeros de la Calavera trabajan codo con codo con tropas de los Caballeros del Lirio y hechiceros de los Caballeros de la Espina. Es esta cooperación organizada la que hace de la caballería una fuerza combatiente tan mortífera y eficiente.

## **Caballeros del Lirio**

Al igual que los Caballeros de Solamnia, cualquiera que entre en los Caballeros de Takhisis debe empezar por el escalón más bajo, en este caso como solicitante, en la Orden del Lirio. Todos los caballeros permanecen en esta Orden hasta que alcanzan el rango de guerrero/a. En este punto es cuando los caballeros/damas pueden escoger entrar en la Calavera, en la Espina, o permanecer en las filas del Lirio.

Los Caballeros del Lirio son la fuerza militar de la caballería y también el centro del poder político. La Orden de la Calavera y la Orden de la Espina están separadas, con sus propias y particulares habilidades y áreas de responsabilidad. Aunque a alguien ajeno a la hermandad puede parecerle que los Caballeros del Lirio con la fuerza dominante de la caballería, las tres Órdenes tienen a su cargo las suficientes competencias para que se consideren iguales en poder y autoridad, con la mera diferencia de jurisdicción y función.

Los distintos rangos son como siguen (en orden ascendente): solicitante; suplicante; seguidor; creyente; guerrero; Novicio de la Noche; Acólito de la Noche; Guerrero de la noche; Bardo Negro; Errante Oscuro; Guerrero Oscuro; Guerrero del Lirio; Maestro del Lirio; Campeón del Lirio; Gran Maestro del Lirio (sólo 147); Rector del Lirio (sólo 21); Señor del Lirio (sólo 7); Señor de la Noche (sólo 1).

## La Prueba de Takhisis

En todas las Órdenes, ascender al rango siguiente a guerrero requiere que el caballero pase una prueba de lealtad. Del mismo modo que los hechiceros de Krynn deben someterse a la temida Prueba de la Torre de la Alta Hechicería, así también todos los Caballeros del Lirio pasan una prueba similar a fin de ascender. El fracaso en esta prueba tiene por resultado la muerte. No ha habido ningún caso en el que el caballero que ha fracasado haya sobrevivido. Incluso si un caballero se las ingenia para escapar, los miembros de las tres Órdenes utilizan sus poderes para rastrearlo y darle caza.

La Prueba de los Caballeros del Lirio se centra principalmente en torno a tres temas: la Visión, el Orden y la Obediencia, y es tan difícil como la Prueba de la Torre de la Alta Hechicería. Los problemas típicos planteados son: ¿sacrificará el caballero lo que sea necesario -poder, fortuna, un amor, la propia vida- con tal de llevar a cabo la Visión? ¿Se impondrán el orden y la obediencia sobre los sentimientos y el corazón? ¿Obedecerá el caballero una orden de sacrificar la propia vida o la de sus familiares o la de su amada/o?

Igual que en la Torre, la prueba puede ser ilusoria, aunque los caballeros que la pasan creen sinceramente que les está ocurriendo en realidad. O, en algunos casos, a los caballeros se los puede enviar en misiones o búsquedas establecidas a propósito para demostrar su valía. La prueba es peligrosa y a menudo cruel en extremo, pero quienes la superan salen tan fortalecidos de ella como el acero forjado en los fuegos de Neraka.

La naturaleza de la prueba la determina el padrino del caballero, que es la persona que mejor lo conoce. El padrino comprende y valora el hecho de que un caballero debe ser fuerte a fin de realizar la Visión. No puede haber eslabones frágiles en la cadena. En consecuencia, la prueba nunca resulta fácil para el suplicante, todo lo contrario. Ningún padrino quiere que se le conozca como el patrocinador de un caballero débil e incompetente y, por lo tanto, la prueba se prepara lo más difícil posible.

Los caballeros que la superan son libres de elegir la Orden en la que quieren entrar. A menudo suele ser la misma que la de su padrino, pero no es estrictamente necesario. La ascensión del caballero al siguiente rango tiene lugar en una solemne ceremonia en el cuartel general de la caballería, en la secreta fortaleza norteña conocida como el alcázar de las Tormentas.

El caballero permanece aislado en el templo de Takhisis, ayunando y orando durante los cuatro días previos a la ceremonia. Al final de este período, durante el cual el caballero recibe la Visión Profunda, los clérigos oscuros le dan la bendición y lo mandan salir. El caballero se presenta ante los mandos y tropas de caballeros (todos los que se encuentren en el alcázar en ese momento), incluido el propio lord Ariakan. La ceremonia comienza con el Desfile de Caballeros, el padrino presenta formalmente al caballero, y lord Ariakan en persona le otorga el ascenso de rango, tras lo cual se lo acepta formalmente en la Orden de su elección.

Entonces el caballero pasa por un período de entrenamiento de unos seis meses. Esta agotadora instrucción generalmente tiene lugar en el alcázar de las Tormentas, pero de vez en cuando se traslada a otras regiones si el entrenamiento así lo requiere. Sólo tras dicho entrenamiento se considera al caballero miembro de la Orden de pleno derecho.

## Caballeros de la Calavera

Estos caballeros constituyen la orden clerical de la caballería. Practican las artes curativas y también tienen a su cargo tanto el servicio de inteligencia como la seguridad interna.

Los Caballeros de la Calavera utilizan la sutileza y el sigilo para realizar su labor, en lugar de la fuerza, dejando ésta para las otras dos Órdenes.

Están consagrados exclusivamente a Takhisis, descartadas todas las otras deidades (incluso las de la Oscuridad). Su Oscura Majestad recompensa tal lealtad renovando sus conjuros diariamente, de un modo similar a otros tipos de clérigo. Esto es distinto de los clérigos de los Caballeros de Solamnia, que deben ayunar y orar para conseguir sus conjuros.

Aunque es de sobre conocido que la diosa del mar, Zeboim, favorece la caballería) en honor a su hijo, Ariakan), los Caballeros de la Calavera no le rezan. Ariakan ha reservado un día al año en honor a su madre, y se considera un asunto de cortesía que todos los caballeros pidan la bendición del Zeboim durante un viaje por mar.

Los Caballeros de la Calavera deben ascender varios rangos en el escalafón antes de aspirar a una posición entre los lores caballeros (Véase Orden de los lores).

Los distintos rangos son como siguen (en orden ascendente): Novicio del Hueso; Acólito del Hueso; Guerrero del Hueso; Abad de la Calavera; Obispo de la Calavera; Cardenal de la Calavera; Caballero de la Calavera; Paladín de la Calavera; Campeón de la Calavera; Maestro de la Calavera (solo 147); Rector de la Calavera (sólo 21); Señor de la Calavera (solo 7); Señor de la noche (sólo 1).

## **Caballeros de la Espina**

Los caballeros de la Espina son la orden de los hechiceros. Operan fuera de la disciplina de las Torres de la Alta Hechicería de Ansalon, rehúsan jurar adhesión a cualquiera de las tres Órdenes, incluida la de los Túnicas negras, y en consecuencia los miembros del Cónclave los consideran hechiceros renegados.

A diferencia de los hechiceros del Cónclave, los Caballeros Grises (o Túnicas Grises) como se les conoce, colaboran con clérigos oscuros -los Caballeros de la Calavera- para mantener el orden tanto en las tierras conquistadas como en sus propios territorios nativos. Los Caballeros de la Espina son un tipo especial de hechiceros. Aunque no llevan armadura mientras lanzan hechizos y reducen la práctica y perfeccionamiento a las armas disponibles para los hechiceros, pueden utilizar otras en las que se hayan instruido anteriormente, como por ejemplo una espada. Por ello su habilidad en combate iguala la de un hechicero o la de un guerrero, dependiendo cuál sea en cada caso.

Los distintos rangos con como siguen (en orden ascendente): Novicio de la Sangre; Acólito de la Sangre; Aprendiz de la Sangre; Aprendiz de la Espina; Jorguín; Hechicero; Vidente; Maestro; Maestro de la Noche; Maestro de la Espina (sólo 147); Rector de la Espina (sólo 21); Señor de la Espina (sólo 7); Señor de la Noche (sólo 1)

## **Los caballeros de la espina y las lunas de Krynn**

Los hechiceros Caballeros de la Espina cuentan con sus propias escuelas de magia. Visten túnicas de color gris o negro y no tienen relación con los Túnicas Negras de las Torres de la Alta Hechicería.

A diferencia de las Órdenes de estas Torres, los caballeros absorben poder de las tres lunas de Krynn como fuente para su magia, en lugar de una sola. Esto da una mayor ventaja de poder mágico a los Caballeros de la Espina. Cómo han conseguido tal logro es algo que el Cónclave de Hechiceros desconoce. No es de extrañar que los hechiceros de Ansalon estén tremendamente inquietos por la aparición de esta nueva y poderosa Orden de hechicería en el mundo. La ven como una clara amenaza para ellos, y los magos de las tres túnicas están llevando a cabo un gran esfuerzo tanto para estudiarla como para erradicarla.

## Orden de los lores

En todas las clases de órdenes de caballería, una vez que los caballeros han alcanzado cierto nivel de rango alto (o sea, cuatro por debajo del máximo) tienen la oportunidad de entrar en la Orden de los lores. Existe un número limitado de puestos en estas categorías, y para ascender a dichos rangos ya tiene que haber una vacante en aquella Orden en la que el candidato desee entrar. Otra posibilidad consiste en provocar que se produzca una vacante. La ascensión mediante un desafío formal en combate no es lícita, sin embargo se fomenta.

Mientras que cada una de las Órdenes de lores son equivalentes en rango, hay una considerable variación en relación con el poder y la naturaleza de los rangos, dependiendo de la Orden a la que el caballero pertenezca. Los Caballeros de la Espina, por ejemplo, siguen avanzando como hechiceros, aumentando su capacidad en el arte conforme a la experiencia, y las prohibiciones inherentes a la Orden siguen vigentes.

Con todo, la asignación y misión de un lord caballero no tiene por qué estar restringidas a las propias de su Orden. De hecho, es corriente que a un lord caballero hechicero se le ponga al mando de una legión de Caballeros del Lirio, o se puede encontrar a un lord caballero clérigo al mando de una unidad compuesta por miembros de la Orden de la Espina.

Lord Ariakan comprendió que, puesto que las unidades militares más grandes de los Caballeros de Takhisis se componían de miembros de las tres Órdenes, cabía la posibilidad de que los lores caballeros pudiesen favorecer a sus propias Órdenes en detrimento de las otras. Ariakan tuvo buen cuidado de que tal cosa no ocurriese. Quienes habían ascendido a rangos tan altos estaban adoctrinados en el concepto Poder por medio de la diversidad, es decir, que un líder inteligente utiliza todos los recursos a su disposición para garantizar la victoria. De hecho, es una cuestión de honor entre los Caballeros de Takhisis el no demostrar favoritismo, y la imputación de tal incorrección es un desafío al honor del acusado que nunca queda sin respuesta.

Cuando se produce una vacante en los altos cargos de la caballería porque algún miembro haya sido baja (como por ejemplo por muerte natural o en batalla, no en un combate singular), todos los aspirantes deben presentarse ante un tribunal de lores caballeros. Este tribunal está constituido por una mayoría de mandos de esa Orden en particular. Depende totalmente del criterio de dicha comisión determinar los parámetros por los que se resolverá quién obtiene el puesto. Por costumbre, dichos parámetros consistirán en torneos de eliminación o empresas particularmente arriesgadas.

Aquellos que desean forzar una vacante en la caballería pueden desafiar a un lord caballeros que esté ocupando ese puesto a un combate singular. Si tal es el caso, la victoria asegura la toma de posesión del cargo del caballero derrotado por el vencedor. En estos lances no se convoca a sesión al tribunal.

El asesinato no es una opción, al ser entendido como una cobardía.

## El alcázar de las tormentas

La principal plaza fuerte y actual cuartel general de los Caballeros de Takhisis está ubicada al noroeste del continente de Ansalon, en un vasto islote rocoso, en alguna parte del mar de SIRRION. Es difícil descubrir la fortaleza, ya que los propios elementos la guardan. Nubes tormentosas, oscuras y agitadas, ocultan la construcción desde el aire. La diosa Zeboim y las criaturas de las profundidades, leales a ella, se aseguran de que ningún visitante no deseado llegue por mar.

El alcázar de las Tormentas es inmenso e inexpugnable. Hay quien dice que fue extraído del fondo del océano por Zeboim, como regalo a su hijo Ariakan. Los menos románticos mantienen que, puesto que el diseño de la estructura es similar al estilo preferido por los minotauros en su isla de Mithas, probablemente los caballeros encargaron a éstos su construcción.

La fortaleza no aparece en ningún mapa. Lord Ariakan tiene prohibida la confección de un mapa de esas características, consciente de que no sería inconcebible que al final cayese en manos enemigas. Las únicas dos personas ajenas a la Orden que han logrado infiltrarse en el interior del complejo -Tanis Semielfo y Caramon Majere-, viajaron allí a lomos de un dragón durante una noche tormentosa y son incapaces de dar indicación alguna sobre la ubicación de la fortaleza.

La disposición del alcázar también se desconoce por completo. Al llegar a él en medio de la confusión de una batalla fingida, temerosos por sus vidas, Tanis y Caramon no pudieron dar ningún detalle aparte de una estimación (presentada a lord Gunthar) sobre el hecho de que lanzar un ataque directo por parte de los ejércitos combinados de los pueblos de Ansalon, incluidos los Dragones del Bien, seguramente no tendría más efecto en la fortaleza que el que ocasiona la lluvia que la azota constantemente. (Ni que decir tiene que lord Gunthar cree firmemente que Tanis Semielfo exagera.

Se esperaba que Sara Dunstan, la única persona que se sabe ha logrado escapar del alcázar de las Tormentas, podría facilitar planos detallados de la fortaleza. Pero, temerosa por la vida de Steel Brightblade, el joven Caballero del Lirio al que ama como a un hijo, Sara se ha negado a revelar los secretos del alcázar. Obvia decir que la mujer está escondida ya que su vida corre peligro.

Se sabe o se supone que la fortaleza tiene barracones para albergar a los caballeros; en edificios levantados fuera del complejo viven sirvientes, esclavos y también trabajadores: hay almacenes, un baluarte donde se guardan las riquezas, enfermería, varios bastiones con atalayas y, en el centro de la construcción principal, el Templo de Takhisis. Una enorme muralla, que parece haber sido construida de la misma roca del islote sobre el que se alza la fortaleza, rodea y protege ésta.

Además, el Cónclave de hechiceros especula que los Caballeros de la Espina tienen su propia Torre de la Alta Hechicería localizada en esa isla. Allí estarían almacenados todos los libros, pergaminos y demás artefactos mágicos, muchos de los cuales son sin duda creaciones nuevas de los Caballeros de la Espina. El Cónclave sospecha que los caballeros han empleado muchas horas de investigación para el desarrollo de armas mágicas de inmenso y destructivo poder.

Los Caballeros de Takhisis no están confinados en esta fortaleza. Ya hay grupos destacados en Ansalon. En secreto -ocultándose incluso de otras fuerzas de la

Oscuridad de Kryn- los caballeros y su temible soberana se preparan discretamente para conquistar el mundo.

## **Lo que sabe actualmente Ansalon sobre los caballeros**

Veinte años después de la Guerra de la Lanza, muy pocas personas en Ansalon tienen conocimiento de la existencia de los Caballeros de Takhisis. Entre quienes tienen noticia, la mayoría se niega a creer lo que les han contado (los Caballeros de Solamnia) o simplemente están demasiado involucrados en sus propios conflictos políticos (los elfos) como para que les importe.

Resulta muy sorprendente que esa falta de información se extiende incluso a quienes podrían ser considerados leales súbditos de la diosa Takhisis (clérigos oscuros, draconianos y minotauros). Los caballeros sólo entran en contacto con alguien a quien se considere un posible candidato para el reclutamiento, y en tal caso lo han únicamente después de un largo periodo de vigilancia y evaluación. El supuesto recluta que decide unirse a la Orden desaparece, simplemente, sin que familia ni amigos vuelvan a saber de él. O ningún recluta ha rechazado jamás semejante honor o no ha sobrevivido para contarlo.

Los únicos a quienes preocupa realmente y con conscientes de la terrible amenaza que representa esta nueva fuerza emergente, son los hechiceros de Krynn, pero hasta ese conocimiento está exclusivamente limitado a los miembros del Cónclave. Todos los magos, Túnicas Blancas, Negras y Rojas, contemplan la existencia de esos hechiceros renegados con alarma.

Se especula que, de hecho, el Cónclave intentó penetrar mágicamente los confines secretos de la Torre de la Alta Hechicería de los Caballeros de la Espina. Corre el rumor de que ese intento no sólo se repelió fácilmente, sino que tuvo consecuencias casi desastrosas para los miembros del Cónclave. Todos los miembros del cónclave, y en particular Dalamar el Oscuro, Señor de la Torre de la Alta Hechicería de Palanthas, buscan ávidamente información sobre los Caballeros de Takhisis en general y de los Túnicas Grises o Caballeros de la Espina en particular.

El resto de pueblos de Ansalon se encuentran demasiado ocupados peleando y luchan los unos contra los otros para prestar atención a los mortíferos lirios que se han plantado y que ahora empiezan a crecer en sus propios jardines.

# Table of Contents

[Nota del editor](#)

[Prólogo](#)

[Prefacio](#)

[El hijo de kitiara](#)

[Capítulo 1 La extraña petición de un jinete de Dragón Azul](#)

[Capítulo 2 El hijo de Kitiara](#)

[Capítulo 3 Rosa blanca, lirio negro](#)

[Capítulo 4 Caramon intenta recordar donde guardó su armadura](#)

[Capítulo 5 Tanis Semielfo recibe una desagradable sorpresa](#)

[Capítulo 6 El alcázar de las tormentas](#)

[Capítulo 7 ¿Por qué no preguntaste nunca?](#)

[Capítulo 8 La torre del Sumo Sacerdote](#)

[Capítulo 9 Lirio negro, rosa blanca](#)

[Capítulo 10 Mi honor es mi vida](#)

[Capítulo 11 La espada de su padre](#)

[Capítulo 12 La sangre de su madre](#)

[El sacrificio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

[Apéndice](#)

[Apuntes](#)

[Historia](#)

[La Visión, el Voto de Sangre y el Código](#)

[Organización de los Caballeros](#)

[Caballeros del Lirio](#)

[La Prueba de Takhisis](#)

[Caballeros de la Calavera](#)

[Caballeros de la Espina](#)

[Los caballeros de la espina y las lunas de Krynn](#)

[Orden de los lores](#)

[El alcázar de las tormentas](#)

[Lo que sabe actualmente Ansalon sobre los caballeros](#)